

P. VIRGILIO MARÓN

BUCÓLICAS

INTRODUCCIÓN GENERAL

J. L. VIDAL

TRADUCCIONES, INTRODUCCIONES Y NOTAS POR
TOMÁS DE LA ASCENSIÓN RECIO GARCÍA

Y

ARTURO SOLER RUIZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 141

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por J. GONZÁLEZ VÁZQUEZ, JOSÉ LUIS MORALEJO y ENCARNACIÓN DEL BARRIO SANZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990.

Las traducciones, introducciones y notas han sido llevadas a cabo por TOMÁS DE LA ASCENSIÓN RECIO GARCÍA (*Bucólicas y Geórgicas*) y ARTURO SOLER RUIZ (*Apéndice virgiliano*).

Depósito Legal: M. 34998-1990.

ISBN 84-249-1424-4.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990. — 6342.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Era grande de cuerpo y de talla, de tez morena, aspecto de campesino... Y así aparece en el retrato, probablemente fidedigno, del mosaico de Hadrumetum, joya en nuestros días del Museo del Bardo, en Túnez: los cabellos cortos, la toga llevada con desmaño, las sandalias poco ajustadas a sus pies de rústico. Está sentado entre dos musas, Calíope, musa de la poesía épica y Melpómene, de la tragedia; tiene sobre sus rodillas un volumen abierto por este verso *Musa mihi causas memora...*, el octavo de la *Eneida*. Es Virgilio. Su nombre llena la historia de Occidente.

FUENTES PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE LA VIDA DE VIRGILIO

Para reconstruir la vida de Virgilio contamos fundamentalmente con tres tipos de materiales: testimonios autobiográficos, extraídos de las obras del propio Virgilio, testimonios de los autores contemporáneos o inmediatamente posteriores y, naturalmente, las biografías antiguas de Virgilio, las *Vitae Vergilianae*.

Testimonios autobiográficos

Si aceptamos, como hacen la mayor parte de los críticos, la autenticidad de las composiciones *Catalepton V* y *VIII* de la *Appendix Vergiliana*, tenemos en ellas las más antiguas referencias de Virgilio a su propia vida. En el primer caso se trata de su despedida de la retórica, cuando está a punto de emprender el camino de la filosofía de mano del epicúreo Sirón; en el segundo el poeta, instalado en la modesta villa de Sirón, expresa sus votos de que ella sea nuevo hogar para su familia, si es que ésta ha de abandonar Mantua y Cremona. Ambos testimonios apuntan a la situación de la familia de Virgilio poco después de la batalla de Filipos, origen de la confiscación de tierras que la afectó, por tanto entre los años 42 y 41 a. C.

Es en las *Bucólicas* donde encontramos la mayor parte de las referencias de Virgilio a sus propias vicisitudes. Aunque no aceptemos la posición de quienes buscan en ellas las claves concretas de los episodios de la confiscación que sufrió la familia de Virgilio, ni la de quienes han creído descubrir tras cada uno de sus personajes a otro concreto de su época, no cabe duda de que en las piezas I y IX de la colección encontramos los ecos de la angustia, la esperanza, primero, y luego la desolación del desposeído Virgilio; por otra parte, algunos de los poderosos de su tiempo, así como amigos de Virgilio y poetas de su entorno, están o expresamente presentes o claramente aludidos en bastantes lugares de las *Bucólicas*. Asinio Polión, a cuyo consulado en el año 40 se refiere la cuarta, aparece como impulsor de la poesía virgiliana en la tercera (vv. 84 y ss.) y como vencedor de la guerra ilírica (en el año 39) en la octava (vv. 6 y ss.); Alfenio Varo, cónsul en el año 39, aparece en la novena en términos que muestran que en

él está depositada la esperanza de Virgilio (*Ec.* IX 27) en un momento en que sobre sus tierras ronda el fantasma de la confiscación y, por tanto, en torno al año 41; a Varo también va dedicada la sexta (*Ec.* VI 6 y ss.). Vario Rufo y Helvio Cinna son poetas alabados en la novena (v. 35), mientras que unos tales Bavio y Mevio son citados como malos poetas en la tercera (v. 90). En fin, Cornelio Galo llena con su problemática presencia la última *Bucólica* y es posible que sean sus temas poéticos los mencionados en unos célebres versos de la sexta (vv. 64 y ss.).

El final de las *Geórgicas* es uno de los lugares en donde Virgilio se refiere a sí mismo de la manera más explícita y, al mismo tiempo, poética. Allí afirma haberlas escrito en Nápoles mientras el César (es decir, Octavio) guerreaba en el Asia (en el año 30) y recuerda el tiempo en que bajo el nombre de Títilo cantaba desocupado las *Bucólicas* (*G.* IV 559-566). Las referencias a Tarento (*G.* II 197, y IV 125-148) y a Mantua (II 198 y s.), la invocación a Mecenas al principio de cada libro, a Octavio como nuevo dios (I 24-42, 503-504) o como vencedor en los confines del Asia (II 170-172, cf. *supra*), la intención expresada por Virgilio, al inicio del libro III, de cantarlo en un nuevo poema, igual que antes había declarado cómo emprendía las propias *Geórgicas* (II 173-176), deben ser tenidas en cuenta a la hora de reconstruir la biografía de Virgilio. La intención de la *Eneida* y su mismo tono no la hacen apta para la referencia autobiográfica que, no obstante, tendría un lugar preeminente al comienzo mismo del poema, si fueran auténticos —lo que generalmente no se acepta— los famosos versos *Ille ego qui quondam...*¹, en los que Virgilio,

¹ Dicen así: *Ille ego qui quondam gracili modulatus auena / carmen, et egressus siluis uicina coegi / ut quamuis auido parerent arua colono,*

tras referirse a sí mismo como cantor de las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, anunciaba que iba a cantar un poema épico. Servio, el famoso comentarista de Virgilio, afirma, en efecto, que esos versos comenzaban la *Eneida* de Virgilio y que fueron Vario y Tuca, los editores del poema, quienes los suprimieron.

Testimonios de los autores coetáneos y posteriores

Se trata de algunas composiciones de Horacio, Propertio y Ovidio, así como de fragmentos de Mecenas, de Julio Montano, de Gayo Meliso, de Séneca el Viejo y, posteriormente, de Lucano, Estacio, Marcial, Plinio el Joven y Tácito, que ofrecen datos sobre la vida y, a veces, sobre dichos de Virgilio². Una gran parte de estos testimonios —y de ahí su importancia específica— proceden de obras escritas en los dos primeros siglos de nuestra era, pero que no han llegado hasta nosotros. En algunos casos su documentación era especialmente buena, como aquella que ofrecía el «Libro de los amigos de Virgilio», si es que como tal se recogieron las opiniones de Vario y Tuca, los editores

/ gratum opus agricolis, at nunc horrentia Martis... («Yo, aquél que en otro tiempo compuse mi canto al son de leve flauta y, saliendo de los bosques, obligué a los campos vecinos a obedecer, aunque ávido, al colono, obra grata a los labradores, ahora de Marte las hórridas [armas canto]»).

² Estos textos, así como los de Virgilio mencionados en el apartado anterior, están reunidos en la edición virgiliana de R. SABBADINI, *P. Vergilii Maronis Opera* I, Roma, 1937, págs. 1-18. Para los testimonios de autores coetáneos y posteriores a Virgilio puede verse también *Vergil. Landleben*, ed. J. & M. GÖTTE, Munich, 1970 [hay ediciones posteriores], págs. 406-420. Un ejemplo de utilización crítica de todo este material en *Vergil. Hirtengedichte*, ed. H. NAUMANN, Munich, s. d., págs. 8-11.

de la *Eneida* por mandato de Augusto, y lo que ellos y otros amigos de Virgilio escribieron contra los *obtrectatores Vergilii*, los «detractores de Virgilio»; o como la que ofrecían los libros de Higino, el bibliotecario de Augusto, quien tuvo sin duda acceso a documentos tan importantes como el testamento del poeta; o como la que manejaron los primeros comentaristas y estudiosos de Virgilio, Asconio Pediano, Emilio Aspro, Flavio Capo y, sobre todo, el famoso gramático Marco Valerio Probo³. Todos ellos tuvieron que conocer, además, los escritos de los mencionados detractores o enemigos de Virgilio, como Carvilio Píctor, Herenio, Perilio Faustino, quien realizó la lista de los «plagios» de Virgilio, o Quinto Octavio Avito, quien dedicó ocho volúmenes a «denunciar» los préstamos de Virgilio y su lugar de procedencia. Para nuestro propósito será suficiente mencionar algunos de los lugares donde los escritores contemporáneos del poeta lo recuerdan o traen a colación sus opiniones, así la *Sátira* I 5 de Horacio, en la cual se narra el viaje que emprende con Mecenas hacia Brindis, donde iba a celebrarse una crucial entrevista entre Octavio y Marco Antonio (en el 37 a. C.): en Sinuesa se les unieron Plocio Tuca, Vario y Virgilio, *animae qualis neque candidiores / terra tulit neque quis me sit deuinctior alter* (HOR., *Sat.* I 5, 41 y s.); en Capua hacen un alto los amigos y mientras Mecenas se ejercita en el juego de pelota, se van a dormir Horacio y Virgilio, perezoso el primero y delicado del estómago el segundo⁴. En la oda

³ De Probo tendríamos, sin embargo, datos transmitidos directamente si fuera auténtica la biografía virgiliana conocida como *Vita Probiana* o *Vita Probi*, de la que hablaremos más adelante.

⁴ Que Virgilio padecía del estómago es corroborado por la *Vita* de Suetonio-Donato, 8: *nam plerumque a stomacho... laborabat.*

tercera del primer libro —publicado en el año 23 a. C.— se nos habla de un viaje de Virgilio a Atenas y en la vigésimo cuarta del mismo libro Virgilio aparece asociado a Horacio en el dolor por la muerte de su común amigo Quintilio. Propercio anuncia la inminente aparición de la *Eneida* en versos justamente famosos: *Cedite Romani scriptores cedite Graei: / nescio quid maius nascitur Iliade* (PROP., II 34, 65 y s.)⁵, pero el pasaje tiene aún mayor interés biográfico por sus detalladas referencias a las *Bucólicas* (vv. 67-80). Quizá el punto final más adecuado para esta sección sea el famoso testimonio de Ovidio, cuando en su autobiografía nos dice que a Virgilio sólo lo pudo conocer de vista: *Vergilium uidi tantum* (Ov., *Trist.* IV 10, 51).

En los autores postaugústeos el inventario de los testimonios sobre la vida de Virgilio se enlaza ya con la descripción de la pervivencia del poeta, es decir, con el inicio de un tema inmenso y todavía abierto. Nos limitaremos, por tanto, a seleccionar algunos del siglo posterior a la muerte de Virgilio. Plinio el Viejo (VII 114) nos da un testimonio precioso sobre el controvertido tema de las disposiciones testamentarias de Virgilio respecto a la *Eneida*: según este autor, Augusto mandó que se publicara contra el expreso deseo de Virgilio, que quería que se quemara. Séneca el Viejo (*Controu.* III 8) nos transmite que Virgilio perdía su buen estilo en la expresión en prosa⁶. Entre las referencias a Virgilio que contiene la obra de Marcial debe

⁵ Suetonio-Donato, *Vita*, 30, recoge estos versos de Propercio en el pasaje que dedica a la expectación con que toda Roma, empezando por el propio Augusto, seguía la gestación de la *Eneida*.

⁶ El testimonio aparece corroborado por la opinión de Meliso, recogida en Suetonio-Donato, *Vita*, 16, según la cual Virgilio «al perorar era muy lento y casi parecía un ignorante» (*in sermone tardissimum, ac pae-ne indocto similem fuisse*).

destacarse el pequeño esbozo biográfico que nos da en VIII 56, 5-20. Tácito (o quien escribiera el «Diálogo de los oradores») nos refiere una anécdota que pone de relieve la extraordinaria fama y admiración que Virgilio ya despertara en vida: el público que asistía en el teatro a una recitación de versos de Virgilio en la que él mismo estaba presente, poniéndose en pie, le tributó honores como los que se rendían a Augusto (*Dial. de or.* 13).

Con lo que llevamos dicho se agota prácticamente todo lo que sabemos de Virgilio fuera de lo que nos dicen sus biografías «canónicas», las *Vitae Vergilianae*. Como veremos en seguida, los múltiples datos, anécdotas y opiniones que ellas nos transmiten deben ser sometidos a caución y en ese trabajo la confrontación con lo que sabemos de Virgilio por testimonio de quienes lo conocieron o de quienes recogieron las opiniones de estos últimos es, a menudo, decisiva.

«*Vitae Vergilianae*»

Ha llegado hasta nosotros una gran cantidad de manuscritos que contienen biografías de Virgilio. Se trata de textos generalmente antepuestos a escolios o comentarios de las obras virgilianas y que, precisamente por su estrecha vinculación con ellos, se han visto sometidos a las vicisitudes típicas de la transmisión de la literatura filológico-escolástica⁷. Los eruditos y gramáticos que comentaban

⁷ La más completa edición de las *Vitae Vergilianae*, por la cual citaremos salvo advertencia en sentido contrario, es la de K. BAYER, *Vergil-Viten in Vergil. Landleben* [cit. en n. 2], págs. 211-405 (edición con traducción alemana) y 654-780 (comentario).

y enseñaban a Virgilio copiaban, interpolaban, resumían y, en general, elaboraban el material de sus fuentes. La investigación filológica ha intentado desde hace más de un siglo ⁸ establecer las relaciones de dependencia entre la masa de *Vitae* transmitidas para aislar aquellas que pueden considerarse primarias u originarias, de las cuales derivan todas las demás. Sólo a partir de ese momento se puede proceder a la crítica del contenido de esos datos y determinar su valor para reconstruir la biografía de Virgilio. De acuerdo con K. Bayer ⁹ las Vidas originarias son las siguientes:

- la Vida de Suetonio-Donato (*Vita Suetonii uulgo Donatiana* = VSD),
- la Vida de Servio (*Vita Seruui* = VS),
- la Vida atribuida a Probo (*Vita Probiana* = VP),
- la Vida de Berna (*Vita Bernensis* o *Libellus-Vita* = VB I) ¹⁰.

Como hemos dicho, en estas vidas originarias se contiene el grueso de las fuentes con las que se reconstruye la biografía de Virgilio. De ellas ha podido afirmar K. Bayer que «contienen al máximo material auténtico, sin que eso signifique, sin embargo, que cada detalle merezca garantía» ¹¹.

⁸ El primer trabajo moderno sobre las *Vitae* es el de H. NETTLESHIP, *Ancient lives of Virgil, with an essay on the poems of Virgil*, Oxford, 1879.

⁹ K. BAYER, *Virgil-Viten*, págs. 654-655.

¹⁰ Utilizamos para estas biografías las siglas propuestas por K. BAYER, *Vergil-Viten*, págs. 657-658. Conviene tener en cuenta que en la lista de Bayer las abreviaturas vienen ordenadas alfabéticamente por la segunda letra.

¹¹ K. BAYER, *Vergil-Viten*, pág. 658.

El resto de las *Vitae* no necesita ser considerado a nuestro propósito, pues dependen abiertamente de la *VSD*, cuyos datos copian, trivializan, resumen o amplifican. Haremos, no obstante, una excepción con la Vida de Focas (*Vita Focae* = *VF*) y con los fragmentos de la Crónica de San Jerónimo que se refieren a Virgilio (*Excerpta Sancti Hieronymi* o *Vita Hieronymiana* = *VH*), que suelen ser incluidos entre las *Vitae antiquae*¹². Hay, finalmente, un amplio grupo de Vidas, como las llamadas Noricense, Monacense, Gudianas, etc., conservadas en manuscritos de los siglos IX y X, cuyos datos entran de lleno en el reino de lo gratuito y lo maravilloso y que interesan en realidad mucho más a la leyenda que a la biografía de Virgilio¹³. Demos ahora una breve ojeada a las *Vitae Vergilianae* que vamos a utilizar:

VSD. — Elio Donato, gramático romano del siglo IV d. C. y maestro de San Jerónimo¹⁴, escribió un comentario a Virgilio del que han llegado hasta nosotros tres partes: una carta en la que dedica su obra a un desconocido L.

¹² Así lo hace el editor oxoniense C. HARDIE, *Vitae Vergilianae antiquae*, Oxford, 1966 [= ²1957], págs. 36-38, quien, en cambio, no ofrece la VB I.

¹³ El complejo de las *Vitae Vergilianae* ha sido tratado por W. SUERBAUM, «Von der Vita Vergiliana über die Accessus Vergiliani zum Zauberer Virgilius. Probleme - Perspektiven - Analysen», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* [en adelante *ANRW*] II 31, 2, Berlín - New York, 1981, págs. 1156-1262.

¹⁴ Sobre Elio Donato debe verse ahora G. BRUGNOLI, s. u. «Donato, Elio», *Enciclopedia Virgiliana* [en adelante *Enc. V.*] II, Roma, 1985, 125-127. Recordemos que no debe confundirse a Elio Donato con Tiberio Claudio Donato, que vivió a fines del siglo V y escribió unas *Interpretationes Vergilianae* (ed. de H. Georgii, Lipsiae [Teubner], 1905-1906).

Munacio, la *Vita Vergilii* que estaba al frente del comentario, y la *Praefatio* a las *Bucólicas*¹⁵. Ahora bien, E. Donato no es en realidad el autor de la *Vita Vergilii*; lo que él hizo fue utilizar la biografía correspondiente a Virgilio del *De poetis* de C. Suetonio, una colección de biografías literarias, partes de la cual han llegado hasta nosotros por tradición indirecta, como las *Vidas* de Lucano, de Horacio y de Terencio, esta última puesta también por Donato al inicio de su comentario a Terencio¹⁶. Ocurre, sin embargo, que, mientras que en el caso de la *Vida* de Terencio, Donato declara haberla copiado directamente de Suetonio, para la *Vida* de Virgilio no contamos con ninguna declaración explícita¹⁷. Esto ha abierto un complejo problema crítico, el de discernir hasta dónde llega, si es que la hubo, la interpolación de Donato sobre el texto suetoniano, problema del que no podemos zafarnos del todo cuando intentamos reconstruir la biografía de Virgilio: es evidente

¹⁵ La carta ha llegado hasta nosotros en un solo manuscrito (*P* = *Parisinus Latinus* 11308), mientras que la *Vita* y la *Praefatio* a las *Bucólicas* se nos han conservado en numerosos manuscritos, como cuadra a su carácter de fuentes de todas las introducciones a los comentarios virgilianos de la tardía antigüedad y de la Edad Media. Seguimos la edición de K. BAYER, *Virgil-Viten*, págs. 212-213 (carta), 214-241 (*Vita* y *Praefatio*), 659-687 (comentario).

¹⁶ El *De poetis* era una de las secciones de una obra suetoniana, el *De uiris illustribus*, que sólo se nos ha conservado fragmentariamente y en parte por tradición indirecta. Sobre los problemas de la reconstrucción posible de este libro véase el buen resumen que dan Y. GARCÍA (*et. al.*), *Biografías literarias latinas*, Madrid (B. C. G., 81), 1985, págs. 28-37.

¹⁷ La epístola a L. Munacio se refiere, es cierto, al método que ha seguido Donato al componer su comentario, pero no proporciona elementos que puedan aplicarse con seguridad a la cuestión de la autoría de la *Vita*. Cf. G. BRUGNOLI, «Donato e Girolamo», *Vet. Chr.* 2, 1965, 139-149.

que los datos de Suetonio merecen, en principio, mayor crédito que las elaboraciones posteriores de Donato. El problema ha merecido una bibliografía importante y controvertida, incluso polémica, que ha servido por lo menos para que actualmente podamos sentirnos moderadamente optimistas sobre la paternidad suetoniana de la *Vida*¹⁸. La pregunta sobre la fiabilidad de la *Vita* se convierte ahora virtualmente en la pregunta sobre el tipo y calidad de las fuentes que utilizaba Suetonio¹⁹. Una gran parte de ellas son las mismas que anteriormente hemos clasificado como testimonios autobiográficos o de otros autores coetáneos o posteriores. Así en la *VSD* aparecen citas de lugares virgilianos —de las obras canónicas y de la *Appendix*— utilizados con fines biográficos, así como se registran manifestaciones del propio Virgilio que Suetonio pudo leer

¹⁸ Algunos autores se han mostrado decididamente partidarios de hablar de una *Vida* de Suetonio, como H. NAUMANN, «Suetons Vergilvita», *RhM* 87 (1938), 334-376 (quien, no obstante, señala un lugar interpolado por Donato), o A. ROSTAGNI, *Svetonio 'De poetis' e biografii minori*, Turín, 1944 (que es el único en inclinarse por considerarla en su totalidad suetoniana). Más críticas son las posturas de E. DIEHL, *Die Vitae Vergilianae und ihre antiken Quellen*, Bonn, 1911, y, sobre todo, en polémica con Naumann y Rostagni, de E. PARATORE, *Una nuova ricostruzione del 'De poetis' di Suetonio*, Bari, ²1950. El hecho de que, abordando el problema desde una perspectiva especialmente atenta al uso lingüístico y estilístico de Suetonio, R. M. GEER, «Non-Suetonian passages in the life of Vergil formerly ascribed to Donatus», *TAPhA* 57 (1926), 107-115, y K. BAYER, *Der Suetonische Kern und die späteren Zusätze der Vergilvita*, tesis., Munich, 1952, hayan llegado a soluciones considerablemente próximas hace pensar que el problema se acerca a su solución definitiva. La lista de los lugares tenidos por interpolados por los diversos críticos puede verse en K. BAYER, *Virgil-Viten*, págs. 661-664.

¹⁹ Véase al respecto K. BÜCHNER, *Virgilio. Il poeta dei Romani*, ed. italiana, Brescia, ²1986, págs. 19-28; H. NAUMANN, *Vergil*, págs. 15-21; K. BAYER, *Virgil-Viten*, págs. 664-682, a quien seguimos en nuestra exposición.

en escritos como el «Libro de los amigos»²⁰ o el que Asconio Pediano escribió contra los detractores de Virgilio²¹, ambos ya mencionados anteriormente. Igualmente se saca provecho de pasajes de otros autores, como el lugar properciano arriba citado, o se les nombra expresamente como fuentes de una afirmación, como se hace con Plocia Hieria y Asconio Pediano (*VSD* 10), con Meliso (*VSD* 16), con Séneca el Viejo y Julio Montano (*VSD* 29), con Eros, liberto de Virgilio (*VSD* 34), y con el gramático Niso (*VSD* 42). Pero al lado de estas fuentes tradicionales hay otras de interés excepcional y que revelan la mano de Suetonio, a saber, cuando el texto de *VSD* supone el acceso a un documento original: así ocurre con *VSD* 31, donde se copia una carta de Augusto, y con *VSD* 37, donde la precisión de la terminología revela la consulta del testamento de Virgilio. Suetonio, como secretario de Adriano, tuvo a su disposición los archivos de Estado, de los que sin duda hizo uso aquí y, sobre todo, en muchos pasajes del libro sobre los doce césares. Por lo que hace al resto de

²⁰ La existencia de un escrito de ese tipo fue defendida sobre todo por W. ALY, «Die Ueberlieferung von Vergils Leben», *PhW* 43 (1923), 645-648, pero es un hecho muy controvertido. El más importante argumento a su favor se obtiene de la comparación de *VSD* 22, con un pasaje de Aulo Gelio (17, 10, 2). En ambos casos se está tratando de la composición de las *Geórgicas* y en ambos se dan detalles que nos permiten afirmar que la fuente es la misma, pero mientras en *VSD* permanece oculta tras un impersonal *traditur*, en Gelio está claramente indicada: *amici... familiaresque P. Vergilii in his quae de ingenio moribusque eius memoriae tradiderunt*. Este escrito de los amigos de Virgilio es probablemente la fuente de otros pasajes de la *VSD* (por ejemplo, 24, donde las palabras del propio Virgilio son introducidas por un *aiebat*; o en 46, donde lo son por un *ait*).

²¹ Véase *VSD* 46: *Asconius Pedianus libro quem contra obtretractores Vergilii scripsit*, etc.

las noticias contenidas en la *VSD*, o proceden de fuentes anónimas introducidas por expresiones del tipo *ferunt*, *uulgatum est*, *constat*, *trahitur*, *fertur*, o están expresadas de forma categórica, constituyendo el entramado de la *Vita*. Por lo que se refiere a las primeras, ya se ha dicho ²² que en algunos casos aquellas expresiones encubren una buena fuente, generalmente el «Libro de los amigos de Virgilio», y no hay motivos para desconfiar de Suetonio en los casos en que esto no se puede probar. Para las noticias que *VSD* da en forma categórica puede mantenerse esta misma opinión, siempre que se introduzca una reserva: la que se refiere a datos que puedan proceder de la interpretación alegórica de la obra de Virgilio ²³. El alcance de esta interpretación en la composición de la *VSD* fue excesivamente valorado por E. Diehl ²⁴ y limitado luego por Büchner a tres pasajes de la *Vita*: la noticia de los amores de Virgilio por los esclavos Cebete y Alejandro, «a quien llama Alexis en la segunda égloga de las Bucólicas» (*VSD* 9); la de la muerte del hermano de Virgilio, Flaco, que el poeta «llora bajo el nombre de Dafnis» (*VSD* 14), es decir en la quinta bucólica, y la noticia del riesgo de muerte que corrió Virgilio a manos de un veterano (*VSD* 20), la cual es posible —pero no verosímil, como dice Büchner— que se haya derivado de una exégesis *per allegoriam* de la novena bucóli-

²² Véase, pág. 18 y nota 20.

²³ La biografía antigua recurre con frecuencia —no sólo para colmar las lagunas de los datos, sino por motivos del género literario mismo que constituye— a la «exégesis alegórica» de la obra literaria como fuente para el conocimiento de las vicisitudes personales del autor, las cuales se suponen transcendidas en su obra. Cf. E. COLEIRO, «Esesesi allegorica», s. v. «allegoria» en *Enc. V. I*, Roma, 1984, págs. 105-111 (con abundante bibliografía).

²⁴ E. DIEHL, *Die Vitae*, cit., pág. 6 y *passim*.

ca²⁵. En definitiva el análisis de las fuentes de *VSD* nos permite una valoración moderadamente positiva: no hay motivos para desconfiar de que los datos existentes sobre la vida de Virgilio hayan sido honradamente reflejados. Cosa distinta —y absolutamente irremediable— es la deformación que aquellos datos hubieran podido sufrir cuando —casi un siglo después de la muerte del biografiado— se empezó a recogerlos para confeccionar una Vida de Virgilio²⁶.

VS. — El gramático Servio, nacido hacia el 370 y quizá discípulo de Elio Donato, es el autor del más importante comentario a Virgilio que se nos ha conservado²⁷. En él e inmediatamente antes del comentario a la *Eneida* —y no, como es habitual, antes del comentario a las *Bucólicas*— aparece una Vida de Virgilio que sigue claramente la *VSD*, pero que es mucho más breve²⁸. Precisamente por la manera compendiada en que aparecen los datos se ha defendido que la *Vita* tal como ha llegado hasta nosotros sea producto de una mutilación de la original²⁹, o de una redacción abreviada y bien elaborada de ella en la que quedarían rastros de buenas fuentes pre-suetonianas, con lo

²⁵ Véase K. BÜCHNER, *Virgilio*, cit., págs. 27-28.

²⁶ La bien fundada cautela es de C. Hardie, a cuyo planteamiento de la cuestión remitimos: C. HARDIE, *Vitae*, cit., págs. XIII-XXIII.

²⁷ Sobre Servio véase ahora G. BRUGNOLI, s. u. «Servio», *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 805-813.

²⁸ Utilizamos la edición de K. BAYER, *Vergil-Viten*, págs. 242-245 (edición) y 688-698 (comentario).

²⁹ Así ya E. NORDEN, «De uitis Vergilianis», *RhM* 61 (1906), 166-177, esp. 169-171, y, más recientemente, E. FRAENKEL en su recensión al vol. II de la *editio Harvardiana* de Servio (1946) [= *Kleine Beiträge zur Klassische Philologie* II, Roma, 1964, 339-390, esp. 353].

que la *VS* sería testimonio de una tradición independiente del filón suetonio-donatiano ³⁰. En realidad la especial formulación de la *VS* se explica como resultado de la manera de componer de Servio, sin que sea necesario buscar fuente alguna fuera de *VSD* ³¹. Las diferencias de *VS* con respecto a *VSD* son mínimas —*VS* da el nombre del padre y de la madre de Virgilio: *patre Vergilio matre Magia*; *VS* ofrece una versión más detallada de la confiscación; etc.— y se dejan explicar como interpolaciones de Servio ³².

VP. — Los manuscritos que nos transmiten la *VP* la atribuyen a marco Valerio Probo, el famoso gramático del s. I d. C., quien editó y comentó el texto de Virgilio ³³. Aunque esta atribución no careció de partidarios ³⁴, hoy en día nadie duda de que la *VP* en el estado en que se nos ha conservado remonta su composición al siglo V o VI. Cosa distinta es si la fuente de su información puede ser antigua y valiosa, como defendió K. Büchner, para quien

³⁰ Es lo que defiende K. BÜCHNER, *Virgilio*, cit., pág. 12 y págs. 17-19, respectivamente.

³¹ Véase H. NAUMANN, «Die Arbeitsweise des Servius», *RhM* 118 (1975), 166-179.

³² Véase K. BAYER, *Vergil-Viten*, págs. 697-698. Los últimos años han visto un aumento extraordinario de la investigación sobre el comentario de Servio, lo cual afecta parcialmente a algunos aspectos —distintos de los que aquí nos interesan— de la *VS*. Al respecto véase W. SUERBAUM, «Die Servius-Vita un der Servius-Kommentar» en «Von der Vita Vergiliana...», págs. 1213-1220.

³³ Sobre el sentido de la labor editora de Probo y el alcance de su comentario véase ahora L. LEHNUS, s. u. «Probo», *Enc. V. IV*, Roma, 1988, págs. 284-286.

³⁴ Así L. AGNÉS, «Sull'autenticità della *Vita Vergilii* di Probo», *RFIC*, n. s., 19 (1942), 169-178.

con Probo y Servio estamos ante un filón independiente de la tradición suetonio-donatiana y que se remonta a buenas fuentes presuetonianas ³⁵. Pero tampoco eso puede ser aceptado al haberse demostrado que la *VP* depende de *VSD* y *VS* ³⁶ y, para algún dato, de una fuente tan indiscutiblemente tardía como la *VF* ³⁷. Un lugar de la *VP*, no obstante, ha causado la polémica entre los estudiosos de la biografía de Virgilio. Se trata de la mención de la distancia de Andes, el lugar natal del poeta, a Mantua: *milia passuum XXX*, según la tradición manuscrita, lo que coloca a la *VP* en oposición al resto de la tradición biográfica virgiliana, unánimemente de acuerdo en señalar que esta distancia era muy corta; *milia passuum III*, si se acepta la corrección más extendida, lo que resuelve de un plumazo todo el problema, sobre el que más tarde volveremos ³⁸.

VB I. — Esta cortísima *Vita* —dieciséis líneas en la edición de K. Bayer ³⁹— aparece sin atribución de autor en la tradición manuscrita y no menciona fuente alguna para las noticias que contiene. Sin embargo, alguna de ellas es desconocida por el filón suetonio-donatiano, así la dignidad de *equus romanus* atribuida al padre de Virgilio, la mención de Augusto como condiscípulo de Virgilio bajo el maes-

³⁵ K. BÜCHNER, *Virgilio*, cit., págs. 16-19.

³⁶ Véase H. NAUMANN, «Wert und Zusammenhang der Jüngereren Vergil-Viten», *WS* 87 (1974), 116-121.

³⁷ Véase G. BRUGNOLI, «La vita Vergilii di Foca fonte della vita Probiana», *Philologus* 108 (1964), 148-152.

³⁸ Leemos la *VP* por la edición de K. BAYER, *Vergil-Viten*, págs. 246-249 (edición) y 698-709 (comentario). Véase, además, L. LEHNUS, «Verso una nuova edizione del commentum virgiliano attribuito a Probo. La vita Vergilii», *Scripta philologica* 3 (1982), 179-211.

³⁹ *Vergil-Viten*, pág. 248 (edición) y págs. 709-713 (comentario).

tro Epidio y la exégesis alegórica del verso sexto de la primera bucólica: *Deus nobis haec otia fecit*.

VF y *VH*. — El gramático Focas —cuya vida se data en el siglo v— escribió una *Vita Vergilii* que destaca entre las demás por su peculiar forma, puesto que está escrita en hexámetros, y que interesa sobre todo como testimonio de la admiración ilimitada por Virgilio que está en la base de las leyendas virgilianas ⁴⁰.

En el prefacio de su traducción al latín de la Crónica de Eusebio, San Jerónimo afirma haberla completado con noticias extraídas de Suetonio ⁴¹. Las referidas a Virgilio se suelen reunir en una plausible *Vita Hieronymiana* ⁴², cuyo interés radica en el método de trabajo de San Jerónimo, quien se veía obligado a distribuir los datos por olimpíadas, según su modelo griego ⁴³, y en la posible influencia de Donato, maestro de San Jerónimo, que explica divergencias con respecto a la fuente suetoniana ⁴⁴.

⁴⁰ En K. BAYER, *Vergil-Viten*, la edición ocupa las páginas 292-299 y el comentario las páginas 718-732. Ha merecido los honores de una edición separada, debida a G. BRUGNOLI, *Foca. Vita di Virgilio*, Pisa, 1984. Acompañada de traducción española puede verse en J. L. VIDAL, «La Biografía de Virgilio escrita por Focas», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* 57, 1 (1981), 1-17.

⁴¹ JERÓN., *Chron.* 6 H., *Eusebius huius conditor libri... pura Graeca translato... admixta sunt quae de Tranquillo... curiosissime excerpti*.

⁴² Así en K. BAYER, *Vergil-Viten*, pág. 326 (edición) y págs. 742-743 (comentario).

⁴³ Cf. R. HELM, *Hieronymus' Zusätze in Eusebius Chronik und ihr Wert für die Literaturgeschichte*, Leipzig, 1929 [= *Philologus Suppl. Bd.* 21, 2], págs. 42-44.

⁴⁴ Cf. G. BRUGNOLI, «Donato e Girolamo», cit.

¿Qué sabemos de Virgilio?

En realidad, muy poco. Esta respuesta podría parecer extraña si nos hemos dejado impresionar por la larga relación de fuentes que acabamos de hacer. Pero si las encaramos con la crítica que exige hoy la historiografía, si no aceptamos los datos que nos proporcionan hasta no haberlos sometido a lo que hoy entendemos por el control de la investigación científica, sólo algunos de esos datos se filtrarán por el cedazo del rigor. Sucede, como es sabido, que la biografía era para los antiguos literatura y, como tal, concebida con una finalidad estética y sometida a las convenciones del género literario. Sólo dentro de los límites impuestos por esta doble condición había lugar para la investigación de fuentes y su organización en un discurso histórico. Eso explica que los virgilianistas hayan hecho suya con frecuencia la pregunta que encabeza estas líneas. Recordemos aquí dos ocasiones en que eso ha ocurrido con carácter emblemático: en pleno auge del interés por Virgilio y lo virgiliano, cuando estaba celebrándose el bimilenario del nacimiento del poeta, Tenney Frank se preguntaba «What do we know about Vergil?»⁴⁵ y, muy recientemente, al socaire del no menos celebrado bimilenario de su muerte, era Heinrich Naumann quien se hacía la pregunta: «Was wissen wir von Vergils Leben?»⁴⁶. Frank había sido bastante cruel con Donato al publicar, unos años antes, su famosa biografía de Virgilio: «La crítica, en efecto —escribía en cabeza de su libro—, ha tratado con dureza la *Vida* de Virgilio de Donato. Se ha demostrado que

⁴⁵ Es el título de su artículo publicado en *CJ* 26 (1930/31), 3-11.

⁴⁶ En *AU* 24, 5 (1981), 5-16.

la magra *Vita* es un conglomerado de unos pocos hechos casuales fraguados con una masa de conjeturas tardías derivadas de una pretendida interpretación literal de las *Églogas*, a las que se agregó, durante las crédulas y neuróticas décadas de la segunda y tercera centurias, un cúmulo de chismes irresponsables»⁴⁷. Pero, al huir de esa Escila, el gran filólogo americano cayó en una no menos peligrosa Caribdis: se adscribió a la corriente filológica que defendía la autenticidad de la mayor parte de la *Appendix Vergiliana*⁴⁸ y se lanzó con entusiasmo a rastrear en sus poemas, escritos, según pensaba, en los años de formación de Virgilio, las reminiscencias personales de que estaban llenos. Por su parte H. Naumann se coloca con respecto a la *VSD* en una situación compleja: de una parte no acepta que haya en ella interpolaciones de Donato —ni, todavía menos, posteriores—, pues defiende encarecidamente, como ya se ha dicho⁴⁹, la paternidad suetoniana de la *Vita*; pero de otra, establecida esa autoría, tampoco acepta que sus datos —y, por tanto, los de Suetonio (!)— tengan validez como fuente⁵⁰. Pero, a su vez, eso no le desanimó en su

⁴⁷ T. FRANK, *Vergil. A Biography*, Nueva York, 1922 [reimpr. 1965], pág. V.

⁴⁸ Esta corriente cobró gran impulso durante los años treinta, favorecida por el interés que las cuestiones biográficas despertaron en torno a la conmemoración del bimilenario del nacimiento de Virgilio y, más concretamente, por el entusiasmo que suscitaba la posibilidad de descubrir en la supuesta obra juvenil del poeta las trazas de su infancia y juventud. Quizá encuentra su mayor exponente en el libro de A. Rostagni, cuya primera edición es precisamente de 1933, *Virgilio minore*, Turín [2.ª ed. Roma, 1961]. Cf. W. W. BRIGGS, «A Bibliography of Virgil's 'Eclogues' (1927-1977)», *ANRW* II 31, 2, Berlín-Nueva York, 1267-1357, pág. 1284.

⁴⁹ Cf. «Suetons Vergilvita», cit. en nota 18 y, casi cuarenta años después, «Noch einmal: Suetons Vergilvita», *Philologus* 118 (1974), 257-277.

⁵⁰ Lo paradójico de esa posición ha sido enérgicamente criticado por

propósito de dar una biografía de Virgilio, tarea en la que estaba empeñado cuando le sorprendió la muerte ⁵¹.

Hemos visto pues, la posición de dos filólogos dedicados a la biografía de Virgilio en los tiempos de una y otra, respectivamente, de las celebraciones bimilenarias con que este siglo ha tenido la suerte de honrarlo. Sin embargo, el escepticismo sobre la información que proporcionan las *Vitae* en general y la *VSD* en particular no ha hecho que en la práctica dejaran de utilizarlas ni ellos ni casi ninguno de los que, desde Frank hasta nuestros días, han intentado reconstruir la vida de Virgilio ⁵². Es como si no hubiera más remedio, es que no hay más remedio. En las páginas que siguen intentaremos una exposición de cuantas noticias transmitidas sobre Virgilio desde la antigüedad están suficientemente fundadas, pero también discutiremos aquellas que lo están menos cuando las avale una tradición de

E. PARATORE, «Ancora sulla vita Donatiana di Virgilio», *Philologus* 121 (1977), 249-263.

⁵¹ Naumann se proponía publicar una biografía crítica de Virgilio (según carta personal del 29. 8. 84) y, en efecto, en el catálogo de 1984 de la editorial Wissenschaftliche Buchgesellschaft de Darmstadt aparece anunciado a suscripción el título: H. NAUMANN, *Zeugnisse zu Vergils Leben*. Permítasenos dejar aquí constancia agradecida de la generosidad con que Heinrich Naumann atendió en todo momento nuestras consultas y nos facilitó numerosos originales, que han quedado parcialmente inéditos.

⁵² Una lista de estudios biográficos sobre Virgilio hasta 1977 la da W. SUERBAUM, «Hundert Jahre Vergil-Forschung: Eine systematische Arbeitsbibliographie mit besonderer Berücksichtigung der Aeneis», *ANRW* II 31. 1, Berlín-New York, 1980, 3-358, págs. 42-46. Nos han sido de especial utilidad los siguientes libros, publicados con posterioridad a aquel año: P. GRIMAL, *Virgile ou la seconde naissance de Rome*, París, 1985 (hay traducción española de H. F. BAUZA, *Virgilio o el segundo nacimiento de Roma*, Buenos Aires, 1987); J. GRIFFIN, *Virgil*, Oxford, 1986; M. GIEBEL, *Vergil. Mit Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek bei Hamburg (Rowohlt), 1986.

siglos: no es posible siempre —ni deseable— disecar la vida de la leyenda virgiliana. Nuestro punto de partida es —ya se ha dicho— la tradición suetoniana, que creemos en gran parte preservada en la *VSD*. Junto a ella se tendrán en cuenta los testimonios extrabiográficos y, naturalmente, la obra misma de Virgilio, entendida menos como azarosa cantera de datos que como realidad espiritual que es y crece inseparable de la realidad personal del autor ⁵³.

⁵³ Nuestra posición, de moderada confianza en la *VSD*, que se alinea, por ejemplo, al lado de la de Büchner (*Virgilio*, pág. 25 y s.) o, por citar un estudio reciente, la de M. Giebel (pág. 10 de la obra cit. en la nota anterior) puede parecer conservadora o anticuada respecto a la de virgilianistas tan eminentes como J. Perret («Le moyen âge et l'antiquité nous ont transmis sur la vie de Virgile un bon nombre de traditions... Il est prudent de les considérer plutôt comme documents sur la fortune de Virgile un siècle après sa mort. Les données biographiques authentiques sont à dégager des oeuvres du poète...», *Virgile*, n. ed., París, 1965, pág. 7) o E. de Saint-Denis («Les Vies romancées ne sont pas une invention de notre époque: la biographie de Virgile a été, dès l'antiquité, embellie de légendes...», *Virgile. Bucoliques*, n. ed., París [col. «Budé»], 1970, pág. VII; aunque más adelante matiza: «le biographe doit utiliser les Vies avec beaucoup de prudence») o, con referencia a las últimas biografías citadas en la nota anterior, la de J. Griffin («we have less solid information about him than the considerable volume of ancient Lives would appear to suggest», *op. cit.*, pág. 1) o la de P. Grimal («Proponer un *Virgilio* en una colección de «biografías» es evidentemente un albur. Lo que sabemos de cierto sobre la vida del poeta es muy escaso. Inclusive si uno añade las leyendas y los comentarios que se han acumulado en torno a su persona... bastarían algunas páginas que no nos enseñarían nada... Pero... si los documentos y los testimonios se resisten al análisis, o se ocultan, resta la obra», *Virgilio*, trad. cit., pág. 13). Pero debe observarse que de todos estos autores sólo Perret se atiene con rigor a su desconfianza en las *Vitae* —Griffin no cuenta a nuestro propósito porque no se ocupa de cuestiones biográficas—, mientras que los demás en el curso de su exposición las utilizan abundantemente, a pesar de sus reservas.

VIDA DE VIRGILIO

La infancia en Mantua

Virgilio fue mantuano de nación, como diría un clásico. Y de él de ninguna manera se podría decir que «lo nacieron» en Mantua. El enraizamiento tenaz de Virgilio en su tierra natal es algo más que una voluntad consciente del poeta a lo largo de toda su vida, es un hecho natural, telúrico. La *mantuanitas*⁵⁴ recorre, vertebra, explica la obra entera de Virgilio y la une con la tierra natal más allá de la vida misma del poeta, como razón que es de la persistencia de la leyenda virgiliana en Mantua hasta hoy mismo⁵⁵. El nombre de Mantua y del Mincio, el río mantuano, resuenan con acentos conmovedores en las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, cuando el poeta, despojado de los bienes paternos, exilado del terruño, se compadece de la suerte cruel de su ciudad y sus paisanos (*Mantua uae miserae nimium uicina Cremonae!*⁵⁶), o cuando, lleno de esperanza, cree que las victorias del César serán promesa cierta de la vuelta de los suyos a sus tierras y se propone conducir consigo el coro de las Musas para ofrecer a Mantua las palmas y levantar allí un templo de mármol en honor de aquél, *propter aquam, tardis ingens ubi flexibus errat /*

⁵⁴ Es la expresión consagrada por el libro de B. NARDI, *Mantuanitas Vergiliana*, Roma, 1963, a quien seguimos en estas cuestiones.

⁵⁵ Véase, al respecto, E. FACCIOI, «La tradizione virgiliana a Mantova», *Montova - Le lettere I*, Mantua, 1959, págs. 1-135.

⁵⁶ «Mantua, demasiado cercana, ¡ay!, de la infeliz Cremona», *Ec.* IX 28.

*Mincius et tenera praetexit harundine ripas*⁵⁷; pero también resuenan, esta vez con acentos heroicos, en la *Eneida*, donde aparece el linaje de Mantua, más antigua que la misma Roma, cuyo vigor arranca de sangre etrusca; o cuando el Mincio, velado de sus cañaverales verdosos, transporta las naves de los escogidos guerreros mantuanos alzados en armas para unirse a Eneas y los rútilos contra el cruel Mecencio; o cuando el jefe que los conduce, Aulestes, muere atravesado sobre los altares por la lanza de Meso, víctima propiciatoria de la victoria de etruscos y troyanos, de la cual vendría Roma⁵⁸.

La Mantua de la historia no era siquiera una ciudad romana cuando nació Virgilio. Pertenecía oficialmente a la provincia de la Galia Cisalpina y sus habitantes habían recibido el *ius Latii* en el año 89 a. C., pero no sería plenamente ciudad romana hasta el año 42 a. C. Virgilio siguió siendo siempre, hasta cuando en Roma la multitud lo ovacionaba como al propio Augusto, un provinciano, un itálico sensible a la plural contribución de Italia a la grandeza de Roma⁵⁹. Es con orgullosa emoción como se refiere a los orígenes etruscos de Mantua, si no únicos, aquellos de donde arranca su fuerza, consideración que, al menos en lo fundamental, no ha sido desmentida por los hallazgos arqueológicos⁶⁰.

⁵⁷ «Al borde del agua, donde el inmenso Mincio discurre con perezosos meandros y festonea las riberas con tiernos juncos», *G.* III 14-15.

⁵⁸ Véase *Eneida* X 198-212, XII 289-296.

⁵⁹ Cf. J. F. HALL, «P. Vergilius Maro: *Vates Etruscus*», *Vergilius*, 28 (1982), 44-49, y, entre nosotros, J. CLOSA, «L'element cèltic a l'obra de Virgili», *Secció catalana de la Societat Espanyola d'Estudis Clàssics. Actes del VIè Simposi (Barcelona... 1981)*, Barcelona, 1983, 109-118, esp. págs. 109-110.

⁶⁰ Una armonización de la leyenda (en el tratamiento que le da Virgilio) y la historia de Mantua puede verse magistralmente expuesta en P.

Conocemos perfectamente dos importantes datos de Virgilio, su nombre completo y la fecha de su nacimiento. Virgilio se llamaba *Publius Vergilius Maro* y nació el día de las *idus* (el 15) de octubre del año en que eran cónsules por primera vez Licinio Craso y Gneo Pompeyo Magno (Pompeyo el Grande), es decir el año 70 a. C. Por lo que hace a su *nomen* (por el que en Roma se indicaba la *gens*) *Vergilius*, y a su *cognomen* (o sobrenombre) *Maro*, ambos son de origen etrusco. La epigrafía testimonia abundantemente los *Vergilii* en tierras etruscas o de colonización etrusca y, desde luego, esa es la forma correcta, mientras que la forma popular *Virgilius* no aparece hasta el siglo v d. C., sin duda por derivación de la rama de árbol (*uirga*) legendaria de que se habla al principio de las *Vitae*. El sobrenombre *Maro* es, en cambio, bastante raro; los *marones* eran una magistratura etrusca y no era extraño que un título oficial quedara atribuido tradicionalmente a una familia, como ocurre en latín con *aedilis* (cf. *CIL* VIII 18065, X 470) ⁶¹. La fecha del 70 a. C., universalmente aceptada para el nacimiento de Virgilio, fue puesta en entredicho por J. Carcopino, quien propuso rectificar en 71 a. C., sin que sus conclusiones hayan logrado imponerse ⁶². Esos son los datos ciertos.

GRIMAL, *Virgilio*, trad. cit., págs. 15-21. El estado de Mantua en la época de Virgilio viene descrito en líneas generales en W. SCHMITTHENNER, «Die Zeit Vergils», *Vergil. 13 Beiträge zum Bimillennarium Vergilianum* [= *Gymnasium*, 90, 1/2, 1983], 1-16, esp. págs. 13-15.

⁶¹ Para la cuestión de los nombres de Virgilio mantiene su valor W. SCHULZE, *Zur Geschichte Lateinischer Eigennamen*, Berlín, 1904, págs. 101, 189, 299, 306, 313, 360 y 379. Sobre su raigambre etrusca insiste R. ENKING, «P. Vergilius Maro Vates Etruscus», *MDAI (R)* 66 (1959), 65-96.

⁶² Véase J. CARCOPINO, «Le bi-millenaire de Virgile», *REL* 9 (1931), 45-61. A nuestro parecer lo que mantiene su vigencia es la corrección de

Pero las mismas *Vitae* que los transmiten los entremezclan en la descripción de la infancia de Virgilio con las primeras y bellas expresiones de la leyenda virgiliana, ellas mismas no exentas de significación verdadera. La familia de Virgilio era muy modesta. Su padre, Virgilio Marón, fue según algunos un alfarero y según otros un asalariado (*mercennarius*) de un funcionario (*uiator*, quizá un correo oficial) de nombre Magio. Marón consiguió, gracias a su laboriosidad, merecer la confianza de su patrón y casarse luego con la hija de éste, Magia Pola. De ellos nació Virgilio en el pueblecito de Andes, no lejano de Mantua, en el primer consulado de Craso y de Pompeyo. Transcurridos en Mantua los primeros años de su infancia, la familia se trasladó a Cremona cuando Virgilio tenía alrededor de doce años (*initium aetatis*, *VSD* 6), allí comenzó el niño sus estudios en la escuela y allí permaneció hasta su mayoría de edad, es decir, hasta que tomó la toga viril, a los quince años, precisamente cuando Craso y Pompeyo, los cónsules del año de su nacimiento, ejercían su segundo consulado (55 a. C.) y también, según algunas *Vitae*, el mismo día en que murió el poeta Lucrecio.

Sobre esos datos de las *Vitae* —de los que ya hemos excluido los claramente legendarios, como el sueño premonitor de la madre de Virgilio, la actitud serena del niño al nacer y la historia de la rama maravillosa plantada por su padre (*VSD* 3-5)— se ha cernido una investigación filológica minuciosa e implacable, que ha generado, naturalmente, una bibliografía que, sin enfatizar, sólo se puede calificar de inmensa. La tarea que se proponía era la de separar el grano de la paja, lo vivido de lo legendario,

1931 en lugar de 1930 como año justo para la celebración del bimilenario del nacimiento de Virgilio (v. *ibid.* págs. 46-47).

derrochando para ello esfuerzos y cayendo con frecuencia en un exacerbado hipercriticismo, notable especialmente en los trabajos de la primera mitad de este siglo ⁶³. A continuación examinaremos un par de pasajes desde esa perspectiva, para intentar en lo sucesivo una aproximación más general.

La insistencia de las *Vitae* en la modestia de la familia del poeta es cautivadora y —en parte por eso mismo— poco fiable. Que hay en ello una búsqueda de lo extraordinario o lo maravilloso, por contraste con los altos destinos que aguardaban a Virgilio, es algo que está muy bien ilustrado por la manera en que la biografía de Focas trata el asunto:

*huic genitor figulus Maro nomine, cultor agelli,
ut referunt alii, tenui mercede locatus,
sed plures figulum, quis non miracula rerum
haec stupeat? diues partus de paupere uena
enituit: figuli suboles noua carmina finxit* ⁶⁴.

⁶³ Eso ha dejado su impronta en la obra que puede considerarse quizá la suma de la investigación virgiliana de la primera mitad de este siglo, nos referimos al enciclopédico —en todos los sentidos— artículo de K. BÜCHNER, «P. Vergilius Maro. Der Dichter der Römer», publicado por primera vez en 1955 en la *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, de Pauly-Wissowa, donde ocupa las columnas 1021 a 1493 del volumen VIII A y que aquí utilizamos en su versión italiana. El propio Büchner, quien con justicia critica el hipercriticismo, por ejemplo de un Diehl, no siempre ha podido sustraerse, contagiado quizá de la imponente masa de investigación que abarca, a la obsesión por la minucia.

⁶⁴ «Fue su padre un alfarero, Marón de nombre; cultivaba un pedazo de tierra, según otros, asalariado por una escasa paga, pero los más lo llaman alfarero. ¿Quién tal maravilla puede contemplar sin estupor?: como rica mena extraída de un pobre filón, así brilló: el hijo de un alfarero dio forma a una nueva poesía», *VF* 6-10. Véanse los comentarios *ad locum* de Brugnoli y Vidal, citados en nota 40.

Focas prefiere ver en Virgilio al hijo de un padre lo más modesto posible entre las dos alternativas, para que mayor sea el *miraculum* ⁶⁵. Lo más probable es que no fuera así y que la familia del poeta perteneciera a la pequeña aristocracia o a la acomodada burguesía provincial ⁶⁶, lo suficientemente rica, en cualquier caso, como para procurar para un hijo el *cursus* de un ciudadano romano y para trasladarse de una ciudad a otra cuando fuera necesario para ese fin.

Pero ninguna cuestión de las planteadas por la narración de los comienzos de la vida de Virgilio ha movido más controversia que los diversos intentos por identificar el lugar natal del poeta. Podrá parecernos nimia cosa, pero desde luego no es eso lo que pensaron un buen número de filólogos, sobre todo anglosajones e italianos, que en los años treinta de este siglo dedicaron grandes esfuerzos a dilucidar esa cuestión, los primeros uniendo a su interés profesional el entusiasmo del turista deslumbrado por Italia, los segundos acometiendo la investigación con la pasión del que habla *de re sua*, unos y otros produciendo

⁶⁵ El oficio de *figulus* comportaba, por otra parte, resonancias alegóricas y místicas muy importantes, estudiadas en un denso trabajo de M. MAYER, «El oficio del padre de Virgilio y la tradición biográfica virgilia-na», *AFFB* 1 (1975), 67-92. Sobre la introducción de *portenta* en las biografías antiguas como tópico del género véase J. A. SÁNCHEZ MARÍN, «Prodigios, elementos eróticos y retrato físico en las biografías de los poetas», *Emerita* 33 (1985), 291-308.

⁶⁶ Esa era ya la opinión de M. L. GORDON, «The Family of Vergil», *JRS* 24 (1934), 1-12, pág. 10, llevada a su expresión más radical en Brug-noli (*s. u.* «Magia» in *Enc. V. III*, Roma, 1987, 316-318, pág. 317), para quien todo lo transmitido por las *Vitae* con relación a la familia de Virgilio no es más que una invención excogitada a partir del mundo pastoril y agrícola evocado en las *Bucólicas* y las *Geórgicas*; *contra*, BÜCHNER, *Virgilio*, cit., pág. 31.

una considerable bibliografía ⁶⁷. La tradición biográfica es, en medio de tantas otras contradicciones, unánime al respecto: Virgilio nació en Andes y Andes estaba en las cercanías de Mantua ⁶⁸, pero la distancia exacta no es especificada salvo en una ocasión, en la *VP*, que la cifra en *milia passuum III*. Todo concordaría si no fuera porque ésa no es la lección de los códices de *VP*, que también unánimemente dan *milia passuum XXX*. Como dice agudamente Hardie, «in hoc uero aut 'tria' aut 'triginta' tota lis uertitur» ⁶⁹. Naturalmente la corrección no se hace para forzar al texto a que concuerde con los otros testimonios —o, al menos, no conscientemente—, sino porque viene dada por el primer editor de la *VP*, Egnatius (1507), quien declara haber seguido un «uetustissimus codex», hoy perdido, procedente de Bobbio y cuya autoridad estaría por encima de los mss. humanísticos que nos conservan la *VP* ⁷⁰. Con independencia de la postura que se adopte en este complicado problema formal, la cifra de treinta millas plantea la dificultad de que, teniendo en cuenta la reducida extensión de la comarca de Mantua, no parece posible que per-

⁶⁷ Puede verse recogida en su mayor parte en W. SUERBAUM, «Hundert Jahre...», cit. en nota 52, págs. 46-47.

⁶⁸ *VSD* 6: *natus est... in pago, qui Andes dicitur et abest a Mantua non procul*; *VS*: *ciuis Mantuanus*; *VP*: *natus... uico Andico, qui abest a Mantua milia passuum III [XXX codd.]*; *VF* 1-2: *Maronem / Mantua... generauit*; *VH* 1: *Vergilius Maro in pago qui Andes dicitur, haut procul a Mantua nascitur*.

⁶⁹ C. HARDIE, *Vitae Vergilianae antiquae*, cit., pág. VI.

⁷⁰ La autenticidad y mayor valía de la lección de Egnatius fueron defendidas por M. WHEELLOCK, «The manuscript tradition of Probus», *HSPH* 46 (1935), 85-153, y aceptadas por los editores recientes (Hardie, Bayer), pero no por el último, Lehnus (cit. en nota 38). BÜCHNER, *Virgilio*, pág. 17, tampoco la acepta porque ve en *XXX* un ejemplo de error que separa la *VP* del filón común suetonio-donatiano.

teneciera a ella un lugar tan distante de la ciudad ⁷¹. Sea como fuere, ¿dónde hay que situar a Andes, el mantuano lugar natal de Virgilio? Una firme tradición, que se remonta por lo menos al medioevo, responde que en Pietole —en Pietole Vecchia, para ser exactos—, un pueblecito situado a 4 kms. al SE de Mantua (eso es lo que permitió ya al Dante inmortalizarlo: «E quel ombra gentil per cui si noma / Pietola più che villa mantovana» ⁷²), pero esa identificación fue rechazada por R. S. Conway quien, aceptando la lección XXX de los códices de VP y apoyándose en la onomástica atestiguada por la epigrafía, propuso, en un primer momento ⁷³, Calvisano, cerca de Brescia, y luego ⁷⁴ Carpenedolo, a unas treinta millas al NO de Mantua. Contra ello reaccionaron los defensores de Pietole, principalmente Nardi ⁷⁵ y Rand ⁷⁶, mientras que Dal Zotto, desplegando una portentosa erudición lingüística y geológica,

⁷¹ P. TOZZI, *Storia Padana Antica*, Milán, 1972, págs. 67-69, y, en general para todo el problema de la identificación de Andes, véase, del mismo autor, s. v. «Andes», *Enc. V. I*, Roma, 1984, 164-166.

⁷² *Purg.* 18, 82-83. La reputación de ser el lugar natal de Virgilio le ha valido a Pietole no sólo una fortuna inmensa en la pluma de escritores y viajeros (cf. G. SCHIZZEROTTO, *Letterati e viaggiatori nel paese natale di Virgilio*, Mantua, 1981, *passim*), sino algo tan sustancioso como una exención de tributos decretada nada menos que por Napoleón Bonaparte (véase tan curioso decreto en L. PESCASIO, *Virgilio a Mantova*, Mantua, 1981, pág. 34).

⁷³ R. S. CONWAY, «Dov'era il podere di Virgilio», *A&R*, n. s., 7 (1926), 170-186. Es traducción italiana de un anterior trabajo inglés al que no hemos tenido acceso.

⁷⁴ R. S. CONWAY, «Further considerations on the site of Vergil's farm», *CQ* 25 (1931), 65-76.

⁷⁵ En una numerosa colección de trabajos que van desde 1927 a 1934, especialmente, *La giovinezza di Virgilio*, Mantua, 1927.

⁷⁶ También en varios artículos, entre los cuales está «Virgil's birthplace revisited», *CQ* 26 (1932), 209-214.

colocaba a Andes precisamente entre Pietole y Ceresse ⁷⁷; en fin, *alii alia*, hasta nuestros días ⁷⁸. Dos son las dificultades mayores que envuelven el problema —por otra parte menos importante, nos parece, que la enorme bibliografía que ha merecido—: primero, la ya mencionada indefinición de las fuentes biográficas y, segundo, la puerta que se abre al subjetivismo —por bien intencionado que sea y por mucha la erudición en que se apoye— cuando se acepta, actitud frecuente en los autores mencionados, que en las *Bucólicas*, especialmente en la primera y la novena, encontramos en los paisajes que se describen una referencia concreta a los lugares natales del poeta. No es posible localizar en la fecunda y plana campiña paduana, donde está Pietole —razonan Conway y los suyos—, las magras tierras del Meris de la novena bucólica —léase Virgilio—, que bajan desde los cerros hasta el borde del agua (*Ec.* IX 7-10), ni, menos todavía, los *montes* del final de la primera, cuyas sombras se proyectan alargadas, y que, en cambio, bien pueden verse más al Norte, en Carpenedolo o Calvisano, cerca de los contrafuertes alpinos; pero Rand sí ha sabido encontrarlos en Pietole, en el 'Monte di Virgilio', desde donde el Mincio se ve verdaderamente *ingens*, como quieren las *Geórgicas* ⁷⁹. Pero es que los paisajes so-

⁷⁷ A. DAL ZOTTO, *Vicus Andicus. Storia critica e determinazione del luogo natale di Virgilio*, Mantua, 1930.

⁷⁸ Una concisa y clara consideración de las principales propuestas y contrapropuestas, no exenta de una leve ironía que encarece su mérito, es la de E. DE SAINT-DENIS, *Virgile. Bucoliques*, cit., págs. VIII-IX. Para seguir al detalle la cuestión véase P. TOZZI, s. v. «Andes», cit., con bibliografía hasta 1981.

⁷⁹ B. Nardi ha escrito de forma entrañable y bella los paseos por los parajes virgilianos, *Bucólicas* en mano, bien solo, bien acompañando a entusiastas filólogos del Norte, como Conway y Rand, rastreando con los ojos y con el alma aquí el lugar en que el Mincio discurre perezoso,

bre los que cantan Tí tiro y Melibeo, Dametas y Menalcas, Lícidas y Meris —decimos ahora aquí y lo olvidamos también nosotros cuando nos hallamos al borde del Mincio— son paisajes literarios, evocadores de estados de alma, mucho más que de topografías concretas. No es legítimo pedirles que sustenten localizaciones exactas. Sólo cuando las fuentes biográficas han sido utilizadas en todas sus posibilidades y cuando se han apurado los datos que proceden de la investigación arqueológica, epigráfica, incluso de la historia de la agrimensura, se puede avanzar algo en estas cuestiones; para entonces, sin embargo, es dudoso que los resultados sean tan ciertos como para ser inmunes al valor evocador del paisaje poético y del paisaje real.

Esta crítica exhaustiva, que hemos intentado ejemplificar, se ha aplicado a todo: al nombre del padre y de la madre de Virgilio, al de sus hermanos —cuya propia existencia se cuestiona—, a la realidad de la casa de la familia en Cremona, a la fecha de la toma de la toga viril, etc., etc.⁸⁰. Lo que en suma es legítimo deducir del relato de las *Vitae*, comprendidos los pasajes legendarios que no por

allí los *montes* de los que *maiores cadunt... umbrae*: «Lo spettacolo di questi insigni filologi che avevano finito per invischiarsi in una disputa d'estetica, e pretendevano dai quadri poetici che Virgilio aveva disegnato di ricavare 'notizie' sul suo luogo natale, e di misurare il valore della sua arte dalla corrispondenza o meno colla realtà fisica, era davvero interessante, e mi parve valesse la pena di ossevarlo» (B. NARDI, *Mantuanitas Vergiliana*, cit., pág. 28). Esa emoción impresiva es algo de lo que difícilmente nos sustraemos todavía hoy —y ojalá siempre— cuando, siguiendo el curso del Mincio, peregrinamos de Mantua a Pietole.

⁸⁰ Como se ha dicho, no vamos a ocuparnos de todas estas cuestiones en detalle. El lector curioso puede encontrarlas expuestas en BÜCHNER, *Virgilio*, págs. 29-61 (estado de la cuestión en los años cincuenta) y ponerlas al día consultando las bien tabuladas bibliografías de Suerbaum y de Briggs (citadas en notas 52 y 48, respectivamente).

serlo dejan de tener una significación, es la realidad de una infancia transcurrida en un mundo familiar apegado a la tierra, laborioso y emprendedor, donde ningún esfuerzo se escatima para procurar a Virgilio una educación que lo convierta en un patricio romano (la comparación con los esfuerzos del padre de Horacio, siempre gratamente recordados por el hijo, se impone fácilmente), y la de un hijo, que aun respondiendo y superando esas esperanzas, aparece radicalmente vinculado a la tierra, a sus ritmos, al sinsabor y a la alegría de su cultivo, y eso para siempre.

En Cremona, pues, habíamos dejado al niño Virgilio realizando sus primeros estudios serios. La noticia de las *Vitae* armoniza con la realidad histórica de una Cremona que mantenía una preeminencia jurídica y política sobre las ciudades de la región (la misma que le costó ser afectada directamente por las confiscaciones que sólo de resultas tocaron a Mantua) y en la que probablemente la familia tenía una residencia, aquella cuya previsible pérdida esperaríamos más tarde Virgilio que fuera compensada por la villa de Sirón⁸¹. En Cremona vive Virgilio entre los doce y los quince años y, acabados sus estudios, toma la toga viril el 15 de octubre del 55 a. C., es decir el día que cumple quince años. Hacerlo tan tempranamente era posible en esta época y no hay motivo para desconfiar de las *Vitae* en ese punto. En cambio hay que rechazar que ese mismo día muriera Lucrecio, coincidencia a todas luces forzada por los biógrafos en su deseo de lograr concordancias «áureas» llenas de simbolismo premonitorio. La coincidencia —esta vez cierta— de que ese año desempeñaron por

⁸¹ Recuérdese el texto de *Catalepton VIII: Villula, quae Sironis eras, et pauper agelle, / ... / ... tu nunc eris ... / Mantua quod fuerat, quodque Cremona prius*. Cf. *infra* pág. 49.

segunda vez el consulado Pompeyo y Craso nos lleva a recordar qué hombres y qué designios conducían la República romana durante la infancia de Virgilio. Junto a Pompeyo —el general victorioso del momento— y Craso —el hombre más rico de Roma—, Julio César —el más ambicioso— forma el primer triunvirato en el año 60, cuando Virgilio tiene diez, y los tres hombres comienzan a realizar su estrategia de repartirse las posiciones claves de la República, desempeñando las magistraturas que dan una apariencia constitucional a su asalto al poder. En el 59 es el consulado de César, quien asumirá para su posterior proconsulado la provincia de las Galias, que conquistará y gobernará durante cinco años. En el 56 los triúmviros deciden reforzar su pacto en la conferencia de Lucca: Pompeyo y Craso se aseguran su segundo consulado para el 55 y César recibe las Galias para cinco años más. Desde el año 58 era patrono de esa provincia y es él quien en el año 49 otorga a la Galia Cisalpina el pleno derecho romano. Virgilio, como todos sus conciudadanos, tuvo a César como astro de su infancia, aureolado por la gloria de la conquista de las Galias, justo en los años en que acrecentaba día a día su prestigio y se preparaba para la conquista del poder. Los acentos de desolación con que al final del primer libro de las *Geórgicas* describe los prodigios que se siguieron a la muerte de César son, en su sinceridad y en su emoción, testimonio de la imborrable huella que la grandeza de aquel hombre había dejado en el alma del poeta durante sus años de adolescencia.

La juventud del poeta

Virgilio estudió a continuación en Milán. Al lado de la escuela del rétor es presumible que fuera allí donde co-

menzara los estudios de medicina y matemáticas, de que hablan las *Vitae* (VSD 15). Estas «matemáticas» han de ser entendidas en un sentido mucho más amplio que el moderno, se trata de estudios de la naturaleza, fundamentalmente astronomía y astrología⁸². Estas preocupaciones, ajenas al programa «oficial» de las escuelas de retórica, dejarán honda huella en la obra de Virgilio⁸³. Pero era en Roma donde realmente había que coronar los estudios y prepararse para el foro. No sabemos exactamente cuándo, pero sin duda bastante antes del 50 a. C. se traslada Virgilio a la Urbe. Controlada la vida pública por los triúmviros, bien pocas eran las oportunidades que tenía un joven provinciano para hacer sus primeras armas en la carrera de la elocuencia y la política, pero ya entonces estaba claro que ése no iba a ser el camino de Virgilio, según atestigua Meliso: «Litigó ante los tribunales solamente una vez y no volvió a hacerlo ninguna más porque cuando peroraba era muy lento y casi parecía un ignorante» (VSD 16). No se trataba, sin embargo, de una cuestión de incapacidad; al contrario, también sabemos que Virgilio «recitaba con voz agradable y con un encanto que provocaba admiración... y Julio Montano, el poeta, acostumbraba a decir que le habría robado algún verso a Virgilio, si le hubiera podido robar también la voz, la pronunciación, el gesto» (VSD 28-29) y ahí están los discursos de la *Eneida* para demostrar el dominio de los recursos retóricos de su autor⁸⁴. Es difícil resistirse a la tentación de colocar en

⁸² Sobre el estatuto científico de estas disciplinas, tal como las pudo estudiar Virgilio, cf. J. BAYET, «L'immortalité astrale d'Auguste ou Manilius commentateur de Virgile», *REL* 17 (1939), 141-171, esp. 153; en general, P. D'HEROUVILLE, *L'astronomie de Virgile*, París, 1940.

⁸³ Cf. P. GRIMAL, *Virgilio*, trad. cit., págs. 36-41.

⁸⁴ Cf. el clásico libro de G. HIGHET, *The Speeches in Vergil's Aeneid*, Nueva York, 1972.

este momento la «despedida de la retórica» que leemos en la pieza quinta del *Catalepton*:

*Ite hinc, inanes, ite rhetorum ampullae,
inflata rhoezo non Achaico uerba,
et uos, Selique Tarquitique Varroque,
scholasticorum natio madens pingui,
ite hinc, inane cymbalon iuuentutis*⁸⁵.

Pero de esta época de Virgilio en Roma nada sabemos con certeza. La *VB I* quiere que hubiera estudiado con un cierto orador Epidio y que fuera condiscípulo del entonces joven Octaviano —también, en ese caso, de Marco Antonio, de acuerdo con Suetonio, *De Rhet.* 4—, lo cual le valdría después el salvar sus tierras de la confiscación. Al margen de maestros de retórica y de filósofos, quienes sin duda recibieron a Virgilio con entusiasmo fueron los jóvenes poetas que entonces brillaban con luz nueva, los neotéricos, los *poetae noui*. Con algunos de ellos Virgilio ya se había relacionado, pues eran sus coterráneos de la Cisalpina, así Alfeno Varo; con otros trabó una amistad fidelísima que duraría hasta la muerte, como con L. Vario Rufo, el editor, junto con Tuca, de la *Eneida*, y con Asinio Polión. A su lado Helvio Cina, Valerio Catón, Licinio Calvo, Varrón Atacino, todos ellos —Catulo había muerto en el 55 a. C.— acogieron a Virgilio. Formaban algo así como una generación poética en torno a un programa estético —revulsivo para los romanos formados en la veneración a Ennio y a los antiguos poetas y comprometidos en la angustia

⁸⁵ «Alejaos de aquí, vacías ampulosidades de los retores, alejaos, palabras hinchadas de un resoplido que no es griego, y vosotros, Selio y Tarquicio y Varrón, raza de maestros que chorrea emplastos, alejaos de aquí, vacío címbalo de mi juventud», *Catalepton* V 1-5.

de la crisis final de la república: el programa de la cultura poética alejandrina, resumido en el ideal de «l'art pour l'art», el rechazo de la obra larga —«un gran libro es un gran mal», había dicho Calímaco, el patrono de la nueva poesía— y la preferencia por la composición breve, docta y refinada; el cultivo de los temas subjetivos y de la expresión del sentimiento personal; el alejamiento de todo propósito didáctico y del compromiso social o político. La admiración de Virgilio por la cultura alejandrina y la influencia que sobre él ejercieron sus representantes romanos está fuera de duda: la investigación de los ecos y rasgos neotéricos —principalmente de Catulo, pero también de Calvo, de Varrón Atacino, de Cinna— en la poesía virgiliana ha sido una de las más fructíferas de los últimos años ⁸⁶.

Las primeras obras

¿Cómo era la poesía de Virgilio en esos años romanos en torno al 53 a. C.? Porque indudablemente la hubo. Cuando Virgilio comienza las *Bucólicas*, hacia el año 42 a. C., tiene aproximadamente veintiocho años y ya es un gran poeta. ¿Sabemos algo de su anterior evolución literaria? Con esta pregunta estamos apuntando, claro está, al gran problema de la *Appendix Vergiliana*, el «Apéndice

⁸⁶ Para Virgilio y el neoterismo véase L. ALFONSI, s. u. «neoterismo», *Enc. V. III*, Roma, 1987, 701-705, con bibliografía a la que hay que añadir: J. AVILÉS, «Catul i Virgili», *Secció Catalana de la Societat Espanyola d'Estudis Clàssics* (cit. en n. 59), 179-197; B. M. ARNOLD, *Neoteric Vergil. Alexandrian Themes in the Eclogues*, tesis (Univ. Washington), Seattle, 1984 [microfilm, DA 45 (1985), 3342A] (*non uidi*); W. CLAUSEN, *Virgil's Aeneid and the Tradition of Hellenistic Poetry*, Berkeley, 1987.

Virgiliano». En las biografías antiguas no hay un «hueco» entre la primera muestra poética de Virgilio —el epigrama que, todavía niño, habría escrito contra un tal Balista, maestro de escuela y después bandido (*VSD* 17)— y la creación y publicación de las *Bucólicas*. En ese lugar aparece una lista de obras, no siempre las mismas en cada biografía —lo cual ya es problemático— y de alguna de las cuales no se nos dice más que el título. Así leemos en *VSD* 17-19 (ed. Hardie): *Deinde catalepton et Priapea et Epigrammata et Diras, item Cirin et Culicem, cum esset annorum XXVI... scripsit etiam de qua ambigitur Aetnam*; en *VS* (ed. id.): *Scripsit etiam septem siue octo libros hos: Cirin Aetnam Culicem Priapeia Catalepton Epigrammata Copam Diras*⁸⁷. Si estas obras son auténticas, significa que conocemos la poesía de juventud de Virgilio, el «Virgilio menor»⁸⁸, y que podemos seguir el proceso de la evolución de su arte literario hasta su consumación en la *Eneida*. Desgraciadamente la autenticidad se ha presentado como problemática ya desde la Antigüedad, como se desprende, por de pronto, de la cautela de la expresión de Suetonio-Donato («escribió también —aunque hay dudas al respecto— el ‘Etna’») y de la imprecisión de Servio («siete u ocho libros»). No podemos aquí ocuparnos de la autenticidad del «Apéndice», o, como en realidad hay que plan-

⁸⁷ La colección que desde José Escalígero (1573) se conoce por *Appendix Vergiliana* comprende, además de las obras mencionadas en las *Vitae*, todas las atribuidas a Virgilio por la tradición manuscrita. Véase ahora la edición de M. Dolç, *Apèndix Virgiliana, I-II*, Barcelona (Fundació Bernat Metge), 1982-1984.

⁸⁸ Así A. Rostagni, el más conspicuo de los defensores modernos de la autenticidad de la mayor parte de las piezas, en su libro *Virgilio minore. Saggio sullo svolgimento della poesia virgiliana*, Roma, ¹1961 [Turín, ¹1933].

tearse la cuestión, de la autenticidad de cada una de sus composiciones ⁸⁹. De entre los biógrafos recientes de Virgilio, P. Grimal es quien se muestra más optimista:

Es necesario desechar las posiciones 'hipercríticas' y aceptar, a título de hipótesis (demostrable, por otra parte) la autenticidad... de la *Appendix Vergiliana: Ciris* (o *La pequeña garza*), *Culex* (*El mosquito*), *Dirae* (las *Imprecaciones*), *Copa* (*La tabernera*), *Moretum* (del nombre de una comida compuesta de queso blanco y esencia de ajo, apreciada por los campesinos itálicos), el *Catalepton*, por último, o colección de *Composiciones sencillas*... Los filólogos modernos se han ingeniado en probar... que esos poemas no son obra de Virgilio. Eso contra la opinión de los comentaristas antiguos: Lucano ya hacía alusión al *Mosquito*. En efecto, responden los hipercríticos modernos, ¡pero ese *Mosquito* no es el que los manuscritos nos han transmitido bajo ese nombre! ⁹⁰.

⁸⁹ Además de la introducción de Dolç a su edición de la *Appendix* citada en n. 87 (vol. I, págs. 7-58), véase I. RICHMOND, «Recent Work on the 'Appendix Virgiliana'», *ANRW* II 31.2, 1981, págs. 1112-1154, y también las voces correspondientes a cada una de las piezas en la *Enc. V*. Contamos además con la buena exposición de conjunto de F. MOYA, «Virgilio y la Appendix Vergiliana», *Bimilenario de Virgilio. Simposio internacional (Salamanca... 1982)*, Salamanca, 1982, 203-243.

⁹⁰ P. GRIMAL, *Virgilio*, trad. cit., pág. 62. El optimismo de este sabio descansa sobre un profundo conocimiento de la obra virgiliana. No obstante, los testimonios antiguos se reparten entre los categóricamente a favor y los que dejan ver cierta ambigüedad —como los reproducidos de las *Vitae*— (véase el elenco de ellos en A. SALVATORE, s. u. «Appendix», *Enc. V*, I, Roma, 1984, págs. 229-233, esp. 231 s.). Por otra parte para poemas como la *Ciris*, por ejemplo, su carácter de imitación de Virgilio —rayana en algunos pasajes con el centón virgiliano— parece excluir definitivamente la autenticidad, como creemos demuestra A. THILL, «Virgile auteur ou modèle de la *Ciris*?», *REL* 53 (1975), 116-134.

La aceptación de la paternidad virgiliana no suele extenderse a tanto como propone Grimal, pero casi nadie duda de que en el *Catalepton* —cuyo mismo título griego, algo así como «pequeñas poesías» o «poesías ligeras», tanto apunta a la manera neotérica— tenemos auténtica poesía del Virgilio joven.

¿Fue entonces Virgilio un neotérico?, cabría preguntarse. Y habría que responder que lo fue, pero que no permaneció siempre como tal. Sin la asimilación de las novedades que, sobre todo en la lengua poética latina, aportaron los neotéricos no se explicaría la poesía de Virgilio; pero la exquisita y decadente estética de los alejandrinos romanos, su programática desvinculación del compromiso con la angustiosa realidad de sus tiempos ya no llenaban el alma de quien seguía conservando el sano instinto moral de su niñez campesina. La torre de marfil de la poesía no le servía para aislarse de una realidad social y política, humana en fin, que presagiaba las funestas guerras civiles. Pues entre tanto, muerto Craso en el año 53, estaba claro que no había en Roma sitio para las ambiciones de Pompeyo y de César y que el estallido de la guerra entre los partidarios de uno y del otro era sólo cuestión de tiempo.

La llamada de la filosofía

Virgilio deja, pues, Roma con el ánimo turbado y en la búsqueda de la tranquilidad del espíritu emprende ahora el camino de la filosofía. El poema quinto del *Catalepton*, cuyos versos de despedida de la retórica citábamos más arriba, prosigue así:

*tuque, o mearum cura, Sexte, curarum,
uale, Sabine; iam ualete, formosi.*

*nos ad beatos uela mittimus portus
 magni petentes docta dicta Sironis
 uitamque ab omni uindicabimus cura.
 ite hinc, Camenae, uos quoque ite iam sane,
 dulces Camenae —nam fatebimur uerum,
 dulces fuistis—, et tamen meas chartas
 reuisitote, sed pudenter et raro*⁹¹.

No sólo se trata, pues, de aquel decidido y hasta crítico adiós a la retórica, sino de uno, entrañable y cariñoso, a los amigos y a las musas mismas, de las que, no obstante, no quiere alejarse para siempre. ¿Cuál es ese puerto feliz para el espíritu y quién ese gran maestro? Virgilio ha encontrado la doctrina de Epicuro: sólo desde hacía unos años y gracias al cuidado de Cicerón —quien en el 54 a. C. publica el *De rerum natura*— había podido leer en los versos latinos de Lucrecio el mensaje de Epicuro:

*Sed nil dulcius est, bene quam munita tenere
 edita doctrina sapientum templa serena,
 despiciere unde queas alios passimque uidere
 errare atque uiam palantes quaerere uitae*⁹²

⁹¹ «Y tú, oh cuita de mis cuitas, Sexto Sabino, adiós; adiós ya, guapos. Nosotros desplegamos velas hacia puertos afortunados, en busca de las doctas enseñanzas del gran Sirón, y liberaremos nuestra vida de todo cuidado. Alejaos de aquí, Camenas, vosotras también, alejaos ya, sí, dulces Camenas (pues, confesaremos la verdad, dulces nos fuisteis), y, sin embargo, volved a visitar mis páginas, pero discretamente y a veces», *Catalepton*, V 6-14.

⁹² «Pero nada hay más grato que ser dueño / de los templos excelsos guarnecidos / por el saber tranquilo de los sabios, / desde do puedas distinguir a otros / y ver cómo confusos se extravían / y buscan el camino de la vida», *LUCR.*, 2, 7-10 (trad. J. Marchena).

y busca ahora ese templo de la mano de Sirón en Nápoles, a donde se encamina hacia el 50 ó 49 a. C., dejando atrás una Roma convulsa en las vísperas mismas de la guerra civil. Sabemos alguna cosa de Sirón ⁹³: es nada menos que Cicerón quien nos habla de él con gran respeto en sus escritos filosóficos (*Acad.* 2, 106; *De fin.* 2, 119) y en su correspondencia (*Ad fam.* 6, 11, 2). De acuerdo con la tradición del epicureísmo había agrupado en torno a sí un cenáculo de jóvenes aprendices de la filosofía de Epicuro, muy cerca de Nápoles, en Posilipo, y es muy probable que tengamos un precioso testimonio de quiénes eran algunos de los amigos que con Virgilio seguían las enseñanzas de Sirón. En efecto, no lejos de allí tenía su escuela otro insigne maestro de epicureísmo, Filodemo de Gádara, quien había llegado a Roma hacia el año 70 a. C., pero que residía casi siempre en Herculano. Los contactos entre ambas escuelas tan cercanas fueron estrechos y quedan de ellos testimonios escritos ⁹⁴, en su mayor parte conservados en los papiros que pertenecieron a la biblioteca de Filodemo, encontrada en la famosa «Villa dei papiri» de Herculano ⁹⁵. Pues bien, hace ahora un siglo A. Körte reconstruyó sobre uno de los papiros procedentes de las excavaciones herculaneas los nombres de L. Vario Rufo, Quintilio Varo, Horacio y Virgilio mismo ⁹⁶. No es difícil evocar la

⁹³ Véase ahora G. D'ANNA, s. u. «Sirone», *Enc. V. IV*, Roma, 1988, 893-895.

⁹⁴ Cf. ahora E. SBORDONE, «Virgilio e la cultura epicurea del golfo di Napoli», *Atti Conv. Mond. Scient. Studi su Virgilio II*, Milán, 1984, págs. 113-121, esp. pág. 121.

⁹⁵ Cf. ahora M. GIGANTE, *La bibliothèque de Philodème et l'épicurisme romain*, París, 1987.

⁹⁶ A. KÖRTE, «Augusteer bei Philodem», *RhM* 45 (1890), 172-177. Un tratamiento crítico de estas noticias en J. PERRET, *Virgile*, cit., págs. 11-12.

atmósfera espiritual, a la vez intelectual y afectiva, de aquel grupo de jóvenes, unidos por la amistad que aconsejaba Epicuro y bañados por la luz y el mar de la hermosa bahía de Nápoles: *illo Vergilium me tempore dulcis alebat / Parthenope studiis florentem ignobilis oti* (por aquel tiempo me nutría a mí, Virgilio, la dulce Parténope, cuando me entregaba a los placeres de un ocio sin gloria), pudo decir el poeta ⁹⁷ recordando aquella época de estudio y compañerismo. Esos estudios y aficiones abarcaron un amplio círculo de saberes e intereses, a juzgar por los títulos supérstites de la biblioteca de Filodemo: además de la filosofía misma, poesía, música, política y, por supuesto, aquellas enseñanzas físico-naturales en las que Virgilio ya se había iniciado y cuyo componente tan alto era en el epicureísmo romano y, concretamente, en Lucrecio ⁹⁸. Naturalmente nada de esto prueba que Virgilio fuera un epicúreo en el sentido canónico de la palabra ⁹⁹, sino que supo extraer de la filosofía epicúrea una serie de preocupaciones y de respuestas que hizo suyas y que están presentes en su obra, sin que sus ataduras con la escuela fueran tan rígidas como para no poder aceptar más tarde la ética estoica. Los ecos del epicureísmo —aunque no siempre es posible separarlos de la influencia propia de Lucrecio— son profundos en buena parte de la poesía virgiliana, en las *Bucólicas*, especialmente en la invención de la Arcadia como paisaje espiritual —ese estupendo hallazgo

⁹⁷ En los versos finales de las *Geórgicas* (IV 563-564). *Parthenope* era el nombre antiguo de Nápoles (*Neapolis*, «la ciudad nueva»), tomado del de una sirena cuya tumba se mostraba en la ciudad.

⁹⁸ Sobre la experiencia virgiliana en estos lugares y momentos, M. GIGANTE, «Virgilio fra Ercolano e Pompei», *A&R*, n. s., 28 (1983), 31-50.

⁹⁹ Cf. H. NAUMANN, «War Vergil Epikureer?», *Sileno* 1 (1976), 245-247.

virgiliano—¹⁰⁰, en la simpatía con la naturaleza de las *Geórgicas*¹⁰¹. El afecto entre el maestro y el discípulo fue muy profundo: en *Catalepton* VIII, compuesto cuando la confiscación de las tierras familiares era inminente (hacia 42 a. C., por tanto), Virgilio parece ser el propietario de la modesta villa de Sirón, quien ya habría fallecido:

*Villula, quae Sironis eras, et pauper agelle,
uerum illi domino tu quoque diuitiae:
me tibi et hos una mecum, quos semper amaui,
si quid de patria tristius audiero,
commendo, in primisque patrem; tu nunc eris illi,
Mantua quod fuerat quodque Cremona prius*¹⁰².

El callado dolor, la melancolía, el tembloroso temor por la patria en peligro se aúnan en estos versos verdaderamente virgilianos con el afecto protector hacia los suyos, expresados desde la que a partir de entonces sería la segun-

¹⁰⁰ Cf. B. SNELL, «Arcadia: el descubrimiento de un nuevo paisaje espiritual», *Las fuentes del pensamiento europeo*, Madrid, 1965 (trad. esp.), págs. 395-426.

¹⁰¹ Cf. J. L. JORDÁN MONTÉS, F. PÉREZ SÁNCHEZ, «Las influencias del Epicureísmo en las *Bucólicas* y *Geórgicas* de Virgilio. Estudio de la Égloga II», *Simposio Virgiliano* [Universidad de Murcia, 1982], Murcia, 1984, 369-377. En general cabe recordar aquí que el epicureísmo en el pensamiento, en la religiosidad y en el arte de Virgilio es un tema clásico de la investigación virgiliana. Como síntesis véase, L. ALFONSI, s. u. «Epicureísmo», *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 328-331, con elenco de pasajes virgilianos y bibliografía.

¹⁰² «Villita, que eras de Sirón, y tú, pobre trozo de tierra, por más que para aquel gran dueño tuyo eras tú un tesoro, yo me encomiendo a ti, yo, y, conmigo, todos a los que quiero, por si algo triste de mi patria oigo, y el primero te encomiendo a mi padre; tu ahora serás para él lo que fueron Mantua y Cremona antes», *Catalepton* VIII.

da y alma patria de Virgilio. Nápoles fue decisiva para el poeta, tanto en su realidad geográfica como espiritual: ambas fueron conocidas, amadas y, casi se podría decir, explotadas por Virgilio intensamente durante el resto de su vida y de su obra ¹⁰³.

De entonces data su familiaridad con los lugares en que se desarrolla el sexto libro de la *Eneida*, con Cumas, la colonia más antigua de la Magna Grecia, donde se levantaba un importante templo dedicado a Apolo y se hallaba la gruta donde profetizaba la famosa Sibila; pero también con los lugares donde reinaban las divinidades infernales, con el lago Averno cuyas inmóviles y oscuras aguas, remansadas en un cráter volcánico, es fama que se comunicaban con el mundo de ultratumba. Nápoles ofrecía también su clima espiritual: filósofos, oradores y profetas, que venían de Grecia y del Asia anterior, propagaban mensajes místicos y apocalípticos, como las mismas profecías mesiánicas que venían de Judea, o, sin salir del ámbito espiritual del helenismo, la expectación del *theîos anēr*, del «hombre divino». En aquellos tiempos de desolación y crisis la idea de un enviado de los dioses, de un salvador, cobró un énfasis muy grande y dejó huella en el alma de Virgilio y, luego, en su obra ¹⁰⁴. En Nápoles Virgilio se preparaba, sin saberlo, para las grandes pruebas que le convertirían en el Poeta de los romanos.

¹⁰³ En estas consideraciones seguimos la expresiva síntesis de M. GIEBEL, *Vergil*, cit. en n. 52, págs. 28-29.

¹⁰⁴ Cf. L. BIELER, *THEIOS ANER. Das Bild des 'göttlichen' Menschen in Spätantike und Frühmittelalter I-II*, Viena, 1935-1936 [= Darmstadt, 1976], esp. I, pág. 5.

De las guerras civiles a la época de las Bucólicas

En Roma, mientras tanto, estaban cambiando los destinos del mundo. Podemos sólo suponer que Virgilio se mantuvo en Nápoles durante los años que vieron la ruptura del primer triunvirato, la rivalidad entre César y Pompeyo, el estallido de la guerra civil y su final —con el cruento saldo de la sangre romana derramada por mano de romanos en las llanuras de Farsalia—, la muerte miserable, en fin, de Pompeyo el Grande. Virgilio no asistió impasible al drama de su patria: *Nec, pueri, ne tanta animis adsuescite bella / neu patriae ualidas in uiscera vertite uires*¹⁰⁵, gritará, angustiado, por boca de Anquises, a las sombras de ultratumba que serán un día César y Pompeyo. Después de Farsalia, cuando César renunció a verter más sangre romana y asombró a la Urbe con su clemencia, en lugar de las acostumbradas proscripciones, Virgilio pudo ver en el antiguo y admirado patrono de la Cisalpina al salvador providencial, pero muy poco duró la esperanza: tras el asesinato de César —ya hemos aludido al estupor y a la queja que su muerte arranca a Virgilio en las *Geórgicas*— la rueda implacable de la guerra civil se puso de nuevo en marcha y con ella el cortejo sangriento de las proscripciones. Las decretadas por el segundo triunvirato —Marco Antonio, Lépido y Octaviano—, que se constituye en el año 43 a. C., afectaron a numerosos caballeros y senadores, entre ellos Cicerón. Virgilio tuvo que saber que la cabeza y las manos del gran orador fueron expuestas en los

¹⁰⁵ «No, hijos míos, no acostumbréis vuestros ánimos a tan crueles guerras, no dirijáis contra las entrañas de la patria vuestras valiosas fuerzas», *Aen.*, VI 832-833.

rostra del foro para satisfacer la venganza de Antonio, como había sabido de la muerte un año antes de su amigo el poeta neotérico Cinna, víctima de los tumultos que siguieron a los funerales de Julio César ¹⁰⁶. Ahora los triunviros dirigían sus fuerzas unidas contra los cesaricidas, que fueron vencidos en Filipos (42 a. C.), otra terrible lucha de romanos contra romanos, de la que Virgilio se hace eco desolado: *ergo inter sese paribus concurrere telis / Romanas acies iterum uidere Philippi* ¹⁰⁷.

¿Dónde estuvo Virgilio en estos tiempos turbulentos, aproximadamente desde el paso del Rubicón por César (49 a. C.) —con el inicio consiguiente de las guerras civiles— hasta Filipos? No lo sabemos, no tenemos ningún documento para esa época. Pero tanto si permaneció en Nápoles o en Roma, como si volvió a la tierra natal, ni siquiera toda la convicción de la doctrina de Epicuro pudo hacer que los amigos del círculo de Sirón permanecieran al margen de los acontecimientos. Es más, Virgilio fue directamente afectado por ellos de manera cierta y amarga, pero cuyas vicisitudes concretas es imposible reconstruir. Que la propiedad familiar de Virgilio fue afectada o, por lo menos, amenazada por la confiscación, es algo que no se

¹⁰⁶ La identidad del Cinna salvajemente asesinado por el populacho con el poeta Helvio Cinna parece clara en las fuentes antiguas (PLUT., *Caes.* 68, *Brut.* 20; VAL. MÁX., 9, 91; Suet., *Iul.* 85), sin embargo, ha sido objetada por M. E. DEUTSCH, «The murder of Cinna, the poet», *CJ* 20 (1925), 326-336, esp. pág. 336; *contra* I. P. WISEMAN, *Cinna the Poet, and other Roman essays*, Leicester, 1964, pág. 46. Debemos esta información a la amabilidad del Dr. X. Ballester.

¹⁰⁷ «Así que Filipos vio por segunda vez enfrentarse entre sí con armas iguales ejércitos romanos», *G.* I 489-490. Sobre el sentido de la expresión *iterum* («segunda vez»), véase, J. L. VIDAL, «La biografía de Virgilio escrita por Focas», cit. en n. 40, pág. 11, nota 29.

puede poner en duda. Por muchas que sean las reservas aconsejadas por lo extendido de la interpretación alegórica con fines biográficos de las obras del poeta ¹⁰⁸, el testimonio del ya citado *Catalepton* VIII, mas el de las *Bucólicas* primera y novena, las supera. Es evidente que en la primera de estas composiciones es Virgilio quien habla, quien manifiesta el temor por la suerte que pudieran correr Mantua y Cremona y la esperanza de que, si fuere aciaga, la villa de Sirón acoja a su familia. En la primera *Bucólica*, por otra parte, aparecen contrastadas la suerte del pastor Títiro, que goza tranquilo de sus bienes, y la del desdichado Melibeo, desposeído de sus tierras por un *impius miles*, un «impío soldado», y obligado a exilarse; es la situación de Melibeo la que parecen sufrir todos («por todas partes en los campos ¡es tan grande el tumulto!»), por eso pregunta asombrado a Títiro a qué debe su fortuna, y Títiro la atribuye al favor de «aquel joven» (*illum... iuuenem*), a quien acudió en Roma: él desde entonces será para Títiro *deus*, «un dios». En la novena *Bucólica*, en cambio, reina la tristeza; el pastor Meris desengaña a Lícidas: Menalcas, el amo del primero, no ha conservado sus tierras y de entre el lamento de Menalcas Meris recuerda una queja, de curiosa precisión geográfica, por poética que sea su melancolía: «Mantua, ¡ay!, demasiado cercana de la infeliz Cremona». Ésa es la literatura y desgraciadamente desconocemos la cronología literaria: no sabemos en qué orden se escribieron esas dos piezas. Sin embargo la narración de los hechos parece ordenada y suficientemente precisa en las *Vitae*, por ejemplo, *VSD* 19:

¹⁰⁸ Sobre el alcance de la interpretación alegórica en la redacción de las *Vitae Vergilianae*, recuérdese lo dicho más arriba en especial en la nota 23.

...y [Virgilio] pasó a las Bucólicas, principalmente para celebrar a Asinio Polión, Alfenio Varo y Cornelio Galo, porque en la distribución de las tierras que, después de la victoria de Filipos, se repartían entre los veteranos, por mandato de los triúmviros, al otro lado del Po, lo habían dejado indemne.

Pero con estos datos hay que extremar la cautela, puesto que ya desde la Antigüedad se creía firmemente en el carácter alegórico de las *Bucólicas* y esto

indujo a los intérpretes a ir más allá de los límites impuestos por el mero sentido literal; pero, si de un lado es legítimo ratificar la naturaleza alegórica de estas Églogas, de otro parece imposible, especialmente allí donde la transposición es total, desentrañar el hermetismo simbólico, extrayendo de él rasgos particulares que sean reconducibles a realidades concretas y circunscritas; cosa, en cambio, posible sólo en el caso en que dicha transposición no haya podido realizarse del todo.

Así se expresa al respecto K. Büchner, a nuestro juicio con compleja precisión ¹⁰⁹.

Vayamos ahora a los hechos que conocemos históricamente. Después de las campañas de los años 43 y 42 a. C. y, concretamente, después de la batalla de Filipos (octubre del 42), los triúmviros se encontraron con el grave problema del licenciamiento de sus tropas veteranas. Para repartir tierras entre los *ueterani* —más de 200.000 después de Filipos— se habían designado de antemano dieciocho ciudades, entre ellas Cremona, ciudad hostil al partido de Octaviano. Las tierras confiscadas pertenecían por lo

¹⁰⁹ K. BÜCHNER, *Virgilio*, trad. cit., pág. 42. Extremar la cautela no quiere decir multiplicar los argumentos para encontrar debajo de cada afirmación de las *Vitae* los frutos de una «interpretación alegórica» tardía de un pasaje virgiliano, con lo cual nada de aquella se salva. Es el hipercriticismo que Büchner (págs. 27, 42-43) reprocha a Diehl (cf. *Die Vitae Virgilianae*, cit. en nota 18, esp. pág. 15).

común a la pequeña burguesía rural —el mundo que sentía como suyo el propio Virgilio—, que así pagaba su adhesión a la causa conservadora —o constitucional, se podría decir—. Después de Filipos

Antonio había dejado Italia a Octavio de muy buen grado, porque una de las tareas que allí le esperaban era la de adjudicar a los veteranos las tierras a que tenían derecho, lo que haría especialmente impopular y expondría a mil peligros al hombre encargado de tal misión. Octavio aceptó aquella tarea con una aparente indiferencia, dispuesto a vencer todos los obstáculos ¹¹⁰.

Inmediatamente después de Filipos el mando de la Galia Cisalpina había recaído en el legado de Antonio, Asinio Polión, a quien tocaba también encargarse de las expropiaciones de tierras ¹¹¹. Pero cuando en la llamada guerra de Perusa (febrero del 40) —una más de las violentas confrontaciones entre Marco Antonio y Octavio, que parecía iba a desencadenar la guerra civil, aplazada esta vez por la paz de Brindis (octubre del mismo año)— los antonianos fueron derrotados, Asinio Polión fue sustituido por Alfenio Varo, legado de Octavio, aunque Polión permaneció en la Cisalpina como comandante del ejército allí destinado. A partir de entonces era competencia de Varo el reparto de tierras y justamente a su lado o como subordinado —en una situación que es difícil de precisar— aparece un tercer personaje, Cornelio Galo. Desde luego, todos estos personajes históricos aparecen en las *Bucólicas* y eran amigos de Virgilio. El hecho mismo de que el poeta pudiera apelar directamente a ellos, incluso al mismo Octaviano —como es legítimo deducir de la primera *Bucólica*—,

¹¹⁰ P. GRIMAL (comp.), *La formación del imperio romano*, trad. esp., Madrid, 1973, pág. 199.

¹¹¹ Cf. J. ANDRÉ, *La vie et l'oeuvre d'Asinius Pollion*, París, 1949, esp. págs. 19-22.

y de que gozara con ellos de un trato familiar nos demuestra el prestigio que había alcanzado ya antes o al principio de la composición de su obra canónica. Asinio Polión, que era seis años mayor que Virgilio, fue indudablemente su patrono, no sólo en la sociedad civil, sino también en los círculos literarios: Polión ya se había afianzado en la escena literaria romana alrededor del año 60 y había merecido la aprobación del mismo Catulo y fue en el ambiente de los *poetae noui* donde trabó amistad con Virgilio. Amigo de ambos era Cornelio Galo, casi coetáneo de Virgilio, quien lo conocía desde que ambos se encontraron, jóvenes y provincianos —Galo había nacido probablemente en la actual Frejus, en la Provenza—, en los cenáculos literarios romanos. Polión, que llamaba a Galo *familiaris meus* (Cic., *Ad fam.* 10, 32, 5), fue quien lo presentó a Octavio, cerca del cual desarrollaría una brillante carrera política hasta caer en desgracia. Como poeta, Galo ya era famoso cuando Virgilio compuso la sexta *Bucólica*, en la que le rinde tributo de admiración. Alfenio Varo, en fin, era cisalpino como Virgilio, pues había nacido en Cremona entre los años 90 y 80 a. C. y, también como Virgilio, había sido discípulo de Sirón.

Hasta aquí lo que sabemos históricamente. Para obtener más información sobre el curso de los acontecimientos y la manera en que resultó afectado Virgilio, hay que recurrir a las *Vitae* y a los comentaristas virgilianos, y ya sabemos los riesgos que ello comporta. La suerte de las tierras de Virgilio estuvo, desde luego, en manos de estos hombres. La tesis clásica es que los tres actuaron como triúmviros *agris diuidendis* («para el reparto de las tierras») ¹¹²,

¹¹² Con inclusión de Asinio Polión, a pesar de su oficial desvinculación del gobierno civil de la Cisalpina. Cf. J. BAYET, «Virgil et les trium-

pero otras reconstrucciones se basan en que fue Alfenio Varo, sucesor de Polión, a quien Virgilio se dirigió para que le fueran restituidas las propiedades que los veteranos habían ocupado en un primer momento. Varo habría actuado abusivamente cuando, al no ser suficientes las tierras de Cremona —ciudad que se había mostrado hostil a Octaviano y había sido destinada a la confiscación de sus tierras—, repartió o permitió que se repartieran las de Mantua. En ese supuesto la misión de Cornelio Galo habría sido la de actuar, en su papel de *praepositus ad exigendas pecunias*, en los municipios que no debían ser afectados por las expropiaciones, contra los abusos perpetrados por Varo ¹¹³. Parecen demostradas las discrepancias entre la actuación de Alfenio Varo y la de Cornelio Galo ¹¹⁴ y, si unimos esa probabilidad al hecho cierto de que por lo menos Asinio Polión y Varo estuvieron sucesivamente encargados de un mismo deber, la opinión de que no hubo un triunvirato *agris diuidundis* parece robustecida ¹¹⁵. Esta interpretación, frente a la tradicional, es la que se muestra más desconfiada de las informaciones proporcionadas por los comentaristas de Virgilio, generalmente empeñados en armonizar los datos extraídos de la interpretación de las *Bucólicas* primera y novena, aceptadas,

viris agris diuidundis», *REL* 6 (1928), 271-299, esp. 275 y sigs., quien sitúa este triunvirato en el año 41 a. C.

¹¹³ Cf. L. P. WILKINSON, «Virgil and the evictions», *Hermes* 94 (1966), 320-324.

¹¹⁴ Por S. MAZZARINO, «Un nuovo epigramma di Gallus e l'antica 'lettura epigrafica'. (Un problema di datazione)», *Quad. Catanesi - Studi Class. e Mediev.*, 2, 3 (1980), 7-80, esp. págs. 21, 22, n. 24, y 25.

¹¹⁵ Cf., además del trabajo mencionado en la nota anterior, J. HEURGON, «Tityre, Alfenus Varus et la 1^e églogue de Virgile», *Les Cahiers de Tunisie* 15 (1967), 39-54, esp. pág. 44.

obviamente, como descripciones alegóricas de las vicisitudes de Virgilio en el asunto de la confiscación de las tierras ¹¹⁶. Quizá será apropiado cerrar el espacio dedicado a esta cuestión insistiendo en lo inadecuado de buscar en la poesía de las *Bucólicas* primera y novena lo que Virgilio no quiso dar:

el suyo —ha escrito acertadamente G. Vitucci— no quería ser, naturalmente, un relato más o menos puntual, sino sólo una sufrida rememoración de lugares y personas, en la que ansiedad, terror, angustia y esperanza vibran como difuminados en una atmósfera que está siempre entre los límites de lo real y lo irreal. Además, el episodio está envuelto en los velos de la transfiguración alegórica y, por tanto, resulta problemática la precisión de toda exégesis que quiera verificar en los particulares el desarrollo de los hechos ¹¹⁷.

Por lo menos las noticias anteriores dan un término *post quem* para la composición de las *Bucólicas* hacia fines del 42 o inicios del 41 a. C. Por otra parte el hecho histórico más tardío al que se alude a lo largo de las piezas primera a novena es el triunfo de Asinio Polión sobre los partinos, celebrado en la octava *Bucólica* y que tuvo lugar en

¹¹⁶ No obstante ese método, renovado por las exigencias críticas modernas, sigue vigente en trabajos como el de E. A. FREDERICKSMEYER, «Octavian and the unity of Virgil's first eclogue», *Hermes* 94 (1966), 208-218, del que se deduce un esquema de los acontecimientos así: expropiación - devolución por la intercesión de Octaviano - agradecimiento expresado en la primera bucólica - resistencia de los veteranos a la devolución - queja en la novena bucólica - intervención a favor de Virgilio de Alfenio Varo. Una combinación de ese tipo de exégesis con la que rastrea la precisión jurídica en el texto poético puede verse en P. VEYNE, «L'histoire agraire et la biographie de Virgile dans les Bucoliques I et IX», *RPh* 54 (1980), 233-257.

¹¹⁷ G. VITUCCI, s. u. «Augusto», *Enc. V. I*, Roma, 1984, 405-411, pág. 406.

octubre del año 39 a. C. En este año o a principios del siguiente se puede datar, por tanto, el fin de la composición y la publicación de las *Bucólicas* I-IX ¹¹⁸. Estos datos pueden conciliarse con los que esquemáticamente señalan las *Vitae* (*VSD* 25: *Bucolica triennio... perfecit*; *VS*: *carmen bucolicum... constat triennio scripsisse*; *VF* 94-96: *...hoc carmine / ...ter se reuocantibus annis / composito*). Con no menor esquematismo, lo que es comprensible nos haga pensar en una exigencia del género literario y dudar del valor de la información, a cada obra asignan las *Vitae*, además de un tiempo, un patrono, así Servio:

Polión le propuso que escribiera un poema bucólico que, según consta, lo escribió y corrigió en tres años. Del mismo modo le propuso Mecenas las *Geórgicas*, que escribió y corrigió en siete años. Después la *Eneida* le fue propuesta por Augusto y la escribió en once años.

Pero lo que sabemos no desmiente esas noticias. Desde luego la influencia de Asinio Polión y su patronazgo fueron, como se ha visto, decisivos para Virgilio: en la angustia de la desposesión, ciertamente, pero, ya antes, en los comienzos de su creación poética y, después, cuando su consulado es celebrado como alumbrador de nuevas esperanzas, en la todavía profética y misteriosa égloga cuarta, y cuando su triunfo es cantado en la octava, escrita, le dice Virgilio, *iussis... tuis* ¹¹⁹.

¹¹⁸ La décima bucólica no formaba parte de esta edición y se añadió en una posterior del año 37 a. C. Véase E. COLEIRO, *An introduction to Vergil's Bucolics with a Critical Edition of the Text*, Amsterdam, 1979, págs. 94-97 y 268-269.

¹¹⁹ *Ec.* VIII 11-12. Sobre esos «mandatos» (*iussa*), que en las *Geórgicas* procederán de Mecenas, cf. J. SANZ RAMOS, «Algunas cuestiones virgilianas discutidas», *Bimilenario de Virgilio* (cit. en n. 89), págs. 357-365, esp. págs. 364-365.

Es probable que Virgilio hubiera marchado del gozoso retiro napolitano a su patria cuando la confiscación empezó a amenazar las tierras de la familia y que permaneciera en la Cisalpina hasta que la amenaza pareciera definitivamente alejada, hacia el final del 41 o inicios del 40. Luego volvería de nuevo a Nápoles, deteniéndose quizá en Roma por el tiempo en que Asinio Polión entraba en ejercicio de su consulado (otoño del 40), saludado con entusiasmo en la cuarta bucólica ¹²⁰. Durante los años de las *Bucólicas* hemos visto a Virgilio en estrecha relación con un grupo de personajes que combinan un profundo interés por la poesía, que cultivan casi siempre ellos mismos y en algún caso de manera excelsa, con una importantísima actividad política, desplegada en la esfera inmediata del poder: Virgilio se declara émulo alejado de Vario y de Cinna, comparte afanes poéticos con Galo, canta elogiosamente a Varo, celebra con solemnidad, pero también con familiaridad, a Polión. Se engañaría, no obstante, quien viera en estas amistades la simple consecuencia de un oportunismo, como se engañan los que pretenden que Virgilio haya puesto su musa al servicio de los poderosos. Como ha visto con claridad K. Büchner, las amistades de Virgilio no están

sujetas al capricho del juego político: la amistad por Polión no varía con las catástrofes políticas... pero la cosa más importante y que mayor estupor causa es que Virgilio, protegido de Polión favorable a Antonio, vea en el joven [Octaviano] que lucha con inexorable encarnizamiento por el poder al dios que animará el futuro. En este caso su capacidad profética, que ya no se puede explicar racionalmente, se convierte en auténtica adivinación ¹²¹,

¹²⁰ Cf. COLEIRO, *op. cit.* en n. 116, pág. 219. La asunción del consulado era teóricamente el primer día del año, pero Polión sólo pudo empezar después de la paz de Brindis.

¹²¹ K. BÜCHNER, *Virgilio*, cit., pág. 53.

la adivinación —añadimos nosotros— que es propia del *uates*, del poeta misteriosamente capaz de presagiar un destino como ningún político —ni siquiera quizá el propio Octaviano— podía hacerlo ¹²². *Erit ille mihi semper deus* había anticipado entusiastamente Virgilio (*Ec.* I 7) y, en ese sentido, la poesía de las *Bucólicas* era ya, lejanamente, sin plena consciencia, poesía augústea.

Los años de madurez: las «Geórgicas»

Las *Bucólicas* constituyeron una novedad en la escena literaria romana, novedad que fue acogida con entusiasmo: «La aparición de las *Bucólicas* fue acogida con tal éxito que hasta llegaron a representarse frecuentemente por cantores en el teatro», nos dice Suetonio ¹²³. Roma tenía un nuevo gran poeta y en Roma había alguien cuya misión precisamente era la de descubrir y proteger cualquier ingenio que pudiera ser útil a la labor reconstructora o, si se quiere, a la «revolución romana» en que estaba empeñado el joven Octaviano: el caballero Cilnio Mecenas, hombre

¹²² Sobre la relación entre la facultad poética y la adivinación en la antigüedad véase L. Gil, *Los antiguos y la inspiración poética*, Madrid, 1966, esp. págs. 15-16 (con bibliografía en nota 3) y 104-108.

¹²³ *VSD* 26. La noticia permite que refiramos a una recitación de versos de las *Bucólicas* el suceso, ya comentado anteriormente, que se nos cuenta en el «Diálogo de los oradores»: «son testigos las cartas de Augusto, es testigo el pueblo romano mismo, quien, en medio de la recitación en el teatro de unos versos de Virgilio, se levantó en masa y tributó a Virgilio, que se hallaba presente contemplando el espectáculo, los mismos honores que se daban a Augusto», *Dialog. de orat.* XIII.

de la más noble estirpe —estirpe real, si hay que creer a Horacio—, íntimo amigo e inestimable consejero y colaborador de Octaviano desde los inicios mismos de su carrera política, cultivador de las letras él mismo, al parecer con un preciosismo del que el propio Augusto se burlaba en bromas, y, por encima de todo, el mayor patrono literario de todos los tiempos. No sabemos cómo llegó Virgilio al círculo de Mecenas y, si podemos conjeturar cuándo, es gracias al testimonio de otro amigo de Virgilio, que también por estos tiempos había irrumpido en su vida, Horacio. Éste se había instalado en Roma hacia el año 40 a. C. y fue Virgilio, junto con Vario, quien lo presentó a Mecenas en una entrevista descrita por Horacio en la sátira sexta del libro I y que tuvo lugar en primavera del 38 a. C. Tal presentación no pudo darse sin una previa amistad de Virgilio con Horacio y, naturalmente, sin que Virgilio gozara ya de intimidad y ascendiente con Mecenas. No obstante, el encuentro entre patrono y protegido no debió remontarse a mucho antes, pues de ser así Virgilio no hubiera dejado de evocar a Mecenas en las *Bucólicas* y en éstas no hay mención de él ¹²⁴. Algunas *Vitae* han sentido la necesidad de asociar al más influyente de los amigos de Virgilio —a excepción, claro está, del propio Augusto— con la preservación o devolución de sus tierras, así Servio y Focas ¹²⁵; pero quizá haya que otorgar confianza a la

¹²⁴ L. Herrmann en su célebre libro *Les Masques et les Visages dans les Bucoliques de Virgile*, Bruselas, 1930 [2.ª ed. París, 1952], págs. 52-57, quiso, sin embargo, descubrir a Mecenas tras el pastor Iolas de la segunda y tercera bucólicas.

¹²⁵ *VS*: «Perdidas, pues, sus tierras [Virgilio] marchó a Roma y, gracias a la protección de Polión y de Mecenas, fue el único que recuperó la tierra que había perdido»; *VF* 64-66 (sin una relación expresa con el asunto de la confiscación, pero citando a Mecenas entre los amigos que

sucesión de acontecimientos tal como aparecen en *VP*: *postea restitutus beneficio Alfeni Vari, Asini Pollionis et Corneli Galli, quibus in Bucolicis adulatur: deinde per gratiam Maecenatis in amicitiam Caesaris ductus est* («después se le restituyó debido al favor de Alfeno Varo, Asinio Polión y Cornelio Galo, a quienes lisonjea en las *Bucólicas*; más tarde gracias a Mecenas llegó a la amistad del César»). Esta versión, además, se compadece bien con el hecho de que fue Mecenas el definitivo introductor de Virgilio en la casa del príncipe —incluso si la primera bucólica testimonia un primer contacto del «joven dios» con el poeta—. Por la amistad y protección de Mecenas, Virgilio se convirtió en uno de los miembros de la «intelligentsia» romana, en la que Augusto iba a encontrar consejo y apoyo para sus ambiciosos planes culturales; también por ellas Virgilio iba a verse definitivamente alejado de las preocupaciones materiales: parece, en efecto, legítimo deducir que a su protección debió las posesiones mencionadas por Suetonio, una casa en Roma, en el Esquilino, precisamente «cerca de los jardines de Mecenas», y «retiros» en Campania y Sicilia ¹²⁶. Los datos que podemos recoger en diversos pasajes de Horacio y en el propio Virgilio nos muestran que éste hará de la Campania su nueva tierra y de la bahía de Nápoles, el lugar más hermoso del mundo, su nuevo hogar, de los que sólo raras veces se alejará: es en Sinuesa donde Virgilio se une a Horacio y a los amigos que juntos se dirigen a Brindis, en viaje descrito con estu-

intervinieron en ella): «La poderosa Roma hizo de sus próceres tus amigos: Polión, Mecenas, Varo, Cornelio se entusiasman, quienquiera que para sí consigue arrebatarte, gracias a ti vencerá los siglos».

¹²⁶ *VSD* 13: *habuit... domum Romae Esquilis iuxta hortos Maecentianos; quamquam secessu Campaniae Siciliaeque plurimum uteretur.*

pendo humor por Horacio (*Sat.* I 5); es Nápoles, la dulce «Parthenope», la que lo vio componer las *Geórgicas*, como confiesa Virgilio en la «sphragis» que clausura el poema (*G.* IV 559-566); cuando Virgilio echa mano de un recuerdo personal para introducir una descripción cuya belleza revela la intensidad de la cosa vista y amada en la memoria,

*namque sub Oebaliae memini me turribus arcis,
qua niger umectat flauentia culta Galaesus,
Corycium uidisse senem, cui pauca relict
iugera ruris erant...*¹²⁷

es Tarento, bañada por el río Galeso, la ciudad donde coloca el delicioso episodio del viejo de Córico, uno de los más hermosos y entrañables de las *Geórgicas*, y es en el ameno paisaje de Tarento donde Propercio evoca a Virgilio cantando *umbrosi subter pineta Galaesi* (*PROP.*, II 34, 67), y cuando Horacio, para quien el alma de nuestro poeta no guardaba secretos, quiere dedicar un íntimo homenaje a Virgilio, parece acordarse del pasaje de las *Geórgicas* y expresa su predilección por el mismo rincón:

*...si Parcae prohibent iniquae,
dulce pellitis ouibus Galaesi
flumen et regnata petam Laconi
rura Phalanto.*

¹²⁷ «Y así me acuerdo de haber visto, al pie de las torres de la ciudadela de Ébalo, allí donde el negro Galeso humedece amarillentos cultivos, un viejo de Córico que tenía unas pocas yugadas de un terreno abandonado...», *G.* IV 125 y sigs. Tarento fue ciudad fundada por los lacedemonios, de los que fue legendario rey Ébalo, de ahí la denominación «ciudadela de Ébalo».

*Ille terrarum mihi praeter omnes
angulus ridet...*¹²⁸.

Incluso en medio del fragor del canto épico, cuando Virgilio busca una imagen que dé cuenta del furor de Turno en el combate, es el espectáculo impresionante de la bahía de Bayas azotada por el oleaje el que se le viene a la memoria, en una de las comparaciones más grandiosas y eficaces de la *Eneida*:

*Talis in Euboico Baiarum litore quondam
saxea pila cadit, magnis quam molibus ante
constructam ponto iaciunt; sic illa ruinam
prona trahit penitusque uadis inlisa recumbit:
miscent se maria et nigrae attolluntur harenae;
tum sonitu Prochyta alta tremit durumque cubile
Inarime Iouis imperiis imposta Typhoëo*¹²⁹.

La Campania, con sus campos verdeantes y el azul inmenso de su mar y de su cielo, con el limpio y suave aire don-

¹²⁸ «... si me lo impiden las Parcas injustas, buscaré las márgenes del Galeo, dulce a las ovejas cubiertas con segundas pieles, y los campos donde reinó el laconio Falanto. Aquel rincón de la tierra me agrada sobre todo...», HOR., *Carm.* II 6, 9-14. Tanto el pasaje de Propertio como éste de Horacio son eco de la fama que el pasaje geórgico que comentamos despertó entre los lectores de Virgilio ya en vida de éste. Cf. W. LUDWIG, «Horaz, c. II 6. Eine retractatio», *WS*, N. S., 4 (1970), 101-109, esp. págs. 108 y sig.

¹²⁹ «Cual suele alguna vez en la ribera / euboica, junto al deleitoso Bayas, / caer una grandísima columna, / reliquia de soberbios edificios, / a quien la tempestad o bravas olas / al mar arrojan y con gran ruina / se baja despeñando de muy alto / y allá se hunde en el más hondo asiento: / tórbase el mar, la negra arena se alza, / resuena la alta Próquita el ruido, / y tiembla con el golpe, y la cercana / Inárima, aposento duro y áspero, / do Júpiter estar mandó a Tifeo», VIRG., *Aen.* IX 710-716 (trad. Hernández de Velasco).

de se dibujaban los redondeados perfiles de sus montes, henchida de cultura griega, hizo suyo a Virgilio y él correspondió dando forma inmortal a algunas de sus impresiones de la nueva tierra. La que le vio nacer permanecía, sin duda, en el corazón del poeta, pero en los versos de las *Geórgicas* ya no aparecerá —al lado de la querida y meridional Tarento— más que como un recuerdo melancólico,

*saltus et saturi petito longinqua Tarenti
et qualem infelix amisit Mantua campum
pascentem niueos herboso flumine cynos*¹³⁰,

o como una evocación simbólica en medio de la solemne arquitectura del proemio del tercer libro.

El silencio sobre sí mismo de Virgilio apenas si deja en las *Geórgicas* algún resquicio. Es Horacio, jocundo narrador de lo suyo y de lo de sus amigos, a quien hemos de recurrir para reconstruir algunos de los momentos, los amigos y las vivencias de Virgilio en los años posteriores al 39 a. C. Ya hemos dicho que fue Virgilio, junto con Vario, quien llamó la atención de Mecenas sobre su amigo y también poeta, Horacio. Lo sabemos por éste, que se refiere a Virgilio con reconocido afecto cuando nos describe aquella primera y decisiva entrevista: ...*optimus olim / Vergilius, post hunc Varius dixere quid essem*¹³¹. La amistad entre los dos poetas tenía que ser en este momento profunda y sincera, como para que Virgilio diera un paso

¹³⁰ «Busca los montes boscosos y la región lejana de la fecunda Tarento o una llanura como la que perdió la infeliz Mantua, que cría entre las hierbas de su río cisnes blancos como la nieve», *G.* II 197-199.

¹³¹ «Entonces el buenísimo Virgilio y, en seguida, Vario te hablaron de mí», *HOR., Sat.* I 6, 54-55.

tan importante, aunque nada indica que se remontara a mucho antes ¹³². Esa amistad entre dos hombres de índole y carácter tan diverso, pero unidos por una congenialidad y una íntima simpatía mutua, se refleja abundantemente en las palabras del expansivo Horacio: *animae dimidium meae, anima candidior, optimus Vergilius* ¹³³, así se refiere a Virgilio, con una intimidad afectuosa que, además de con él, sólo usa con el propio Mecenas. Ese afecto sincero y ese trato se mantuvo por encima de importantes diferencias de opinión, que se traslucen en sus respectivas poesías. Virgilio no dudó en dar el paso decisivo a favor de Horacio, cuando con toda probabilidad uno y otro ya habían escrito sobre la visión de Roma y su futuro poemas tan distintos como la cuarta bucólica y el decimosexto epodo, llena de esperanza providencial y de acentos triunfales la primera, penetrado de angustia y pesimismo el segundo. Con independencia de la opinión que se sustente en el complejo problema de las relaciones y precedencias entre ambas obras ¹³⁴, lo cierto es que cada una de ellas ha sido escrita con conocimiento de la otra, ambos poetas se saben contrapuestos, si no en su poética, sí en sus opiniones so-

¹³² Horacio había llegado a Roma en el 40, la sátira I 6 se data de finales del 38 o principios del 37 a. C y en ella Horacio dice que la entrevista se había celebrado ocho meses antes, es decir en primavera del 38. Virgilio y Horacio no podían, pues, conocerse desde mucho tiempo antes. A favor de una amistad temprana está G. BARRA, «L'amizicia tra Virgilio e Orazio», *Vichiana* 2 (1973), 22-50.

¹³³ *Carm.* I 3, 8; *Sat.* I 5, 41; 6, 54-55; respectivamente.

¹³⁴ Sobre ese problema puede verse la bibliografía y un catálogo de las opiniones contrapuestas en W. W. BRIGGS, «A Bibliography of Virgil's 'Eclogues'», cit. en nota 48, págs. 1318-1319. Un reciente y ponderado tratamiento en F. DELLA CORTE, s. u. «Orazio», *Enc. V. III*, Roma, 1987, 872-876, págs. 873-874, en donde con razón se concluye que en cualquier caso «quien ha tenido la última palabra ha sido Horacio».

bre el futuro de la patria que los dos aman con común preocupación.

Al estilo de Horacio, particularmente feliz en ese momento, debemos, como señalábamos al estudiar las fuentes biográficas (*supra*, pág. 11), la briosa descripción de lo que fueron unos días de viaje, compartidos por Virgilio y el círculo de sus amigos, todos formando parte del séquito de Mecenas, en la primavera del año 37 a. C. Ningún comentario puede igualar la lectura de la sátira quinta del libro primero, el *iter Brundisinum*, que en este punto recomendamos al lector. La finalidad del viaje es eminentemente política: Mecenas se encamina a Brindis para preparar el encuentro entre Marco Antonio y Octaviano —que se celebró, finalmente, en Tarento— en un momento en que es decisivo que ambos superen sus diferencias y hagan frente a la amenaza del bloqueo de Italia por la flota de Sexto Pompeyo. La preocupación por la delicada misión diplomática que tiene encomendada no le impide a Mecenas realizar el viaje de la manera más agradable posible y acompañarse de una magnífica comitiva en la que figuran nada menos que Virgilio, Horacio, Vario, Tuca.

¿Por qué —nos preguntamos con P. Grimal— en una embajada puramente política, abarrotarse de poetas? Quizá simplemente porque tal era el hábito, porque un gran personaje, en un viaje oficial, no se desplazaba más que con una *cohors*, un séquito tan brillante como fuera posible. Es necesario también agregar que Virgilio, Vario, Tuca y Horacio poseían suficiente prestigio como para impresionar a Antonio: eso mostraba que la gloria y el poder de las Musas estaban al lado de Octavio ¹³⁵.

Pero Horacio en su crónica del viaje lo que ha querido y sabido conservarnos es la atmósfera ligera y hasta iróni-

¹³⁵ P. GRIMAL, *Virgilio*, trad. cit., pág. 94.

ca, el aire de camaradería y asueto de que gozaban los amigos, que llega hasta nosotros desde el poema como un chorro de aire fresco en el ambiente enrarecido por los tomas y dacas que desde Filipos marcaban la lucha por el poder. En ese marco el atisbo a la intimidad de Virgilio que Horacio ha captado es algo realmente impagable. Virgilio, que habría pasado el invierno en su retiro de Nápoles, sale junto con Vario y Tuca al encuentro de la comitiva de Mecenas. El encuentro tuvo lugar en Sinuesa, en las faldas del Másico, y ¡con qué gozo lo celebra Horacio!:

*Postera lux oritur multo gratissima: namque
Plotius et Varius Sinuessae Vergiliusque
occurrunt, animae, qualis neque candidiores
terra tulit neque quis me sit deinctior alter.
O qui complexus et gaudia quanta fuerunt!
nil ego contulerim iucundo sanus amico*¹³⁶.

Vale la pena repetir en voz alta el segundo hexámetro: *Plotius et Varius Sinuessae Vergiliusque!*; sí, son los mismos nombres del papiro de Herculano, aquel precioso testimonio de las amistades de juventud de Virgilio en los tiempos en que se adentraban, de la mano de Sirón y Filodemo, en la doctrina de Epicuro. Todos juntos continúan el viaje y el narrador no nos escatima anécdotas familiares y divertidas. En la segunda jornada se detienen en Capua:

¹³⁶ «Se levanta el nuevo día de la forma más agradable posible, pues Plocio, Vario y Virgilio nos salen al encuentro en Sinuesa: almas más puras no las ha visto la tierra ni hombre alguno que los quiera más que yo. ¡Oh, qué abrazos y qué alegría tuvimos! Mientras yo esté cuerdo, nada preferiré al goce de la amistad», HOR., *Sat.* I 5, 39-44.

...muli Capuae clitellas tempore ponunt.
 Lusum it Maecenas, dormitum ego Vergiliusque:
 namque pila lippis inimicum et ludere crudis ¹³⁷.

Y ya tenemos a Virgilio y a Horacio durmiendo la siesta... hasta que se reemprende la marcha con nuevas etapas que Horacio sabe hacer pintorescas con arte maestro. Hay que agradecerle, por cierto, al salado Horacio que nos haya conservado estas imágenes entrañables de Virgilio, que, sin duda, no interesaron nada a la «hagiografía» posterior.

Virgilio contó también con el apoyo y la admiración de Horacio frente a sus *obtrectatores*. Así en la sátira I 10 —que se fecha en el 35 a. C.— vemos a este último defendiendo al mantuano de sus enemigos literarios; entre ellos estaban aquel Bavio y aquel Mevio a los que, por cierto, Virgilio había atacado a su vez en las *Bucólicas* (III 90) —y, en literaria solidaridad, Horacio a Mevio en el décimo epodo—. En aquella misma sátira Horacio nos da un juicio de verdadero «connaisseur» sobre la obra de Virgilio, a la sazón las *Bucólicas*, pues las *Geórgicas* se encontraban en plena elaboración:

...molle atque facetum
 Vergilio adnuerunt gaudentes rure Camenae ¹³⁸.

¹³⁷ «... en el momento oportuno los mulos descargan sus albardas. Mecenas se va a jugar, Virgilio y yo a dormir, que el juego de pelota es fatal para los cegatos y los delicados del estómago», HOR., *Sat.* I 5, 47-49.

¹³⁸ «... la gracia suave y elegante a Virgilio se la dieron las Camenas amigas de los campos», HOR., *Sat.* I 10, 44-45. Es cierto que *molle atque facetum* permite una interpretación, si no peyorativa, sí al menos limitativa, del arte de Virgilio en las *Bucólicas*. El significado de los adjetivos ya se cuestionaban en la Antigüedad, por ejemplo en QUINT., 6, 3, 20. Sobre todo ello véase todavía el comentario *ad loc.* de P. Lejay en

Y Virgilio, junto con Vario, volverá a ser elogiado y tratado de *dilectus* por Horacio en su epístola a Augusto, cuando le muestre a éste poetas dignos de cantar su gloria (HOR., *Ep.* II 1, 245-247). Ya al final de su vida, quizá incluso después de la muerte de Virgilio, Horacio saldrá otra vez en su defensa, nada menos que en el *Arte Poética* (vv. 48-55). En los momentos de dolor tampoco falta a Virgilio el consuelo del amigo Horacio. Hacia el 24 ó 23 a. C., cuando muere Quintilio, amigo de ambos, Horacio llora su pérdida y describe el dolor de Virgilio en versos en los que hay una significativa referencia al mito de Orfeo, que precisamente había utilizado Virgilio en el epilio que cierra las *Geórgicas*:

ergo Quintilium perpetuus sopor
urget! cui Pudor et Iustitiae soror
incorrupta Fides, nudaque Veritas
quando ullum inueniet parem?

Multis ille bonis flebilis occidit,
nulli flebilior quam tibi, Vergili.
tu frustra pius, heu! non ita creditum
poscis Quintilium deos.

Quid si Threicio blandius Orpheo
*auditam moderere arboribus fidem...*¹³⁹

F. PLESSIS-P. LEJAY, *Oeuvres d'Horace ... avec un commentaire critique et explicatif ... Satires*, París, 1911, pág. 273.

¹³⁹ «Entonces, ¿a Quintilio lo aprisiona el sueño sin fin? El Pudor, la hermana de la Justicia, la Lealtad incorruptible, y la desnuda Verdad, ¿cuándo encontrarán a alguien que se le iguale? Murió aquel a quien han de llorar muchos hombres buenos, pero nadie lo llorará más que tú, Virgilio. Tú, en vano, ¡ay!, reclamas piadosamente de los dioses a Quintilio, al que no fiaste para eso a su custodia. Pero incluso si mejor que el tracio Orfeo modularas la lira a la que los árboles prestaban oídos...», HOR., *Carm.*, I 24, 5-14. Cf. H. A. KHAN, «Horace's ode

En todas las circunstancias en que Horacio se dirige a Virgilio, en el momento de la alegría compartida, en el de la polémica literaria, en el de dolor también compartido, el tono es, dentro de la familiaridad y el afecto, invariablemente modesto y admirado, casi de veneración. Este hecho, entre otras circunstancias externas, hace sumamente improbable que el Virgilio de la oda duodécima del libro cuarto, una jocosa invitación a cenar que imita un poema bien conocido de Catulo, sea el nuestro. Y no es que forjemos por nuestra cuenta una imagen tan pacata de Virgilio que ahora resulte duro atribuirle la franca invitación a beber:

*adduxere sitim tempora, Vergili:
sed pressum Calibus ducere Liberum
si gestis, iuuenum nobilium cliens,
nardo uina merebere*¹⁴⁰,

pero cuando se publica ese poema hace ya cinco años que Virgilio ha muerto y sí resulta inverosímil que Horacio seleccionara esos temas y acentos para recordar, cuando ya era historia, al mayor poeta de Roma, y al amigo que en vida había sido «la mitad de su alma»¹⁴¹. Esa famosa expresión la utiliza Horacio precisamente en la tercera pieza del libro primero de las *Odas*, un *propempticon* dirigido a Virgilio, es decir, un canto en el que se suplica a los

to Virgil on the death of Quintilius, 1, 24», *Latomus* 26 (1967), 107-117.

¹⁴⁰ «La estación ha traído la sed, Virgilio, pero si intentas beber un vino prensado en Cales, querido amigo de jóvenes nobles, tendrás que pagarlo con perfume de nardo», HOR., *Carm.* IV 12, 13-16.

¹⁴¹ No obstante, véase el comentario *ad loc.* de V. CRISTÓBAL en su traducción de Horacio, *Épodos y Odas*, Madrid, 1985, pág. 174, nota 547, así como D. E. BELMONT, «The Vergilius of Horace. Ode 4, 12», *TAPhA* 110 (1980), 1-20.

dioses que favorezcan la travesía del amigo que se embarca para Grecia. Esto plantea un problema biográfico y cronológico. No sabemos de más viaje a Grecia de Virgilio que el realizado en el 19 a. C., a cuya vuelta murió; pero los tres primeros libros de las *Odas* aparecieron publicados ya en el año 23 a. C. O bien Virgilio viajó —o, al menos, intentó viajar— a Grecia antes de esa última fecha, o bien no hubo más viaje que el del año 19 y la oda de Horacio, escrita para esa ocasión, fue incluida posteriormente en la colección, cuando se añadió a ésta el libro cuarto de las *Odas* ¹⁴².

Los testimonios horacianos que hemos apurado cubren, pues, los años que van aproximadamente desde el 38 a. C. hasta poco antes de la muerte de Virgilio y nos permiten percibir los rasgos de la amistad entre los dos poetas, constante y cálida hasta la ternura por encima de lo distinto de sus caracteres ¹⁴³, basada en la mutua comprensión y aprecio, como manifiestan los «mensajes» que tácitamente se dirigen en sus respectivas obras, firme por esas causas más que por el contacto, que no debió ser frecuente, apartado como estaba Virgilio en su retiro de Campania y repartido Horacio entre la frecuentación de la «sociedad» en Roma y sus descansos en su villa de Tívoli ¹⁴⁴.

¹⁴² Véanse los argumentos a favor de una y otra hipótesis, así como una completa reconsideración del problema en R. BASTO, «Horace's *Propempticon* to Vergil», *Vergilius* 28 (1982), 30-43.

¹⁴³ Cf. TH. HALTER, *Vergil und Horaz. Zu einer Antinomie der Erlebensform*, Berna-Munich, 1970.

¹⁴⁴ Una interpretación sensible y sugerente de las relaciones entre ambos poetas puede verse ahora en E. A. SCHMIDT, «Vergils Glück. Seine Freundschaft mit Horaz als ein Horizont unseres Verstehens», 2000 Jahre Vergil. Ein Symposium (ed. V. Pöschl) [= *Wolfenbütteler Forschungen*, 24], Wiesbaden, 1983, 1-36; cf. también R. S. KILPATRICK, «Vergil

Pero la figura bajo cuya noble sombra se gestan las *Geórgicas* es la de Mecenas. De hecho sólo éste y el futuro Augusto —aquí todavía solamente César— son mencionados en el poema. Nos hemos referido antes al inicio de la amistad entre Virgilio y Mecenas y del patronazgo de éste sobre aquél. Las *Geórgicas* son el fruto granado, por supuesto, de la libre inspiración poética virgiliana, pero también de la implicación del poeta en el programa restaurador que Mecenas dirigía a impulsos de Octaviano. Cualquiera que sea la interpretación que se defienda de la intervención de Mecenas en la gestación del poema geórgico ¹⁴⁵, entiéndase lo que se entienda por sus famosos *haud mollia iussa* ¹⁴⁶, su presencia en el poema es capital y constituye además, junto con lo que hemos espigado en Horacio, el testimonio más elocuente de las relaciones entre patrono y poeta, decisivas en estos años y mantenidas después, cada vez más con el rasgo de estrecha amistad entre iguales, hasta la muerte de Virgilio ¹⁴⁷. Mecenas, en fin, aparece

and Horace: *Arcades ambo?*», *Vergilian Bimillenary Lectures 1982* (ed. G. MCKAY) [= *Vergilius Supplementary Volume*, 2], 80-117.

¹⁴⁵ El tema es muy polémico y ha merecido una abundante bibliografía. Cf. como excelente puesta al día A. LA PENNA, s. u. «Mecenate», *Enc. V. III*, Roma, 1987, 410-414, esp. págs. 411-412 (bibliografía en pág. 414).

¹⁴⁶ G. III 40-42: *interea Dryadum silvas saltusque sequamur / intactos, tua, Maecenas, haud mollia iussa, / te sine nil altum mens incohat...* («entre tanto, Mecenas, las frondosas / cañadas de las dríades cantemos / por nadie antes holladas: tú lo mandas, / orden difícil, mas sin ti no surge / mi mente a nada grande...», trad. Espinosa Pólit). Cf. *supra* nota 119.

¹⁴⁷ Como cabe deducir de la inclusión de Mecenas en el testamento de Virgilio, quien lo instituyó heredero en una doceava parte de sus bienes, según se lee en *VSD 37: Heredes fecit... ex duodecima [parte] Maecenatem...*

al lado de Virgilio en el momento que nos permite fijar un término *ante quem* para la composición de las *Geórgicas*. Pues nos cuenta Suetonio que

Augusto, a su vuelta tras la victoria de Accio, se detuvo en Atela para curarse una enfermedad de garganta; allí durante cuatro días le leyó Virgilio las *Geórgicas*, relevándolo Mecenas en la recitación cada vez que el cansancio de la voz le obligaba a interrumpirse ¹⁴⁸.

Esa vuelta del César Octaviano fue en el verano del 29 a. C. —concretamente en Agosto celebró su triunfo en Roma—: a comienzos de esa estación tuvo que suceder aquella impresionante lectura ¹⁴⁹. Fueron verosímilmente cuatro días de recitación —a uno por libro— en la paz de aquella ciudad, cómo no, de la Campania. Era en cierta manera el homenaje de Virgilio al vencedor de Accio y en ese homenaje Mecenas se encontraba justamente asociado. Para su política de exaltación de la paz y del trabajo el príncipe había encontrado en él a un colaborador inteligente, capaz y sensible y no a un burdo propagandista. Por medio de Mecenas el futuro Augusto descubría el potencial oculto en la poesía virgiliana, justo en el momento en que el mundo romano restaurado —y su príncipe a la cabeza— necesitaban un cantor, un *uates*. Venían los tiempos de la *Eneida*.

¹⁴⁸ VSD 37.

¹⁴⁹ Si nos atenemos —con las reservas mencionadas *supra* pág. 14— a los siete años que las *Vitae Vergilianae* fijan para la composición de las *Geórgicas*, éstas se habrían comenzado en torno al 37 a. C., fecha que viene a coincidir con la plena integración de Virgilio en el círculo de Mecenas (vid. *supra* págs. 61 y sig.). Los datos de las *Vitae* concuerdan, pues, en líneas generales con los que deducimos de otros testimonios, especialmente de Horacio, y no hay por qué extremar la desconfianza al respecto.

La plenitud de la poesía augústea de Virgilio

El año 26 ó 25 a. C. Augusto, que se encontraba en Tarragona en una pausa de la guerra que personalmente dirigía contra los cántabros, escribía a Virgilio para que éste le enviara «un primer esbozo» de la *Eneida* o «una parte cualquiera» de ella ¹⁵⁰. En esa misma época o poco antes, Propercio, como ya se ha dicho, se refería con expectación jubilosa a la gestación del poema ¹⁵¹. Para entonces la *Eneida* ya llevaba con toda probabilidad algunos años de elaboración. La profecía de Júpiter a Venus, que aparece en su primer libro (vv. 257-296) y que es una clara visión del orden nuevo pacífico que el César se disponía a instaurar en el mundo romano ¹⁵², está escrita, sin duda, bajo la impresión del triunfo de Octaviano en el año 29 a. C. y de la clausura de las puertas del templo de Jano en ese mismo año. Si tenemos en cuenta que, cuando Virgilio muere en el año 19 a. C., deja la *Eneida* inacabada, convendremos en que la tradición biográfica virgiliana, que atribuye once años a la composición del poema ¹⁵³, se apro-

¹⁵⁰ VSD 31. Cf. J. L. Vidal, «Presenza de Virgilio nella cultura catalana», *La fortuna di Virgilio*, Nápoles, 1986, 417-449, esp. pág. 432. No obstante, Macrobio (*Sat.* 1, 24, 11; v. *infra*, n. 168) nos ha conservado una respuesta negativa de Virgilio, a la que quizá haya que conceder el mismo crédito que a la noticia transmitida por la VSD.

¹⁵¹ V. *supra*, pág. 12 y n. 5.

¹⁵² Cf. R. RIEKS, «Vergils Dichtung als Zeugnis und Deutung der römischen Geschichte», *ANRW* II 31, 2, Berlín - Nueva York, 1981, 728-868, pág. 851.

¹⁵³ VSD 26, *Aeneida XI perfecit annis; VS, Aeneidem... scripsit annis undecim; VF* 100-101, *...bisena uolumina sacro / formauit donata duci trieteride quarta*. Ya hemos escrito más arriba de ciertas reservas con respecto a estos datos (v. pág. 59).

xima bastante a estos datos históricos. El mencionado discurso de Júpiter a Venus sobre la futura grandeza de los descendientes de Eneas, es decir, el pueblo romano, es uno de los tres lugares «programáticos» de la *Eneida*, en los que Virgilio *sub specie poeseos* se libra a una grandiosa visión histórica de Roma y de Augusto; los otros dos son el desfile de las almas de los héroes en los Campos Elíseos (VI 756-892) y la descripción del escudo de Eneas (VIII 626-731)¹⁵⁴. Pero la presencia inmanente del príncipe domina todo el poema, como ya advertían los comentaristas antiguos¹⁵⁵. Lo que P. Grimal ha llamado «conversión»¹⁵⁶ del antiguo antoniano que era Virgilio a Augusto está ya presente en el proemio del libro tercero de las *Geórgicas*, pero es sobre todo a partir de la batalla de Accio, presentada en la *Eneida*, de acuerdo con un motivo fundamental de la propaganda augústea, como un triunfo de los valores luminosos de la tradición romana frente a la oscura amenaza del Oriente¹⁵⁷ —personificado, a propósito, en Cleopatra, *nefas Aegyptia coniunx* (*En.* VIII 688), y no en Marco Antonio, romano al fin y vencedor otrora de aquella barbarie, *uictor ab Aurorae populis et litore rubro* (*En.* VIII 686)—, cuando Virgilio se hace un decidido partida-

¹⁵⁴ Sobre la presencia de la historia de Roma en la poesía de Virgilio es fundamental el ensayo de Riëks citada arriba (n. 152), a cuyas páginas remitimos a propósito de esos tres lugares que hemos llamado programáticos (pp. 828 y sigs., 750 y 812-815, respectivamente).

¹⁵⁵ Por ejemplo Servio, *ad Aen. praef.: intentio Vergilii haec est, Homerum imitari et Augustum laudare a parentibus.*

¹⁵⁶ P. GRIMAL, «Invidia infelix et la 'conversion' de Virgile», *Homages à J. Bayet* [= Coll. Latomus, 70], Bruselas, 1964, págs. 242-254.

¹⁵⁷ No sólo Virgilio, sino casi todos los grandes poetas de su época se hicieron eco de ese tema fundamental de la propaganda augústea. V. F. Wurzel, *Der Krieg gegen Antonius und Kleopatra in der Darstellung der augusteischen Dichter*, Tesis Heidelberg, 1939 (Leipzig, 1941).

rio y portavoz poético de la labor restauradora de Augusto, de la «revolución romana»¹⁵⁸. La primera tarea de ese proceso era la pacificación, o mejor, la imposición de la *pax Romana*. Hay una precisa sintonía espiritual entre la relevancia con que Augusto se refiere a esa empresa, concebida como el resultado final del dominio romano sobre el mundo, en su propio escrito autobiográfico, las *Res gestae*¹⁵⁹, y el tono de los famosos versos de la *Eneida* en que Virgilio proclama a su vez la misión destinal del pueblo romano:

*tu regere imperio populos, Romane, memento,
haec tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos*¹⁶⁰.

La *Eneida* es también —y sobre todo— poema augústeo, o mejor, el poema augústeo por excelencia en el sentido de que en ella «la exaltación de Augusto como señor de

¹⁵⁸ V. W. C. KORFMACHER, «Virgil, spokesman for the Augustan reforms», *CJ* 51 (1955/56), 329-334.

¹⁵⁹ Imp. Caes. Aug., *Res gest.* 13, «*Ianum Quirinum, quem clausum esse maiores nostri uoluerunt cum per totum imperium populi Romani terra marique esset parata uictoriis pax ... ter me principe senatus claudendum esse censuit*» («el templo de Jano Quirino, que nuestros mayores quisieron estuviera cerrado cuando por todo el imperio del pueblo romano, en tierra y mar, estuviera establecida por la victoria la paz ... en tres ocasiones durante mi principado decretó el senado que debía cerrarse»).

¹⁶⁰ «Mas tu misión recuerda tú, romano: / regir a las naciones con tu imperio, / (ésas tus artes) imponer al mundo / el uso de la paz, darla al vencido, / y arrollar al soberbio que la estorbe» (*En.* VI 851-853, trad. Espinosa Pólit). Sobre el sentido providencial y religioso que para Virgilio —y para Augusto— tenía esa misión, v. F. KLINGNER, «Virgil und die römische Idee des Friedens», *Römische Geisteswelt*, Munich, ⁴1961, 600-630.

la guerra y de la paz llega a solemne consagración»¹⁶¹. De ahí la atención y casi ansiedad con que el príncipe asistía a la gestación del gran poema épico, tanto si estaba ausente, empeñado en lejanas guerras, como desde la misma Roma.

Desgraciadamente, aparte de los testimonios ya mencionados de Propertio y del propio Augusto, casi nada sabemos de estos años en que Virgilio trabajaba en su última obra. La *VSD* —en un pasaje cuya autenticidad suetonia nada ha puesto en duda—, inmediatamente después de informarnos de la carta de Augusto a Virgilio, prosigue: «Pero no fue sino mucho más tarde y sólo después de tener acabado el argumento cuando [Virgilio] leyó [a Augusto] tres libros completos: el segundo, el cuarto y el sexto; este último, además, provocando una notable emoción en Octavia quien, como estuviera presente en la lectura, al llegar a aquellos versos acerca de su hijo 'tú serás Marcelo', se dice que se desmayó y a duras penas volvió en sí»¹⁶². Marcelo, el hijo de Octavia, la hermana de Augusto, murió en otoño del año 23 a. C. Es plausible pensar ante el patetismo del relato que el dolor por su pérdida era todavía reciente cuando transcurría la escena anteriormente descrita, de manera que podemos suponer que poco después del año 23 por lo menos tres libros de la *Eneida* estaban ya acabados¹⁶³. Es todo lo que podemos precisar sobre los tiempos de la composición del poema.

¹⁶¹ G. VIRUCCI, s. u. «Augusto», en *Enc. V. I*, Roma, 1984, págs. 405-411, p. 409.

¹⁶² *VSD* 32.

¹⁶³ El testimonio de Servio (*ad Aen.* IV 323, VI 861) da, en cambio, los libros tercero, cuarto y sexto. Pero es difícil pensar que el tercer libro, el menos elaborado de todos los de la *Eneida*, estuviera en aquella selección hecha por Virgilio en honor del César. Cf. G. BRUGNOLI, s. u. «Marcello», *Enc. V. III*, Roma, 1987, págs. 362-370, esp. pág. 368.

¿Cuál fue el alcance de la constante atención de Augusto a la creación de la *Eneida*? ¿Hubo una intervención o intervenciones del príncipe y fueron más o menos solícitamente escuchadas por el poeta? Estas preguntas apuntan a una polémica famosa en la crítica virgiliana. Ya nos referimos en su lugar ¹⁶⁴ a la independencia de Virgilio con relación a los poderosos de sus tiempos de juventud y no hay motivo para opinar ahora de distinta manera. Pero parece haber sido difícil para una parte de la crítica moderna aceptar una comunidad de ideas entre el príncipe y el poeta, incluso se ha llegado hasta ver en éste poco más que a un poeta «áulico», un propagandista ¹⁶⁵. La polémica —en la que el prejuicio romántico de la concepción del artista como «outsider» ha jugado más de una mala pasada— ha trascendido el ámbito de la filología y se ha convertido a veces en una auténtica disputa ideológica ¹⁶⁶. Si hubiera que terciar en ella, lo más prudente

¹⁶⁴ V. *supra*, págs. 60 y sig.

¹⁶⁵ Consideremos, si es lícito ejemplificar con un personaje de ficción literaria, las terribles palabras de Naphta, el genial y retorcido personaje de *La montaña mágica*, de Thomas Mann, referidas a Virgilio: «Constituía un prejuicio del gran Dante ... eso de rodear de tanta solemnidad a ese mediocre versificador... ¿Qué tenía de particular ese laureado cortesano, ese lamedor de suelas de la casa Juliana, ese literato de metrópoli y polemista de aparato, desprovisto de la menor chispa creadora, cuya alma, si la poseía, era seguramente de segunda mano, y que no había sido, en manera alguna, poeta, sino un francés de peluca empolvada de la época de Augusto?» (cap. VI, trad. de M. Verdaguer). Como todo el mundo sabe, el desdichado y atormentado Naphta, profesor de latín, por cierto, en la novela, acaba suicidándose.

¹⁶⁶ La bibliografía sobre las relaciones entre Augusto y Virgilio está recogida en W. Suerbaum, «Hundert Jahre ...» (cit. en n. 52), págs. 47-50. Un lúcido tratamiento de la cuestión puede verse en el trabajo de Rieks citado en n. 152 y, de forma específica, en la síntesis de V. Pöschl, «Virgil und Augustus», *ANRW* II 31.2, Berlín - Nueva York,

sería arriesgarse a pecar de ingenuo y aceptar que se produjo con naturalidad una progresiva comunidad espiritual entre dos hombres empeñados, desde muy diferentes perspectivas, en un mismo proyecto «romano»: «El encuentro entre las dos almas, por tantos aspectos tan diversas, de Augusto y de Virgilio, fue tan pleno que excluye —por decirlo del modo más claro— que el poeta hubiera puesto su pluma a servicio y vendido su corazón. El enorme trabajo de Eneas para dar vida un día a Roma y a su pueblo se transforma en el epos virgiliano en la prefiguración de la actividad infatigable desplegada por Augusto para la edificación de la nueva Roma», ha escrito con acierto G. Vitucci ¹⁶⁷. Y, de hecho, los ejemplos de lo que ese mismo autor ha llamado «consonancia de ideas y de afectos» entre aquellos dos hombres «(con)geniales» son abundantes: la lectura de las *Geórgicas* a Augusto en Atela —justo cuando aquél, libres sus manos de toda traba por la reciente victoria de Accio, acometía la «revolución romana»—, la insistencia afectuosa de las cartas del César, como la mencionada escrita durante la guerra cántabra, la posible respuesta negativa de Virgilio, no por modesta y cortés menos franca para con el amigo que en ese momento era ya el amo del mundo ¹⁶⁸, no sólo son difícilmente concebibles

1981, 707-727. Una visión especialmente aguda de la posición de Virgilio con respecto a la restauración augústea es la que da A. García Calvo en el ensayo introductorio, de indispensable lectura, a su *Virgilio*, Madrid, 1976, págs. 7-99, esp. 86-88.

¹⁶⁷ G. VITUCCI, s. u. «Augusto», *Enc. V. I.*, Roma, 1984, págs. 405-411, pág. 409.

¹⁶⁸ Que las cartas de Augusto a Virgilio a propósito de la composición de la *Eneida* fueron numerosas nos lo atestigua Macrobio, quien habla al respecto de *frequentes ... litteras* recibidas por Virgilio del César (*Sat.* 1, 24, 11). En el mismo lugar nos ha transmitido la aludida respues-

sin aquella comunidad o consonancia espiritual, sino que no se explican más que en el seno de una especial relación entre los dos hombres, de mutuo respeto y, al mismo tiempo, de franca amistad y familiaridad. Son las cualidades que se condensan, por ejemplo, en el corto y expresivo billete de Augusto a Virgilio, escrito quizá después que el poeta se hubiera alejado con demasiada modestia del lado del príncipe, y del que el gramático Prisciano nos da esta noticia: *Caesar ad Vergilium: Excucurristi a Neapoli* ¹⁶⁹. No gustaba el poeta, como ya se ha visto, de la vida en Roma y siempre prefirió la tranquilidad de su retiro campano; pero ese alejamiento, tan acorde además con su modestia ¹⁷⁰, nunca significó ni mengua en su trato familiar con Augusto, ni olvido por parte del pueblo que lo reconocía como su poeta; así lo expresó con feliz concisión el autor del *Diálogo de los oradores*: «prefiero el seguro y tranquilo alejamiento de Virgilio, que, sin embargo, ni le privó del favor del divino Augusto, ni de la fama entre el pueblo romano» ¹⁷¹. Virgilio, al igual que hizo con Me-

ta negativa de Virgilio a Augusto: «Por lo que hace a mi Eneas, si, ¡por Hércules!, tuviera algo digno de tus oídos, te lo enviaría con mucho gusto; pero la empresa comenzada es tan grande que casi me parece una locura haberla acometido, sobre todo cuando, como sabes, estoy dedicando a esa obra otros estudios mucho más importantes».

¹⁶⁹ «César a Virgilio: te escapaste corriendo de Nápoles» (PRISC., *Inst.* X 43 [= *Grammatici Latini*, rec. H. KEIL, II, Leipzig, 1855, pág. 533, 13]).

¹⁷⁰ Suetonio se refiere por lo menos dos veces a estas preferencias de Virgilio: *VSD* 11, «en su hablar y en su sentir consta que fue tan honesto que ... si en Roma, a donde iba muy rara vez, era visto en público, cuando le seguían y daban muestras de conocerlo, buscaba refugio en la casa más cercana»; 13, «tuvo una casa en Roma ... aunque pasaba la mayor parte del tiempo en su retiro de Campania». Cf. *supra*, pág. 63.

¹⁷¹ *Dial. de or.* 13.

cenar, dio muestras de su consideración familiar y de su amistad para con Augusto nombrándolo heredero de una cuarta parte de sus bienes ¹⁷². Ciertamente correspondía con ello a la generosidad de su amigo y patrono máximo, pero a este mismo y al pueblo romano ya les había dejado en vida un legado incomparable, como con toda justicia se complace en decir Focas en sus curiosos hexámetros biográficos:

*his auctus meritis cum digna repetere uellet,
inuenit carmen, quo munera uincere posset:
praedia dat Caesar, quorum breuis usus habendi,
obtulit hic laudes, quas saecula nulla silesunt* ¹⁷³.

Quisiéramos saber algo de esos años de madurez de Virgilio, la época en que Nápoles, la «dulce Parténope», según él se complacía en decirnos ¹⁷⁴, le vio componer hasta su perfección las *Geórgicas* y gestar en seguida con esfuerzo y ventura grandes la epopeya de la *Eneida*. También los biógrafos virgilianos sintieron aquel deseo y la tradición suetoniana nos ha conservado una descripción de Virgilio en pleno trabajo que, como ha señalado K. Büchner, se remonta a una fuente bien informada, probablemente el llamado «Libro de los amigos de Virgilio» ¹⁷⁵: «Cuando

¹⁷² VSD 37, *Heredes fecit ... ex quarta [parte] Augustum*; VP, *decessit in Calabria ... heredibus Augusto et Maecenate cum Proculo fratre*.

¹⁷³ «Colmado por estas mercedes, como quisiera compensarlas dignamente, ideó un poema que pudiera sobrepasar aquellos favores: tierras le da el César, mas es breve el disfrute de tenerlas, le ofreció él la gloria, que ningún siglo pasa en silencio» (VF 90-93).

¹⁷⁴ V. *supra*, pág. 48 y n. 97.

¹⁷⁵ K. BÜCHNER, *Virgilio*, págs. 25-26. Cf. *supra*, pág. 18 y n. 20. No compartimos el escepticismo de Paratore, el único, que sepamos, que no acepta la antigüedad, es decir, la paternidad suetoniana de estos da-

escribía las Geórgicas se nos cuenta que componía todas las mañanas muchos versos; tenía la costumbre de dictarlos y durante todo el día los condensaba en algunos versos, diciendo, no sin razón, que daba a luz su poema a la manera de la osa y que lo perfeccionaba lamiéndolo. La Eneida primero la redactó en prosa y la dividió en doce libros; se puso a componerlos uno a uno, según le dictaba su gusto y sin reparar nada en el orden. Y para que ningún obstáculo se opusiera a su inspiración, dejó pasajes sin acabar, a otros les dio, por decirlo así, un soporte de versos provisionales que interponía, según decía en broma, a guisa de puntales para sostener la obra hasta que llegaran sólidas columnas»¹⁷⁶.

La convención de la biografía antigua exigía un retrato físico y moral del biografiado. Suetonio describe así a Virgilio en su «akmé», es decir en los años de madurez, que corresponden según vimos a los de la composición de la *Eneida*: «Era grande de cuerpo y de talla, de tez morena, aspecto de campesino y una salud delicada; pues padecía a menudo del estómago, de la garganta y de dolor de cabeza; incluso escupía sangre a menudo»¹⁷⁷. Aunque en la Antigüedad se hicieron muchos retratos de Virgilio, ninguno da las garantías de autenticidad suficientes como para que podamos verificar la descripción suetoniana. Si el mosaico de Hadrumetum, al que nos referíamos en cabeza de estas

tos, sino que los considera interpolados por gramáticos tardíos. V. E. PARATORE, *Una nuova ricostruzione del 'De Poetis' de Suetonio*, Bari, 1950, págs. 231-251; *contra* B. RIEKS, «Vergils Dichtung ...», págs. 756-757.

¹⁷⁶ VSD 22-24.

¹⁷⁷ VSD 8. A. García Calvo ha hecho de la «condición morbosa» de Virgilio una de las claves de su personalísima interpretación del poeta y su poesía. A. GARCÍA CALVO, *Virgilio* (cit. en n. 166), págs. 7-17.

páginas y que es el de fines del siglo III, nos ha conservado una imagen que concuerda satisfactoriamente con aquella, es con toda probabilidad porque el artista se ha basado en los datos proporcionados por la biografía suetoniana ¹⁷⁸. En cuanto al retrato moral, de la curiosa mezcla —muy del gusto de Suetonio— de rasgos de aceptable credibilidad y de anécdotas cercanas al puro chisme que nos ofrece la *VSD* ¹⁷⁹ quizá podamos sacar la imagen de un hombre

¹⁷⁸ Cf. K. BAYER, *Vergil-Viten* (cit. en n. 7), p. 670. Sobre retratos de Virgilio puede verse la síntesis de W. H. GROSS, «Porträt», s. u. «Vergilius», en *Der Kleine Pauly* V, Munich, 1975, 1200-1201, y la bibliografía que da W. SUERBAUM, «Hundert Jahre...» (cit. en n. 52), págs. 355-356. Entre nosotros merece destacarse A. BALIL, «Sobre iconografía de Virgilio», *Eclás* 7 (1962/63), 89-94.

¹⁷⁹ *VSD* 9-11, «Comía y bebía muy poco; sentía gran inclinación hacia los muchachos, de entre los cuales quiso sobre todo a Cebes y a Alejandro; éste, a quien llama Alexis en la segunda égloga de las Bucólicas, se lo había dado a él Asinio Polión; uno y otro eran cultivados y Cebes, además, poeta. Se divulgó que también había tenido relaciones con Plocia Hieria. Pero Asconio Pediano afirma que la misma Plocia tiempo después, ya de edad avanzada, acostumbraba a contar que Virgilio había sido invitado, era cierto, por Vario a gozar de ella en común, pero que había rehusado con gran obstinación. En cuanto al resto de su vida, en su hablar y en su sentir, consta fue tan honesto que en Nápoles la gente le llamaba 'Parthenias' ['la Doncellita'], y que si en Roma, a donde iba muy rara vez, era visto en público, cuando le seguían y daban muestras de conocerlo, buscaba refugio en la casa más cercana»; 15-16, «actuó ante los tribunales solamente una vez y no volvió a hacerlo ninguna más porque cuando peroraba era premioso y casi parecía un ignorante...»; sin embargo (28) «recitaba con voz agradable y con un encanto que provocaba admiración». En el primer grupo de noticias aparece expresa la interpretación alegórica de la propia obra de Virgilio y quizá la exégesis más o menos fantástica de su propio nombre (que sugiere *uirgo*, correspondiente al griego *párthenos*). Cf. para una y otra cosa E. DIEHL, *Die Vitae...* (cit. en n. 18), págs. 10-12, y E. HORSTEIN, «Vergilius Parthenias», *WS* 70 (1957), 148-152, respectivamente.

sobrio y aplicado conscientemente al trabajo poético, sensible a la belleza y a la amistad y especialmente feliz con el trato de quienes las encarnaban a un tiempo, celoso de su intimidad y casi exageradamente remiso a abandonarla, pues, tímido y gozoso de su fructífera soledad, se encontraba a gusto en ella, acompañado, a lo sumo, de sus íntimos: «no era perfectamente feliz más que en compañía de su corazón, en la soledad, allí donde se sienten las voces misteriosas y nacen los sublimes recogimientos y las grandes inspiraciones», ha escrito G. Caiati ¹⁸⁰.

El viaje a Grecia y la muerte de Virgilio

Entrado el año 19 a. C., la primera redacción de toda la *Eneida* y, en una gran parte del poema, también la definitiva estaban acabadas. Faltaba la última lima, la de la perfección. El libro tercero sobre todo, el que narra el deambular de Eneas por el Mediterráneo griego, distaba de satisfacer al autor. Virgilio quería ver con sus ojos aquellos pasajes, recorrer Grecia y Asia Menor durante tres años, revisar el itinerario de Eneas resiguiendo los caminos —del mar y de la tierra— que había recorrido el héroe troyano. Y luego, corregir, corregir hasta dotar a la *Eneida* de aquel acabamiento y perfección que, desde las *Geórgicas* —«the best Poem of the best Poet», según la famosa expresión de Dryden—, eran adquisición irreversible de su arte. Sólo entonces se sentiría en paz con su misión o destino poético y podría dedicarse plenamente a la filosofía, la vocación prematuramente abordada en sus años mozos ¹⁸¹ y que só-

¹⁸⁰ G. Caiati, *Vita di Virgilio*, Padua, 1952, pág. 3.

¹⁸¹ Véase *supra*, págs. 45-46 y n. 91.

lo ahora, rebasada la madurez, se abría ante Virgilio en toda su vasta y profunda perspectiva. Esos eran los proyectos del poeta ¹⁸².

A todo esto Virgilio tenía ya más de cincuenta años, su salud era delicada y la estación —en pleno centro del verano— nada aconsejable para viajar. Sus amigos —Horacio a la cabeza, si a este momento se refiere su famoso *propempticon* a Virgilio ¹⁸³— intentaron probablemente disuadirlo. No lo consiguieron: Virgilio partió sin más dilación de Brindis en agosto del 19 a. C. El programa de su viaje debía de comprender los venerables lugares de la Grecia continental y de las islas, así como las costas asiáticas de la Jonia. Pero de todo este ambicioso plan bien poco iba a poder realizar. No había hecho más que llegar a Atenas cuando, al encontrarse allí con Augusto que volvía de Oriente y se encaminaba a Roma, decide no proseguir el viaje y volver con el príncipe. Antes quiere por lo menos conocer la ciudad de Mégara, la patria del poeta Teognis, no lejana de Atenas. La visitó bajo un sol tórrido, *feruentissimo sole*, dice la *Vida* suetoniana, e inmediatamente su delicada salud se resintió: Virgilio enfermó y las molestias del viaje, que no se interrumpió, agravaron su estado. Cuando desembarcó en Brindis, pocos días antes del veintiuno de septiembre, llevaba en su rostro la sombra de la muerte ¹⁸⁴. Una angustia suprema vino

¹⁸² Nos inspiramos evidentemente en *VSD* 35, lugar cuya autenticidad suetoniana casi ningún filólogo —Paratore es la importante excepción— ha discutido.

¹⁸³ Véase *supra*, pág. 73 y n. 142.

¹⁸⁴ Cf. *VF* 105-106: ... *ut Calabros tetigit, liuore nocenti / Parcarum uehemens laxauit corpora morbus* («cuando tocó tierra en Calabria, una grave enfermedad dejó sus miembros exangües con la funesta lividez que es signo de las Parcas»).

a sumarse a la de la mortal enfermedad: la *Eneida* estaba incompleta; el fruto de once años de trabajo, inmaduro; el poema de Roma y de Augusto, inconcluso. En sus últimos momentos —nos dice la tradición biográfica— pidió con insistencia el manuscrito para quemarlo. No se trataba del delirio de la enfermedad. De hecho antes de partir para Grecia había encargado a Vario que, si algo le ocurría durante el viaje, arrojara la *Eneida* al fuego; a lo cual Vario se negó terminantemente. Es posible que tan drástica última voluntad no pasara a registrarse por escrito en su testamento ¹⁸⁵, pero lo que sí aparecía en éste era el legado de los escritos de Virgilio a sus amigos Vario y Tuca, con la condición de que no publicaran aquello que él no había publicado ¹⁸⁶. Quizá Virgilio comprendió angustiado en su lecho de muerte que el príncipe no iba a consentir que se cumpliera esa mandato y que la epopeya de los romanos no viera la luz. Y no se equivocaba: la *Eneida* fue publicada

¹⁸⁵ En verdad hay una cierta contradicción entre dos noticias de la *VSD* casi sucesivas, en la primera se afirma la voluntad comunicada a Vario de quemar la *Eneida*: *ut si quid sibi [Virgilio] accidisset, Aeneida combureret* (*VSD* 39); mientras que en la segunda se menciona, puede que literalmente, la disposición testamentaria de que Vario y Tuca heredaran los escritos del poeta con la condición de que *ne quid ederent, quod non a se editum esset* (*VSD* 40). El pasaje ha merecido una larga discusión que puede seguirse viendo en los comentarios *ad loc.* en las ediciones de Rostagni y Bayer, así como en Paratore, *Una nuova ricostruzione ... cit.*, págs. 170-180.

¹⁸⁶ W. A. Camps, *An Introduction to Vergil's Aeneid*, Oxford, 1969, pág. 119, ha señalado con acierto la ambigüedad del texto citado en último lugar en la nota inmediatamente anterior: *quod non a se editum esset* puede significar tanto «lo que no había sido publicado por él» como «lo que no habría sido publicado por él». En el último caso, ni Augusto mandando editar la *Eneida*, ni Vario (o Vario y Tuca) haciéndolo vulneraban necesariamente la letra del testamento de Virgilio.

póstumamente *auctore Augusto* (VSD 41) por Vario —o por Vario y Tuca—, quien sin embargo procedió con piadosa veneración, editándola prácticamente sin corrección alguna, tal como la había dejado la mano desfalleciente de Virgilio y como ha llegado hasta nosotros.

¿Por qué quiso Virgilio quemar la *Eneida* o, al menos, que no se publicara? Es posible que la exigencia de plenitud y perfección artísticas del poeta no consintiera en imaginar su obra publicada imperfecta, sin la última lima ¹⁸⁷. Pero se ha apuntado a razones más profundas. ¿Se sintió Virgilio al final de su vida decepcionado por la política de Augusto y quiso tardíamente evitar que el príncipe utilizara su poema como un fabuloso monumento propagandístico? Tal «arrepentimiento» final corroboraría la opinión de quienes han visto en Virgilio al apologista *sub specie poeseos* de la política de Augusto y del imperialismo romano ¹⁸⁸. ¿Sintió Virgilio que había «fracasado» ¹⁸⁹ en su misión poética, que el poema que, en su lectura más

¹⁸⁷ Entre las «imperfecciones» de la *Eneida*, que prueban ciertamente la honestidad de su o sus editores póstumos, cuentan en primer lugar los famosos versos inacabados (cincuenta y ocho, en total), la falta de elaboración del libro tercero, los lugares donde la crítica filológica ha rastreado la presencia de los famosos *tibicines* provisionales (VSD 23, cf. *supra*, pág. 84 y n. 176) que nunca llegaron a ser sustituidos por *columnae* definitivas, etc. Ver inventario y discusión en K. BÜCHNER, *Virgilio*, págs. 524-526, y en K. BAYER, *Vergil-Viten*, págs. 678-679.

¹⁸⁸ Cf. I. Trencsényi-Waldapfel, «Das Bild der Zukunft in der Aeneis», *StudClas* 3 (1961), 281-304 (*non uidi*, cit. por B. RIEKS, «Vergils Dichtung...» cit. pág. 828). *Contra* A. MICHEL, «Virgile et la politique impériale: un courtisan ou un philosophe?», H. BARDON-R. VERDIÈRE (eds.), *Vergiliana. Recherches sur Virgile*, Leiden, 1971, págs. 212-245; RIEKS, *ibid*, págs. 852.

¹⁸⁹ Así se lo pregunta K. QUINN, «Did Virgil fail?», J. R. C. MARTYN (ed.), *Cicero and Vergil*, Amsterdam, 1972, 192-206.

profunda, ambicionaba como respuesta a los interrogantes perpetuos de la condición humana se quedaba en una espléndida construcción de seductora —y engañosa— belleza formal ¹⁹⁰?

No parece, sin embargo, que sean los esfuerzos y conjeturas de los filólogos los que vayan a desvelar los pensamientos, la angustia, las intenciones del genio que moría hace dos mil años en Brindis. Eso quizá le estuvo reservado, por medio de un genial diálogo intemporal —como le habría gustado decir a Dilthey—, a otro poeta. En 1945 publicaba Hermann Broch su novela *Der Tod des Vergil*, una de las obras capitales de la literatura alemana —y europea— de este siglo ¹⁹¹. Broch recora en una prosa inmensa y abrumadoramente ensimismada y poética los últimos días de Virgilio en Brindis, «decidido a hacer destruir la propia obra precisamente en la conciencia de su poética (pero sólo poética) perfección y después plegado a otra voluntad por afirmarse en él un más alto valor» ¹⁹². Pero al lado de su elucidación, también consciente y atormentada, del pensamiento agónico de Virgilio —y, al mismo tiempo, de su propia meditación de la muerte— es posible, como ha indagado P. M. Lützeler, que Broch nos haya dado, inconscientemente, una clave profunda para comprender la angustia de Virgilio y la suya propia. Lützeler, que ha seguido la génesis de la novela y ha estudiado especialmente la utilización en ella de los materiales virgilianos y de la tradición virgiliana, ha señalado cómo Broch decla-

¹⁹⁰ Cf. M. GIEBEL, *Vergil* (cit. en n. 52), pág. 120.

¹⁹¹ La novela vio la luz primero en su traducción inglesa, cuidadosamente revisada por el autor, en Nueva York en 1945 y en 1947, en alemán, en Zurich. Hay trad. esp., *La muerte de Virgilio*, Madrid, 1979.

¹⁹² L. QUATROCCHI, s. u. «Broch», en *Enc. V. I*, Roma, 1984, 536-537, espec. pág. 537.

raba que su obra, aparecida por cierto tras diez años de trabajo, habría necesitado todavía tres años más de él y quizá ni siquiera así hubiera debido de ser publicada ¹⁹³. Pero H. Broch publicó su libro y Virgilio, a pesar de que nadie le entregó sus escritos cuando los reclamaba para quemarlos, no tomó en su última voluntad ninguna decisión formal sobre la *Eneida* ¹⁹⁴. Un impulso mayor se sobrepuso a la acuciante autoexigencia de la pura conciencia artística, un impulso profundamente sentido sólo a las puertas de la eternidad. Estas se abrieron para Virgilio el día veintiuno de septiembre del año diecinueve antes de Cristo.

El drama se había desarrollado en Brindis y la piedad de las generaciones posteriores para con el poeta de Roma ha querido que hasta hoy sobreviva en aquella ciudad una leyenda que conoce y sitúa la «casa de Virgilio» ¹⁹⁵. Las cenizas del poeta fueron trasladadas a Nápoles y enterradas al borde del camino que llevaba a Pozzuoli, a poco menos de dos millas de la ciudad, no lejos del retiro de Posilipo que tanto amó Virgilio en los años cruciales de su juventud ¹⁹⁶. Quiere la tradición que sobre su tumba

¹⁹³ Lützel ha recogido en la correspondencia mantenida por Broch durante los años de gestación y, más tarde, de primera difusión de su novela repetidas declaraciones del propio Broch en ese sentido. Cf. P. M. LÜTZELER (ed.), *Materialien zu Hermann Broch 'Der Tod des Vergil'*, Francfort, 1976, págs. 206-208 (cartas del 17.3.1940 y del 4.4.1940), por ejemplo. GEIBEL (*Vergil*, pág. 139 y n. 178) nos recuerda al respecto que también Kafka quería que sus manuscritos, por no estar todavía listos para la publicación, fueran destruidos tras su muerte y que fue su editor, Max Brod, quien lo impidió.

¹⁹⁴ Cf. VSD 39, *uerum nemine offerente, nihil quidem nominatim de ea cauit.*

¹⁹⁵ V. G. ROMA, *La casa di Virgilio in Brindisi*, Brindisi, 1981.

¹⁹⁶ La tumba de Virgilio nunca pudo estar en el columbario que se yergue en la ciudad de Nápoles en el recinto arqueológico conocido como

se grabara el dístico que, escrito sin duda por alguno de los amigos íntimos del poeta, merece ser obra del propio Virgilio, tal es la modestia y la evocadora concisión de sus versos:

*Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc
Parthenope; cecini pascua rura duces*¹⁹⁷.

LA TRANSMISIÓN DEL TEXTO DE VIRGILIO

Virgilio es un caso egregio también por lo que hace al proceso de transmisión de sus obras. Una magnitud de tal orden —observa con justeza L. D. Reynolds— «tiene su propio y singular destino y éste ha alcanzado en algunos aspectos a las muchas maneras en que sus poemas han sido transmitidos a la posteridad»¹⁹⁸. Conservamos en primer lugar cerca de 780 códices manuscritos de Virgilio¹⁹⁹, a la cabeza de los cuales se encuentran siete impresionantes ejemplares de venerable antigüedad y monumental escritura; aunque apenas son relevantes para la constitución del texto, deben citarse a continuación los numerosos fragmen-

crypta Neapolitana. Esa identificación procede de una tradición de origen culto que ha merecido una larga bibliografía, coronada por ahora por el documentado libro de M. Capasso, *Il sepolcro di Virgilio*, Nápoles, 1983.

¹⁹⁷ «Mantua me dio la luz, Calabria me arrebató, me tiene ahora Parténope; canté pastos, campos, caudillos».

¹⁹⁸ L. D. R[EYNOLDS], «Virgil», en L. D. REYNOLDS (ed.), *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Oxford, 1983, 433-436, pág. 433.

¹⁹⁹ La cifra en M. GEYMONAT, s. v. «códici», *Enc. V.*, Roma, I, 1984, 831-838, pág. 831.

tos papiráceos que recogen versos virgilianos²⁰⁰. Además de eso, las obras de Virgilio generaron una nutrida tradición indirecta de sí mismas, es decir, la constituida por citas de muy diversa extensión de sus versos, transmitidas por gramáticos y comentadores ya desde los tiempos mismos en que vivía el poeta²⁰¹. Para hacerse una idea de la importancia de esta tradición será suficiente afirmar que, si todos los manuscritos de Virgilio se hubieran perdido, gracias a ella tendríamos, no obstante, un testimonio extenso y significativo de su obra, superior, en cualquier caso al que tenemos, por ejemplo, de los poetas latinos arcaicos, sobre los cuales los filólogos disertan y construyen abundantes y extensas monografías. Ocurre con Virgilio que los manuscritos medievales —los más antiguos que tenemos para la inmensa mayor parte de los clásicos latinos— son casi innecesarios para la constitución de su texto y deben más bien ser estudiados, junto con la riquísima y variada exégesis que los acompaña o que se produjo en torno a ellos, como exponente de su varia fortuna y pervivencia. La tradición del texto de Virgilio es, en fin, tan rica, densa y multiforme y, en consecuencia, tan intrincada que justifica plenamente la cita del poeta mismo con que Sir Roger Mynors abría la *Praefatio* de su edición oxoniense, el texto «standard» de Virgilio en nuestros días: *itur in antiquam siluam*²⁰².

²⁰⁰ Vid. ahora A. PETRUCCI, s. v. «papiri», *Enc. V.*, Roma, III, 1987, 964-965, con bibliografía.

²⁰¹ Virgilio fue un clásico ya en vida. Sabemos por Suetonio (*De gramm.* 16) que Quinto Cecilio Epirota, quien abrió escuela de gramática en Roma con posterioridad al año 26 a. C., explicaba en ella las obras del mantuano.

²⁰² *Aen.* VI 179. Cf. *P. Vergili Maronis Opera*, rec. R. A. B. MYNORS, Oxford, 1969 [=1972], pág. V.

Los imponentes propileos de esa selva antigua están constituidos por los *uetustissimi libri* escritos todavía al final de la Antigüedad en letra capital rústica, las *litterae Vergilianae* de los medievales. Estos venerables códices reciben las siguientes siglas y denominaciones:

M = *Florentinus Laurentianus* 39, 1, también llamado *Mediceus*. Del siglo v. Escrito en Italia. Contiene una suscripción en la que Turcio Rufio Aproniano Asterio (cónsul en 494) declara haberlo corregido en Roma. Estuvo en Bobbio hasta 1467, año en que fue trasladado a Roma, probablemente por manos del abad benedictino Gregorio de Crema. En 1471 lo utilizó Pomponio Leto para su comentario a Virgilio, y entre 1500 y 1521 estuvo depositado en la Biblioteca Vaticana. Fue en ese momento cuando se separó del código un folio, que sigue conservándose en ella como apéndice al Virgilio Vaticano, *F*. El manuscrito se custodia actualmente en la Biblioteca Médicea-Laurenziana de Florencia y es el más ilustre de los códices virgilianos que han llegado hasta nosotros ²⁰³.

P = *Vaticanus Palatinus Latinus* 1631, *olim Lauresheimensis*. De finales del siglo v o principios del vi. Escrito en Italia. Sabemos que desde el siglo ix se custodiaba en la Abadía de Lorsch y allí lo consultó todavía el cosmógrafo Sebastian Münster (1489-1522), quien lo consideraba autógrafo del propio Virgilio. Hacia 1556 pasó a la Biblioteca Palatina de Heidelberg y de allí a la Biblioteca Vaticana en 1623 ²⁰⁴.

²⁰³ Un facsímil completo con un magnífico estudio preliminar en E. ROSTAGNO, *Il codice Mediceo di Virgilio della R. Biblioteca Laurenziana di Firenze con illustrazione storico-paleografica*, Roma, 1931.

²⁰⁴ Hay edición facsímil del código: R. SABBADINI, *Codicis Vergiliani qui Palatinus appellatur reliquiae quam simillime expressae*, París, 1929.

R = *Vaticanus Latinus* 3867, llamado *codex Romanus*. De principios del siglo VI. Escrito en Italia, probablemente en Ravenna, pero estuvo en la Abadía de Saint-Denis, en París, por lo menos desde época carolingia. Allí sirvió de modelo para una copia que contenía las *Bucólicas* y el final de la *Eneida*, copia que actualmente aparece dividida entre dos manuscritos, uno conservado en Berna (*Bernensis* 172) y otro en París (*Parisinus Lat.* 7929). El auxilio de ambos nos permite suplir el códice romano allá donde está mutilado o corrupto. En el pontificado de Sixto IV el manuscrito R pasó a la Biblioteca Vaticana, donde uno de los primeros en utilizarlo fue Angelo Poliziano en 1484, y allí se custodia en nuestros días. Está ornado con numerosas y bellas miniaturas, entre las cuales destaca un famoso retrato de Virgilio ²⁰⁵.

Aunque cada uno de los tres manuscritos anteriormente mencionados, M, P, y R, ha sufrido la pérdida de algunas páginas, juntos contienen el grueso de la obra de Virgilio y sobre ellos recae el peso del trabajo del editor virgiliano. En la práctica, como luego veremos, éste suele decidir entre dar preeminencia al códice Medíceo (M) o al Palatino (P), utilizando el Romano en los pocos lugares donde presentan lagunas aquellos dos, muy pocos si tenemos en cuenta que al Medíceo le faltan sólo las primeras cinco églogas y la mitad de la sexta, y que las más amplias lagu-

²⁰⁵ Una edición facsimilar de todas las páginas miniadas y de algunas de las de texto fue publicada por F. EHRLE, *Picturae ornamenta, complura scripturae specimina codicis Vatic. 3867, qui codex Vergilii Romanus audit, phototypice expressa*, Roma, 1902. No hemos podido manejar la reciente edición facsimilar completa '*Vergilius Romanus*'. *Codice Vaticano Latino 3867*, Milán, 1986, acompañada de un volumen de estudios editado por I. LANA.

nas del Palatino se suplen con su apógrafo, el *Guelferbytanus Gudianus Latinus* 2.º 70 (g), del siglo ix (como las del Romano con el suyo, el *Bernensis* 172 [a], también del siglo ix). Sin embargo, no son menos antiguos ni venerables que los códices *M*, *P* y *R* los cuatro siguientes, cuya menor importancia para la constitución del texto viene dada sólo por lo muy fragmentario de su estado actual:

F = *Vaticanus Latinus* 3225, conocido como *schedae Vaticanae* o *schedae Fulvianae Vaticanae*. Escrito hacia el final del siglo iv en Italia, probablemente en Roma. Se trata de un códice preciosísimo, enriquecido por cincuenta miniaturas que han permitido a los codicólogos y a los historiadores del arte considerarlo como un auténtico ejemplar de lujo, realizado por un copista profesional de un taller romano, y les ha llevado a desechar la hipótesis, sostenida durante mucho tiempo, de un origen hispánico del manuscrito ²⁰⁶. A mediados del siglo xv sabemos que esta-

²⁰⁶ Fue nada menos que R. SABBADINI —en su artículo «Il codice virgiliano F», *RFIC* 46 (1918), 397-410, esp. pág. 399— quien defendió el origen español, y concretamente catalán, del Virgilio vaticano. A su autoridad se acogen todavía, entre nosotros, J. L. MORALEJO, «Sobre Virgilio en el alto medioevo hispano», *Secció catalana* (cit. en nota 59), págs. 31-51, esp. 31; J. JUAN, «Apunts sobre l'origen del *Bembinus* de Terenci», *El teatre grec i romà (VIIIè Simposi de la Societat Espanyola d'Estudis Clàssics. Secció Catalana. Reus... 1985)*, Barcelona, 1986, págs. 79-83, esp. 82 s. No obstante, ya en 1954 R. BIANCHI BANDINELLI («Virgilio Vaticanus 3225 e Iliade Ambrosiana», *Nederland Kunsthistorisch Jaarboek* 5 [1954], 225-240) demostraba que, por el lujo y perfección de las miniaturas y especialmente por las abundantes iluminaciones en oro, había que pensar en un origen romano del manuscrito *F* y esa tesis parece imponerse entre los codicólogos, como puede verse en A. PRATESI, «Osservazioni paleografiche (e non) sui *Codices Vergiliani antiquiores*», *Atti del Convegno mondiale scientifico di studi su Virgilio (Mantova-Roma-Napoli, 1981)*, Milán, vol. II, 1984, págs. 220-232, esp. 230 s.

ba en posesión de este códice o, al menos, que lo tuvo en sus manos Gioviano Pontano. Después perteneció a la familia Bembo y posteriormente a Fulvio Orsini, cuyo nombre todavía ostenta. Desde 1600 se conserva en la Biblioteca Apostólica Vaticana²⁰⁷.

V = *Veronensis* XL (38). Del siglo v. Escrito en Italia del Norte o quizá en la Galia, pero reescrito, en todo caso, en Luxeuil en el siglo vii. Se trata de un palimpsesto: sobre el texto virgiliano se reescribieron los *Moralia in Job* de San Gregorio Magno. El códice se encuentra en Verona ya desde el siglo ix y es el que está enriquecido por los importantes escolios virgilianos designados por su primer editor, el cardenal Mai en 1818, como *Scholia Veronensia*.

A = *Vaticanus Latinus* 3256 (4 folios) más *Berolinensis Latinus* 2.º, 416 (3 folios), conocido como *codex Augusteus*. De la primera mitad del siglo vi. Escrito en Italia, casi sin duda en área romana. La parte berlinesa de este códice fragmentario fue adquirida en subasta por la Staatsbibliothek de Berlín en 1862. El monumental aspecto externo del manuscrito, escrito en una magnífica capital *quadrata*, fue probablemente la causa de que se le atribuyera el haber pertenecido al propio Augusto. Al margen de esta legendaria datación ha sido tenido durante mucho tiempo

²⁰⁷ Edición facsimilar al cuidado de F. EHRLE, *Fragmenta et picturae Vergiliana codicis Vaticani Latini 3225 phototypice expressa consilio et opera Bibliothecae Vaticanae*, Roma, 1899 [²1930, ³1945], hoy superada por la magnífica reproducción en color al cuidado de D. H. WRIGHT, *Vergilius Vaticanus*, Graz, 1980. Sobre los aspectos ornamentales e iconográficos del manuscrito es fundamental la monografía de TH. B. STEVENSON, *Miniature decoration in the Vatican Virgil. A Study in late antiquity iconography*, Tubinga, 1983.

por escrito en el siglo iv, posición que defiende todavía C. Nordenfalk ²⁰⁸.

G = *Sangallensis* 1394. De principios del siglo vi. Escrito en Italia. Contiene doce fragmentos de las obras de Virgilio, lujosamente ornamentados y escritos en capital *quadrata*. Al menos esos fragmentos se conservaban ya en Saint Gall en los siglos xii y xiii, épocas en las que sobre algunos de sus folios se reescribieron textos sagrados, y seguían estando en 1461, cuando se usaron para encuadrar otros manuscritos. Hacia fines del xviii se reconoció su unidad y fueron compilados. Así los manejó ya Heyne, el primer filólogo en reparar sobre su valor e importancia.

Entre los *codices antiquiores* suelen mencionarse por los últimos editores de Virgilio otros dos que, si bien son claramente posteriores a los grandes manuscritos tardoantiguos citados, todavía son precarolinos. Se trata de los códices *m* y *p*:

m = *Monacensis Latinus* 29005, 18. Escrito en la segunda mitad del siglo viii en el norte de Italia. Es el más antiguo de los manuscritos medievales de Virgilio ²⁰⁹.

p = *Parisinus Latinus* 7906. Escrito a fines del siglo viii en el oeste de Alemania, probablemente, según Geymonat, en el área de Lorsch ²¹⁰.

²⁰⁸ C. NORDENFALK ha cuidado la magnífica edición facsimilar del manuscrito: *Vergilius Augusteus*, Graz, 1976. Con anterioridad a ésta se contaba con la preparada por R. SABBADINI, *Codicis Vergiliani qui Augusteus appellatur reliquiae quam simillime expresae*, Turín, 1926.

²⁰⁹ Fue colacionado por GEYMONAT en su edición, *P. Vergili Maronis Opera... rec.* M. GEYMONAT, Turín («Corpus Parauianum»), 1973; véanse las págs. XII y XX.

²¹⁰ Colacionado por R. A. B. MYNORS en su edición oxoniense, *P. Vergili Maronis Opera recognouit...* R. A. B. MYNORS, Oxford, 1969 [1972]. Mynors colacionó también un fragmento que se desgajó de *p*

El interés de estos dos últimos manuscritos radica en que probablemente son apógrafos copiados de códices antiguos escritos en letra capital, similares a los arriba descritos. Esa condición se da también en algunos de los manuscritos plenamente medievales —carolinos y poscarolinos— que son selectivamente tenidos en cuenta por los editores, como es el caso, especialmente preeminente de los apógrafos del Palatino y del Romano arriba mencionados. Pero con ellos pasaríamos, por decirlo con palabras muy acertadas de Reynolds, de la *antiqua silua* a una *inmensa silua*²¹¹ y, además inextricable. Para nuestro propósito será suficiente recordar lo que ya decíamos, a saber, que la historia del texto de Virgilio en la Edad Media pertenece más al capítulo de su varia fortuna que al de la crítica textual estricta.

Lo vario y rico de esa fortuna ya en los tiempos antiguos, incluso poco después de la muerte de Virgilio, queda atestiguado de manera especialmente interesante por los fragmentos papiráceos —algo más de veinte, escalonados desde el siglo I al V d. C.— que en los últimos decenios se han extraído de las arenas de Egipto y de Palestina y que contienen textos virgilianos, generalmente de cortas dimensiones, y muchas veces de marcado aspecto escolar: versos de Virgilio repetidos varias veces como ejercicio o con una traducción griega al lado, lo que atestigua la difusión de la obra del poeta en Oriente del Imperio²¹². Son,

y que fue encontrado en Basilea por M. Binder, para ser luego reintegrado al resto del código parisino.

²¹¹ REYNOLDS, «Virgil» (cit. en nota 198), pág. 435.

²¹² Cf. R. A. PACK, *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman Egypt*, Ann Arbor, Michigan, 1965, núms. 2935-2952; R. SEIDER, «Beiträge zur Geschichte und Paläographie der antiken Vergilhandschriften», *Studien zum antiken Epos*, ed. H. GÖRGEMANNS-E. A. SCHMIDT,

sin duda, hermosas ruinas que, como ha escrito oportunamente el editor virgiliano M. Geymonat, «nos perraro ad textum Vergilianum emendandum adiuuant...: maximi contra momenti sunt ad studia Vergiliana apud antiquos illustranda»²¹³.

Por si todos estos testimonios directos del texto de Virgilio no fueran suficientes, ha llegado hasta nosotros una riquísima tradición indirecta que se remonta, como ya hemos visto, a la época misma del poeta. La filología virgiliana comienza muy temprano, alrededor del año 26 a. C., cuando Q. Cecilio Epirota empezó a ocuparse de Virgilio en clase. A partir de este momento y hasta el fin de la Antigüedad una pléyade de editores, comentaristas, gramáticos, escoliastas avalan con su autoridad centenares de pasos virgilianos. Bastantes de ellos poseyeron un elevado sentido crítico y leyeron —o creyeron leer— a Virgilio en condiciones óptimas de fiabilidad. Desde Aulo Gelio —en el siglo II de nuestra era— hasta la masa de comentarios de los siglos IV y V nos encontramos con hombres que hablan de ejemplares *optimi, antiquissimi, manu ipsius [= Vergilii] correcti, ex domo atque familia Vergilii*, etc.²¹⁴. En algunas ocasiones sin el testimonio de esta tradición indirecta no tendríamos la seguridad de hallarnos ante el buen texto de Virgilio, pero, en otras, la discordancia entre testimonios igualmente respetables hace imposible una

Meisenheim am Glan, 1976, págs. 129-172, láms. IV-XVI. Véase, *supra*, nota 200.

²¹³ Véase edición citada en n. 209, pág. XII, nota 3.

²¹⁴ Véase ahora el importante libro de S. TIMPANARO, *Per la storia della filologia virgiliana antica*, Roma, 1986, en pugna muchas veces con las conclusiones referentes a Virgilio de J. E. G. ZETZEL, *Latin Textual Criticism in the Antiquity*, Nueva York, 1981.

elección segura. Este hecho apunta a la existencia ya en la Antigüedad de tradiciones diversas, prácticamente irreductibles, dotadas cada una de sus propias y distintas correcciones, distintas porque son «verdaderas y propias colaciones de otros ejemplares ahora perdidos»²¹⁵. La utilización de la tradición indirecta en la edición del texto virgiliano es, por tanto, un trabajo delicado, en el que hay que resolver cuidadosamente caso por caso, precisamente por el muy alto grado de fiabilidad que tienen tradiciones encontradas, y en el que el riesgo de aceptar por buenas auténticas —aunque no burdas, desde luego— interpolaciones es muy alto²¹⁶.

El editor del texto de Virgilio puede, por todo lo dicho, encontrarse perplejo²¹⁷. De un lado se encuentra prácticamente reducido a dos códices fundamentales *M* y *P*, no sólo por el carácter bastante más fragmentario de todos los demás códices mayores, sino porque las lecciones de estos últimos revelan «una esencial uniformidad de base» (Paratore) del texto, un texto que por eso aparece dotado de unas garantías de corrección y fidelidad auténticamente excepcionales. Tanto es así que filólogos tan eminentes como Pasquali han mantenido que la tradición del texto virgilia-

²¹⁵ M. GEYMONAT, «codici» (cit. en n. 199), pág. 831. Naturalmente también gran parte de los críticos virgilianos antiguos pueden jugarlos con sus errores auténticas malas pasadas. Véase, por ejemplo, G. P. GOOLD, «Servius and the Helen episode», *HSPH*, 74 (1970), 101-168.

²¹⁶ Cf. G. S. ROMANELLI, *Interpolazioni e contraddizioni nel testo dell'Eneide*, Roma, 1975.

²¹⁷ Seguimos en estas conclusiones a E. PARATORE, «Introduzione», en *Virgilio. Eneide*, Milán («Fondazione Lorenzo Valla»), I, 1978, págs. LIX-LX, y a M. GEYMONAT, «codici» (cit. en nota 199), pág. 832. Ya antes G. PASQUALI, *Storia della tradizione e critica del testo*, Florencia, 1952, pág. 21.

no se remontaría —al menos para algunos libros de la *Eneida*— a la primera edición que cuidaron Vario y Tuca. Pero, por otra parte, es imposible trazar un *stemma* de esa tradición: los venerables manuscritos antiguos que poseemos no nos permiten remontarnos a un antecesor común de ellos anterior al siglo III o IV a. C., es decir, antes de la codificación. Precisamente por eso, incluso para una obra transmitida en tan buenas condiciones, la *diuinatio*, la conjetura, sigue siendo algunas veces necesaria y, desde luego, muy difícil: *tantae molis erat...*

Entre los años 1468 y 1469 Giovanni Andrea de Bussi, erudito humanista y obispo de Aleria, cuidó la *editio princeps* de las obras de Virgilio, que salió de las planchas romanas de los prototipógrafos Conrad Sweynheym y Arnold Pannartz ²¹⁸ e iba dedicada al papa Paulo II. Desde entonces hasta la que podemos considerar primera edición verdaderamente crítica de Virgilio, la de Otto Ribbeck (de 1859 a 1868, en Leipzig ²¹⁹), los anales de las ediciones virgilianas, por decirlo con la expresión de quien los recogió y escribió hasta el año 1850, G. Mambelli ²²⁰, constituyen casi una historia de los progresos de la crítica textual y de la ecdótica de los clásicos, pero también —y quizá sobre todo— constituyen como el cañamazo posible de una historia de la cultura europea: hasta tal punto la labor y la genialidad, la desidia y la rutina, de los genios y los

²¹⁸ *Virgilii Opera et Catalecta*, Romae per CONRADUM SWEYNHEYM et ARNOLDUS PANNARTZ, in domo Petri et Francisci de Maximis [s. d.].

²¹⁹ *P. Vergili Maronis Opera...* rec. O. RIBBECK, Leipzig (Teubner), 1859-1868 (²1894-1896, reimpresión en Hildesheim, 1966).

²²⁰ G. MAMBELLI, *Gli annali delle edizioni virgiliane*, Florencia, 1954. Véase también, del mismo autor y para el período de 1900 a 1936, *Gli studi virgiliani nel secolo XX*, 2 vols., Florencia, 1940.

menos genios que se han ocupado de Virgilio, así como las excelencias y carencias de sus tiempos, sus culturas, sus religiones y sus ideologías, han dejado huella en el rico aparato de dedicatorias, prólogos, comentarios, escolios y notas con que han acompañado el texto límpido del mantuano (y huella mucho más sutil han dejado de sí mismos y de sus circunstancias con sus propias elecciones, sus lecturas y conjeturas, testimonio muchas veces de su ciencia o nesciencia, pero también de su libertad de espíritu o de sus prejuicios). De esos anales, entre los términos fijados, permítasenos entresacar aquí sólo un nombre, el de Juan Luis de la Cerda, el máximo virgilianista español de todos los tiempos y, desde luego, el más seguido, aprovechado, saqueado por sus sucesores²²¹. Tras diversas ediciones parciales, La Cerda dio a luz en Lyon, entre 1612 y 1619, su edición completa de Virgilio, espléndida obra en tres gruesos volúmenes *in folio*. El monumental comentario abarca por igual aspectos lingüísticos, literarios, históricos, mitológicos; sus referencias a las fuentes griegas y latinas y a los comentarios medievales y humanísticos son riquísimas; y todo ello está al servicio de un texto virgiliano «casi siempre acertado»²²²; la obra de La Cerda, en fin, sigue siendo instrumento imprescindible para la filología virgiliana actual, como demuestra su utilización real —y no la simple cita ritual— en los comentarios y estudios modernos²²³.

²²¹ Falta una monografía sobre La Cerda. La breve nota *s. u.* «Cerda», *Enc. V.*, I, Roma, 1984, pág. 740, recoge una escasa bibliografía esencial. Hay que añadir el inédito J. A. IZQUIERDO, *Virgilio en el siglo XVII en España*, Tesis, Valladolid, 1990, vol. I, págs. 85-165.

²²² J. GIL, «Studi filologici ed edizioni», *s. u.* «Spagna», *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, 953-956, págs. 955. El breve análisis de Gil es excelente.

²²³ Véase, por ejemplo, K. BÜCHNER, *Virgilio*, cit., pág. 600; W. F.

Otón Ribbeck fue el primero que realizó una verdadera y rigurosa colación de manuscritos virgilianos, incluidos algunos de los códices medievales, recogió los testimonios de la tradición indirecta y dio amplia cuenta de las conjeturas producidas por siglos de filología virgiliana. Ribbeck decidió anteponer las lecturas de *P* a las de *M*, rompiendo así con una tradición casi inamovible desde que la fundamentó el prestigioso texto elzeviriano de Nicolás Heinsius (Amsterdam, 1664), y esta decisión ha pesado en las ediciones de Virgilio hasta hoy mismo. Desgraciadamente Ribbeck participaba intensamente del hipercriticismo de la filología alemana de su tiempo, lo que le llevó a alteraciones del orden de los versos recibido y a atétesis que no pueden justificarse y, además, prestó insuficiente atención a las bases paleográficas de la edición ²²⁴. R. Sabbadini, el emi-

JACKSON KNIGHT, *Roman Vergil*, Harmondsworth, 1966 [Londres, ¹1944], pág. 381; E. COLEIRO, *An Introduction to Vergil's Bucolics...*, cit., *passim*.

²²⁴ Los filólogos de tradición «latina», especialmente los franceses, fueron implacables con los defectos de Ribbeck. Véase qué peculiarmente los describe —y los exagera— P. Lejay (F. Plessis - P. Lejay, *Oeuvres de Virgile... L'Énéide*, París, 1919, págs. LXXXVIII-LXXXIX): «Ce savant (1827-1898) appartenait à la génération qui a fait l'Allemagne de 1870; il avait l'intelligence pénétrante et l'imagination systématique. Son texte de Virgile est un des pires qu'on ait jamais imprimés... Médiocre paléographe, comme la plupart des philologues allemands, Ribbeck attache, par exemple, de l'intérêt aux séparations accidentelles qui se produisent dans l'écriture continue des mss en capitale; il s'arrête à des signes de ponctuation, qui ne peuvent être un élément traditionnel; il lit mal ... Les autres peuples ont laissé l'Allemagne établir sa prépondérance sur le domaine des études anciennes, comme sur beaucoup d'autres. Au bout de près d'un siècle de philologie germanisée, les manuscrits de Virgile ne sont pas encore collationnés». Por la misma época en que Lejay se expresaba así las potencias aliadas, vencedoras, habían impuesto a Alemania la paz de Versalles cuyas desastrosas consecuencias tanto tendría que padecer Europa.

nente filólogo y virgilianista italiano, volvió a dar la primacía al códice Medíceo en su edición de la *Eneida* ²²⁵, pero después fue modificando progresivamente su postura en una serie de trabajos publicados en los años veinte ²²⁶, hasta dar su monumental *editio Romana* ²²⁷, en la que adoptó el criterio ribbeckiano de la preeminencia del códice Palatino, sin aceptar, naturalmente, los ya para entonces superados criterios ecdóticos de Ribbeck ²²⁸. La convergencia de dos filólogos y dos escuelas tan distintas en la mayor valoración de *P* aseguró a ese criterio un dominio «dictatorial» ²²⁹ durante bastante tiempo. No obstante, ya en 1932 G. Funaioli ²³⁰ había defendido la autoridad no menor del Medíceo basándose en el examen de las ocasiones —prácticamente las mismas en cuanto al número— en que es el Palatino el que ofrece lecturas incorrectas. En definitiva, demostraba la ya aludida y en la práctica insuperable limitación del editor de Virgilio: que no hay posibilidades de conciliar *M* y *P*, ni de reducirlos a *stemma*. Precisamente por eso el valor de las ediciones de L. Castiglioni y de M. Geymonat, que en 1945 y 1973 sustituyeron, respectivamente, a la de Sabbadini en el «Corpus Parauia-

²²⁵ Turín («Corpus Parauianum»), 1918-1919.

²²⁶ Véase G. MAMBELLI, *Gli studi virgiliani nel secolo XX*, II, Florencia, 1940, n.^{os} 2874-2889, págs. 372-385.

²²⁷ *P. Vergili Maronis Opera*, 2 vols., Roma («Scriptores Graeci et Latini iussu Beniti Mussolini consilio R. Academiae Lynceorum editi»), 1930 [²1937].

²²⁸ W. JANELL, quien revisó la edición de Ribbeck en 1920 y 1930 (Leipzig [Teubner]), ya la había depurado en gran manera de esos defectos.

²²⁹ La expresión es de E. PARATORE, *Virgilio. Eneide*, Milán («Fondazione Lorenzo Valla»), I, 1978, pág. LXII.

²³⁰ En el artículo «Il valore del Mediceo nella tradizione manoscritta di Virgilio», recogido más tarde en *Studi di letteratura antica*, Bolonia, II, 1, 1947, págs. 363-386.

num», así como el de la oxoniense de Mynors, de 1969, estriba sobre todo —aparte del provechoso uso que Mynors hizo de los manuscritos carolingios y Geymonat de los testimonios papiráceos— en su común decisión de examinar las discordancias entre Medíceo y Palatino caso por caso, renunciando a una pretendida solución mecánica del contencioso de las relaciones entre los dos códices ²³¹. El último e ilustre editor de la *Eneida*, E. Paratore, da ciertamente en el clavo cuando, prosiguiendo en esa misma dirección, señala la «ardua problemática» del editor que se enfrenta al texto virgiliano y la «descorazonadora improbabilidad» de que su trabajo pueda atenerse a las reglas, aparentemente imperturbables, de la filología postlachmaniana ²³².

NOTAS SOBRE LA PERVIVENCIA DE VIRGILIO EN LA TRADICIÓN LITERARIA

(CON ESPECIAL ATENCIÓN A LAS *BUCÓLICAS* Y A LAS *GEÓRGICAS*)

Al comienzo de uno de los más sugestivos ensayos que se han escrito en español para intentar, como gustaba de decir su autor, «hacer nuestro a Virgilio», al comienzo del librito *Virgilio y nosotros*, el veterano virgilianista Javier de Echave se dirigía sin más al lector y le advertía: «Escri-

²³¹ Así ha procedido también entre nosotros el editor de la obra completa —incluye la *Appendix Vergiliana*— de Virgilio, MIQUEL DOLÇ, quien entre 1956 y 1978 dio el texto y la traducción catalana de las *Bucólicas* (1956), *Geórgicas* (1963) y de la *Eneida* (I-IV, 1972-1978) en la «Fundació Bernat Metge» de Barcelona. Cf. su explícito criterio ecdótico en *Eneida*, I, Barcelona, 1972, págs. 69-70.

²³² Véase *op. cit.* en nota 229, pág. LXIII.

be en cabeza de un pliego el nombre de Virgilio. Si no es el más grande que existe, ten por cierto que es el más nuestro de toda la antigüedad anterior a Cristo. Tenía nuestra misma alma»²³³. Quizá esa forma tan intensa de decir las cosas, «tenía nuestra misma alma», no es la más corriente en el discurso que se quiere teórico-literario, pero probablemente ninguna otra da razón de forma más pregnante, y al mismo tiempo inspirada, del fabuloso fenómeno de la pervivencia virgiliana: ningún poeta ha ejercido, es cierto, una influencia tan varia e inmensa sobre la posteridad como Virgilio. Y, además de grande, esa influencia fue inmediata —todavía en vida del poeta, como se ha visto— e intensa. No es posible en estas páginas —ni, probablemente, en algunos centenares más de ellas— trazar el resumen y balance de esa varia fortuna. Y no precisamente por falta de estudios parciales o monografías previos. A los muchos que ya habían producido los críticos europeos y americanos —sobre todo con ocasión del bimilenario del nacimiento de Virgilio— se han de sumar los todavía más numerosos que en todo el mundo civilizado han surgido en torno a la conmemoración del bimilenario de la muerte del poeta, cuando el tema de la pervivencia virgiliana ha sido el preferido por legiones de «scholars», quizá porque tenían la convicción o la sospecha de que sobre Virgilio mismo estaba todo dicho²³⁴. Da una idea,

²³³ JAVIER DE ECHAVE-SUSTAETA, *Virgilio y nosotros. El libro de Troya*, Barcelona, 1964, pág. 9.

²³⁴ Damos a continuación una lista, que no pretende ser completa, de los escritos conmemorativos virgilianos dedicados fundamentalmente a la pervivencia del poeta (el primero de ellos es, en rigor, de fecha anterior al bimilenario):

Présence de Virgile. Actes du Colloque ... Décembre 1976 (Paris - Tours) [= *Caesarodunum XIII bis*, 1978], París, 1978.

en fin, de la dificultad de realizar una síntesis sobre la pervivencia de Virgilio el hecho de que podemos afirmar que la mejor sigue siendo «el Comparetti», es decir el inmarcesible libro de Domenico Comparetti, *Virgilio nel Medio Evo*²³⁵, quizá el mejor fruto de la filología clásica italiana del siglo pasado.

Virgilio nell'arte e nella cultura europea (Roma, Biblioteca Naz. Centrale), Roma, 1981.

La fortuna di Virgilio nei secoli. Atti del Colloquium Vergilianum (Catania, 1981), Roma, 1982.

Virgilio e noi, Génova, 1982.

Virgilio tra noi, Avallino, 1982.

R. D. WILLIAMS - T. S. PATTIE, *Virgil. His poetry through the Ages*, Londres (British Library), 1982.

Virgil and His Influence in Britain. An Exhibition to celebrate the 2000th Anniversary of Virgil's Death (Cambridge Univ. Library, 1982), Cambridge, s. d.

Vergil 2000 Jahre. Rezeption in Literatur, Musik und Kunst, Bamberg, 1982-1983.

CH. MARTINDALE (ed.), *Virgil and His Influence. Bimillennial Studies*, Bristol, 1984.

Lectures médiévales de Virgile (École Française de Rome), París, 1985.

R. A. CARDWELL - J. HAMILTON (eds.), *Virgil in a Cultural Tradition: Essays to celebrate the Bimillennium*, Nottingham, 1986.

J. D. BERNARD, *Vergil at 2000: Commemorative Essays on the Poet and his Influence*, Nueva York, 1986.

La Fortuna di Virgilio, Nápoles, 1986.

Muy útil es el repaso que da a diversas conmemoraciones virgilianas A. WŁOSOK, «Bimillennarium Vergilianum, 1981-1982 (1983). Wissenschaftliche Kongresse, Symposien, Tagungen, Vortragsreihe, Jubiläumsband—ein Überblick», *Gnomon* 57 (1985), 127-134; y, entre nosotros, J. OROZ, «Virgilio en España: Ecos del Bimilenario», *Helmantica* 33 (1982), 571-579, así como J. MARTÍNEZ GÁZQUEZ, «Memoria del bimilenario de Virgilio», *Faventia* 7/1 (1985), 131-133.

²³⁵ D. COMPARETTI, *Virgilio nel Medio Evo*, 2 vols., Livorno, 1872 [nueva ed. por G. PASQUALI, Florencia, 1937-1941 (con reimpressiones hasta la fecha)].

Destaca lo primero en el vasto panorama de la pervivencia virgiliana la varia y múltiple manera en que se ha ejercido. Ya Comparetti había dividido su libro en dos grandes partes, una dedicada a la tradición literaria de Virgilio (hasta Dante) y otra a Virgilio en la leyenda popular, pues, fiel en ello al más puro romanticismo filológico, creía que ambos aspectos estaban netamente separados. La investigación posterior, en cambio, ha demostrado con cuánta frecuencia las leyendas virgilianas no sólo no hunden sus raíces en una vagorosa tradición popular, sino que se remontan a orígenes tan literarios y cultos como las propias *Vitae Vergilianae*²³⁶. No sólo múltiples sino inextricablemente entremezclados son los «Virgilibios» que han sobrevivido al paso de los siglos. Está primero el Virgilio auténtico, el Poeta de Roma, o, si se prefiere, su obra, cultivada, asimilada, imitada, emulada; en ese sentido el virgilianismo ha podido ser plásticamente definido como una enfermedad crónica, concretamente como esa «cotal sorte di 'influenza' contagiosa, alla quale non v'ha seculo, anzi non vi ha scrittore della letteratura romana imperiale che, poco o molto, non sia soggiaciuto»²³⁷, palabras cuya virtualidad puede, desde luego, extenderse prácticamente a toda la poesía bucólica, rural y épica de Occidente. Esa obra de Virgilio desde los comienzos mismos de su difusión va perdiendo su unidad en manos de gramáticos, rétores, mítógrafos, los cuales entran a saco en ella como en un repertorio de *exempla*, proverbios, refranes, *adagia*, que, ci-

²³⁶ Cf. *supra* pág. 31. Pasquali en su prólogo a la nueva edición de Comparetti nos advierte claramente de los riesgos de la visión romántica de este último, *op. cit.* en la nota anterior, I, págs. XXIII-XXVIII.

²³⁷ L. VALMAGGI, «Il 'Virgilianismo' nella letteratura romana», *RFIC* 18 (1890), 365-399, pág. 365.

tados de segunda, tercera y enésima mano van a nutrir la larguísima cadena de los manuales durante veinte siglos; es el Virgilio *auctor*, la autoridad de Virgilio. Algo más tarde, pero todavía en la Antigüedad, de la persona y la obra auténticas de Virgilio emanan y adquieren vida por separado el nombre, la fama de Virgilio, primero recordado en sus aspectos más fundamentados de la realidad, su prestigio como poeta de la plenitud augústea, como cantor del epos romano, y progresivamente transformado en otros tantos Virgilios cada vez menos parecidos a Publio Virgilio Marón: así ocurre con el Virgilio filósofo, omnisciente, mago, profeta y hasta aventurero. Ese Virgilio fabuloso parece casi desplazar al poeta de Roma a partir de los postremos siglos de la Antigüedad y durante la Edad Media, pero sólo parece: bajo la figura legendaria cuyas múltiples transformaciones estudió magníficamente Comparetti, subyace siempre el poeta; es éste, «l'altissimo poeta» quien le sale al encuentro a Dante —al principio de la Comedia verdaderamente divina— el Viernes Santo del año 1300. Y Dante no lo hubiera conocido, no lo hubiera tenido como maestro de poesía, sin una larga tradición anterior, literaria y culta (aunque también es posible que no hubiera sido su guía a través del Infierno y el Purgatorio si, entremezclada con aquella tradición, no hubiera mantenido su vigencia la otra, la legendaria).

En vida de Virgilio las *Bucólicas* y las *Geórgicas* habían alcanzado ya la categoría de textos clásicos, esto es, se explicaban en la escuela. Hemos visto que las primeras fueron con frecuencia escenificadas y que Virgilio fue objeto en el teatro de ovaciones de ordinario reservadas al príncipe y sabemos, en fin, de las muestras continuas de respeto y admiración que el poeta mereció entre el pueblo romano. Todo eso habla bien a las claras del éxito y de la transcen-

dencia inmediata de sus obras. Naturalmente no podían faltarle a Virgilio envidiosos y enemigos, como aquel Numitorio que escribió unos *Antibucolica*, parodiando neciamente las *Bucólicas* y aquel otro que se chanceaba de versos de las *Geórgicas* (VSD 43). Tampoco la *Eneida* se salvó de estos ataques, a pesar de la expectación con que se seguía su alumbramiento y del entusiasmo con que fue aceptada tan pronto se publicó póstumamente, testimoniado eloquentemente por las citas del poema encontradas en gran abundancia en las paredes de las termas, en Roma, o en las calles de Pompeya, muchas veces «graffiti» rápida y popularmente escritos²³⁸. Ese refrendo popular, que ya nunca le iba a faltar a Virgilio, hace todavía más ridículos los intentos de desprestigiarlo debidos a los *obtrectatores Vergilii* de que nos habla la *Vida* suetonio-donatiana: «Contra la *Eneida* está también el libro de Carvilio Píctor titulado *Aeneidomastix* [«Azote de la *Eneida*»]. M. Vipsanio [Agripa] llamaba a Virgilio protegido de Mecenas e inventor de una nueva forma de afectación, no ampulosa ni lánguida, sino conseguida con palabras comunes y, por lo tanto, oculta. Herenio recogió únicamente los defectos de Virgilio y Perelio Fausto sus plagios. Sin embargo, los ocho volúmenes de *Homoiotétes* [«Semejanzas»] de Q. Octavio Avito contienen además los versos que imitó y los lugares de donde los sacó» (VSD 44-45). Contra toda esta caterva

²³⁸ M. GIGANTE, *Civiltà delle forme letterarie nell'antica Pompei*, Nápoles, 1979, esp. págs. 163-183, dedicadas a la fortuna de Virgilio en las inscripciones pompeyanas, tratadas monográficamente más tarde por S. FERRARO, *La presenza di Virgilio nei graffiti pompeiani*, Nápoles, 1982. Véase también M. GIGANTE, art. cit. en nota 98. Sobre la presencia —importantísima— de Virgilio en la poesía epigráfica, véase el gran estudio de P. HOOGMA, *Der Einfluss Vergils auf die Carmina Latina Epigraphica*, Amsterdam, 1959.

escribió a mediados del siglo I d. C. Asconio Pediano su libro *Contra los detractores de Virgilio*, libro que, por otra parte, no parece que fuera muy necesario: Virgilio estaba firmemente asentado en la escuela y en la cultura, hasta el punto de que el intento de Calígula de acabar con sus obras —así como con las de Tito Livio— fue tenido como prueba definitiva de su locura²³⁹. Con todo, es posible que en los cenáculos literarios la propia grandeza de Virgilio hallara una auténtica incompreensión, cuando no envidia. El propio Agripa, como hemos visto, parecía no apreciar la obra del poeta. Por otra parte no puede menos que extrañar el silencio sobre Virgilio en los años inmediatamente posteriores a su muerte, de la que ni Ovidio, ni siquiera Horacio, dicen ni media palabra, como si sobre aquél se hubiera cernido una «espesa sombra de olvido»²⁴⁰. Si realmente hubo un «dimenticatio» de Virgilio, en todo caso duró poco y ya en la época de Nerón su prestigio se deja notar con fuerza. Es en esos tiempos cuando se produce un movimiento que trata de continuar la poesía bucólica en la estela del mantuano. Calpurnio Sículo y las dos églogas encontradas en un manuscrito de Einsiedeln, cuyo desconocido autor imita las *Bucólicas* tercera y cuarta de Virgilio, inauguran la poesía pastoral europea que toma a Virgilio —no directamente a Teócrito— como indiscutible modelo del género²⁴¹, pero también inauguran

²³⁹ Suet., *Cal.* 34, 2.

²⁴⁰ Así M. Dolç, *Apèndix Virgiliana*, I, Barcelona («Fundació Bernat Metge»), pág. 8. Dolç llega a afirmar que «la envidia y el odio acompañaron a Virgilio incluso después de su muerte... Tendrían que pasar unos sesenta años de silencio para que Virgilio empiece su interminable peregrinación, gloriosa como ninguna otra, a través de las ciudades vivas del mundo» (*Retorno a la Roma clásica*, Madrid, 1972, pág. 47).

²⁴¹ Sobre esa tradición y sus prolongaciones en la literatura española

la serie de imitaciones cuyo «virgilianismo» no compensa la pobreza de inspiración, ni la incapacidad de estos poetas de segunda clase para aprender en el modelo «el sentido y la importancia de las expresiones clásicas, de sus efectos y de su inimitabilidad»²⁴². Por la misma época L. Junio Moderato Columela, hispanorromano de Cádiz, en su obra sobre la agricultura (*De re rustica*) utiliza como fuente las *Geórgicas* virgilianas, pero hace algo mucho más trascendente: acogiéndose al pretexto de que el propio Virgilio no había tratado en su poema del cuidado de los jardines y que expresamente había dejado el tema para otros²⁴³, Columela decide elaborar en forma poética el libro X de su obra (*De cultu hortorum*) y así inicia a su vez la larga cadena de la poesía didáctica sobre el campo y la agricultura, que va a imitar durante decenas de siglos el modelo inmarcesible de las *Geórgicas*. En Columela —como por lo demás en casi toda la poesía geórgica postvirgiliana— tampoco el cuidado de la expresión y la reverencia hacia el modelo logran emular la perfección formal y la inspiración de Virgilio en su más elaborado poema²⁴⁴.

Donde más intensa se da la imitación virgiliana dentro de la literatura de las épocas claudia y flavia es, desde lue-

contamos con la importante tesis de V. CRISTÓBAL, *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid (Universidad Complutense), 1980.

²⁴² K. BÜCHNER, *Virgilio*, cit., pág. 576. Para la pastoral postvirgiliana véase R. VERDIÈRE, «La bucolique postvirgilienne», *Eos* 56 (1966), 161-185, y la edición, con traducción y comentario, de D. KORZENIEWSKI, *Hirtengedichte aus Neronischer Zeit*, Darmstadt, 1971.

²⁴³ VIRG., *G.* IV 148.

²⁴⁴ Sobre el libro X de Columela véase E. DE SAINT-DENIS, *Collumele. De l'agriculture. Livre X (De l'horticulture)*, París, 1969; Id., «Collumele, miroir de Virgile», *Vergiliana. Recherches sur Virgile* (eds. H. BARDON - R. VERDIÈRE), Leiden, 1971, págs. 328-343.

go, en la poesía épica —de la que aquí no nos ocuparemos—, pero la influencia de Virgilio es también importante en la prosa y en el teatro y, concretamente, en Séneca y Tácito. Séneca, quien llama a Virgilio *uirum dissertissimum, maximum uatem*, y quien lo considera inmortal²⁴⁵, muestra, al igual que Tácito, en sus escritos en prosa —una prosa que precisamente a partir de Livio tiende a indiferenciar progresivamente su estilo y léxico del de la poesía— una clara impronta de Virgilio. No se trata sólo de las múltiples citas virgilianas que tan a menudo se engarzan con la propia expresión en sus cartas²⁴⁶, sino de deudas importantes con Virgilio en el estilo y en el pensamiento mismo: ideas capitales del filósofo, como, por ejemplo, las que expresa en el *De clementia* acerca del imperio romano sobre el mundo, tienen una indudable influencia de Virgilio —en el ejemplo propuesto, del libro IV de las *Geórgicas*, con la descripción de la comunidad de las abejas²⁴⁷— y muchos de los rasgos expresivos del teatro de Séneca proceden también de él. Tácito, por su parte —aceptado que sea suyo el «Diálogo de los oradores»—, consagra a Virgilio los capítulos 12 y 13 de esa obra y en el estilo de su prosa histórica muestra cuánto debe al vocabulario virgiliano y cómo ha aprendido en Virgilio el

²⁴⁵ SEN., *Dial.* 8, 1, 4; 10, 9, 2; *Epist.* 21, 5.

²⁴⁶ Cf. J. L. VIDAL, «Sobre reminiscencias de Virgilio en la literatura de la época claudia», *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo. Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos (Sevilla... 1981)*, II, Madrid, 1983, págs. 236-243, con bibliografía en nota 10, a la que hay que añadir J. M. ANDRÉ, «La présence de Virgile chez Sénèque. Zones d'ombre et de lumière», *Helmantica* 33 (1982), 219-233.

²⁴⁷ Cf. H. DAHLMANN, *Der Bienenstaat in Vergils Georgica* [= *Abh. der... Akad. der Wiss. Mainz*, 10, 1954], Wiesbaden, 1954.

uso pregnante de las palabras unas veces y una magistral ambigüedad en otras ocasiones ²⁴⁸.

Cuando Quintiliano en su *Institutio oratoria* coloca a Virgilio inmediatamente después de Homero ²⁴⁹ en el programa de los estudios liberales que allí configura y cuya vigencia desafiaría los siglos, lo convierte definitivamente en clásico para el resto de la historia de la educación y, por tanto, de la cultura. Incluso el arcaísmo de la época de Adriano y su efímera moda de preferir Lucilio a Horacio o Catón a Cicerón, no llegó a conseguir que Ennio se antepusiera a Virgilio. A autores tan representativos de la época como son Aulo Gelio y Floro debemos muestras importantes de virgilianismo como es la conservación de noticias muy interesantes sobre la vida y obra del poeta en las *Noches áticas* de Aulo Gelio o la discusión sobre en cuál de los saberes o disciplinas era más excelente Virgilio, como aparece en el opúsculo *Vergilius orator an poeta* de Floro.

Desde este momento es la escuela el ámbito donde se ejerce y se propaga la influencia de Virgilio. En Virgilio aprendían los romanos la *grammatica* y la *rhetorica* y, por tanto, todas las disciplinas —desde la gramática en el sentido actual de la palabra, o la lingüística, hasta la oratoria y la filosofía— que iban a conformar en el futuro la edu-

²⁴⁸ El «virgilianismo» del estilo tacíteo ya fue puesto de relieve con frecuencia por H. DRAEGER en su todavía indispensable *Über Syntax und Stil des Tacitus*, Leipzig, ³1882 y ha sido más recientemente estudiado por R. T. S. BAXTER en su tesis *Virgil's influence on Tacitus*, Stanford Univ., 1968, y en artículos periódicamente aparecidos en *Classical Philology*.

²⁴⁹ QUINT., 10, 1, 95: *Itaque et apud illos [los griegos] Homerus, sic apud nos Vergilius... omnium eius generis poetarum Graecorum nostrorumque haud dubie proximus.*

cación de Europa. Sobre todo desde la Antigüedad tardía poseemos un gran número de noticias sobre, y de muestras de, ejercicios escolares en torno a la obra de Virgilio: profusiones, desarrollos de *themata* o *loci* virgilianos, argumentos en versos de las obras o de partes de las obras, etc.²⁵⁰. Pero con la gramática y la retórica empapadas de Virgilio sólo se ponían los cimientos de la devoción por el poeta. Es sobre todo la actividad filológica de los comentaristas —emprendida en principio con mentalidad «científica», antes de que los excesos de la «interpretación alegórica» se impusieran— aquello sobre lo que descansa el auge del virgilianismo. Ha llegado hasta nosotros una parte de los comentarios a Virgilio²⁵¹, la suficiente para hacernos ver con claridad hasta qué punto en la tardía Antigüedad y en la Edad Media en el saber sobre Virgilio se comprende casi todo el saber universal. La tradición de estos comentarios se prolonga durante todo el Medievo y enlaza con la actividad de los humanistas del Renacimiento y, en cierta manera, con la actividad filológica moderna²⁵². Sólo si se tiene en debida cuenta esta labor incansable y transmitida de maestros a discípulos puede explicarse —tras casi tres siglos de atonía espiritual y literaria— el

²⁵⁰ Remitimos a las referencias a Virgilio en los índices de la obra clásica de H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, París, 1976 (hay trad. española editada en Buenos Aires).

²⁵¹ De ellos hemos dado cuenta más arriba al estudiar las *Vitae Vergilianae*, que solían preceder a los comentarios propiamente dichos. Véase *supra*, páginas 13 sig.

²⁵² Sobre los comentarios virgilianos, véase la bibliografía citada al hablar de las *Vitae Vergilianae*. Dos apretadas y valiosas síntesis son la de H. HOLTORF, *P. Vergilius Maro. Die grossen Gedichte. I. Einleitung. Bucolica*, Francfort - Munich, 1959, págs. 86-87, y la de K. BÜCHNER, *Virgilio*, cit., págs. 581-588.

refloreamiento del virgilianismo, que es lo mismo que decir de la gran literatura pagana, que ocurre alrededor del año 400 d. C. El escritor en que se hace más patente es Macrobio, en cuyos *Saturnalia* la gramática y el «gran mundo» patricio vuelven a encontrarse y Virgilio pasa a ser considerado algo así como la Biblia de las personas cultas, lo que, ciertamente no es otra cosa que atribuirle aquel saber universal de que hemos hablado. En Macrobio y en los comentaristas que éste leía —Servio, Elio Donato, Tiberio Claudio Donato—, aunque Virgilio todavía es entendido en su estricta y elevada dimensión poética, ya encontramos amalgamada la consideración de Virgilio como maestro de poesía y de estilo junto con la de conocedor del derecho, de la disciplina augural, de la filosofía y de la retórica, en suma, como dotado de esa omnisciencia con cuyo halo pasaría a la Edad Media aquel a quien Dante llamó «quel savio gentil che tutto seppe».

Si es en la poesía, tanto pagana como cristiana, donde, como veremos, más intensamente se manifiesta la influencia de Virgilio *in bonam partem*, también es en ella —o, en la escritura en verso: que sea o no poesía es otro problema— donde se plasman las consecuencias negativas —estéticamente negativas, por lo menos— de la familiaridad con, o mejor, de la saturación de Virgilio en todas las etapas de la educación, situación que produjo frutos tan pintorescos —si no disparatados— como los centones²⁵³. El juego literario de hacer centones consistía en

²⁵³ Sobre los centones en general véase G. SALANITRO, *Osidio Geta. Medea ... con un profilo della poesia centonaria greco-latina*, Roma, 1981; R. LAMACCHIA, s. u. «cento», *Enc. V.*, I, Roma, 1984, págs. 733-737; J. L. VIDAL, «Observaciones sobre centones virgilianos de tema cristiano», *BIEH* 7/2 (1972), 53-64.

componer con versos o fragmentos de verso de un autor dado, generalmente un clásico de indiscutida autoridad como Homero, los trágicos griegos, Virgilio, una obra nueva —igual que entretejiendo harapos de la más diversa procedencia se fabricaba un «centón» de trapos, por ejemplo, una cortina o un cobertor o un manto²⁵⁴—. La gracia del juego estaba en que la nueva obra fuera, en contenido y tono, lo más diferente posible de aquella que había proporcionado el «material». La época helenística había producido buen número de «Homerocentones», generalmente de asunto lúdico y, con mucha frecuencia, paródico. Los admiradores de Virgilio no podían consentir que ni en eso fuera menor que Homero y se lanzaron a componer también «Virgiliocentones» semejantes a los helenísticos. La antología conocida como *Anthologia Salmasiana* conserva algunos centones de ese tipo²⁵⁵, pero la mejor muestra del género es el *Cento Nuptialis* de Ausonio, que se atiene efectivamente al tono festivo —y, en su caso, obsceno— de esos pasatiempos literarios. Pero los entusiastas virgilianistas no se quedaron ahí. Al contrario, se tomaron el asunto en serio y se pusieron a componer centones con pretensiones de gran estilo, trágicos, épicos, bucólicos, didácticos, etc., auténticos pastiches algunas veces apenas inteligibles. Por lo que sabemos abrió el fuego un tal Hosidio Geta, contemporáneo de Tertuliano, de quien nos ha llegado una tragedia en «Virgiliocentón», nada menos que una *Medea*²⁵⁶. Pero igual que en el terreno de

²⁵⁴ Cf. J. L. VIDAL, «Sobre el nombre del centón en griego y en latín», *AFFB*, 4, 1978, págs. 145-153.

²⁵⁵ Los conserva en la que todavía es su edición «standard», la de A. RIESE, *Anthologia Latina* I 1, Leipzig (Teubner), 1894, n.ºs 7-17, pero no así en la edición de Shalekton-Bailey, en curso de publicación.

²⁵⁶ Ha merecido los honores de una edición teubneriana: R. LAMAC-

la verdadera poesía latina tardía, también en éste los cristianos iban a despuntar.

Una vez que el cristianismo, primero tolerado, luego consolidado y finalmente imperante, decidió que su expresión poética no siguiera el apenas intentado —por Comodiano— camino de la himnodia popular y adoptó las formas de la poesía pagana para los nuevos contenidos cristianos, Virgilio pasó a ser el modelo de la poesía cristiana y algo más, fue «cristianizado» él mismo. Este proceso, uno de los más apasionantes en la historia de la fortuna del poeta, se apoyaba por un lado en el prestigio inmenso que Virgilio tenía entre los poetas cristianos, romanos cultos al fin, alumnos de la misma y única escuela pagana y, por tanto, en la temprana creencia de que Virgilio había sido algo así como un cristiano «avant la lettre» y no sólo en el sentido de que su alma (definida todavía hoy con acierto como *naturaliter christiana*), su sensibilidad para lo humano y lo religioso presagiaba la del cristianismo que en aquel momento se disponía a iluminar el mundo, sino en uno más intenso y concreto: Virgilio habría sido —como la Sibila, cuya mención recoge la misma liturgia de la Iglesia católica— un profeta de Cristo, su mensaje estaría alegóricamente encerrado en la misteriosa *Bucólica* cuarta, la del anunciado niño providencial, que no sería otro que el mismo Cristo²⁵⁷. La protesta de algunos

CHIA, *Medea, cento Vergilianus*, Leipzig, 1981, además de la citada en la nota 253.

²⁵⁷ La interpretación alegórica —pagana y cristiana— de la égloga cuarta ha merecido una inmensa bibliografía. Sigue siendo capital el libro de J. CARCOPINO, *Virgile et le mystère de la IVE Églogue*, París, 1930. Una síntesis de las interpretaciones cristianas la da S. BENKO, «Virgil's Fourth Eclogue in Christian Interpretation», *ANRW*, II 31.1, Berlín - Nueva York, 1980, págs. 646-705.

espíritus sensatos, como el de san Jerónimo, contra ese afán de «cristianización» a todo precio de Virgilio no parece que consiguiera muchos frutos: nada menos que el emperador Constantino dirigiéndose en ocasión solemne *ad coetum sanctorum*, esto es, a un sínodo de obispos, introduce en su discurso la cuarta *Bucólica* citándola en esa clave mesiánica. Conservamos la traducción al griego de ese discurso, inserta en la historia de Constantino escrita por Eusebio de Cesarea, quien en su versión de la égloga se las arregla para potenciar precisamente los aspectos mesiánicos que interesaba resaltar al emperador²⁵⁸. Por lo demás el mismo san Jerónimo, así como san Agustín, admiran a Virgilio como al poeta por excelencia, lo citan con frecuencia en sus escritos y les viene especialmente a la memoria en momentos patéticos y culminantes de sus propias vidas.

Después de la época neroniana la poesía bucólica post-virgiliana había dado todavía un fruto tardío en las cuatro églogas de Nemesiano quien, a fines del siglo III, aparece como el último poeta bucólico pagano²⁵⁹. Pero el género bucólico reverdecerá con interesantes mutaciones en una serie de autores, datados a partir de finales del siglo IV, que procuran utilizar los recursos de la poesía pastoril y, más concretamente, de la bucólica virgiliana para arropar una temática cristiana. Se trata del género conocido como «bucólica cristiana»²⁶⁰. En ese género se integran la poe-

²⁵⁸ Cf. C. MONTELEONE, *L'égloga quarta da Virgilio a Costantino. Critica del testo e ideologia*, Manduria, 1975.

²⁵⁹ Edición de P. VOLPILHAC, *Nemesien. Oeuvres*, París, 1975. Cf. R. VERDIÈRE, *Prolégomènes à Nemesianus*, Leiden, 1974.

²⁶⁰ Así lo denomina su principal estudioso W. SCHMID, «Tityrus christianus. Probleme religiöser Hirtendichtung an der Wende vom vierten

sía de Paulino de Nola, el curioso *carmen* de Severo Santo o Endelquio *De mortibus boum* ²⁶¹, pero también centones virgilianos como el conocido como *Versus ad gratiam Domini*, atribuido a un tal Pomponio ²⁶². En estos *carmina* se consuma, además, algo que ya se venía perfilando en la bucólica postvirgiliana, la asimilación de motivos propiamente pastorales y «arcádicos» con los geórgicos ²⁶³. Los poetas cristianos fueron especialmente receptivos a la afinidad entre esos dos tipos de elementos y los trataron conjuntamente ²⁶⁴ y combinándolos también con otros temas. Así Paulino de Nola utiliza a veces la forma de idilio pastoril para describir una escena casi realista por su tono de cotidianeidad rural ²⁶⁵; Endelequio, bajo la forma de un diálogo pastoril, desarrolla un típico tema geórgico, la narración de una epizootia, que cesará por la intervención milagrosa del signo de la cruz ²⁶⁶; y en el centón *Versus*

zum fünften Jahrhundert», *RhM* 96 (1953), 101-165; Id., *s. u.* «Bukolik», *Reallexikon für Antike und Christentum*, II, Stuttgart, 1954, págs. 786-800; cf. J. L. VIDAL, «Observaciones...» citado en nota 253, pág. 61.

²⁶¹ Edición con traducción y comentarios en D. KORZENIEWSKI, *Hirtengedichte aus spätrömischer und karolingischer Zeit*, Darmstadt, 1976, págs. 57-71.

²⁶² Cf. J. L. VIDAL, «La technique de composition du Centon virgilien *Versus ad gratiam Domini siue Tityrus* (*Anth. Lat.* 719 a Riese)», *Rev. des Étud. Augustiniennes* 29/3-4 (1983), 233-256.

²⁶³ R. KETEMANN, *Bukolik und Georgik. Studien zu ihrer Affinität bei Vergil und später*, Heidelberg, 1977, especialmente el capítulo V «Vergils Georgica und nachvergilische Bukolik», págs. 99-130. Cf. V. CRISTÓBAL, *op. cit.* en nota 241, págs. 594-613.

²⁶⁴ Cf. M. L. RICCI, «Motivi arcadici in alcuni centoni virgiliani cristiani», *Atti del Convegno Virgiliano sul bimillenario delle Georgiche* (Nápoli... 1975), Nápoles, 1977, págs. 489-496, esp. 493 sigs.

²⁶⁵ Cf. P. KETEMANN, *op. cit.*, págs. 120-122.

²⁶⁶ Cf. KETEMANN, *op. cit.*, págs. 116-120.

ad gratiam Domini el elemento bucólico, concretamente la forma dialogada, es apenas una excusa para desarrollar un discurso de naturaleza didáctica y teológica ²⁶⁷. Como se ve los cristianos eligieron decididamente el centón virgiliano como forma adecuada (?) para contenidos tan serios como los apologéticos y doctrinales, caso del centón *Versus ad gratiam Domini* o de los centones dedicados al misterio de la Encarnación ²⁶⁸ o al de la Eucaristía ²⁶⁹.

Todos estos esforzados secuaces de Virgilio del final de la antigüedad romana conocían y seguían la teoría de los «tres estilos» o «caracteres» de la poesía —*humilis, medius, grandiloquus* en la terminología de Servio— de los que, por supuesto, las tres obras de Virgilio tomadas por su orden cronológico eran respectivamente los ejemplos canónicos. Todo esto se representaba por medio de un esquema gráfico de círculos concéntricos, la famosa *Rota Vergili* ²⁷⁰. A esa teoría de los estilos se ajustarán los escolares medievales en sus composiciones poéticas de una forma en cierto modo automática: elegido el estilo, la obra virgiliana correspondiente será el paradigma a seguir. En algunas composiciones pertenecientes a autores del llamado renacimiento carolingio se ha querido ver otras tantas muestras del primer estilo y, consecuentemente, del género

²⁶⁷ Cf. W. SCHMID, «Tityrus...», cit. en nota 260, pág. 110; R. KETEMANN, *op. cit.*, pág. 110 y nota 45; J. L. VIDAL, «La technique...», cit. en nota 262, págs. 240-241.

²⁶⁸ *De Verbi Incarnatione*, ed. C. SCHENKL, *Poetae Christiani Minores*, Viena (CSEL 16, 1), 1888, págs. 615-620.

²⁶⁹ *De Ecclesia*, ed. SCHENKL, *op. cit.*, págs. 621-627. Cf. J. L. VIDAL, «Christiana Vergiliana I: Vergilius Eucharistiae cantor», *Actes del VIè Simposi*, cit. en nota 234, págs. 207-216.

²⁷⁰ A. FONTÁN, «Virgilio, los estilos y la *Rota Vergili*», recogido en *Humanismo romano*, Barcelona, 1974, págs. 94-99.

bucólico ²⁷¹. Eso es cierto probablemente en el caso de las dos *Églogas* de Modoino ²⁷², cuyas imitaciones de Virgilio, en primer lugar, pero también de Calpurnio Sículo y de Nemesiano las colocan en la estela de la bucólica postvirgiliana, pero no parece que procedimientos tales como la disposición dialogada puramente externa o el uso de la alegoría, que ciertamente hallan su lugar en las composiciones de las que tratamos, sean suficientes para colocarlas en la tradición bucólica postvirgiliana. Para G. Brugnoli el género bucólico desaparece en la Edad Media hasta su redescubrimiento con Dante, Petrarca y Boccaccio; es más, según ese autor, «después de Endequino el género bucólico calla» ²⁷³. Hay, no obstante, una excepción, las cuatro églogas de un problemático Marco (o Marcio) Valerio, autor probablemente del siglo XII del cual ni el nombre mismo conocemos con seguridad, compuestas con un razonable conocimiento del Virgilio bucólico ²⁷⁴.

Cuando Casiodoro, al recomendar, en un pasaje de sus *Institutiones* ²⁷⁵, al monje que *nec humanis nec diuinis litteris perfecte possit erudiri* que no desdeñe las labores del campo, se apoya en la autoridad de un pasaje de las *Geórgicas* de Virgilio,

²⁷¹ Véase la lista en G. BRUGNOLI, «La tradizione letteraria medievale», s. u. «Bucoliche», *Enc. V.*, I, Roma, 1984, págs. 576-580, donde se discute además la justeza de la adscripción al género bucólico de tales composiciones.

²⁷² Ed. D. KORZENIEWSKI, *op. cit.* en nota 259, págs. 73-101.

²⁷³ G. BRUGNOLI, *op. cit.*, pág. 580. Sin embargo, véase V. CRISTÓBAL, *op. cit.* en nota 241, págs. 84-93.

²⁷⁴ Ed. de FRANCO MUNARI, Florencia, 1970. Cf. A. SALVATORE, «Le Bucoliche di Marco Valerio», *La Fortuna di Virgilio*, cit. en nota 234, págs. 71-106.

²⁷⁵ CASIOD., *Instit.* 1, 28, 5.

*sin has ne possim naturae accedere partis,
frigidus obstiterit circum praecordia sanguis,
rura mihi et rigui placeant in uallibus amnes*²⁷⁶,

nos está dando una de las claves que explican la pervivencia del poema en la Edad Media²⁷⁷. Es lo que las *Geórgicas* tenían, a ojos de los lectores medievales, de didáctico e incluso de común con los escritores técnicos de agricultura —inmediatamente después de la cita Casiodoro menciona a Columela—, lo que las hacía especialmente estimables. Pero no eran precisamente los *clerici* del círculo carolingio o los autores eclesiásticos posteriores los que se sentían concernidos por esa llamada al trabajo de los campos y desde luego no ocupan los pasajes geórgicos parte alguna reseñable de sus obras. Por eso es de notar que uno de los más ilustres autores del siglo ix, Walafrido Estrabón, compusiera un *De cultu hortorum* (comúnmente conocido como *Hortulus*) cuyos más de cuatrocientos hexámetros son de factura casi virgiliana y cuya inspiración arranca de las *Geórgicas*. Sin embargo, la tradición geórgica hasta el siglo xiii es tan escasa como la bucólica: el *Hortulus* es el único poema que se coloca en la estela de las *Geórgicas* virgiliana desde la tardía antigüedad hasta aquel siglo. Eso no significa que las *Geórgicas* no fueran conocidas: basta

²⁷⁶ «Mas si llegar no puedo a los misterios / de la Naturaleza, por faltarme / vital calor que al corazón aliente, / que entonces mi ilusión sean los campos, / las vertientes que riegan las cañadas», VIRG., *G.* II 483-485 (trad. Espinosa Pólit). Casiodoro cita los dos últimos versos.

²⁷⁷ Para este tema seguimos la excelente exposición de L. P. WILKINSON, «The 'Georgics' in After Times», págs. 270-313 (esp. 273 sigs.) de su libro *The Georgics of Virgil. A critical Survey*, Cambridge, 1969 [reimpr. 1978].

echar un vistazo al aparato de fuentes que los *Poetae Aevi Carolini* presentan en la monumental edición histórica germana —por no hablar de los códices carolingios y postcarolingios que contienen las *Geórgicas*— para asegurarnos de la presencia del poema virgiliano de la tierra, presencia menor que la de las *Bucólicas*, el poema que abría las obras mayores de Virgilio, y, claro está, que la de la *Eneida*, el más cercano al carácter narrativo y heroico —o, al menos, laudatorio— de la mayor parte de las obras de los poetas carolingios y posteriores. La tradición geórgica se mantuvo más calladamente. La vemos emerger en el florecimiento de la Escolástica, concretamente en un escritor tan importante como Juan de Salisbury (1120-1180)²⁷⁸ y, desde luego, no cabe duda de que en la escuela las *Geórgicas* no dejaron de ser leídas. De esta manera se mantuvo el hilo conductor que llega hasta su redescubrimiento con el Humanismo.

La presencia de Virgilio en la cosmovisión filosófica y poética que se encuentra en la *Divina Comedia* es, sin duda, la culminación de la tradición cristiana y virgiliana de la Edad Media europea. Pero —ya se ha dicho— Dante es al mismo tiempo nuevo o renovador en la medida en que rescata —y, en cierto modo, entrega, al Humanismo que está en puertas— al Virgilio histórico, el poeta de Roma, el que le enseñó «lo bello stil» que honor le diera, el que es «delli altri poeti onore e lume». En el género bucólico ese rescate lo lleva a cabo con las dos *Eclogae*, escritas en 1319.

Virgilio llena con su presencia y su nombre la literatura del Humanismo y el Renacimiento italianos, la escrita en

²⁷⁸ Así lo ha demostrado L. P. WILKINSON, *loc. laud.*, págs. 287-290.

latín, por supuesto, y también la cada vez más importante literatura escrita en vulgar ²⁷⁹. Fue el poeta por excelencia para Petrarca. Éste, plenamente decidido a renovar los géneros de la poesía clásica, escribe un *Bucolicum carmen* (1357), doce églogas en las que resurge la estructura virgiliana de la composición, lo que no había llegado a conseguir Dante, cuyas *Eglogae* mantenían todavía con un cierto medievalismo la forma de la espístola literaria. Pero así como Petrarca abre con el *Bucolicum carmen* la bucólica renovada y con el *Africa* el poema épico renovado, no parece que sintiera la necesidad de hacer lo propio con la geórgica, por más que apreciaba las de Virgilio —*ingeniosum et iucundum opus* las llama en una ocasión (*Fam.* 23, 12, 32)— y las cita con frecuencia. El desinterés de Petrarca y, en general, de los humanistas italianos por la vida rural —Maffeo Vegio confiesa abiertamente, tras una forzada estancia en el campo, su absoluto desagrado por la manera de vivir que Virgilio elogia en las *Geórgicas*— no impide que su influencia crezca en la literatura de la segunda mitad del siglo xv. En 1483 A. Poliziano compone su *Rusticus*, un poema de 570 hexámetros latinos destinado a ser leído públicamente como prólogo a sus propias lecturas de Hesíodo y de Virgilio. Su éxito es en gran parte determinante de la afición en la Italia del xvi por el poema didáctico latino, cuyo máximo exponente es una obra completamente virgiliana en sus hexámetros y en muchas de sus características, pero lo menos virgiliana que pueda pensarse en cuanto al contenido. Se trata del poema *Syphilis* o *De morbo Gallico*, de Girolamo Fracastoro, publicado

²⁷⁹ Fundamental a este respecto es el libro de D. ZABUGHIN, *Virgilio nel Rinascimento italiano da Dante a Torquato Tasso*, 2 vols., Bolonia, 1921-1923.

en 1530 y que tuvo un éxito y una difusión espectaculares ²⁸⁰.

El bucolismo firmemente renovado en la literatura humanística latina por Dante, Boccaccio y, sobre todo, por Petrarca se consagra definitivamente en la literatura europea gracias no a un poema, sino a una novela, la *Arcadia* de Jacopo de Sannazaro, publicada en 1504 en su versión definitiva. La *Arcadia* no sólo es la más conocida y difundida de todas las obras escritas en vulgar del «Quattrocento», sino que marca el nuevo camino que seguirá la literatura pastoril europea y singularmente la española en la que la novela pastoril imita fielmente al prototipo italiano del género. Desde luego la influencia de Virgilio es soberana en la *Arcadia* ²⁸¹, en la que se renuevan todos los tópicos que desde Teócrito y principalmente desde Virgilio constituyen el bucolismo. Sannazaro hereda esa tradición a la que imprime un giro que será determinante: «Sannazaro, escribe A. Greco, quiso renovar los principios canónicos de la tradición humanística, sustituyendo la concepción heroica del hombre por la aspiración a un mundo de paz y de ensoñadora melancolía, con un arte refinadísimo, ...concurriendo en modo determinante a renovar el culto de Virgilio» ²⁸².

La entrada de Virgilio en la literatura española se produce a través de Dante y del humanismo italiano: Boccaccio, de manera muy importante Petrarca ²⁸³ y, como ya

²⁸⁰ Cf. H. H. HUXLEY, «Syphilides Musae. Fracastoro's use of Virgil», *Proceedings of the Classical Association*, 72, 1975, pág. 16 [sumario].

²⁸¹ U. TOENS, «Sannazaros Arcadia. Wirkung und Wandlung der vergilischen Eklogen», *A & A* 23 (1977), 143-161.

²⁸² A. GRECO, s. u. «Sannazaro», *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, 674-676, pág. 675.

²⁸³ Véase ahora M. P. MANERO, *Introducción al estudio del petrarquismo en España*, Barcelona, 1987.

se ha dicho, Sannazaro ²⁸⁴. Así lo ha descrito Javier de Echave: «Había entrado Virgilio en nuestras letras como en tierra y morada propia ya en la mitad del siglo xv, de la mano de su férvido admirador y concedor acabado, el gran virgilista, como entonces es llamado, el poeta cordobés Juan de Mena. Pasajes hay en el *Laberinto de la Fortuna* en que el cordobés se diría se entrega a aquella gozosa porfía de emulación, *retractatio*, al uso entre los escritores latinos del siglo de Augusto. La otra mano en su firme entrada en nuestras letras se la da por la misma fecha el segundo gran ingenio de nuestro primer Renacimiento, Don Íñigo López de Mendoza. En las estancias de la *Comedieta de Ponça* aflora un elemento nuevo hasta entonces en la poesía castellana, el encarecimiento de la vida del campo a la manera de Virgilio... Unos años antes, en el 1428, había dado cima a su versión de la *Eneida* en lengua castellana... Don Enrique de Villena» ²⁸⁵.

²⁸⁴ Falta un *Virgilio en España*. Esa ausencia ha sido puesta de relieve por quienes han trabajado en aspectos de ese gran y prometedor tema. Así M. DOLÇ, «Presencia de Virgilio en España», *Présence de Virgile*, cit. en nota 234, 541-547, pág. 541; Id., «Fortuna di Virgilio nelle terre ispaniche», *La Fortuna di Virgilio*, cit. ibid., 391-415, pág. 393; J. L. VIDAL, «Presenza di Virgilio nella cultura catalana», ibid., 418-449, págs. 421-422; M. MÓRREALE, «Letteratura castigliana», s. u. «Spagna», *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, 953-875, pág. 967. De estos trabajos, así como de V. CRISTÓBAL, *Virgilio y la temática bucólica...*, cit. en nota 241, págs. 98-122, nos declaramos ampliamente deudores en la síntesis que sigue, desde luego incompleta y referida sólo a la literatura castellana (para la catalana puede verse M. DOLÇ, *Virgili i nosaltres*, Valencia, 1958; J. MEDINA, «Virgili en la literatura catalana», *Faventia* 1/1 (1979), 47-62; J. L. VIDAL, trabajo citado en esta misma nota; Id., «Letteratura catalana», s. u. «Spagna», cit. en esta misma nota, págs. 972-975).

²⁸⁵ J. DE ECHAVE-SUSTAETA, *Virgilio y nosotros*, Barcelona, 1964, pág. 107.

A Juan del Encina (1468-1529) cabe el mérito de iniciar a un tiempo la traducción y la imitación de las *Bucólicas* virgilianas con su adaptación de las mismas (1496), cuya influencia desborda los límites del género para ejercerse incluso sobre el teatro a consecuencia de la versión dialogada que da de las primeras ocho. Pero lo determinante en la difusión del nuevo bucolismo es la influencia en España de la *Arcadia* de Sannazaro ²⁸⁶. Así se ve ya en el primero y más excelso representante de la tradición bucólica, Garcilaso de la Vega, cuyas *Églogas* están henchidas de virgilianismo. Fernando de Herrera, en su vertiente de comentador de la obra de Garcilaso y exquisito conocedor de Virgilio él mismo, Luis Barahona de Soto, Francisco de la Torre (si es él el autor de las ocho églogas conocidas como *Bucólicas del Tajo*), Juan de Arguijo, son otros tantos representantes de la corriente poética que incorpora el virgilianismo tal como lo habían impulsado los humanistas italianos. Perfecto conocedor de esa tendencia, a la que él mismo no es ajeno, Fray Luis de León, como traductor de las *Bucólicas* y de los dos primeros libros de las *Geórgicas*, pero sobre todo como poeta él mismo, virgiliano y horaciano, imprime al culto del clasicismo una dirección teológica, la que lo transforma en el humanismo cristiano del renacimiento español, del que Fray Luis es el máximo poeta. Por otra parte el bucolismo virgiliano aparece alguna vez en el Romancero ²⁸⁷, siguiendo una tradición cuyo

²⁸⁶ Véase para el tema de la fortuna de la *Arcadia* en la literatura española G. CARAVACCI, «Letteratura spagnola», s. u. «Arcadia», cit. en nota 282, págs. 276-277; así como M. J. BAYO, *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento*, Madrid, ²1970.

²⁸⁷ Véase ahora G. DI STEFANO, s. u. «Romancero», *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, págs. 556-558.

antecedente puede encontrarse en la entrada, ya a mediados del siglo xv, de los motivos bucólicos en la poesía cortes de los *Cancioneros*, como en el llamado *de Baena* (1445). Aunque la presencia de clichés bucólicos llega hasta los romances artísticos del Barroco, es el Virgilio épico y el de la leyenda el que, dado el carácter eminentemente narrativo del romance, aparece con más frecuencia en el Romancero²⁸⁸. En cambio al arcadismo le estaba reservada una especial fortuna en una manifestación en prosa, la novela. Una serie de *Arcadias* españolas constituyen un género, la novela pastoril, que, aunque estructurado sobre la trama narrativa, se impregna de una atmósfera bucólica: el pasaje idealizado, los pastores, los diálogos típicos de la tradición bucólica desde Teócrito y Virgilio, un *tempo* o, mejor, un estatismo idílico, todo esto no puede faltar en la novela pastoril. El género se inaugura en España con la *Diana* de Jorge de Montemayor (Valencia, 1559), que quiere ser conscientemente continuada por Gil Polo con su *Diana enamorada* (Valencia, 1564). En 1528 Fray B. Ponce intenta una trasposición «a lo divino» de la novela pastoril con su *Clara Diana a lo divino* y en 1598 Lope de Vega, como si quisiera rendir homenaje al fundador del género, titula *Arcadia* su novela pastoril. Así hasta completar una plétora de «arcadistas» en los que la influencia directa de Virgilio y la inspiración es cada vez más desmayada y el estilo cada vez más adocenado.

Las *Geórgicas* habían merecido la atención de comentaristas y traductores desde la edición zaragozana de las mismas por Juan de Sobrarias (1515) y las versiones de Fray Luis de León y Juan de Guzmán. Pero en el terreno

²⁸⁸ Para esos temas véase J. DE ECHAVE, *Virgilio y nosotros*, cit., págs. 114-150.

de la creación literaria no llegan a ejercer la influencia de la bucólica —y no digamos de la épica— virgiliana, por más que en el arcadismo se vuelve a dar la ya conocida asimilación de motivos propiamente geórgicos con los bucólicos. En cambio —y de acuerdo con una tradición cuyos más remotos antecedentes hay que buscarlos, como hemos visto, al principio del Medievo— son especialmente apreciadas las *Geórgicas* como fuente para la literatura técnica, como las utiliza Gabriel Alonso de Herrera en su *Obra de Agricultura* (Alcalá, 1513) o Alonso Carrillo de Córdoba quien, en su obra *Caballeriza de Córdoba* (Córdoba, 1625), dedica en la práctica los dos primeros capítulos a comentar el paso virgiliano de la cría de los potros (G. III 179-218).

La dignificación de lo útil que propone la Ilustración y, concretamente, el prestigio que recupera el tratar del trabajo de los campos contribuyen a revitalizar el Virgilio geórgico en el siglo XVIII. El agrarismo ilustrado, tal como aparece, por ejemplo, en la obra de Trigueros y en la de Jovellanos, se cuida de mantener una vertiente literaria y didáctica que tiene en las *Geórgicas* su modelo ²⁸⁹. No fueron ajenos a esta preocupación, aunque su obra se sitúa generalmente en el campo de la lírica, los poetas neoclásicos que, como Juan Meléndez Valdés («Batilo») en su romance *Los segadores* y en otras poesías, exaltan la vida del campo. Pero Meléndez Valdés, como otro representan-

²⁸⁹ La tradición de la poesía didáctica y concretamente geórgica escrita en latín, impulsada en la Italia del siglo XVI, tiene continuación —en latín o en vulgar— en Europa y hasta en el Nuevo Mundo. A Méjico está consagrada una de las mejores obras latinas del género, la *Rusticatio Mexicana* del jesuita expulso Rafael Landívar (Bolonía, ¹1782; edición moderna a cargo de O. VALDÉS, Méjico, ²1965).

te de la escuela salmantina, el P. José Iglesias de la Casa, se vuelve directamente hacia las *Bucólicas* como modelo y fuente de inspiración. Así lo vemos en las ocho *Églogas* del P. Iglesias, alguna de ellas, como la primera, casi traducción de otra virgiliana (la segunda), y en gran parte de composiciones de Meléndez Valdés, en las que los nombres (por ejemplo, *La paloma de Filis*), los motivos (la caída de las sombras desde los montes al atardecer) y las reminiscencias son de clara raigambre virgiliana.

Podría creerse que los tiempos optimistas de la Ilustración y del neoclasicismo literario fueran los últimos propicios para el cultivo del poema pastoril y rural. Por eso sorprende que, cien años después del florecimiento de la escuela poética neoclásica y de nuevo en los campos de Salamanca y de la Extremadura, resonaran, al final del siglo que se llamó «del Progreso», los acentos sencillos y conmovedores de la poesía de José María Gabriel y Galán (1870-1905), una poesía rural, directamente inspirada por la vida en los campos, pero no ajena a la tradición literaria clásica, como ha ponderado justamente Virgilio Bejarano²⁹⁰.

En nuestro siglo la filología virgiliana ha llegado en cantidad y calidad a cotas difícilmente superables. Pero no podríamos decir que los poetas hayan encontrado en las *Bucólicas* y en las *Geórgicas* una fuente predilecta y solicitada de inspiración²⁹¹. No podía ser de otra manera.

²⁹⁰ V. BEJARANO, «Un tema clásico en la poesía de Gabriel y Galán», *BIEH*, 6/1 (1972), 113-124.

²⁹¹ No obstante Vicente Cristóbal ha espigado con gran diligencia la permanencia de «lo bucólico y la bucólica en la poesía española de nuestro tiempo», en Juan Ramón, Cernuda, Aleixandre. Cf. V. CRISTÓBAL, *Virgilio y la temática bucólica...*, cit., págs. 112-117.

De todos los Virgilio posibles nuestro azaroso tiempo ha necesitado actualizar, con intensidad y belleza sobrecogedoras, el de la desesperanza y la angustia: Virgilio ha vuelto a morir, no en Brindis, bajo la gran sombra de Augusto, pero sí en las páginas intemporales de Hermann Broch quien, para exorcizar la barbarie más grande de nuestra época, encontró refugio y asilo en la recreación de la vida, la obra y, sobre todo, la muerte de Publio Virgilio Marón *.

* Una buena parte del presente trabajo se realizó gracias a una estancia en la «Fondation Hardt» (Vandoeuvres - Ginebra). Séame permitido agradecer vivamente la hospitalidad de esa institución y de su selecta biblioteca.

BIBLIOGRAFÍA

La inmensidad de la bibliografía virgiliana convierte prácticamente en arbitraria toda elección. Afortunadamente poseemos magníficos instrumentos bibliográficos exclusivamente dedicados a Virgilio y el virgilianismo, lo cual aconseja limitar nuestra elección preferentemente —aunque no exclusivamente, para que incluso sin ayuda de aquellos instrumentos no desconozca el lector los estudios fundamentales sobre Virgilio publicados en este siglo— a las obras recientes no recogidas en esos repertorios. Este hecho, así como el de que en las notas a pie de página ya se ha citado una buena parte de la bibliografía referente a puntos concretos de la investigación virgiliana, nos ha permitido cierto tipo de exclusiones —por ejemplo, la de prácticamente todos los trabajos que no son propiamente libros, sino artículos de revistas y similares— que de otro modo hubieran sido difícilmente aceptables. Por motivos prácticos, además, la presente bibliografía intenta circunscribirse a los trabajos sobre Virgilio y su obra en general, de una parte y, de otra, a los que se refieren de manera específica a las *Bucólicas* y a las *Geórgicas*, ya que la bibliografía sobre la *Eneida* se recogerá en un próximo volumen.

I) VIRGILIO Y SU OBRA EN GENERAL

1) *Repertorios bibliográficos*

- F. PEETERS, *A Bibliography of Vergil*, Nueva York, 1933 [reimpr., Roma, 1975].
- G. MAMBELLI, *Gli studi virgiliani nel secolo XX*, 2 vols., Florencia, 1944.
- W. SUERBAUM, «Hundert Jahre Vergil-Forschung: Eine systematische Arbeitsbibliographie mit besonderer Berücksichtigung der Aeneis», *ANRW*, II 31, 1, Berlín - Nueva York, págs. 3-358 (hasta 1975).
- M. T. MORANO RANDO, *Bibliografía Virgiliana (1937-1960)*, Génova, 1987.

La revista *Classical World* publicó resúmenes críticos de los trabajos virgilianos, debidos a G. E. DUCKWORTH de 1940 a 1963 y a A. G. MCKAY de 1964 a 1973; ahora están recogidos en *The Classical World Bibliography of Vergil*, Nueva York, 1978. La revista *Vergilius* (órgano de la *Vergilian society of America*, Universidad de Maryland, Estados Unidos) ha publicado los resúmenes críticos de A. G. MCKAY con periodicidad anual desde el vol. 3 (1962/63) hasta el último, por el momento, el 35 (1989). Con periodicidad irregular han ido apareciendo en el *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* las reseñas de V. PÖSCHL bajo el título «Der Forschungsbericht Vergil» (desde el vol. 6 [1953]).

2) *Enciclopedias*

Enciclopedia Virgiliana, Roma, I (1984), II (1985), III (1987), IV (1988), V (en curso de publicación).

3) *Ediciones*

Las ediciones completas más importantes han sido citadas en la «Introducción», *supra*, págs. 104-106.

4) *Traducciones al español*

Repertorio y estudios críticos de las traducciones de Virgilio al español pueden verse en M. MENÉNDEZ PELAYO, «Traductores de las *Églogas* y *Geórgicas* de Virgilio» (1884) y «Traductores españoles de la *Eneida*, apuntes bibliográficos» (1879), trabajos recogidos en *Bibliografía Hispano Latina Clásica*, vol. VIII, págs. 194-397, y vol. IX, págs. 7-330, Santander, 1952; así como en los diversos prólogos y estudios preliminares de M. A. CARO a sus traducciones de Virgilio, ahora recogidos en la compilación M. A. CARO, *Estudios virgilianos*, 2 vols., Bogotá, 1985. Pueden consultarse también los artículos de M. DOLÇ, «Presencia de Virgilio en España», *Présence de Virgile* (cit. *supra*, nota 234), págs. 541-557 y «Fortuna di Virgilio nelle terre ispaniche», *La Fortuna di Virgilio* (cit. *ibid.*), págs. 391-415.

Entre las traducciones modernas de toda la obra de Virgilio pueden citarse las de E. DE OCHOA (Madrid, 1869, con muchas reproducciones posteriores), L. RIBER (Madrid, 1941, *id.*), M. OLIVAR (Barcelona, 1951), E. GÓMEZ DE MIGUEL (Madrid, 1961) y M. QUEROL (Barcelona, 1968, reimpr. 1979), todas ellas en prosa, así como las traducciones en verso de M. A. CARO (Bogotá, 1873-1876, varias veces reproducida) y de A. ESPINOSA PÓLIT (Méjico, 1961).

5) *Léxicos, concordancias, índices*

H. MERGUET, *Lexicon zu Vergilius mit Angabe sämtlicher Stellen*, Leipzig, 1909 (reimpresión, Hildesheim, 1960).

M. N. WETMORE, *Index Verborum Vergilianus*, New Haven, ²1930 (reimpresión, Hildesheim - Darmstadt, 1961).

W. OTT, *Rückläufiger Wortindex zu Vergil. Bucolica, Georgica, Aeneis*, Tubinga, 1974.

H. H. WARWICK, *A Vergil Concordance*, Minneápolis, 1975.

M. WACHT, *Lemmatisierter Index zu Vergil mit Statistischen Anhängen zu Sprache und Metrik* [5 microfichas], Núremberg, 1979.

D. FASCIANO, *Virgile. Concordance. I Églogues, Géorgiques, Énéide; II Appendix Vergiliana*, Roma - Montréal, 1982.

6) *Estudios.*

6. 1) Estudios de conjunto

C. A. SAINTE-BEUVE, *Étude sur Virgile*, París, 1857 [³1878] (trad. esp. [La España Moderna], s. a.).

W. Y. SELLAR, *The Roman Poets of the Augustan Age: I Virgil*, Oxford, 1877 [³1897, reimpresión 1929].

A. BELLESORT, *Virgile. Son oeuvre et son temps*, París, 1920 (con muchas reimpresiones; trad. esp., Madrid, 1965).

T. FRANK, *Virgil. A biography*, Nueva York, 1922 (reimpr. 1965).

TH. HAECKER, *Vergil, Vater des Abendlandes*, Leipzig, 1931 (con muchas reimpresiones, trad. esp., Madrid, 1946).

A. ESPINOSA PÓLIT, *Virgilio. El poeta y su misión providencial*, Quito, 1932.

W. F. JACKSON KNIGHT, *Roman Vergil*, Londres, 1944 [Harmondsworth, 1966].

T. S. ELIOT, *What is a classic?*, Londres, 1944 (reproducido y traducido muchas veces).

E. PARATORE, *Virgilio*, Roma, 1945 [Florencia, ³1961].

J. DE ECHAVE-SUSTAETA, *Virgilio*, Barcelona, 1947.

A. M. GUILLEMIN, *Virgile: poète, artiste et penseur*, París, 1951 (trad. esp. Buenos Aires, 1968).

J. PERRET, *Virgile, l'homme et l'oeuvre*, París, 1952 (nueva ed. 1965).

K. BÜCHNER, *P. Vergilius Maro, der Dichter der Römer*, Stuttgart, 1955 (véase *supra*, nota 63; trad. italiana, Brescia, ¹1963, ²1986, cit. *supra*, nota 19).

H. OPPERMANN (ed.), *Wege zu Vergil. Drei Jarzehnte Begegnungen in Dichtung und Wissenschaft*, Darmstadt, 1963 [²1975].

B. OTIS, *Virgil. A Study in Civilized Poetry*, Oxford, 1963.

J. P. BRISSON, *Virgile, son temps et le nôtre*, París, 1966.

ST. COMMAGER (ed.), *Virgil. A Collection of Critical Essays*, New Jersey, 1966.

- P. F. DISTLER, *Vergil and Vergiliana*, Chicago, 1966 (escolar, pero excelente).
- F. KLINGNER, *Virgil: Bucolica. Georgica. Aeneis*, Zurich - Stuttgart, 1967.
- R. D. WILLIAMS, *Virgil*, Oxford, 1967 (es un «Survey» virgiliano).
- D. R. DUDLEY (ed.), *Virgil*, Londres, 1969.
- H. BARDON - R. VERDIÈRE (eds.), *Vergiliana. Recherches sur Virgile*, Leiden, 1971.
- A. GARCÍA CALVO, *Virgilio*, Madrid, 1976.
- A. J. BOYLE, *The Chaonian Dove. Studies in the Eclogues, Georgics and the Aeneid of Virgil* [= *Mnemosyne*, Suppl. 94], Leiden, 1986.

6.2) Estudios sobre el arte y la poética virgiliana

- F. X. M. J. ROIRON, *Études sur l'imagination auditive chez Virgile*, París, 1908.
- R. HEINZE, *Virgils epische Technik*, Leipzig - Berlín, ³1915.
- H. W. PRESCOTT, *The Development of Virgil's Art*, Chicago, 1927 [reimpr., Nueva York, 1963].
- E. K. RAND, *The Magical Art of Vergil*, Cambridge, Mass., 1931 [reimpr., Hamden, Conn., 1966].
- R. W. CRUTTWELL, *Virgil's Mind at Work*, Nueva York, 1947 [reimpr. 1961].
- F. CUPAIUOLO, *Tra poesia e poetica. Su alcuni aspetti culturali della poesia latina nell'età augustea*, Nápoles, 1966.
- S. STABRYLA, *Latin Tragedy in Virgil's Poetry* [= *Krakowie Prace Kom. filol. klas.*, 10], Wroclaw, 1970.
- M. WIGODSKY, *Vergil and Early Latin Poetry* [= *Hermes Einzelschr.*, 24], Wiesbaden, 1972.
- J. GONZÁLEZ VÁZQUEZ, *La imagen en la poesía de Virgilio*, Granada, 1976.
- G. B. CONTE, *Il genere e i suoi confini. Cinque studi sulla poesia di Virgilio*, Turín, 1980.
- W. W. BRIGGS, JR., *Narrative and Simile from the Georgics in the Aeneid* [= *Mnemosyne*, Suppl. 58], Leiden, 1980.

6.3) Pensamiento, ideología y religión de Virgilio

C. BAYLE, *Religion in Virgil*, Oxford, 1953.

P. BOYANCÉ, *La religion en Virgile*, París, 1963.

J. OROZ RETA, «La postura religiosa de Virgilio», *Helmantica* 25 (1974), 83-179.

W. PÖTSCHER, *Vergil und die göttlichen Mächte: Aspekte seiner Weltanschauung*, [= *Spudasmata*, 35], Nueva York, 1977.

A. THORNTON, *The Living Universe: Gods and Men in Virgil's Aeneid*, Leiden [*Mnemosyne*, Suppl. 46], 1977.

R. J. CLARK, *Catabasis: Vergil and the Wisdom Tradition*, Amsterdam, 1979.

6.4) Lengua, estilo, métrica virgilianos

J. DE ECHAVE-SUSTAETA, *Estilística virgiliana*, Barcelona, 1950.

L. RUBIO, «La lengua y el estilo de Virgilio», *EClás* 11 (1967), 355-375.

G. E. DUCKWORTH, *Vergil and Classical Hexameter Poetry*, Ann Arbor, 1969.

H. RAABE, *Plurima mortis imago. Vergleichende Interpretationen zur Bildersprache Vergils* [= *Zetemata*, 39], Munich, 1974.

D. H. GARRISON, *The language of Vergil: An Introduction to the Poetry of the Aeneid*, Nueva York - Berna - Francfort, 1984.

6.5) Historia y crítica textuales virgilianas

Véase en la «Introducción» el apartado «La transmisión del texto de Virgilio», *supra*, págs. 92-106. Entre las obras allí citadas conviene destacar:

L. D. R[EYNOLDS], «Virgil», en L. D. REYNOLDS (ed.), *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Oxford, 1983, págs. 433-436.

S. TIMPANARO, *Per la storia della filologia virgiliana antica*, Roma, 1986.

II) LAS BUCÓLICAS

1) *Repertorios bibliográficos*

W. W. BRIGGS, JR., «A Bibliography of Virgil's 'Eclogues' (1927-1977)», *ANRW*, II 31.2, Berlín - Nueva York, 1981, págs. 1267-1357.

2) *Ediciones*

Prescindiendo de las englobadas en las ediciones de todo Virgilio, de entre las anteriores al repertorio de Briggs o recogidas en él hay que recordar las de T. E. PAGE, Londres, 1898 (junto con las *Geórgicas*) [con muchas reimpresiones]; A. TOVAR, Madrid, 1936 [²1951]; DE SAINT-DENIS, París, 1942 (nueva ed. 1967); M. DOLÇ, Barcelona, 1956 (véase *supra*, nota 231); H. HOLTORF, Friburgo - Munich, 1959; J. PERRET, París, 1961 [²1970]; A. J. BOYLE, Melbourne, 1976. De entre las recientes citaremos:

R. COLEMAN, *Vergil. Eclogues*, Cambridge, 1977.

E. COLEIRO, *An Introduction to Vergil's Eclogues with a Critical Edition of the Text*, Amsterdam, 1979.

3) *Traducciones al español*

Además de las contenidas en las traducciones de toda la obra de Virgilio (cf. *supra*, I, 4), pueden destacarse las de R. BONIFAZ NUÑO, Méjico, 1967 (con el texto latino); A. GARCÍA CALVO, *op. cit.*, págs. 115-166; y B. SEGURA, Madrid, 1981 (junto con las *Geórgicas*).

4) *Léxicos, concordancias, índices*

R. LECROMPE, *Virgile. Bucoliques: Index Verborum. Relevés statistiques*, Hildesheim, 1970.

5. *Estudios*

- A. CARTAULT, *Étude sur les Bucoliques de Virgile*, París, 1897.
- J. HUBAUX, *Le réalisme dans les Bucoliques de Virgile*, Lieja, 1927.
- L. HERRMANN, *Les masques et les visages dans les Bucoliques de Virgile*, Bruselas, 1930 [París, ²1938].
- H. J. ROSE, *The Eclogues of Vergil*, Berkeley, 1942.
- P. MAURY, «Le secret de Virgile et l'architecture des Bucoliques», *Lettres d'humanité*, 3 (1944), 71-147.
- B. SNELL, «Arkadien, die Entdeckung einer geistigen Landschaft», *A & A*, 1 (1945), 26-31 (repr. en Id., *Die Entdeckung des Geistes*, Hamburgo, ²1948, págs. 268-293; trad. esp. cit. en nota 100).
- E. L. BROWN, *Numeri Vergiliani. Studies in 'Eclogues' and 'Georgics'* [Coll. Latomus, 63], Bruselas - Berchem, 1963.
- V. PÖSCHL, *Die Hirtendichtung Virgils*, Heidelberg, 1964.
- T. G. ROSENMEYER, *The green cabinet. Theocritus and the European pastoral lyric*, Berkeley, 1969.
- M. C. J. PUTNAM, *Virgil's pastoral art: Studies in the Eclogues*, Princeton, 1970.
- E. A. SCHMIDT, *Poetische Reflexion. Vergils Bukolik*, Munich, 1972.
- W. BERG, *Early Virgil*, Londres, 1974.
- E. W. LEACH, *Virgil's Eclogues: Landscapes of Experience*, Ithaca, Nueva York, 1974.
- E. A. SCHMIDT, *Zur Chronologie der Eklogen Vergils [= Sitzungsab. der Heidelberg Akad. der Wiss., 1974, 6]*, Heidelberg, 1974.
- A. J. BOYLE (ed.), *Ancient Pastoral. Ramus Essays on Greek and Roman pastoral poetry*, Berwick, Victoria, 1975.
- R. KETTEMAN, *Bukolik und Georgik. Studien zu ihrer Affinität bei Vergil und später*, Heidelberg, 1977.
- J. VAN SICKLE, *The Design of Virgil's Bucolics*, Roma, 1978.
- E. COLEIRO (véase apartado II, 2).
- P. J. ALPERS, *The Singer of the Eclogues*, Berkeley, 1979.

- M. GIGANTE (ed.), *Lecturae Vergilianae. I. Le Bucolice*, Nápoles, 1981.
- CH. SEGAL, *Poetry and Myth in Ancient Pastoral: Essays on Theocritus and Virgil*, Princeton, 1981.
- A. A. NASCIMENTO - J. M. DÍAZ DE BUSTAMANTE, *Nicolas Trivet Anglico. Comentario a las Bucólicas de Virgilio*, Santiago de Compostela, 1984.
- AA.VV., s. u. «Bucolice», *Enc. V.*, I, Roma, 1984, págs. 540-582.

III) LAS GEÓRGICAS

1) Repertorios bibliográficos

- W. SUERBAUM, «Spezialbibliographie zu Vergils Georgica», *ANRW*, II 31.1, Berlín - Nueva York, 1980, págs. 395-499 (hasta 1975).

2) Ediciones

Prescindiendo de las englobadas en las ediciones completas de Virgilio, entre las que se encuentran ya recogidas en el repertorio de SUERBAUM pueden recordarse las de T. E. PAGE (junto con las *Bucólicas*, véase *supra*, apartado II, 2); DE SAINT DENIS, París, 1956 [²1960]; W. RICHTER, Munich, 1957; M. DOLÇ, Barcelona, 1963 (véase *supra*, nota 231). De entre las más recientes cabe destacar:

- M. ERREN, *P. Vergilius Maro, Georgica*, I, Heidelberg, 1985.
- R. F. THOMAS, *Virgil. Georgics*, 2 vols., Cambridge, 1988.

3) Traducciones al español

Véanse las que se integran en las traducciones de la obra completa de Virgilio, de las que se da cuenta en el apartado I, 4,

y las publicadas junto con la traducción de las *Bucólicas* (apartado II. 3).

4) *Léxico, concordancias, índices*

W. OTT, *Metrische Analysen zu Vergil Georgica*. I. *Analysen und Übersichten*; II. *Indices*, Tubinga, 1976.

5) *Estudios*

P. D'HÉROUVILLE, *À la campagne avec Virgile*, París, ²1930.

H. DAHLMANN, *Der Bienenstaat in Vergils Georgica* [*Abh. der Geistes- u. Sozialwiss., Akad. der Wiss. in Mainz*, 10, 1954], Wiesbaden, 1954.

E. L. BROWN (véase apartado II, 5).

F. KLINGNER, *Vergils Georgica. Über das Landleben*, Zurich, 1963.

A. ABBE, *The plants of Virgil's «Georgics»*, Nueva York, 1965.

W. FRENTZ, *Mythologisches in Vergils Georgica* [= *Beiträge zur Klass. Philol.*, 21], Meisenheim am Glan, 1967.

L. P. WILKINSON, *The Georgics of Virgil. A critical survey*, Cambridge, 1969 [reimpr. 1978].

K. D. WHITE, *Roman farming*, Ithaca, Nueva York, 1970.

V. BUCHHEIT, *Der Anspruch des Dichters in Vergils Georgica*, Darmstadt, 1972.

F. MOYA DEL BAÑO, «Orfeo y Eurídice en el *Culex* y en las *Geórgicas*», *CFC*, 4 (1972), 187-211.

A. RUIZ DE ELVIRA, «El contenido ideológico del *labor omnia uicit*», *CFC*, 3 (1972), 9-33.

Atti del Convegno Virgiliano sul Bimillenario delle Georgiche (Napoli, 1975), Nápoles, 1977.

R. KETTEMANN, véase apartado II, 5.

T. OKSALA, *Studien zum Verständnis der Einheit und der Bedeutung von Vergils Georgica*, Helsinki, 1978.

A. SALVATORE, *Scienza e poesia in Roma. Varrone e Virgilio*, Nápoles, 1978.

- A. BOYLE (ed.), *Virgil's Ascræan Song. Ramus Essays on the Georgics*, Berwick, Victoria, 1979.
- M. C. J. PUTNAM, *Virgil's poem of the earth. Studies in the Georgics*, Princeton, 1979.
- J. HERMES, *C. Cornelius Gallus und Vergil. Das Problem der Umarbeitung des vierten Georgica-Buches*, Tesis [Munster, 1977], Munster, 1980.
- P. A. JOHNSTON, *Virgil's agricultural Golden Age. A study of the Georgics*, Leiden, 1980.
- G. B. MILES, *Virgil's Georgics. A new interpretation*, Berkeley - Los Angeles, 1980.
- E. W. SPOFFORD, *The social poetry of the Georgics*, Nueva York, 1981.
- M. GIGANTE (ed.), *Lecturae Vergilianae. II Le Georgiche*, Nápoles, 1982.
- AA. VV., s. u. «Georgiche», *Enc. V.*, III, Roma, 1987, págs. 666-698.
- D. O. ROSS, *Virgil's elements. Physics and poetry in the Georgics*, Princeton, 1987.

IV) PERVIVENCIA DE VIRGILIO

Falta todavía una gran obra de conjunto. De referencia continúan siendo:

- D. COMPARETTI, *Virgilio nel Medio Evo*, 2 vols., Livorno, 1872 [nueva ed. por G. Pasquali, Florencia, 1937-1941, con reimpressiones hasta la fecha].
- V. ZABUGHIN, *Virgilio nel Rinascimento italiano da Dante a Torquato Tasso*, 2 vols., Bolonia, 1921-1923.
- H. LOHMEYER, *Vergil im deutschen Geistesleben bis auf Notker III*, Berlín, 1930.
- J. W. SPARGO, *Virgil the necromancer. Studies in Virgilian Legends*, Cambridge, Mass., 1934.

Son valiosas las siguientes síntesis:

- W. F. JACKSON KNIGHT, «Vergil and After», cap. 7 de *Roman Vergil*, Harmondsworth, 1966 [Londres, ¹1944], págs. 342-361.
- K. BÜCHNER, «Fortuna e tradizione», parte 3.^a de *Virgilio*, ed. italiana, Brescia, ²1986 [primera ed. alemana Stuttgart, 1955], págs. 573-605.
- H. HOLTORF, «Das Nachleben Vergils», en su libro *P. Vergilius Maro. Die grossen Gedichte. I. Einleitung, Bucolica*, Frankfurt - Munich, 1959, págs. 72-111.

Para las *Bucólicas* es importante (sobre todo para la antigüedad clásica y tardía y para la literatura española):

- V. CRISTÓBAL, *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid, 1980.

Para las *Geórgicas* contamos con

- D. L. DURLING, *Georgic tradition in English poetry*, Nueva York, 1935 [reimpr. 1963] y
- J. CHALKER, *The English georgic. A study in the development of a form*, Londres, 1969, ambos estudios son muy útiles y superan el marco que indican sus títulos. Es excelente la síntesis de
- L. P. WILKINSON, «The 'Georgics' in After Times», cap. X del libro *The Georgics of Virgil. A critical Survey*, Cambridge, 1969 [reimpr. 1978], págs. 270-313.

Las anteriores referencias han de ser completadas con la bibliografía que se ha dado en el capítulo dedicado a la «Pervivencia de Virgilio en la tradición literaria», especialmente con los recientes estudios que se citan en la nota 234.

Por lo que hace a Virgilio en España véase el apartado I, 4, de esta «Bibliografía» así como los siguientes trabajos, todos ellos citados ya en las notas:

- J. DE ECHAVE-SUSTAETA, «Influencia de Virgilio», en el libro *Virgilio*, Barcelona, 1947, págs. 270-290.

—, «Virgilio en España», en el libro *Virgilio y nosotros*, Barcelona, 1964, págs. 107-168.

M. J. BAYO, *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento*, Madrid, 21970.

M. DOLÇ, artículos citados en I, 4.

J. GIL - M. MORREALE - J. L. VIDAL, s. u. «Spagna», *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, págs. 953-975.

Sobre Virgilio en la cultura y literatura catalanas han escrito:

M. DOLÇ, *Virgili i nosaltres*, Valencia, 1958.

J. MEDINA, «Virgili en la literatura catalana», *Faventia*, 1/1, 1979, págs. 47-62.

J. L. VIDAL, «Presenza di Virgilio nella cultura catalana», *La Fortuna di Virgilio*, Nápoles, 1986, págs. 418-449.

J. L. VIDAL, «Letteratura catalana» en el art. «Spagna» de la *Enciclopedia Virgiliana*, arriba citado, págs. 972-975.

BUCÓLICAS

INTRODUCCIÓN

1. *Título y fecha de la composición de las «Bucólicas»*

Hagamos primeramente una breve alusión al título general de la primera de las obras mayores de Virgilio: las *Bucólicas*.

Este es, efectivamente, el nombre que figura al frente de esta obra en los códices en que se nos ha transmitido y en los comentarios que de la misma hicieron los primeros escoliastas. Así el *Codex Mediceus* al final de las *Bucólicas*:

P. VERGILI MARONIS
BUCOLICON LIBER EXPLICIT.

«*Bucolicon*» es el genitivo de plural greco-latino del adjetivo griego *boukolikós*, que significa «lo relativo al boyero o pastor de bueyes». En sentido más estricto significó en la literatura greco-latina toda composición poética en que intervenían los pastores, y cuyo motivo era la vida rústica y las escenas que podían hacerla amable para sus gentes.

Desde la misma Antigüedad aparece también para estas mismas composiciones el nombre de *Églogas*, sobre todo entre gramáticos y editores de ellas. Aunque etimológica-

mente la palabra griega *eklogé* no significa más que «elección o selección», pronto se asoció a la idea de canción breve, dedicada preferentemente a la vida pastoril, es decir, a contenidos como el de las *Bucólicas*.

Respecto a la fecha o período de tiempo invertido por el poeta en la composición de la obra hay claros testimonios en las *Vitae*, aunque a veces sean también discordantes. Sin embargo, nos atendremos al sentir de aquellos que han prevalecido comúnmente, aunque el tema diste de estar definitivamente resuelto, como veremos enseguida.

La concesión de tierras a los soldados veteranos, vencedores en Filipos, tuvo lugar a partir del año 42 a. C., pero la ejecución definitiva no pudo ser inmediata. Como consecuencia de la guerra perusina, el reparto final de las tierras no tiene lugar hasta el año 40, siendo gobernador de la Cisalpina, después del cese de Polión, Alfeno Varo.

En esta nueva etapa de su vida, hasta el 39, fecha comúnmente admitida de su retorno a Roma, parece que el poeta compuso totalmente o, al menos, en su mayor parte, las *Bucólicas*. Así lo consignan algunas de las *Vitae*; por ejemplo, Donato, 65 y sigs.: «*mox cum res Romanas inchoasset, offensus materia ad bucolica transiit*», «después, disgustado de temas nacionales a los que había dado comienzo, pasó al género bucólico», en agradecimiento, añade, a Asinio Polión, Alfeno Varo y Cornelio Galo, que tanto le habían ayudado en el asunto del reparto de tierras a los veteranos.

El período de tres años para la composición del conjunto (42-39 *grosso modo*) es también generalmente señalado: *Philargyrius* I 87 y Focas, 118 y sigs. La *Vita Gudiana* I afirma que a instancias de Polión escribió las *Bucólicas* en tres años, dejándolas terminadas: «*admonente Pollione scripsit Bucolica in tribus annis et emendavit*».

Un nuevo dato aparece en Probo, 12: «*scripsit Bucolica annos natus VIII et XX*». Los 28 años que tendría Virgilio al escribir las *Bucólicas* dan la fecha del 43-42 a. de C.

Por otra parte hay que sobreentender que las diez composiciones del género pastoril no fueron escritas, precisamente todas, cuando el poeta cumplía los 28 años, sino a partir de ese momento, aunque como hemos dicho, el problema de la cronología general y particular de cada *Bucólica* diste mucho de estar totalmente aclarado.

Como una muestra de esta discrepancia relativa, incluso entre virgilianistas modernos, ofrecemos a nuestros lectores un sencillo cuadro comparativo de dos autores de reconocida solvencia en el tema de la cronología de las *Bucólicas*: E. de Saint-Denis y K. Büchner¹.

Saint-Denis:

Bucólicas 2, 3, 5, anteriores al año 40 a. de C.

Bucólica 4, finales del año 41, si el hijo es Asinio Galo; octubre-noviembre del 40, si el hijo es Salonino.

Bucólicas 9, 1, verano o comienzos del otoño del 40.

Bucólica 6, finales del año 40.

Bucólica 8, finales del año 39.

Bucólica 10, durante el año 37.

Bucólica 7, imposible de datar, aunque el «*formosus Alexis*» del verso 55 recuerda la *Bucólica* 2, anterior a aquélla.

K. Büchner:

Bucólicas 2, 3, 5, 9, otoño del 42 a finales del año 41 a. C.

Bucólicas 1, 6, 4, finales de octubre del año 40.

Bucólicas 8, 7, 10, otoño del año 39.

¹ E. DE SAINT-DENIS, *Virgile. Bucoliques*, París, Les Belles Lettres, pág. 6; K. BÜCHNER, *Virgilio*, Brescia, Paideia, 1963, págs. 296-297 (= *RE* VIII A 1022 y ss.).

Posteriormente, sin embargo, un trabajo de E. A. Schmidt ² ha propuesto un cambio radical que alteraría incluso el período de los tres años tradicionales, hasta llegar a solaparse la composición de las *Bucólicas* con la de las *Geórgicas* y retrotraerse el tiempo de algunas, concretamente el de las 8, 10 y 7, al año 35 a. C., pero P. Grimal no coincide exactamente con este punto de vista ³.

Parece necesario en este momento aludir a los motivos que pueden estimarse como más o menos válidos para explicar el orden con el que ya desde los primeros tiempos aparece la colección de las *Bucólicas*.

El mismo Büchner los ha estudiado escogiendo diversos autores que mantienen, cada uno de ellos, principios distintos para establecer este ordenamiento, principios que titula de tentativas interesantes pero no totalmente aclaratorias, y reafirma la propia individualidad de cada Bucólica. He aquí brevemente señalados estos criterios.

La *variatio*, que obligaría a la alternancia de *Bucólicas* con cantos amebéos entre dos o más pastores: I, III, V, VII, IX, con las que carecen de ellos: II, IV, VI, X. La VIII, también de cantos alternados, sorprendentemente no aparece adscrita a ningún grupo.

Otros criterios, como el de la separación intencionada de las poesías afines, la alternativa de canciones de carácter dramático y de estilo narrativo, o entre las que presentan varios narradores o solamente uno, o, por un lado, las que pueden reducirse a la poesía teocrítea y, por otro, las estrictamente romanas, o, finalmente, las que ofrecen una coloración típica del norte de Italia frente a las que

² E. A. SCHMIDT, *Zur Chronologie der Eklogen Vergils*, Heidelberg, C. Winter, 1974.

³ P. GRIMAL, *Virgilio o el segundo nacimiento de Roma*, Buenos Aires, EUDEBA, 1977, págs. 77 y ss.

carecen de ella, no resisten un análisis totalmente serio, aunque tengan cierto fundamento admisible.

2. Fuentes literarias de las «Bucólicas»

Para la consignación de las fuentes podríamos remitir al interesado lector a los autores tantas veces citados: Saint-Denis, en su introducción a la edición de las *Bucólicas*, K. Büchner, en el Capítulo IV de su *Virgilio*, de 100 páginas de extensión, dedicado exclusivamente a las *Églogas*, y, finalmente, a A. Thill en su obra, de reminiscencia bucólica virgiliana (B 5, 49), «*Alter ab illo*»⁴, concretamente en su Capítulo I, «La Bucólica - Virgilio y Teócrito».

Todos los comentaristas y críticos, antiguos y modernos, están de acuerdo, como no podía ser menos, en que el modelo indiscutible de las *Bucólicas* es el Teócrito de los *Idilios* siracusanos.

Nos equivocariáramos, como tendremos ocasión de repetir, si creyéramos con criterios modernos que la imitación resta mérito y originalidad al imitador respecto del autor imitado. Otro es el criterio que circulaba en la Antigüedad clásica: lejos de disminuir la gloria, la acrecentaba en sumo grado y de esta manera se enorgullecían los imitadores de haber introducido un género poético nuevo en la literatura de Roma.

La imitación de géneros, de temas, incluso de ideas, de frases y de imágenes, no es privativa de un solo autor;

⁴ A. THILL, «*Alter ab illo*», *Recherches sur l'imitation dans la poésie personnelle à l'époque augustéenne*, Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1979.

es extensible a otros autores de la misma y de otras épocas e incluso a generaciones distintas. Así, los griegos de la época helenística imitaron a los griegos del clasicismo, los romanos de la época arcaica a los griegos anteriores y los romanos de la época augústea, además de beber en fuentes griegas, se imitaron e influyeron entre ellos. Con frecuencia los términos *imitari* y *aemulari*, como los sustantivos *imitatio* y *aemulatio*, son intercambiables o se solapan mutuamente.

Además Virgilio no se limita a tener presente un solo *Idilio* para cada una de las *Bucólicas*. La técnica de la imitación, como describe Thill en la obra citada, es doble: por «desdoblamiento» y por «contaminación». Ésta es la más utilizada por Virgilio, y consiste en combinar dos o más textos diferentes para refundirlos, por reducción del modelo griego, en un solo texto latino. Es decir, aunque el conjunto de las *Bucólicas*, como ha señalado Cartault ⁵, ofrezca el aspecto de un «mosaico», no es una burda copia del modelo, sino una condensación personal llena de originalidad.

Otras son las diferencias que pueden observarse en la composición poética de ambos autores. Podríamos resumirlas en dos aspectos: el ambiente o escenario donde se desarrolla la acción pastoril y el carácter de los actores que intervienen en aquélla.

En Teócrito aparece la geografía siciliana, de características mediterráneas e insulares, con clima seco y ardoroso, mientras que Virgilio recuerda casi siempre, en la topografía general y en los detalles parciales, el ambiente itálico propio de la Galia Cisalpina, de verde praderío, jugosos

⁵ A. CARTAULT, *Étude sur les Bucoliques de Virgile*, París, 1897.

bosques, fresca climatología, limpias y abundantes aguas cristalinas.

El realismo de los personajes con su rudeza y, a veces, grosería es propio de Teócrito, mientras que Virgilio presenta a unos pastores casi sólo de nombre, cultos y delicados, que encubren a personajes de la época, pertenecientes a círculos literarios, cuyos nombres nos es difícil descifrar, abriendo de esta manera un mundo artificial que tuvo su imitación en la pastoral de épocas posteriores.

Otras fuentes de la obra virgiliana, aunque sea difícil precisar detalles de autores y de obras griegas y latinas, podríamos concretarlas así:

En primer lugar los bucólicos griegos Mosco y Bión, autores del siglo II a. C., el primero siracusano como Teócrito, el segundo de la costa minorasiática, imitadores ambos de los *Idilios* teocríteos, a los cuales, por los temas desarrollados, tan en conexión con los de Virgilio, éste no podría desconocer y no tener en cuenta oportunamente.

Además, el género epigramático griego, poemas de breve extensión, que, por vía de desdoblamiento más que de contaminación, ofreció a Virgilio sugerencias para alguno de sus motivos poéticos. También la poesía alejandrina, por influjo de sus máximos representantes, Calímaco y Meleagro, que suscitaron en Roma el culto a la forma a través de Catulo y los neotéricos; sin olvidar a Lucrecio, de clara resonancia en varias de las *Bucólicas* virgilianas.

Terminaremos este breve resumen con unas palabras de Thill ⁶:

En el cuadro proporcionado por el poeta griego elegido en tanto que 'auctor' del género, Virgilio ha hecho entrar sentimien-

⁶ *Op. cit.*, pág. 114.

tos y concepciones debidas a su personalidad, a su propia formación o a las preocupaciones de su época: el epicureísmo de Lucrecio, la pasión catuliana, la edad de oro hesiódica, el mito del poeta-hechicero, la esperanza en la renovación de Roma, las creencias platónicas de la supervivencia.

Así se coloca nuestro poeta por encima de la bucólica tradicional; «la imitación de un Teócrito es secundaria», pues no excluye la propia invención y la perfecta originalidad.

3. *Estructura de la composición de las «Bucólicas»: unidad y pluralidad*

Una primera idea que acaso convenga poner inmediatamente de relieve es la de que cada una de las tres obras mayores de Virgilio goza de unidad y de perfección literaria en sí misma, sin que haya que recurrir a una evolución interna del poeta en busca de una más alta excelencia creadora. Otra cosa es que el autor haya ido cambiando de contenido temático, y que el móvil haya sido el adaptarse a unas circunstancias histórico-literarias, conectadas, sin embargo, entre sí, y que en este sentido se pueda considerar a las *Bucólicas*, concretamente, como ensayo en busca del camino definitivo del poeta.

Efectivamente, el sentido político aparece ya en esta obra y en ella se narra también ya el ascenso de Octavio hacia su poder solitario y personal. La felicidad a que aspira toda la obra virgiliana tiene su contrapartida en otras desventuras allí mismo consignadas, porque el tono elegíaco, como dice F. Arnaldi es la característica fundamental de la poesía de Virgilio ⁷.

⁷ F. ARNALDI, «La poesia di Virgilio», en *Vergiliana* (H. BARDON, R. VERDIÈRE, edd.), Leiden, 1971, págs. 6-18.

Los tanteos y pruebas previos a la ejecución de las *Bucólicas*, de acuerdo con la moda de los neotéricos o «*poetae novi*» en la juventud del poeta, están en todo caso en algunas de las pequeñas obras que componen el «*Appendix*», y cuya paternidad virgiliana juvenil es innegable.

Pero las *Bucólicas*, como dice A. M. Guillemin ⁸

muestran en efecto en el poeta un talento no solamente seguro de sí mismo, en plena posesión de la técnica, sino tan brillante y tan acabado que es ya el de un gran poeta, tan grande como Catulo, el honor entonces de la poesía romana.

Mas tampoco esta afirmación impide que pueda reconocerse, como afirma Büchner ⁹, un desarrollo interno de Virgilio de acuerdo con la determinación cronológica que se asigne a cada una de las *Bucólicas*.

Con esta consideración entramos de lleno en el punto de la pluralidad dentro de la unidad de las *Bucólicas*.

Siguiendo en parte la datación fijada por Saint-Denis, podríamos hacer una clasificación, acaso no muy rigurosa, pero que tiene su claro fundamento en el simple análisis de su «tempo» poético y en la realidad sociológica de su argumento.

Sería la siguiente: Bucólicas «teocríteas» o pastorales en mayor o menor grado, o primeras Bucólicas, a saber: 2, 3, 5 y 7, posterior esta última a la 2, aunque de difícil datación. Bucólicas «personales»: 1, 9 y 4, esta última de tono distinto y más elevado que el resto de las Bucólicas. Las últimas: 6 y 8, de reacción hacia el alejandrismo, y, finalmente, la Bucólica añadida, «especial» o «supernu-

⁸ A. M. GUILLEMIN, *Virgile, Poète, Artiste et Penseur*, París, 1951, pág. 18.

⁹ *Op. cit.*, «Lo sviluppo interiore di Virgilio», pág. 300.

meraria», como la titula Espinosa Pólit ¹⁰, la 10, de cronología más tardía, pero discutible, aunque en todas ellas pueda rastrearse el hálito de Teócrito.

En resumen, las primeras Bucólicas son las de mayor inspiración teocrítea. Las llamadas por todos los comentaristas «personales» (1 y 9) son la consecuencia de la situación social y personal del poeta en el año 40. Suponen, aun dentro de la ficción poética, un abandono de la estricta poesía pastoril y la reducción a cierto carácter autobiográfico, aun reconociendo la dificultad de la interpretación de la clave en que se mueven los personajes de ambas. Suponen, como ha escrito Büchner, un enfrentamiento del mundo bucólico y del mundo real en la 9.^a y una fusión de ambos elementos en la 1.^a ¹¹.

La 4.^a, de acentos más elevados, como hemos dicho,

Sicelides Musae, paulo maiora canamus...

Si canimus silvas silvae sint consule dignae.

[¡Musas sicilianas! elevemos un poco nuestro canto... Si cantamos las selvas, sean las selvas dignas de un cónsul.],

supone un casi total abandono de la poesía tradicional teocrítea, para elevarse a cantar el destino de Roma, sea cual sea la identidad del niño cuyo nacimiento predice, hasta llegar a constituir, en frase de Saint-Denis, «un mensaje inmortal de la humana esperanza», en consonancia con la grave situación política inmediatamente precedente.

Las llamadas «últimas Bucólicas», 6.^a y 8.^a, rompen de nuevo la línea iniciada con las inmediatas anteriores,

¹⁰ A. ESPINOSA PÓLIT, S. I., *Virgilio en verso castellano*, México, Editorial IUS, S. A., 1961; cap. II «Virgilio al tiempo de las Bucólicas», pág. XXI.

¹¹ *Op. cit.*, «Lo sviluppo interiore di Virgilio», pág. 300.

para volver a la pura pastoral, mezclada en la 6.^a con elementos filosóficos de Epicuro, interpretados por el romano Lucrecio, y en la 8.^a con fuerte influencia de varios *Idilios* de Teócrito y de las características de la poesía alejandrina.

La llamada «supernumeraria», la 10.^a, supone, como ha señalado R. Martin¹², un rompimiento del mundo arcádico en que se movía con mayor o menor intensidad hasta ahora el poeta, preanunciando ya la doctrina del trabajo del hombre, que será el argumento fundamental de las *Geórgicas*.

4. La significación literaria de las «Bucólicas»

Virgilio tiene la conciencia clara de ser el introductor de la poesía pastoril teocrítica en la literatura romana. Así lo expresa en la *Bucólica* VI, versos 1-5:

*Prima Syracosio dignata est ludere versu
nostra, neque erubuit silvas habitare, Thalia.
Cum canerem reges et proelia, Cynthia aurem
vellit, et admonuit: «Pastorem, Tityre, pinguis
pascere oportet ovis, deductum dicere carmen.*

[Nuestra Talía fue la primera que se dignó cantar en verso siracusano y no se avergonzó de habitar las selvas. Dispuesto yo a cantar reyes y batallas, me tiró de la oreja Cintio y me advirtió: «conviénele al pastor apacentar sus pingües ovejas, Tí tiro, pero recitar ligeros versos.]

¹² R. MARTIN, *Recherches sur les agronomes latins et leurs conceptions économiques et sociales*, París, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1971, parte II, cap. II: «Des Bucoliques aux Géorgiques», pág. 184.

Pero nos engañaríamos, como tuvimos ocasión de advertir en otro apartado de esta Introducción, si convirtiéramos a Virgilio en un principiante traductor-imitador de Teócrito. Muy al contrario, podríamos decir con un símil clásico que las *Bucólicas* nacieron cuasi-perfectas de la mente de Virgilio, como Minerva de la cabeza de Júpiter; porque el poeta no es un mero continuador del modelo siracusano, sino que, incluso en las canciones que siguen a este modelo, y no digamos en las estrictamente originales de contenido, como la 1, 4 y 9, Virgilio tiene delante la sociedad romana de su tiempo y las circunstancias históricas en que le tocó vivir.

Acepta los convencionalismos de la poesía pastoril y hace de la Arcadia un centro geográfico-espiritual, sede del amor y de la poesía de todos los pastores; admite efectivamente el mito griego, como observa Büchner¹³, mas como símbolo que trasciende para convertirse en una «poesía de ideas»¹⁴, escrita acaso en clave alegórica, de difícil interpretación, pero referida, como hemos dicho, a la sociedad política y literaria contemporánea.

Por otra parte Virgilio, como acaso todos los pastoralistas de cualquier época, cultiva este género como reacción, huida y evasión hacia la naturaleza desde un mundo urbano que considera hostil a su intimidad, negativo de la propia personalidad, ahído de cansancio, en plena crisis de valores humanos, agresivo desde su pretendida perfección material.

Este amor hacia la naturaleza, pero concretada con frecuencia en la naturaleza real y campesina de Italia, y preferentemente en la gálica-cisalpina, brota de dos fuentes

¹³ *Op. cit.*, pág. 306.

¹⁴ V. PÖSCHL, *Virgil. Anzeiger f. d. Altertumswissenschaft*, 32 (1979), págs. 6 y s.

originales bastante distintas. La primera es la que inspira a la que podría llamarse «poesía romántica» de la Antigüedad, o más exactamente, como dice Bickel, al «romanticismo de la poesía augústea»¹⁵.

Este romanticismo no es otra cosa que una inclinación común de los mejores poetas de la época hacia la naturaleza sublimada y configurada en honda expresión poética de carácter lírico, con el amor al fondo como motor principal del sentimiento naturalista. Así puede contemplarse, además de en las *Bucólicas* de Virgilio, en el mismo Horacio de las *Odas* y *Epodos* y en las elegías de Tibulo y de Propercio.

Otro de los orígenes de su pasión por el campo, morada de pastores y de los mismos campesinos, hunde sus raíces en la propia biografía virgiliana. Ensamblada en esta biografía está su pronta *contaminación* política, que le hace participar, primero por fuerza y luego de grado, en el movimiento restaurador nacional que llevan a cabo diversas personalidades del campo literario-político de su época. Gracias a ella, dice Bickel, «se produjo el giro que convirtió a Virgilio de víctima del nuevo régimen en un favorito del mismo».

La filosofía que subyace en toda su obra poética, también ya en las *Bucólicas*, es la de servir al ideal monárquico que encarna Augusto por los medios que ponía a su disposición la ideología filosófica de su tiempo.

Para el desarrollo de este objetivo puede consultarse con provecho el magnífico artículo de A. Michel¹⁶ incluido en *Vergiliana*.

¹⁵ E. BICKEL, *Historia de la literatura romana*, Madrid, Gredos, 1982, págs. 182 y ss.

¹⁶ A. MICHEL, «Virgile et la politique imperiale: un courtisan ou un philosophe», *Vergiliana*, Leiden, 1971, págs. 212-245.

En suma, Virgilio se muestra en las *Bucólicas* como poeta perito ya en el género, con dominio de un lenguaje poético apropiado y con recursos literarios propios en consonancia con sus propias convicciones, que le hacen creador en Roma de un estilo definitivo ya para siempre.

Como en las *Geórgicas*, el sello, *sphragís*, que autentifica su originalidad son los últimos versos de la primera *Bucólica*¹⁷:

*Hic tamen hanc mecum poteris requiescere noctem
fronde super viridi. Sunt nobis mitia poma,
castaneae molles et pressi copia lactis;
et iam summa procul villarum culmina fumant,
maioresque cadunt altis de montibus umbrae.*

[Sin embargo podías descansar aquí conmigo en esta noche sobre las verdes hojas. Tenemos frutas maduras, castañas tiernas y abundante queso, y ya a lo lejos humean los altos tejados de los caseríos y las sombras descienden cada vez mayores de los elevados montes.]

5. Traducciones españolas de las «Bucólicas»

Dejando a un lado las traducciones de todo Virgilio al castellano, algunas de las cuales anotaremos al hablar de las traducciones de las *Geórgicas*, consignaremos aquí solamente las referentes a las *Bucólicas*, siguiendo la misma fuente a que nos referiremos respecto de las *Geórgicas*, a saber: el Prólogo del Tomo XX de la Biblioteca Clásica,

¹⁷ F. ARNALDI, «La poesia di Virgilio», *Vergiliana*, Leiden, 1971, pág. 6.

titulado *Églogas y Geórgicas*, de Marcelino Menéndez Pelayo luego recogido en su *Bibliografía Hispano Latina Clásica* (Edición Nacional, 1952).

Helas aquí brevemente enumeradas en el mismo orden en que constan en dicho Prólogo.

1) Cancionero de las obras de Juan del Enzina. Al folio 31 se halla: «La Bucólica de Virgilio, con dos prólogos, uno a los Reyes y otro al Príncipe», 1496. Más que traducción es imitación bastante libre.

2) *Églogas de Virgilio, traducidas del latín en español por Juan Fernández de Idiáquez, 1574.*

3) Traducción de la Égloga VII de Virgilio por el Maestro Diego Girón, sevillano, sucesor del maestro Juan de Mal-lara en la cátedra de Retórica.

4) Fernando de Herrera trae en las Anotaciones a Garcilaso fragmentos de las Églogas V y VIII, traducidas al castellano.

5) Fray Luis de León tradujo las 10 églogas, unas en octavas reales y otras en tercetos. Menéndez Pelayo, pese a las críticas adversas, les atribuye un relevante mérito.

6) El Maestro Francisco Sánchez de las Brozas tradujo las Églogas I y II.

7) El Dr. Gregorio Hernández de Velasco tradujo las Églogas I y IV, Toledo, 1574.

8) Juan de Guzmán, catedrático de Latín en la villa de Pontevedra, tradujo la Égloga X, que merece adversa crítica de Menéndez Pelayo.

9) *Las Églogas y Geórgicas de Virgilio* de Cristóbal de Mesa. Traducción en octavas reales «muy injustamente olvidada. Inferior a la de Fr. Luis de León, pero excede mucho a la de Juan de Guzmán», a juicio de Menéndez Pelayo, Madrid, 1618.

10) El maestro Diego López tradujo las *Églogas y Geórgicas* en prosa, lo mismo que la *Eneida*.

11) Obras de Publio Virgilio Marón. Concordado. El editor y autor, a juicio de Menéndez Pelayo, es Fr. Antonio de Moya, de la orden de San Agustín. El primer volumen contiene el texto

latino de las *Églogas* y la traducción castellana en prosa, Madrid, 1660.

12) Traducción de las obras del Príncipe de los Poetas latinos, P. Virgilio Marón a verso castellano. Cuatro tomos. El primero comprende a las *Églogas* y las *Geórgicas* en romance endecasílabo. Por José Rafael Larrañaga, Méjico, 1787. Acaso la primera que se imprimió de Virgilio en el Nuevo Mundo.

13) José Iglesias de la Casa, poeta epigramista del siglo XVIII en Salamanca, tradujo libremente las *Églogas* II y IV.

14) Traducción de las *Bucólicas* por el presbítero gerundés Pedro Bes, en 1771. En prosa.

15) Traducción en verso, con diferentes metros, de las *Bucólicas* de Virgilio por Félix M.^a Hidalgo, Sevilla, 1829. En palabras de Menéndez Pelayo, esta traducción «es la que con más gusto se lee, aunque no es siempre la más fiel». Figura precisamente en este tomo 20 de la Biblioteca Clásica, seguida de abundantes y originales notas al texto latino de las *Bucólicas*.

16) Traducción de las *Bucólicas* en silvas por el presbítero aragonés Francisco Lorente, Madrid, 1834. Presenta también el texto latino, seguido de notas brevísimas.

17) Traducción de las *Églogas* I y IV, en verso, por el General Manuel Montes de Oca, Cádiz, 1834.

18) Traducción de las *Églogas* de Virgilio en verso suelto por Juan Gualberto González, Madrid, 1844. En frase de Menéndez Pelayo es la traducción más literal y la más sobria y concisa, aunque no la más poética.

19) Traducción de las *Bucólicas* en verso endecasílabo, acompañada del texto latino, por el P. Mateo Amo, O. P., Manila, 1858.

20) José Sebastián de Segura, poeta mejicano, tradujo las *Églogas*, pero M. Pelayo duda si en todo o en parte, por no disponer de la traducción.

21) Obras completas de P. Virgilio Marón, traducidas al castellano (en prosa) por Eugenio de Ochoa, Madrid, 1869. Edición suelta de las *Églogas* en 1879.

22) *Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos* por Miguel Antonio Caro. El tomo I comprende las *Églogas* y las *Geórgicas*, Bogotá, 1873. A juicio de Méndez Pelayo esta traducción «es un tesoro de lengua y de versificación y nunca será bastante leída y aprovechada».

23) Federico Baráibar, catedrático del Instituto de Vitoria, publicó en la revista *El Ateneo*, noviembre de 1876, una traducción de la *Égloga* I.

A continuación figuran las traducciones en lengua portuguesa, catalana y vasca.

La *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, de la Universidad Nacional Autónoma de México, nos ofrece en un solo volumen el texto latino de las *Bucólicas* con la traducción castellana en versión rítmica, de Rubén Bonifaz Nuño.

La Editorial Labor S. A. publicó en 1947, dentro de la Colección «Clásicos Labor», un volumen dedicado a Virgilio, obra del gran virgilianista, catedrático de Latín de I.N.E.M., Javier de Echave. Además de breves estudios sobre las *Églogas*, en general, nos obsequia con las traducciones rítmicas de la 1.^a y de la 4.^a *Bucólicas*.

Agustín García Calvo en su libro *Virgilio* (Ediciones Júcar, 1976), aparte de interesantes estudios y de una bibliografía al día, presenta una versión rítmica de todas las *Bucólicas*, en interpretación muy personal y forzado hipérbaton a veces.

6. Bibliografía sobre las «Bucólicas»

a) Obras de conjunto

H. BARDON, R. VERDIÈRE (edd.), *Vergiliana. Recherches sur Virgile*, Leiden, E. J. Brill, 1971.

Dentro de este libro son particularmente dignos de lectura los siguientes artículos:

F. ARNALDI, «La poesía di Virgilio», 6-18.

- A. MICHEL, «Virgile et la politique imperiale: un courtisan ou un philosophe?», 212-245.
- B. OTIS, «The *Eclogues*: a reconsideration in the light of Klingner's Book», 246-259.
- J. PERRET, «Sileni theologia», 294-311 (a propósito de la 6.^a Bucólica).
- A. BELLESSERT, *Virgile, son oeuvre et son temps = Virgilio, su obra y su tiempo* [trad. D. PLÁCIDO], Madrid, Tecnos, 1965. (Dedica a las *Bucólicas* el cap. II).

Un repertorio bibliográfico sistemático y completo acerca de las *Bucólicas*, para los años 1927 a 1977, se encuentra en:

- W. W. BRIGGS, «A Bibliography of Virgil's *Eclogues* (1927-1977)», publicado en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* (cit. *ANRW*), II 31, 2, Berlín, W. de Gruyter, 1981, 1270-1357.
- K. BÜCHNER, «P. Vergilius Maro», en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, VIII A 2, Stuttgart, A. Druckenmüller, 1958.

Citamos este artículo por la traducción italiana de M. BONARIA, *Virgilio*, Brescia, Paideia, 1963. (Dedica a las *Bucólicas* el cap. IV, págs. 209-307, con estudios en particular sobre cada una de ellas y sobre el conjunto de todas. La bibliografía final, en págs. 573-598, comprende las principales ediciones y comentarios y los estudios alfabéticamente ordenados sobre los mas diversos aspectos de toda la obra virgiliana.)

- A. CARTAULT, *Études sur les Bucoliques de Virgile*, París, 1897.
- A. ESPINOSA PÓLIT, S. I., *Virgilio en verso castellano. Bucólicas, Geórgicas y Eneida*, México, IUS, 1961. (El cap. II de la Introducción está dedicado a «Virgilio al tiempo de las *Bucólicas*».)
- A. M. GUILLEMIN, *Virgile. Poète, artiste et penseur = Virgilio. Poeta, artista y pensador* [trad. E. J. PRIETO], Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1960. (La primera parte, titulada «Bajo el hechizo alejandrino», está dedicada a las *Bucólicas*. Al final de la obra inserta una breve bibliografía de autores y obras sobre aspectos especiales relativos a las *Bucólicas*.)

- F. KLINGNER, *Vergil: Bucolica, Georgica, Aeneis*, Zürich-Stuttgart, Artemis, 1967. (Con originales y abundantes ideas para la interpretación de Virgilio.)
- G. ROHDE, *De Vergilii eclogarum forma et indole*, *Klass. Philol. studien V*, Berlín, 1925.
- H. J. ROSE, *The Eclogues of Vergil*, Berkeley, 1942.
- J. VAN SICKLE, «Reading Virgil's Eclogue Book», *ANRW II*, 31, 1, Berlín, W. de Gruyter, 1980, 576-603.

b) Obras de estudios parciales

Nos referiremos únicamente a algunas obras que estudian aspectos parciales relativos a las *Bucólicas*. Así, por ejemplo:

- J. BAYET, «Virgile et les triumvirs 'agris dividundis'», *Revue des Études Latines* 6 (1928), 271-299.
- S. BENKO, «Virgil's Fourth *Eclogue* in Christian Interpretation», *ANRW II*, 31, 1, Berlín, W. de Gruyter, 1980, 645-705.
- J. CARCOPINO, *Virgile et les Mystères de la IV^e Églogue*, París, L'Artisan du livre, 1930.
- M. L. HERRMANN, *Les Masques et les Visages dans les Bucoliques de Virgile*, Éd. de la Revue de l'Université de Bruxelles, 1930.
- J. HUBAUX, «Étude de la IV^e Églogue de Virgile», *Musée Belge* 25 (1923), 225 ss.
- , *Le réalisme dans les Bucoliques de Virgile*, Lieja, Vaillant-Carmagne, 1927.
- , *Les thèmes bucoliques dans la poésie latine*, Bruselas, Larmertin, 1930.
- M. H. JEANMAIRE, *Le Messianisme de Virgile*, París, Vrin, 1930.
- , *La Sibylle et le retour de l'âge d'or*, París, Leroux, 1939.
- R. WALTZ, «La IV^e Églogue et Asinius Gallus», *Mélanges Paul Thomas*, Brujas, 1930.

De las ediciones comentadas de las *Bucólicas* únicamente citaremos dos extranjeras y dos españolas, que juzgamos de fácil consulta y de elevado interés:

- R. SABBADINI, *P. Vergili Maronis Opera: Bucolica et Georgica* (Vol. I), Roma, 1930.
- E. DE SAINT-DENIS, *Virgile. Bucoliques*, París, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1942. (Introducción, texto latino y traducción.)
- A. TOVAR, *Virgilio. Églogas*, Madrid, Instituto «Antonio de Nebrija», 1951 (Introducción, texto latino y notas).
- M. RUIZ DE LOIZAGA, V. J. HERRERO, *Virgilio. Bucólicas*, Madrid, Gredos, 1968. (Amplia introducción, texto latino y notas.)

7. Edición crítica base y discrepancias

Las ediciones críticas consultadas para la traducción de las *Bucólicas* son las siguientes, relacionadas por orden cronológico de su publicación:

- 1) F. PLESSIS, P. LEJAY, *Oeuvres de Virgile. Les Bucoliques*, París, Librairie Hachette, 1930. (Texto latino con introducción y notas.)
- 2) G. IANELL, *P. Vergili Maronis Opera*, Leipzig, Teubner, 1930.
- 3) R. SABBADINI, *P. Vergili Maronis Opera: Bucolica et Georgica* (vol. I), Roma, 1930.
- 4) E. DE SAINT-DENIS, *Virgile. Bucoliques*, París, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1960. (Introducción, texto latino y traducción).
- 5) R. A. B. MYNORS, *P. Vergili Maronis Opera*, Oxford, 1969.

La edición crítica que nos ha servido de base para la traducción española ha sido la consignada con el número 4 en la relación anterior. Sin embargo nos apartamos de ella y aceptamos otra en los siguientes pasajes:

SAINT-DENIS

*Buc. IV 55: non me carminibus
vincat*

*Buc. IV 62: incipe, parve puer:
cui non risere pa-
rentes*

Buc. VI 30: miratur

LECTURA ADOPTADA

*non me carminibus vincet
(PLESSIS-LEJAY, MYNORS)*

*incipe, parve puer: qui non
risere parenti (PLESSIS-LE-
JAY, MYNORS)*

mirantur (SABBADINI)

BUCÓLICA PRIMERA

TÍTIRO

MELIBEO. — ¡Títiro! Recostado tú bajo la fronda de una extendida haya ensayas pastoriles aires con tenue caramillo; nosotros abandonamos los lindes patrios y nuestros dulces campos; de la patria huimos; tú, Títiro, despreocupado a la sombra, enseñas a las selvas a repetir el nombre de tu hermosa Amarilis. 5

TÍTIRO. — ¡Oh Melibeo! Un dios ¹ fue quien nos concedió este descanso, pues él será siempre para mí un dios; su altar, un tierno corderillo de nuestros rebaños lo bañará frecuentemente con su sangre. Él fue quien, como ves, permitió que mis vacas vagasen libremente y que yo mismo, con rústica zampona, cantase lo que me viniera en gana. 10

MELIBEO. — Ciertamente no te envidio, más bien me maravillo; ¡tan grande es la turbación que en toda la extensión de la campiña reina! A mí mismo aquí me tienes arreando con aflicción mis cabras; ésta también con dificultad, ¡oh Títiro!, la llevo, pues aquí entre los espesos avellanos con duro esfuerzo acaba de parir, ¡ay!, sobre

¹ Se refiere Títiro a Octavio, que en la confiscación general de bienes le ha permitido conservar los suyos.

15 la desnuda roca dos gemelos, esperanza de mi rebaño. Muchas veces, recuerdo, estuviera entonces mi espíritu obcecado, nos predijeron este mal las encinas heridas por el rayo. Mas dinos ya, Títiro, qué clase de dios es ese tuyo.

TÍTIRO. — La ciudad que llaman Roma, ¡oh Melibeo!,
20 pensé yo, necio de mí, que era semejante a esta ciudad nuestra² adonde solemos con frecuencia los pastores llevar los tiernos recentales destetados de las ovejas. De esta manera era como yo veía parecerse los cachorros a las perras y los cabritos a sus madres, así tenía por costumbre comparar lo grande con lo pequeño. Pero esta ciudad le-
25 vantó tanto su cabeza entre las demás ciudades cuanto acostumbran entre las flexibles mimbreras los cipreses.

MELIBEO. — ¿Y cuál fue la causa tan importante de visitar tú Roma?

TÍTIRO. — La Libertad, que tardía volvió, empero, los ojos a quien nada hizo por ella, cuando ya mi barba caía, al rasurarla, cada vez más blanca; ella por fin me tornó los ojos y, después de un largo tiempo, vino, cuando ya
30 es Amarilis quien nos tiene y Galatea dejó de poseernos. Pues, he de confesarlo, mientras estaba en poder de Galatea, ni esperanza de libertad tenía ni cuidado de mi hacienda. A pesar de que de mis setos saliesen abundantes víctimas y de que se prensasen grasos quesos para la ciudad
35 ingrata, jamás mi mano volvía a casa cargada de dinero.

MELIBEO. — Me preguntaba yo por qué, triste, llamabas a los dioses, Amarilis; para quién dejabas pendientes en los árboles sus frutos: estaba ausente de aquí Títiro. Sí, Títiro, los pinos mismos, las mismas fuentes y estas mismas florestas te llamaban.

² «Nuestra ciudad», es para Títiro Mantua, pues aunque Virgilio, representado por aquél, era natural de la aldea llamada Andes, ésta se encontraba muy cerca de la ciudad de Mantua.

TÍTIRO. — ¿Qué iba a hacer yo? Ni de otro modo po- 40
 día abandonar la servidumbre ni conocer en otra parte dio-
 ses tan propicios. Aquí vi yo, ¡oh Melibeo!, a aquel jo-
 ven ³ en cuyo honor todos los años doce días humean nues-
 tros altares. Fue allí cuando él al punto dio respuesta a
 mi demanda: «Pastoread como antes, muchachos, vuestras 45
 vacas, criad los toros» ⁴.

MELIBEO. — ¡Viejo afortunado! ¡Así, pues, conservarás
 tus campos! Y en una extensión suficiente para ti, aunque
 la piedra desnuda y una laguna de limosos juncos cubra
 todos tus pastos. Un forraje extraño no perjudicará a tus
 ovejas preñadas ni les dañará el nocivo contacto del re- 50
 baño vecino. ¡Viejo afortunado! Aquí, en medio de co-
 rrientes de agua conocidas y de sagradas fuentes, tomarás
 el frescor de la umbría. De una parte, desde el lindero ve-
 cino, al igual que siempre, el cercado en que las abejas
 del Hibla ⁵ liban la flor del sauce te invitará frecuente- 55
 mente con su suave susurro a adormecerte blandamente;
 de otra, bajo el elevado risco lanzará al aire sus tonadas
 el podador y, mientras tanto, ni las torcaces, que son cui-
 dado tuyo, dejarán de arrullar ni la tórtola cesará en su
 llanto desde el elevado olmo.

TÍTIRO. — Pues antes pacerán los ligeros ciervos en el
 aire y a la playa arrojarán los mares los desnudos peces, 60

³ Otra vez se refiere a Octavio, a la sazón joven todavía, pues la acción de esta *Bucólica* tiene lugar al parecer en el año 40 a. C., fecha en la que Octavio contaría 24 años. En su honor, como en honor de los dioses Lares, ofrece un sacrificio al comienzo de cada uno de los meses del año; en las *idus*, según Servio.

⁴ No «someted los toros», como entienden equivocadamente otros, en el sentido de domesticarlos o ponerlos bajo el yugo, sino en el de criarlos para sementales.

⁵ Hibla, monte de Sicilia, célebre por sus flores, pasto de abejas que daban afamada miel.

antes, tras haber recorrido desterrados unos de otros los confines, beberá el parto en el Arar o la Germania en el Tigris ⁶, antes de que la imagen de aquel dios desaparezca de mi pecho.

MELIBEO. — Pero nosotros de aquí nos iremos, unos
 65 a los sedientos africanos, otros llegaremos a la Escitia y al Oaxes ⁷, que arrastra en su corriente arcilla, y a los britanos, separados completamente de todo el mundo. ¿Acaso no veré yo nunca, aun después de un largo tiempo, las fronteras de mi patria y la techumbre de mi pobre cabaña cubierta de césped y, contemplando mis posesiones, no me
 70 maravillaré algún día de hallar algunas espigas? ¿Un impío soldado poseerá estos tan bien cuidados campos? ¿Un bárbaro estas mieses? ¡He aquí adónde condujo a los miserables ciudadanos la discordia! ¡Para éstos sembramos nosotros nuestros campos! ¡Injerta ahora los perales, Melibeo, alinea tú las vides! Marchad, cabrillas mías, rebaño,
 75 en otro tiempo, próspero, marchad: ya no os contemplaré más tumbado a la entrada de una verde gruta, colgando a lo lejos de un risco cubierto de maleza; no cantaré canciones; bajo mi cayado, cabrillas mías, no ramonearéis el cantueso en flor ni los amargos sauces.

TÍTIRO. — Sin embargo, podías descansar aquí conmigo
 80 en esta noche sobre las verdes hojas. Tenemos frutas maduras, castañas tiernas y abundante queso, y ya a lo lejos humean los tejados de los caseríos y las sombras descenden cada vez mayores de los elevados montes.

⁶ Cita pueblos y ríos extremos de Oriente y de Occidente del Imperio para hacer más visible el contraste y la dificultad. El Tigris en la frontera de los partos, el Arar, hoy Saona, en la Galia, no lejos de Germania.

⁷ Oaxes, río de la isla de Creta. Muchos autores lo identifican en cambio con el Oxus, hoy Amu-Daria, que desemboca en el mar de Aral (Asia Central), por no tener sentido la alusión de Virgilio a Creta entre las citas de países, confines del mundo antiguo.

BUCÓLICA SEGUNDA

ALEXIS

El pastor Coridón amaba ardientemente al hermoso Alexis, encanto de su dueño, y ni esperanzas le quedaban. Tan sólo venía asiduamente entre un bosque de hayas de umbrosas copas y allí lanzaba solitario a los montes y a las selvas estos acentos sin arte con pasión inútil: 5

«¡Oh cruel Alexis! ¿No te cuidas nada de mis versos? ¿No tienes compasión de mí? Me obligarás entonces a morir. Aun los mismos ganados gustan ahora el frescor de la umbría, ahora también ocultan los zarzales a los verdes lagartos y Testilis¹ machaca para los segadores cansados 10 por el arrebatador estío cabezas de ajos y serpol, hierbas olorosas. Mas, mientras yo sigo tus huellas, resuenan conmigo las florestas bajo el sol ardiente con el ronco cantar de las cigarras. ¿No hubiera sido preferible sufrir los tristes enojos de Amarilis y sus desdenes orgullosos? ¿O a 15 Menalcas, por más que negro él y tú blanco seas? ¡Oh lindo muchacho, no confíes demasiado en el color!, la flor de la alheña es blanca, y cae, y negros los arándanos, y

¹ Testilis es una esclava de Coridón que prepara la comida a los segadores.

se recogen. Para ti soy objeto de desprecio y no preguntas,
 20 Alexis, quién soy yo, cuán rico en ganado y cuán abundoso en nívea leche. Mil corderas mías pastan errantes los bosques de Sicilia, no me falta leche fresca ni en invierno ni en verano ². Canto lo que cantar solía, si alguna vez llamaba a sus ganados, Anfión Dirceo sobre el costero Aracinto ³. Y yo no soy tan feo, poco ha me contemplé en
 25 la orilla, cuando el mar estaba sosegado de los vientos, y si la imagen nunca engaña, no temo, siendo tú el que juzgues, competir con Dafnis.

¡Oh, si tú quisieras al menos habitar conmigo los miserables campos y sus rústicas cabañas, flechar los ciervos
 30 y arrear el hato de cabritos al verde malvavisco! Cantando junto a mí imitarás conmigo en las selvas al dios Pan. Pan fue el primero que enseñó a juntar con cera muchas cañas, Pan guarda las ovejas y a sus rabadanes. Y no te pese rozar tu labio tierno con la flauta: ¿qué no hacía Amintas
 35 por saber esto mismo que sé yo? Tengo una flauta compuesta de siete cañas desiguales, que en otro tiempo me regaló Dametas, diciéndome al morir: «Tú eres ahora su segundo dueño». Así dijo Dametas y el necio Amintas me
 40 la envidia. Además tengo yo dos cabritillos que he encontrado en un valle poco seguro, salpicados todavía de pintas blancas en sus pieles; cada día agotan dos ubres de oveja: los guardo para ti. Ya hace tiempo que Testilis me ruega

² Esto es, la primera leche después del parto de las ovejas, que llamamos en español «calostro».

³ Anfión, hijo de Júpiter y de Antíope, poeta y músico. Mercurio le regaló una lira de siete cuerdas, a cuyo son se levantaron espontáneamente las murallas de Tebas. Cerca se encontraba la fuente llamada Dircé y de aquí el epíteto de Dirceo.

No hay más Aracinto conocido que el macizo montañoso de Etolia, cercano al mar, de donde el adjetivo «costero».

me los deje arrebatarse y lo conseguirá, puesto que a ti te desagradan nuestras dádivas.

¡Ven acá, ¡hermoso niño!, que las Ninfas te traen canastos de azucenas llenos; en tu honor la blanca Náyade, cortando pálidas violetas y adormideras de tallos altos, las junta al narciso y a la flor del oloroso eneldo, y entretejiendo luego la casia y otras delicadas hierbas al suave jacinto, varía los colores con la caléndula amarilla. Yo mismo te escogeré blanquecinas frutas de tierno vello y castañas que amaba mi Amarilis, añadiré céreas ciruelas, también esta fruta tendrá su honor, y a vosotros, oh laureles, también os cogeré, y a ti, mirto vecino, puesto que así juntos mezcláis suaves olores.

Eres un rústico, Coridón; Alexis ni se cuida de tus dones, ni, si en dádivas compites, te es inferior Yolas. ¡Ay, ay! ¿qué es lo que quise, misero de mí? Enajenado arrojé el Austro sobre las flores y los jabalíes en las fuentes cristalinas. ¡Ah, insensato!, ¿de quién huyes? También los dioses moraron en los bosques y el dardanio Paris⁴. Habite Palas⁵ el alcázar que ella misma levantó; a nosotros, por encima de todo, placeránnos las selvas. La torva leona persigue al lobo, a su vez el lobo a la cabrita, la retozona cabrita va tras el cantueso en flor y en pos tuyo, oh Alexis, Coridón: a cada uno le arrastra su placer. Mira, los novillos traen pendientes del yugo los arados y, al ocultarse el sol dobla las crecientes sombras; a mí, sin embargo, abrásame el amor, pues ¿qué medida cabe en el amor?

⁴ Paris, hijo de Príamo, fue rechazado por su padre, por lo que habitó en los bosques entre pastores. Dardanio equivale a troyano, por haber sido Dárdano fundador de Dardania, la futura Troya.

⁵ Palas Atenea, fundadora de Atenas, a la que dio su nombre. A un golpe de su lanza hizo brotar el olivo, símbolo de la paz. Se la considera protectora de las ciudades fortificadas.

¡Ah! Coridón, Coridón, ¿qué locura se apoderó de ti?
70 A medio podar tienes las vides sobre el frondoso olmo.
¿Por qué no, más bien, te preparas a lo menos algún objeto de los que el uso pide, tejiendo mimbres y flexible junco? Otro Alexis encontrarás si te desdeña éste.

BUCÓLICA TERCERA

MENALCAS, DAMETAS, PALEMÓN

MENALCAS. — Dime, Dametas, ¿de quién este ganado?
¿Tal vez de Melibeo?

DAMETAS. — No, que es el de Egón; poco ha Egón me lo confió.

MENALCAS. — ¡Ay, ovejas, rebaño siempre desgraciado! Mientras su dueño corteja a Nerea y teme que ella me prefiera a él, este pastor extraño ordeña dos veces a la hora las ovejas, debilitando así al ganado y robando la leche a los corderos.

DAMETAS. — Advierte, sin embargo, que denuestos tales han de ser lanzados a los hombres con más moderación. Conocemos también nosotros quiénes a ti... mirándote los chivos de reojo, y en qué gruta..., pero lo tomaron a risa las indulgentes Ninfas ¹.

MENALCAS. — Sería entonces cuando me vieron podar la arboleda de Micón y los tiernos majuelos con maligna podadera.

¹ Alude con estas dos reticencias a alguna acción vergonzosa cometida en secreto, aunque no tanto, por Menalcas.

DAMETAS. — O aquí, cuando quebraste el arco y las flechas de Dafnis junto al viejo hayedo, pues viendo que habían sido regaladas al muchacho, sufrías tú, perverso
 15 Menalcas, y, si de alguna forma no le hubieras dañado, estarías muerto.

MENALCAS. — ¿Qué pueden hacer los amos cuando a tanto se atreven los ladrones? ² ¿No te he visto yo, malvado, sustraer con trampas el chivo de Damón, a pesar de que Licisca repetía su ladrido? Y gritando yo: «¿Adónde
 20 se precipita ahora ése? Títiro, recoge tu rebaño», tú detrás de los carrizales te escondías.

DAMETAS. — ¿No había entonces de devolverme aquél, vencido por mí en el canto, el cabrón que le había ganado mi flauta con sus canciones? Si no lo sabes, aquel cabrón era mío y el mismo Damón lo confesaba, pero decía que le era imposible devolvérmelo.

25 MENALCAS. — ¿Tú a aquél vencerle en el cantar? ¿Pero tuviste alguna vez una flauta pegada con cera? ³ ¿No solías tú, ignorante, echar a perder en las encrucijadas una pobre canción con estridente caña? ⁴

DAMETAS. — ¿Quieres, pues, que hagamos la prueba alternativamente a ver de qué somos capaces, cada uno de nosotros? Yo apuesto esta becerra (no se te ocurra recha-
 30 zarla, que dos veces al día viene a la colodra y alimenta dos crías con su ubre); tú, dime con qué prendas vas a competir conmigo.

² La interpretación puede ser ésta. Los amos, dueños del ganado, ¿qué tendrán derecho a hacer, cuando los criados, como Dametas, se atreven, cual ladrones, a tales fechorías?

³ Es la flauta de Pan, de varios tubos de cañas desiguales, unidos o pegados entre sí con cera.

⁴ «En las encrucijadas», a imitación de Ceres lamentándose del rapto de Prosérpina. Era costumbre de pastores y campesinos, que cantaban tonadas lúgubres en honor de Diana, confundida acaso con Prosérpina.

MENALCAS. — De mi rebaño no me atreveré a quitar nada para apostar contigo, pues tengo en casa un padre y una madrastra injusta y dos veces al día me cuentan ambos el ganado y uno u otro los cabritos. Pero pondré una 35 cosa que tú mismo confesarás mucho mejor (puesto que te place hacer una locura), unas copas de haya, obra cincelada del divino Alcimedonte; en ellas una flexible vid, puesta en relieve con hábil trépano, recubre los corimbos extendidos por la pálida yedra ⁵. En el medio dos figuras, Conón, 40 y... ¿quién fue el otro, el que trazó para las gentes a compás el orbe entero, la estación que conviene al segador y la que al encorvado labrador? ⁶. Todavía no les acerqué los labios, sino que guardadas las conservo.

DAMETAS. — Para mí también el mismo Alcimedonte labró dos copas y cercó las asas de flexible acanto; colocó 45 en el centro a Orfeo y a las selvas que le siguen ⁷. Todavía no les acerqué los labios, sino que guardadas las conservo. Si consideras mi becerra, no tienes de qué alabar tus copas.

MENALCAS. — No te me escaparás ya hoy, me allanaré a las condiciones que me impongas. Que solamente escu- 50 che esto... incluso aquél que viene, mira, Palemón. Yo conseguiré que en adelante a nadie desafíes a cantar.

⁵ El «trépano» fue muy usado en la escultura antigua como instrumento de trabajo.

⁶ Conón, astrónomo griego, nacido en Samos (siglo III a. C.), aunque vivió en Egipto, en la corte de Ptolomeo Filadelfo. El otro puede ser Eudoxio de Cnido, astrónomo y matemático griego (v-iv a. C.) o también Arato (iv-iii a. C.) autor de un libro inspirado en las teorías de Eudoxio, llamado «Fenómenos», interesante para el estudio de la tierra y de sus climas.

⁷ Alude el poeta al hecho de que la Naturaleza entera, animales, fuentes, rocas y selvas acudían a escuchar la voz armoniosa y el sonido de la lira de Orfeo, poeta y músico griego.

DAMETAS. — Ea, empieza, si algo tienes; por mi parte no habrá tardanza alguna ni de nadie huyo; tan sólo, vecino Palemón, préstanos una atención profunda; el asunto lo requiere.

55 PALEMÓN. — Cantad, pues, que estamos sentados sobre la blanda hierba. Y es ahora cuando empiezan a brotar todos los campos, a brotar todos los árboles, ahora; ahora las selvas se cubren de follaje, ahora está en toda su hermosura el año. Empieza tú, Dametas; tú, Menalcas, seguirás después. Cantaréis alternativamente, aman las Camedas los cantos alternados.

60 DAMETAS. — Comencemos por Júpiter, oh Musas: de Júpiter están todas las cosas llenas, él protege las tierras, él cuida de mis cantos.

MENALCAS. — Y a mí Febo me ama; Febo tiene siempre por mi parte sus ofrendas: los laureles y el jacinto de rojo suave ⁸.

DAMETAS. — Galatea, niña traviesa, me busca tirando
65 una manzana y huye al saucedal y desea que antes yo la vea ⁹.

MENALCAS. — En cambio a mí se me ofrece de buen grado Amintas, mi encendido amor, más conocido de mis perros que la misma Delia ¹⁰.

Arbusto y flor amados por Apolo o Febo. El laurel es la planta en que fue convertida Dafne, hija del rey Peneo, al huir de la persecución amorosa de Febo. El jacinto lleva el nombre del amigo íntimo de Febo, Jacinto, que al morir fue metamorfoseado en aquella flor.

Manzana, símbolo de Venus, señal de amor y de coquetería femenina tratada como invitación al placer, puesto que, antes de esconderse Galatea desea que la vea el pastor.

¹⁰ Delia, epíteto de la cazadora Diana, nacida en Delos, isla del Egeo, aunque también puede entenderse, según el comentario de Servio, como una amiga de Menalcas, de nombre Delia.

DAMETAS — Dispuestos están para mi Venus los presentes, pues he observado el sitio donde anidaron las aéreas torcaces.

MENALCAS. — Diez manzanas como el oro, cogidas de un árbol silvestre, envíe a mi niño; no pude más; mañana le enviaré otras tantas.

DAMETAS. — ¡Oh, cuántas veces y qué cosas nos dijo Galatea! ¡Llevad, vientos, alguna parte a los oídos de los dioses!

MENALCAS. — ¿Qué me sirve, Amintas, que tú no me desdengies, si, mientras acosas jabalíes, yo guardo las redes? 75

DAMETAS. — Envíame a Filis, es mi cumpleaños, Yolas¹¹; cuando por mis cosechas inmole una novilla, vente tú mismo.

MENALCAS. — Prefiero a las demás a Filis; pues lloró al verme marchar y, ya lejos, me dijo: «Adiós, adiós, hermoso Yolas»¹².

DAMETAS. — Triste cosa el lobo para los establos, las 80 lluvias para las mieses en sazón, para los árboles los vientos y para nosotros las iras de Amarilis.

MENALCAS. — Dulce cosa es la humedad para los sembrados, para los cabritos destetados el madroño, el flexible sauce para la oveja preñada, para mí Amintas solo.

DAMETAS. — Aunque rústica, Polión ama a nuestra musa; Piérides¹³, apacentad una becerra para vuestro lector. 85

MENALCAS. — También Polión compone versos nuevos;

¹¹ Yolas, pastor amigo de Dametas, tiene como amiga a Filis, que lo es también del mismo Dametas.

¹² No es fácil entender estos versos. Tal vez Menalcas, confundido con Yolas, responde a Dametas en el mismo tono de poseer también por amiga a Filis.

¹³ Piérides o Musas, a las que se les daba culto en la región de Pieria (Tesalia, al este del Olimpo).

apacentad un toro que ya acometa con el cuerno y esparza arena con los pies.

DAMETAS. — Quien te quiera, Polión, que venga adonde se huelgue de encontrarte; flúyanle mieles y la espinosa zarza le produzca amomo.

90 MENALCAS. — El que no deteste a Bavio, que guste de sus versos, Mevio, y que este mismo unza las raposas y ordeñe machos cabríos ¹⁴.

DAMETAS. — Los que cogéis flores y las rastreras frescas, huid de aquí, muchachos, la fría sierpe se esconde entre la hierba.

95 MENALCAS. — Cuidado, ovejas, de alejaros demasiado; no está bien confiar en la ribera; el mismo carnero seca también ahora su vellón.

DAMETAS. — Aparta, Tí tiro, del río a las cabrillas mientras pastan; yo mismo, cuando llegue el tiempo, las bañaré a todas en la fuente.

MENALCAS. — Recoged, muchachos, las ovejas; si el calor agotase la leche, como ha poco, en vano apretaremos las ubres con la mano.

100 DAMETAS. — ¡Ay, ay! ¡Qué flaco está mi toro en medio de viciosos yeros! El mismo amor causa la ruina al ganado y al dueño del ganado.

MENALCAS. — Éstos, en verdad, y no es precisamente el amor la causa, apenas si se tienen en los huesos; yo no sé qué ojo maleficia a mis tiernos corderillos.

105 DAMETAS. — Dime, y serás para mí el gran Apolo, en qué parte del mundo no más de tres brazas abarca la extensión del cielo ¹⁵.

¹⁴ Bavio y Mevio son dos poetas contemporáneos y enemigos de Virgilio. De Mevio habla también Horacio en el *Épodo* X, deseándole un naufragio.

¹⁵ «Del cielo», en latín *caeli*, que puede ser genitivo de *caelum*, el

MENALCAS. — Dime en qué país brotan las flores con los nombres de los reyes, estampados, y tú solo gozarás de Filis ¹⁶.

PALEMÓN. — No toca a mí arreglar entre vosotros tan porfiadas lides. Digno eres tú y éste también de la becerra y todo aquél que tema dulces amores o los experimente ¹¹⁰ amargos ¹⁷. Cegad ya, muchachos, las acequias, que bastante los prados se empaparon.

cielo, y de *Caelius*, Celio, paisano de Virgilio. Con este juego de palabras alude el poeta a la anécdota de Celio, desbaratador de su hacienda, de la que no dejó más que las tres brazas de tierra destinadas para su sepultura.

¹⁶ En los pétalos del jacinto creían leer los antiguos las dos letras griegas iniciales del nombre Áyax «Aíax», A e I, o la primera de Jacinto, hijo de un rey de Lacedemonia: Y. Los dos nombres correspondían a príncipes o reyes en el sentido antiguo.

¹⁷ El texto latino cuya traducción damos: «tema dulces amores o los experimente amargos», está mal fijado. Nosotros hemos aceptado el establecido por Saint-Denis, interpretándolo en el sentido, según Servio, de que Menalcas amaba y temía que su amor pudiera algún día desaparecer; por el contrario Dametas había experimentado las amargas iras de Amarilis.

BUCÓLICA CUARTA

POLIÓN

¡Musas sicilianas ¹, elevemos un poco nuestro canto!
No a todos agradan las arboledas y los humildes tamarindos, si cantamos las selvas, sean las selvas dignas de un cónsul.

La última edad del vaticinio de Cumas ² es ya llegada; una gran sucesión de siglos nace de nuevo. Vuelve ya también la Virgen ³, vuelve el reinado de Saturno ⁴; una nueva descendencia baja ya de lo alto de los cielos. Tú, casta

¹ O de Sicilia, patria de Teócrito, cantor de poesías pastoriles, a quien Virgilio imita en sus *Bucólicas*.

² Cumas, ciudad de la Campania, donde vivía la célebre Sibila, que había predicho el retorno a la Edad de Oro, o nuevo ciclo, después de las diez edades, cuyo último período vaticina.

³ Con el nombre de Virgen alude a la diosa de la Justicia, Temis, o a su hija Astrea, que en la Edad de Oro habitó en la Tierra, pero ante los crímenes de la Edad de Hierro huyó al Cielo, donde ocupó la parte del Zodiaco que llamamos Virgo.

⁴ Reinado de Saturno o Edad de Oro para los mortales, en la que reinaron la paz y la abundancia de todas las cosas sin necesidad de trabajo para obtenerlas. En su honor celebraba Roma las llamadas fiestas Saturnales en el mes de Diciembre.

Lucina ⁵, sé propicia al niño que ahora nace, con él la raza de hierro dejará de serlo al punto y por todo el mundo surgirá una raza de oro. Tu Apolo reina ya ⁶. Bajo tu consulado, Polión ⁷, precisamente bajo el tuyo, se iniciará este honor del siglo y con tu gobierno es cuando empezarán los grandes meses su carrera.

Si todavía permanecen algunas huellas de nuestro pecado, destruidas, quedará libre la tierra de un temor perpetuo. Recibirá aquel niño la vida de los dioses y con los dioses contemplará a los héroes mezclados y a él mismo lo verán entre ellos y regirá el mundo apaciguado por las virtudes de su padre.

Mas para ti, ¡oh niño!, la tierra sin cultivo alguno derramará en primicias como ofrendas las hiedras trepadoras por doquier con bácara y las colocasias mezcladas con el riente acanto. Las cabrillas, de su grado, tornarán a casa con las ubres retesadas y de los corpulentos leones no estarán miedosos los rebaños; tu misma cuna derramará en tu honor delicadas flores. Perecerá la serpiente y también perecerán las falaces hierbas venenosas; doquiera ha de nacer el oriental amomo.

Mas tan pronto como leer puedas las alabanzas de los héroes y las gestas de tu padre y conocer lo que el valor

⁵ Lucina es la misma Juno o Diana, que toman el nombre de Lucina o Ilicia cuando presiden los alumbramientos, otorgando su protección a las esposas virtuosas. Aquí se refiere más bien a Diana.

⁶ A este dios estaba consagrado el último mes de los diez (*Magnus Annus*) en el que se dividían las edades del mundo y que precedía al retorno de la Edad de Oro. Le llama «tuyo» por ser hermano de Diana, Lucina.

⁷ Cónsul aquel año, el 40 a. C., y a quien dedica esta Bucólica, digna de ser leída por un cónsul. «El honor del siglo» es la nueva era del mundo, y los grandes meses son los del *Magnus Annus* nuevo.

sea, doraráse el campo poco a poco de tiernas espigas y del silvestre espino colgará la grana de la uva y las duras encinas destilarán el rocío de la miel. Algunos vestigios, sin embargo, quedarán del antiguo engaño, que impulsarán a afrontar a Tetis ⁸ con navíos, a ceñir con murellas las ciudades y a abrir los surcos en la tierra. Otro Tifis habrá entonces y una segunda Argo que transporte la flor de los héroes ⁹; también habrá otras guerras y por segunda vez será enviado contra una Troya un poderoso Aquiles. 30

Mas luego, cuando la edad ya fortalecida te haya convertido en hombre, el nauta mismo abandonará la mar y el pino marineró no trocará las mercancías; toda tierra producirá de todo. El campo no consentirá los rastros ni la hoz la viña; y por su parte el robusto labrador desuncirá los toros; la lana no aprenderá a fingir colores varios, sino que el carnero mismo trocará en los prados sus vellones, ya del color del múrice, de rojo suave, ya del gualda azafrañado; espontáneamente la escarlata vestirá a los corde- 40

ros en el pasto. 45

«Apresurad siglos tales», dijeron las Parcas ¹⁰ a sus husos, de acuerdo con la voluntad inmutable de los hados. ¡Emprende la carrera de los grandes honores (el momento ya es llegado), caro vástago de los dioses, gran des-

⁸ Tetis, hija del dios del mar, Nereo, metafóricamente por el mar.

⁹ Se refiere a la expedición de los Argonautas en busca del vellocino de oro, oculto en la Cólquide. Dirigía la expedición compuesta por 52 príncipes, Jasón, y tenía por experto piloto de la nave Argo a Tifis.

¹⁰ Las Parcas eran tres: Cloto, Láquesis y Atropos, que hilan, a la débil luz de una lámpara, la trama de la existencia humana, representada por los hilos que Cloto lleva prendidos en la rueca y que Láquesis arrolla dando vuelta al huso, encargándose de cortarlos cuando le place la inexorable Atropos. Se identificaron pronto con las Moiras griegas, diosas del destino.

50 cendencia de Júpiter! Contempla el firmamento balanceándose con el peso de su celeste bóveda y las tierras y la extensión del mar y la concavidad del cielo, mira cómo se regocija todo con el siglo que va a venir. ¡Oh, me alcance entonces la última parte de mi larga vida y aliento bastante para cantar tus gestas!

55 No me vencerá en los cantos ni el tracio Orfeo ni Lino, por más que a éste su padre asista y a aquél su madre, Calíope a Orfeo, a Lino el hermoso Apolo ¹¹. Pan también, si conmigo compitiere, por juez la Arcadia, el mismo Pan dirá que ha sido vencido, juzgándonos la Arcadia.

60 Comienza, tierno niño, a reconocer a tu madre con tu sonrisa (que diez meses produjeron a tu madre largos trastornos) ¹², comienza, tierno niño, que los que no sonrieron a su madre ni un dios juzgó a tal digno de su mesa ni una diosa de su tálamo ¹³.

¹¹ Orfeo y Lino son poetas y músicos legendarios de excelsa fama. El primero, Orfeo, hijo de Apolo y de Calíope y esposo de Eurídice. El segundo, Lino, hijo también de Apolo y de la musa Urania, según una de las varias leyendas. Fue maestro de Orfeo en el arte de la música.

¹² Se han hecho diversas conjeturas sobre el porqué de los diez meses. Suetonio refiere que Augusto nació también en el mismo plazo de tiempo y por otra parte hay testimonios de que los antiguos creían que el embarazo duraba diez meses, ya que el parto ocurre dentro del décimo mes.

¹³ Texto muy discutido. Aceptamos el texto y sentido de Carcopino, junto con el de la edición oxoniana: *qui non risere parenti*, «los que no sonrieron a su madre». El paso de plural a singular: «los que..., a tal», es una construcción *ad sensum* un tanto violenta.

BUCÓLICA QUINTA

MENALCAS, MOPSO

MENALCAS. — ¿Por qué, Mopso, pues que nos juntamos, hábiles los dos, tú para tañer el tenue caramillo y yo para decir versos, no nos sentamos aquí en medio de estos olmos mezclados con avellanos?

MOPSO. — Tú eres el mayor; justo es, Menalcas, que yo te obedezca, ya nos acojamos bajo las sombras cambiantes que mueven los Céfiros, ya mejor bajo la gruta. Mira cómo una vid silvestre ha esparcido sus ralos racimos por la gruta.

MENALCAS. — En nuestras montañas sólo Amintas compete contigo.

MOPSO. — ¿Y qué de extraño, si él mismo disputaría a Febo en el cantar la palma?

MENALCAS. — Empieza tú el primero, Mopso, si algo tienes, o los fuegos de Filis, o el elogio de Alcón o las invectivas de Codro, empieza; Tí tiro guardará los cabritos mientras pacen.

MOPSO. — Mejor probaré estos versos que ha poco grabé en la verde corteza de una haya anotando sus alternancias musicales; ordena luego a Amintas competir conmigo. 15

MENALCAS. — Cuanto el flexible sauce cede al pálido olivo, cuanto la humilde valeriana al rosal de púrpura, tanto a nuestro juicio te es inferior Amintas. Pero acaba ya, muchacho, estamos dentro de la gruta.

20 **MOPSO.** — Por cruel muerte arrebatado Dafnis, las Ninfas lo lloraban (ante las Ninfas vosotros sois testigos, ave-
llanos, y vosotros también, ríos), cuando, estrechando la madre el cuerpo desdichado de su hijo, llama crueles a los dioses y a los astros. En aquellos días nadie condujo,
25 oh Dafnis, sus apacentados bueyes a las frescas corrientes de las aguas, ni bestia alguna bebió en los ríos ni despuntó el césped. Las montañas salvajes y las selvas proclaman, oh Dafnis, que aun los leones africanos gimieron por tu muerte. Dafnis enseñó también a uncir al carro los tigres
30 de la Armenia, Dafnis a introducir las danzas báquicas y a cubrir los flexibles tirsos de un suave follaje. Como la viña es la hermosura de los árboles; como de la vid, las uvas; como los toros, del rebaño, y como las mieses de las campiñas fértiles, así tú eres la hermosura toda de los tuyos. Después de que te arrebató el destino, la
35 misma Pales¹ y Apolo mismo abandonó los campos. En los surcos, a los que con frecuencia confiamos el grueso grano de cebada, nacen la infecunda cizaña y las avenas locas; en vez de la violeta delicada, en vez del purpúreo narciso brota el cardo y el espino de agudos pin-
40 chos. Mullid el suelo de hojas, cubrid de sombra las fuentes, pastores (para él ordena Dafnis hacer honores tales), elevad un túmulo después y sobre el túmulo poned los ver-
sos estos:

¹ Pales, diosa de los pastores y de los rebaños, cuyas fiestas, llamadas Palilia, se celebraban en el mes de Abril coincidiendo con la fecha tradicional de la fundación de Roma. Se encendían hogueras que saltaban los pastores.

Yo fui Dafnis, el que vivió en las selvas, desde aquí hasta el cielo conocido; de un hermoso rebaño, pastor, más hermoso yo todavía.

MENALCAS. — Tus versos, divino poeta, son para nosotros igual que el sueño sobre el césped para los que están cansados, cual apagar la sed en el estío con la dulzura del agua de un arroyo saltarín. Ni sólo en el tañer, sino que en la voz igualas también a tu maestro; ¡oh muchacho afortunado! tú serás, ahora, el segundo después de él. Mas nosotros, de cualquier manera sea, te diremos también nuestras canciones y a tu Dafnis encumbraremos a los astros; a Dafnis hasta los astros llevaremos; también a nosotros nos amó Dafnis.

MOPSO. — ¿Habrás acaso algo máspreciado para nosotros que semejante don? Digno fue el mancebo de ser cantado y ya hace tiempo que Estimicón² nos elogió tus versos.

MENALCAS. — Radiante de blancura se maravilla Dafnis del umbral, para él desconocido, del Olimpo y a sus pies contempla las nubes y los astros. Por eso una alegría viva se ha apoderado de las selvas y de la campiña entera y de Pan y los pastores y de las doncellas Dríades. Ni el lobo sueña en emboscadas al rebaño, ni las redes en trampas a los ciervos; ama el reposo el bueno de Dafnis. Los mismos no podados montes lanzan en su alegría sus gritos a los astros; las mismas rocas y las florestas mismas hacen ya resonar sus cantos: «Un dios, un dios es él, Menalcas». ¡Oh! sé bondadoso y propicio para los tuyos. He aquí cuatro aras: aquí tienes, Dafnis, dos para ti; las otras dos más elevadas para Febo³. Dos copas espumantes de

² Estimicón, nombre de algún otro poeta conocido de ambos.

³ A Febo, como divinidad, le corresponden altares elevados con mesa para los sacrificios; a Dafnis, héroe divinizado, sólo simples aras, más bajas, para recibir las libaciones.

reciente leche y dos cráteras de pingüe aceite cada año depositaré en tu honor, y regocijando ante todo los banquetes con abundante vino, cabe la lumbre, si hiciere frío, bajo la sombra, si el tiempo de la mies, escanciaré en mis copas vinos ariusios, néctar nuevo ⁴.

Cantarán para mí Dametas y Egón de Lictos; Alfesibeo remedará las danzas de los Sátiros. Para ti jamás cesarán estos honores, siempre que cumplamos solemnes votos a las Ninfas y cuando hagamos la lustración de los campos.

Mientras ame el jabalí la cumbre de los montes, mientras el pez los ríos y mientras se alimenten las abejas de tomillo, mientras de rocío las cigarras, subsistirán por siempre tu honor y tu nombre y tus loores. Como a Baco y a Ceres, así en tu honor todos los años te ofrecerá el labrador sus votos y tú, a su vez, obligarás con tus favores a cumplirlos.

MOPSO. — ¿Con qué, con qué dones te pagaré tal canto? Pues no tanto ni el silbido del Austro cuando llega, ni las riberas azotadas por las olas, me deleitan, ni los torrentes que descienden entre guijosos valles.

MENALCAS. — Antes te haremos nosotros don de esta delicada flauta; ésta fue la que nos inspiró: «Coridón amaba ardientemente al hermoso Alexis», ésta misma: «¿De quién el rebaño? ¿De Melibeo acaso?».

MOPSO. — Toma tú este cayado, en cambio, que a pesar de que me lo pidió con insistencia, no se lo llevó Antígenes (y merecía entonces ser amado); vistoso por sus nudos a igual distancia y por su regatón de bronce, Menalcas.

⁴ Ariuso, promontorio de la isla de Quío, célebre por sus vinos.

BUCÓLICA SEXTA

SILENO

Nuestra Talía ¹ fue la primera que se dignó cantar en verso siracusano y no se avergonzó de habitar las selvas. Dispuesto yo a cantar reyes y batallas, me tiró de la oreja Cintio ² y me advirtió: «Conviénele al pastor apacentar sus pingües ovejas, Títiro, pero recitar ligeros versos».

Ahora yo (pues que siempre te sobrarán quienes quieran cantar, oh Varo ³, tus glorias y describir las tristes guerras), ensayaré cantos campestres con tenue caramillo. No canto lo no mandado. Sin embargo, si alguno ya, si alguno, cautivo del amor, leyere esto, nuestros tamarindos, oh Varo, te cantarán y el bosque todo, y no hay página que

¹ Aunque Musa de la comedia, en un principio Talía fue musa campestre y de ahí que la considere inspiradora de sus versos siracusanos, compuestos a imitación de Teócrito.

² Cintio es Apolo, por haber nacido éste en la isla de Delos, una de cuyas cimas es el Cinto. El tirar de la oreja es un gesto familiar con el que se recuerda a uno que comete un olvido.

³ L. Alfenio Varo, sucesor de Polión en el gobierno de la Galia Cisalpina, a quien este poema está dedicado. Fue discípulo de Virgilio en la célebre escuela del epicúreo Sirón, en Roma, y también, al parecer, tuvo aficiones poéticas.

más le agrade a Febo que aquélla a cuyo frente va el nombre de Varo.

Dad comienzo, Piérides. Cromis y Mnásilo, dos muchachos, descubrieron en una gruta a Sileno ⁴, que yacía
 15 dormido, hinchadas sus venas, como siempre, del vino bebido la víspera; no muy lejos yacían tan sólo las guir-
 naldas desprendidas de su cabeza y un cántaro tosco de
 gastada asa pendía de su mano. Se arrojan sobre él (pues
 con frecuencia el viejo había burlado a ambos con la espe-
 ranza de su canto), y con las mismas guirnaldas lo encade-
 20 nan. Se presta como socia y viene en socorro de los tímidos
 Egle, Egle, la más bella de las Náyades ⁵, y en el
 momento en que él abre los ojos, le pinta las sienes y
 la frente con sangre de moras. Riendo él la burla, «¿a
 qué fin me atáis lazos?», dijo. «Soltadme, muchachos, bas-
 25 tante es haber podido contemplarme. Oíd los versos que
 queréis; los versos para vosotros, para ésta otra cosa habrá
 por recompensa». Y a la vez comienza. Habrías podido
 ver entonces a los Faunos ⁶ y a las fieras danzar rítmica-
 mente, mecer entonces sus copas las rígidas encinas. No

⁴ Sileno es una divinidad campestre que aparece casi siempre en estado de embriaguez y montada sobre un asno en el que se tambalea. De genio picante y vivo es capaz de glosar en este poema la doctrina de Epicuro sobre el caos y la formación del universo. Según Servio, Virgilio aprendió esta doctrina, junto con Varo, del epicúreo Sirón. Educador de Baco o Dioniso, recibe la inspiración de éste.

⁵ Divinidades de las fuentes, ríos y arroyuelos, en cuyas proximidades tenían su morada. Eran también protectoras de la poesía y de la música. Egle significa «luz del día» o simplemente hermosa.

⁶ Divinidades de los bosques, cuya custodia les estaba encomendada. Formaban el cortejo del dios Baco y se les representaba con cuernos, patas de chivo y cola, parecidos a los Sátiros griegos.

tanto oyendo a Febo se alegra la roca del Parnaso ni admiran tanto a Orfeo el Ródope y el monte Ismaro ⁷.

Pues cantaba Sileno cómo se habían combinado en el vacío inmenso los gérmenes de la tierra y del aire y del mar y, al mismo tiempo, los del fuego puro; de qué manera con estos primeros elementos dieron comienzo todas las cosas y la misma bóveda tierna del mundo adquirió consistencia; cómo entonces empezó a endurecerse el suelo y ³⁵ a confinar a Nereo en el mar y a tomar poco a poco las cosas su figura; y cómo ya las tierras se asombran de ver lucir un sol nuevo y cómo, levantadas las nubes del suelo, caen las lluvias de más alto, cuando empiezan ya a brotar las selvas y escasos animales andan errantes a ⁴⁰ través de montes que los desconocen.

Cuenta después de las piedras que lanzó Pirra ⁸, del reino de Saturno, de las aves del Cáucaso y del robo de Prometeo ⁹. Añade a esto al borde de qué fuente, abandonado Hilas, los marineros lo llamaban y cómo el litoral repetía por doquier: «Hilas, Hilas» ¹⁰, y feliz, si nun- ⁴⁵

⁷ Febo o Apolo vivía, junto con las Musas, en las cumbres del Parnaso, montaña de la Fócide. El Ródope y el Ismaro son montes de Tracia, escenario de la leyenda del poeta y músico Orfeo.

⁸ Alude a la leyenda de Deucalión y Pirra, feliz pareja humana que por sus virtudes fue salvada del diluvio que Júpiter envió sobre la humanidad. Al tomar su barca tierra sobre la cumbre de Parnaso, repoblaron el mundo arrojando tras sí piedras, que se convertían en hombres y mujeres.

⁹ Prometeo había modelado una estatua de hombre y para comunicarle la vida y el movimiento robó una partícula de fuego al carro del sol. Por esto fue castigado a estar atado a una roca del Cáucaso, donde es devorado incesantemente por un buitre, que Virgilio reemplaza por una banda de pájaros.

¹⁰ Héroe de la expedición de los Argonautas, que al coger agua en el río Ascanio, de la Tróade, atraído por las Ninfas, prendadas de su beldad, resbaló ahogándose en la corriente. Hércules, su amigo, le llamó mil veces y el litoral se estremecía de dolor.

ca rebaños hubiera habido, consuela a Pasífae ¹¹ en su pasión por el novillo, como la nieve, blanco. ¡Ah!, doncella desgraciada, ¡qué locura se apoderó de ti! Las hijas de Preto ¹² llenaron los campos de falsos mugidos, mas ninguna de
 50 ellas, sin embargo, buscó cópulas tan vergonzosas con las bestias, a pesar de que hubieran temido el arado para su cuello y frecuentemente se hubiesen buscado cuernos sobre su lisa frente. ¡Ah!, doncella desgraciada, errante vas tú ahora por los montes, él, recostado su flanco de nieve sobre el suave jacinto, rumia al pie de una negra encina pálidas hierbas o persigue alguna novilla en el rebaño numeroso.
 55 «Cerrad, Ninfas, Ninfas Dicteas ¹³, cerrad ya los claros de los bosques, no sea que se ofrezcan, por acaso, a nuestra vista algunas huellas del toro errante; tal vez, o atraído
 60 por la verde hierba, o siguiendo el rebaño algunas vacas lo conduzcan a los establos de Gortina» ¹⁴.

Canta luego a la doncella maravillada de las manzanas de las Hespérides ¹⁵; después rodea a las hermanas de Faetón con el musgo de una corteza amarga y las levanta del

¹¹ Pasífae, esposa de Minos, rey de Creta, enamorada de un toro blanco, del que concibió y dio a luz al monstruoso Minotauro.

¹² Las Prétides, hijas de Preto, rey de Argos, se atrevieron a competir en belleza con la misma Juno que, ofendida, las volvió locas y ellas en su delirio creíanse novillas, lanzando mugidos y temiendo para sus cuellos el arado y cuernos para su frente.

¹³ O de Dicte, montaña de Creta. Estas palabras las pone el poeta en boca de la misma Pasífae.

¹⁴ Gortina, ciudad del centro de la isla de Creta, al sur del monte Ida, donde, según Servio, habían estado los rebaños del Sol.

¹⁵ Esta doncella es Atalanta, hija de Esqueneo, rey de Esciros, hábil en la caza y en la carrera, que ponía como condición a sus pretendientes ser vencida en esta última actividad. Sólo Hipomenes con tres manzanas del jardín de las Hespérides, don de Venus, la venció, derramándolas a intervalos al empezar la competición.

suelo convertidas en erguidos álamos ¹⁶. Canta a continuación cómo una de las hermanas condujo a los montes de la Aonia a Galo, que erraba junto a las corrientes del Permeso, y de qué manera el coro de Febo se levantó entero en su honor; cómo Lino, pastor de divino canto, adornada su cabellera de flores y apio amargo, le habló así: «Toma, acepta estas flautas, que te las dan las Musas, antes ofrecidas al anciano de Ascra; con ellas solía aquél, cantando, 65 hacer bajar de las montañas los duros fresnos. Di tú con éstas el origen del bosque Grineo, para que no haya ningún bosque sagrado del que Apolo más se envanezca» ¹⁷.

«¿Por qué he de referirme a cómo evocó él la Escila de Niso, que según la fama le atribuye, ceñidas sus blancas 75 ingles de monstruos ladradores, zarandéó las naves de Duliquio, y en lo profundo del abismo, ¡ay!, despedazó con sus perros marinos a los asustados marineros ¹⁸; o de qué

¹⁶ Las hermanas de Faetón son las Helíades o hijas de Sol que, al ver el castigo que sufre su hermano, no pueden sobreponerse a la desesperación y quedan convertidas en álamos.

¹⁷ Evoca Virgilio al poeta Cornelio Galo, amigo y protector suyo, que trató de los temas reseñados en este pasaje. Las nueve Musas lo admiten en las cumbres del Helicón, monte de Beocia, la antigua Aonia, a cuyas faldas nacía el Permeso. Lino, poeta y músico tebano, hijo de Apolo y de Terpsícore, le dio la bienvenida. El anciano de Ascra es Hesíodo, nacido en aquella localidad de Beocia. El bosque Grineo pertenecía a la ciudad de Grinio, en la costa de Asia Menor, donde había un santuario en honor de Apolo.

¹⁸ La Escila a que se refiere Virgilio, aunque la llama hija de Niso, rey de Mégara, por las circunstancias que añade después es la Ninfa de la que se enamoró el dios marino Glauco. Se la considera como diosa nefasta para los navegantes.

Duliquios es una isla del grupo de las Equínades, frente a la región de Acarnania, no lejos de Itaca. La nave es la de Ulises. Acaso las leyendas de las dos Escilas quedaron contaminadas, fundidas en una, que es la que sigue Virgilio.

manera recordó los miembros de Tereo transformados, qué banquetes y presentes, cuáles le dispuso Filomela, por qué
80 caminos ella se dirigió al desierto y cómo antes, la desventurada, con sus alas revoloteó sobre su casa?»¹⁹.

Todas las cosas que en otro tiempo, cuando cantaba Febo, las escuchó el feliz Eurotas y las hizo aprender a sus laureles, las canta aquél, Sileno (y los valles heridos devuelven el eco hacia los astros), hasta que el Véspero
85 ordenó recoger las ovejas en los establos y contarlas y avanzó hacia el olimpo pesaroso²⁰.

¹⁹ Tereo, rey de Tracia, se desposó con Procne, hija del rey de Atenas. Enamorado de la hermana de Procne, Filomela, que se resiste con ardor, trama contra ella terrible venganza. Al huir las dos hermanas de la persecución de Tereo, son metamorfoseadas, Filomela en ruiseñor, que con sus delicados trinos alivia sus tristezas, y Procne en golondrina, que lleva todavía sobre su plumaje las manchas de sangre de su hijo Itis, habido de su esposo Tereo. Por vengarse de éste, las dos hermanas mataron a Itis y se lo sirvieron a Tereo en un banquete. También estos fueron metamorfoseados, Tereo en abubilla e Itis en jilguero.

²⁰ El Eurotas es un río de Esparta donde había un templo de Apolo. El Olimpo por el cielo, quiere significar que se pone el día con disgusto, por tener que dejar de oír el canto de Sileno.

BUCÓLICA SÉPTIMA

MELIBEO, CORIDÓN, TIRSIS

MELIBEO. — Casualmente habíase sentado Dafnis bajo una sonora encina; Coridón y Tirsis habían juntado en uno sus rebaños. Tirsis las ovejas; Coridón las cabrillas de henchidas ubres; ambos en la flor de la edad, Arcades ambos ¹, en canto iguales y prestos a la réplica. Hasta aquí, ⁵ en tanto que defiendo del frío a los tiernos mirtos, se me había escapado el macho del rebaño, el cabrón mismo, y he aquí que yo diviso a Dafnis. Mas él por su parte, así que me distingue: «Ven aquí presto», me dijo, «Melibeo, seguros están tus chivos y el cabrón y, si puedes detenerte ¹⁰ un poco, descansa a la sombra. Aquí vendrán de grado tus novillos, a través de los prados, a abrevarse; aquí el Mincio ² bordó sus verdes riberas de espadaña tierna y desde el hueco de la sagrada encina zumban las abejas».

¿Qué hacer? Ni yo a Alcipes tenía ni a Filis ³ que encerrara en la majada los corderos destetados, y una con- ¹⁵

¹ No eran de Arcadia, puesto que la acción se desarrolla en Mantua, pero por la excelencia de su canto es como si lo fueran.

² El Mincio nace en los Alpes, forma el lago de Benacus (hoy, Garda) y desagua en el Po, después de pasar por Mantua, patria del poeta.

³ Alcipes y Filis son amigas de los pastores-poetas.

tienda de importancia había, Coridón con Tirsis. Pospuse, sin embargo, al juego de ellos mis serios quehaceres. Así pues comenzaron ambos a rivalizar en cantos alternados: 20 querían las Musas que los recordaran alternando. Éstos decía primero Coridón y le respondía a su vez Tirsis con otros.

CORIDÓN. — Ninfas Libétrides ⁴, amor nuestro, o bien concededme un canto igual al de mi Codro (son los suyos cercanos a los versos de Febo), o bien, si no todos podemos esto, colgará aquí de un pino sagrado mi sonora flauta.

25 TIRSIS. — Pastores ⁵, adornad con hiedra al novel poeta, Arcades, hasta que revienten de envidia las entrañas de Codro; o si le alabare más de lo justo, ceñidle de bácara la frente ⁶, no sea que su lengua maldiciente dañe al futuro vate.

CORIDÓN. — Esta cabeza de un cerdoso jabalí para ti, Virgen de Delos ⁷, te la ofrece el pequeño Micón, junto 30 con los ramosos cuernos de un vetusto ciervo. Si esta dicha le perteneciere ⁸, de pulido mármol tendrás de cuerpo entero una estatua, calzados tus pies de un coturno de púrpura.

⁴ Así llamadas de una gruta del monte Helicón, Libethros, donde moraban.

⁵ Maestros consumados en el verso y en la música.

⁶ La alabanza excesiva, aun irónica, como puede suponerse la de Codro a Tirsis, requiere una desconfianza prudente por parte del loado y de aquí que ruegue ser ceñido con bácara, planta que aparta los maleficios, según antiguos comentarios. El texto debe entenderse: «si Codro alabare a Tirsis más de lo que a éste le pluguere» (o sea más de lo justo). Tirsis, el novel poeta, representa aquí a Virgilio.

⁷ Es Diana, diosa de la caza, que nació en aquella isla.

⁸ La del éxito en la caza, puesto que Diana es diosa cazadora, con lo cual podrá cumplir su ofrenda.

TIRSIS. — Te es suficiente esperar, oh Príapo⁹, todos los años un gran tarro de leche y estas tortas; tú eres guardián de un pobre huerto. Hasta ahora, dada mi situación, 35 no he⁹ podido más que labrarte en mármol, pero, si las nuevas crías repueblan mi rebaño, quiero representarte en oro.

CORIDÓN. — Hija de Nereo, Galatea¹⁰, para mí más dulce que el tomillo del Hibla, más blanca que los cisnes, más hermosa que la pálida hiedra, tan pronto como pastados los toros tornen al establo, vente conmigo, si es que 40 tienes algún cuidado de tu Coridón.

TIRSIS. — Antes te parezca yo más amargo que la hierba de Cerdeña¹¹, más áspero que el rusco, más vil que el alga que la mar arroja, si el día de hoy no es ya para mí más largo que todo un año. Entrad pastados ya al establo, novillos, entrad, si aún os queda algo de vergüenza.

CORIDÓN. — Musgosas fuentes, hierba más que el sue- 45 ño blanda, y tú, verde madroño, que las cubres con tu sombra clara, defended del fuerte sol a mi ganado; llega ya el ardiente estío, ya en el flexible sarmiento se hinchan las yemas.

TIRSIS. — Aquí hay un hogar y teas resinosas, aquí un fuego abundante siempre y de un continuo hollín negros 50

⁹ Dios de los jardines y de los frutos, además de protector de la fecundidad de los animales. La ofrenda se hacía todos los años el día de la fiesta. Se le solía representar en forma de toscó mojón de madera.

¹⁰ La más hermosa de las Nereides, enamorada del pastor Acís y perseguida arduosamente por el más horroroso de los Cíclopes, Polifemo, que aplastó a su rival bajo una roca.

¹¹ El ranúnculo sardo (*Ranunculus sceleratus*), planta de la que se extraía un jugo amargo que provoca al tomarlo una contracción de los labios semejante a la risa, de donde el nombre de «risa sardónica».

las jambas (postes)

los dinteles; aquí nos cuidamos tanto de los fríos del Bóreas cuanto el lobo del número de ovejas, o de las riberas la corriente del río impetuosa.

CORIDÓN. — Yérguense enebros y ásperos castaños, esparcidas yacen frutas por doquier, cada una debajo de su árbol; todo ríe ahora; pero si el hermoso Alexis de estos montes se alejara, verías aun los ríos agostarse.

TIRSIS. — Se agosta el campo; muere de sed la hierba por el ardor del aire; Líber¹² niega a las colinas la sombra de los pámpanos; con la llegada de mi Filis reverdecerá el bosque todo y Júpiter descenderá abundoso en fecundante lluvia.

CORIDÓN. — El álamo es lo que más agrada a Alcides¹³, la vid a Baco, a la hermosa Venus el mirto, su laurel a Febo; Filis ama los avellanos; mientras ellos sean el objeto del amor de Filis, ni el mirto vencerá a los avellanos, ni el laurel de Febo.

TIRSIS. — El fresno es en las selvas el más hermoso, en los jardines el pino, el álamo en las riberas de los ríos, en las altas montañas el abeto; mas si tú, hermoso Lícidas, con más frecuencia vinieras a verme, que se te rinda el fresno en las selvas, el pino en los jardines.

MELIBEO. — Esto es lo que yo recuerdo y que, vencido Tirsis, en vano porfiaba. Desde aquel día Coridón es para nosotros Coridón.

¹² Líber, uno de los sobrenombres de Baco, al que estaban dedicados la vid y su producto, el vino. Así llamado porque, al menos momentáneamente, «libera» al hombre embriagado de las preocupaciones de la vida.

¹³ Alcides o Hércules, por ser nieto de Alceo (Heracles entre los griegos). Le estaba consagrado el álamo, porque envuelto en él volvió de los infiernos. El mirto a Venus, porque al aparecer ésta sobre la espuma del mar se envolvió en él para ocultar su desnudez, o bien porque es frágil como el amor, o también porque despide agradable olor. Así el comentario de Servio-Daniel.

BUCÓLICA OCTAVA

DAMÓN, ALFESIBEO

El canto de los pastores, Damón y Alfesibeo, que en su porfía admiró la novilla, olvidada de sus pastos, con cuya música los linceos se llenaron de estupor y los ríos cambiando su curso quedaron inmóviles, el canto de Da- s
món y Alfesibeo cantaremos.

Oh tú, ora me franquees ya los peñascos del gran Timavo ¹, ora recorras la orilla del mar Ilírico, ¿llegará por fin el día en que me sea permitido cantar tus gestas? ¿Llegará cuando pueda difundir yo por el orbe entero tus versos, únicos dignos del coturno de Sófocles? 10

De ti el principio de mi canto, contigo cesará; recibe este poema comenzado siguiendo tu mandato y deja que alrededor de tus sienas trepe esta hiedra mezclada con los laureles de tu victoria ².

¹ Río que separa Istria de Venecia Julia, y después de recorrer una región montañosa desagua en el golfo de Trieste.

² Sin nombrarlo alude en estos versos a Polión, que acaba de vencer a los partinos, pueblo de Iliria, recibiendo en recompensa el triunfo en Roma en noviembre del 39 a. C., fecha aproximada de la composición de este poema. El viaje desde Iliria podía hacerlo bien por tierra (*saxa Timavi*) o bien bordeando la costa del mar (*oram Illyrici*).

Apenas la fresca sombra de la noche se había retirado
15 del cielo, cuando es grátísimo al ganado el rocío sobre la
tierna hierba, Damón, apoyado sobre su liso cayado de
olivo, comenzó así:

DAMÓN. — Aparece ya, Lucero, y, anticipándote, en-
vía el almo día, mientras que yo me lamento, engañado
por el amor no correspondido de mi prometida Nisa, y
20 aunque nada aproveché de testigos tales, al morir invoco,
empero, a los dioses en mi postrera hora.

Empieza conmigo, flauta mía, los versos menalios ³.

El Ménalo tiene siempre un bosque sonoro y unos pi-
nos habladores; siempre escuchó aquél los cantos de amor
de los pastores y a Pan, que fue el primero que no consin-
tió ociosas las cañas.

25 Empieza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

A Mopso se da Nisa; ¿qué no debemos esperar los ama-
dores? Los grifos ⁴ se ayuntarán ya con los caballos y en
el siglo venidero los asustadizos gamos vendrán a abrevar-
se junto con los perros.

Empieza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

30 Corta, Mopso, antorchas nuevas; para ti es el cortejo
de la esposa; derrama las nueces, marido, para ti Véspero
abandona el Eta ⁵.

³ El Ménalo es un monte de la Arcadia, cuna, como decimos, de pastores y poetas.

⁴ Animales mitológicos con cuerpo de león y alas y rostro de águilas, enemigos de los caballos y consagrados a Apolo.

⁵ Costumbres romanas del matrimonio. El esposo espera en la nueva casa a la esposa, que viene con el cortejo nupcial, iluminando la noche con teas resinosas.

Las nueces, según Catulo, las derrama el esposo a los muchachos indicando que renuncia a sus diversiones, y el Véspero abandona el Eta, monte de Tesalia, anunciando así metafóricamente que acaba el día.

Servio interpreta de otro modo la anécdota de las nueces. Mientras

Empieza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

¡Oh tú, unida a un esposo merecido, que desprecias a todos y que aborreces mi flauta y mis cabrillas y mi hirsuto sobrecejo y mi lengua barba y no crees que dios algu- 35 no se cuide de las acciones de los hombres!

Empieza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

En nuestros setos te vi yo, de pequeña, coger con tu madre (era yo vuestro guía) manzanas mojadas de rocío; había entonces entrado ya en los doce años, ya desde el 40 suelo podía alcanzar las frágiles ramas; así que te vi, ¡cómo me perdí, cómo me arrebató fatal engaño!

Empieza, flauta mía, conmigo los versos menalios.

Ahora sé lo que es Amor; en duras rocas dan ser a aquel niño el Tmaro, o el Ródope, o los garamantes del extremo del mundo; no es de nuestra raza ni de la sangre 45 nuestra ⁶.

Empieza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

El cruel amor fue quien enseñó a una madre a manchar sus manos con la sangre de sus hijos; tú, madre, también fuiste cruel; ¿fue la madre más cruel o más malvado el 50 niño aquél? malvado fue aquel niño; tú, madre, cruel también ⁷.

Empieza conmigo, flauta mía, los versos menalios.-

Que ahora huya incluso el lobo de su grado las ovejas; lleven manzanas de oro las duras encinas; el narciso florez-

los muchachos las recogen se produce un alboroto que impide oír la voz de la doncella *virginitatem deponentis*.

⁶ El Tmaro es un monte del Epiro, y el Ródope, de Tracia. Los garamantes son un pueblo de África, en la Libia interior, extremidad del mundo conocido por los romanos.

⁷ La madre es Medea, enamorada perdidamente de Jasón, que mató a los hijos habidos con él, al enterarse de su nuevo matrimonio. El niño es el Amor, que le inspiró tan loca pasión.

ca sobre el olmo, sude la corteza del tamarindo el resinoso
 55 ámbar, y compitan las lechuzas con los cisnes, sea Títiro
 un Orfeo, un Orfeo en las selvas, entre los delfines un
 Arión ⁸.

Empieza conmigo, flauta mía, los versos menalios.

Tórnese todo en alta mar. Adiós, selvas; desde la cima
 60 de un elevado monte me precipitaré en las ondas; tendrás
 este postrer regalo del que muere.

Deja, flauta mía, deja ya los versos menalios.

Así Damón. Vosotras, Piérides, decid cuál fue la res-
 puesta de Alfesibeo; no todos lo podemos todo ⁹.

Trae agua y rodea estos altares con suave venda y que-
 65 ma verbenas de espeso jugo e incienso macho, para que
 pruebe yo trastornar por sacrificios mágicos el sano juicio
 de mi amante, nada aquí sino los ensalmos faltan.

Llevad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llevad
 a Dafnis.

Los conjuros pueden hasta hacer bajar a la Luna aun
 70 del mismo cielo; por medio de conjuros transformó Circe
 a los compañeros de Ulises ¹⁰; con ensalmos revientase en
 los prados la fría sierpe.

⁸ Alude a la leyenda de Arión, poeta y músico de Lesbos, que perseguido por los marineros en su viaje de Tarento a Lesbos se arrojó al mar, y un delfín, atraído por los dulces sonidos de su música, lo llevó en sus lomos hasta el cabo Ténaro en tierras de Laconia.

⁹ Alfesibeo pone su respuesta en boca de una pastora, sin nombrarla, la cual se sirve de una criada para, por medio de conjuros crueles y apasionados, atraer a Dafnis, que le es infiel. Luego da el nombre de la criada, Amarilis.

¹⁰ Circe es una hechicera celosa y cruel que vivía en un promontorio del mar de Etruria. Allí Ulises, arrojado por una tempestad, vio convertidos, por arte de la maga, en puercos a sus compañeros, salvándose sólo Ulises, que quedó al lado de Circe un año entero, olvidado de los suyos.

Llebad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llebad a Dafnis.

Comienzo por ceñir alrededor de ti tres veces cada uno de estos tres hilos de tres colores diferentes, y por tres veces alrededor de estos altares llevo tu imagen, a la divinidad le agrada el número impar ¹¹.

Llebad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llebad a Dafnis.

Amarilis, ata con tres nudos cada uno de estos tres colores; anúdalos presto, Amarilis, y di: «Son lazos de Venus los que anudo».

Llebad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llebad a Dafnis.

Así como este barro se endurece y como esta cera se derrite con uno y mismo fuego, así a Dafnis con nuestro amor suceda ¹². Derrama la salsamola y enciende con betún los laureles crepitantes. Dafnis, el malvado, me abraza, y yo abraso en este laurel a Dafnis ¹³.

Llebad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llebad a Dafnis.

Que se apodere de Dafnis un amor semejante al de la novilla cuando, cansada de buscar por bosques y hondos

¹¹ Son nueve lizos, de tres en tres y de colores diferentes, blanco, rosa y negro, destinados a enlazar a los amantes.

La imagen que lleva procesionalmente es la de Dafnis y la divinidad triforme es la triple Hécate: Diana en la tierra, Luna en el cielo y Prosérpina en los infiernos, que se goza en el número impar. Según los pitagóricos el tres es número perfecto por tener principio, medio y fin.

¹² Es una imagen del corazón de Dafnis, que al conjuro del hechizo quiere que se convierta en duro e insensible para el amor de otras mujeres, y en blando o derretido para su amor.

¹³ La harina sagrada o «molá salsaria», salsamola, de trigo tostado mezclado con sal, que se rociaba sobre la cabeza de la víctima. El laurel es el signo o representación de Dafnis.

sotos un becerro, se tumba al borde de un arroyo sobre la verde ova, desesperada, y no se acuerda de retirarse entrada ya la noche; un amor semejante se apodere de él y no tenga yo cuidado de que sane.

90 Llevad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llevad a Dafnis.

Estos despojos me dejó en otro tiempo aquel pérfido, caras prendas de su amor, que yo ahora en el mismo umbral, oh tierra, te las confío; a Dafnis me deben estas prendas.

Llevad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llevad a Dafnis.

95 Estas hierbas y estos venenos cogidos en el Ponto me los dio a mí Meris en persona (nacen muchos en el Ponto); por medio de ellos he visto yo convertirse a Meris, con frecuencia, en lobo y esconderse dentro de las selvas, evocar muchas veces los espíritus del fondo del sepulcro y trasladar a otro campo los sembrados.

100 Llevad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llevad a Dafnis.

Amarilis¹⁴, saca las cenizas fuera y arrójalas por detrás de tu cabeza en la corriente del arroyo y no vuelvas la vista. Con ellas acosaré yo a Dafnis; él ni de los dioses ni de conjuros cuida.

Llevad a casa desde la ciudad, conjuros míos, llevad a Dafnis.

105 Mira: mientras me retraso en sacarla, la misma ceniza prendió por sí el altar con trémulas llamas. Sea buen presagio. Ciertamente algo es, yo no sé qué, además Hilax

¹⁴ Amarilis es la criada de que se sirve la pastora para practicar el hechizo. Limpia ahora el ara y retira las cenizas. Al final dirige la palabra a la maga: «Mira, etc.».

ladra en el umbral. ¿Lo creemos? ¿O los que aman se forjan sueños ellos mismos?

Cesad, cesad ya conjuros míos, viene de la ciudad mi Dafnis.

BUCÓLICA NOVENA

LÍCIDAS, MERIS

LÍCIDAS. — ¿Adónde, Meris, te llevan tus pasos? ¿Acaso adonde conduce el camino, a la ciudad?

MERIS. — ¡Oh Lícidas! Hemos vivido lo suficiente para llegar a ver (lo que nunca jamás temimos), que un extraño, poseedor de nuestro pequeño campo, nos dijera: «Esto es mío; fuera los antiguos colonos». Ahora, vencidos, 5 llenos de tristeza, puesto que todo lo trastorna la fortuna, le enviamos a él estos cabritos (que mal provecho le hagan).

LÍCIDAS. — Sin embargo tenía yo entendido que desde donde empiezan las colinas a humillarse y a descender la cima en pendiente suave, hasta llegar a la ribera y al viejo hayedo, copas desmochadas ya, lo había conservado todo 10 tu Menalcas en gracia de sus versos.

MERIS. — Habías oído bien, y así corrió la voz; pero pueden tanto nuestros versos, ¡oh Lícidas!, entre las armas de Marte, como, según dicen, las palomas caonias ¹ al ve-

¹ De Caonia, región del Epiro, donde estaba el santuario de Dodona en honor de Júpiter, rodeado de encinas sagradas, morada de palomas, que gozaban de virtudes proféticas.

15 nir el águila. Y si antes la corneja, por el lado izquierdo ², no me hubiera advertido desde la hueca encina que cortase por cualquier procedimiento nuevas contiendas, ni este Meris tuyo ni el mismo Menalcas vivirían.

LÍCIDAS. — ¡Ay! ¿Cabe en alguien una maldad tan grande? ¡Ay! ¿Tu solaz estuvo a punto de sernos arrebatado junto contigo, Menalcas? ¿Quién cantaría entonces a las
20 Ninfas? ¿quién de hierba en flor sembrara el suelo, o cubriera de verde sombra las fuentes? o ¿estos versos que te sorprendí sin tú saberlo el otro día, cuando te dirigías a Amarilis, nuestro encanto?: «Títiro, mientras vuelvo (el camino es corto), cuida mis cabrillas y, después de apacenta-
25 tadas, llévalas al agua, Títiro, y al llevarlas, cuida de enfrentarte con el macho, que hiere con el cuerno».

MERIS. — O mejor estos otros, que, sin acabar aún, cantaba para Varo: «Varo, tu nombre, con tal que Mantua nos sea conservada, Mantua, ¡ay!, demasiado cercana de la infeliz Cremona, los cisnes con su canto lo elevarán muy alto hasta los astros» ³.

30 LÍCIDAS. — Huyan así los tejos corsos tus enjambres ⁴,

² *Sinistra cornix*. Los presagios provenientes del lado izquierdo eran de buen augurio para los romanos; en cambio para los griegos lo eran los de la derecha, según la frase de Cicerón: *ita nobis sinistra videntur, Graiis et barbaris dextra, meliora*. Todo dependía de la posición que se adoptaba, o bien mirando a oriente, o bien a occidente.

³ El mismo L. Alfenio Varo de la *Bucólica* sexta, del que tanto confiaba Virgilio, representado aquí por Menalcas, para conservar sus bienes. Ni Varo le sirvió de nada ni el Virgilio-Menalcas le terminó los versos. Aunque Mantua tomó el partido de Octavio, no así la infeliz Cremona, decidida partidaria de los fervientes republicanos Bruto y Casio. Al no ser suficientes los territorios de ésta, la confiscación alcanzó también a los de Mantua.

⁴ Córcega abunda en tejos, *Cyrneas taxos*, que los antiguos creían venenosos, y lo son efectivamente para el caballo, pero sirven de alimen-

así tus vacas pastadas con cantueso retesen sus ubres; comienza, si algo tienes. También a mí las Piérides hicieron poeta; también yo tengo versos; a mí también me llaman vate los pastores; pero yo no les doy fe, pues pareceme no cantar todavía cosas dignas de Vario ni de Cinna, 35 sino que cual ánsar ⁵ grazno entre armoniosos cisnes.

MERIS. — Es eso precisamente lo que yo hago, Lícidas, y, en silencio, doy vueltas a mi mente por ver si puedo recordarlos, ya que los versos no son del todo sin valor: «Ven aquí, Galatea, pues ¿qué distracción hallas en las ondas? Aquí una primavera del color de púrpura, esparce 40 aquí la tierra al borde de las aguas variadas flores, aquí un blanquecino álamo se inclina sobre mi gruta y las flexibles vides entrelazan sombras. Ven aquí, deja que azoten la playa las furiosas olas».

LÍCIDAS. — ¿Y los versos que yo te había oído cantar a solas bajo una noche serena? Recuerdo el ritmo, ¡si su- 45 piera la letra!: «Dafnis, ¿a qué contemplas el orto de antiguas constelaciones? He aquí que avanza el astro de César, hijo de Dione ⁶, el astro con el que los campos go-

to a las abejas, comunicando a la miel un sabor agrio que Lícidas no desea para su amigo. *Cyrnus* es el nombre griego de la isla de Córcega (*Corsica* en latín).

⁵ Juego de palabras intraducible. La palabra latina *anser*, que significa ca ánsar o ganso, también puede traducirse por el nombre de un poeta-tro enemigo de Virgilio, Anser, panegirista de Antonio.

Los otros dos poetas nos son más conocidos: L. Vario Rufo, gran favorito de Augusto, quien por la tragedia de aquél, Tieste, le regaló un millón de sestercios; el otro C. Helvio Cinna, compañero de viajes de Catulo y seguidor de la moda alejandrina en Roma.

⁶ Dione, madre de Venus, y ésta y Anquises, padres de Eneas, del cual decía descender la *Gens Iulia*, de donde el sobrenombre de Dioneo a César. El astro a que alude puede ser el cometa que apareció durante los juegos fúnebres en honor de César (43 a. C.).

zarán de frutos y con el que los racimos cobrarán color
50 en las colinas soleadas. Injerta tus perales, Dafnis, tus nietos cogerán la fruta».

MERIS. — Todo se lo lleva el tiempo, aun la memoria; recuerdo yo que de joven con frecuencia me estaba cantando hasta ponerse el sol; ahora se me han olvidado todos aquellos versos; la misma voz abandona ya también a Meris; los lobos vieron a Meris primero ⁷. Mas estos versos
55 te los repetirá suficientemente Menalcas muchas veces.

LÍCIDAS. — Con pretextos vas alargando mis deseos. Y ahora calla en tu honor el terso mar ⁸ y ¡mira! se han sosegado las auras todas del rumoroso viento. Henos aquí justamente en el medio del camino, pues ya empieza a aparecer el sepulcro de Bianor ⁹. Aquí, donde los campesinos sacuden la espesa fronda, aquí, Meris, cantemos, descarga aquí los cabritos, tiempo hay de llegar a la ciudad. O si
60 tememos que la noche nos sorprenda antes con la lluvia, vayamos cantando hasta llegar (molesta así menos el camino), para marchar cantando, yo te aliviaré de la carga esta.

MERIS. — Basta ya, muchacho, y prestos ahora a lo que urge. Mejor ocasión de cantar será cuando él mismo esté de vuelta.

⁷ Según Servio era superstición corriente, confirmada por los médicos, que perdía la voz aquel al que avistaba el primero un lobo.

⁸ La llanura de las aguas, *aequora*, es el lago *Benacus*, el Garda actual, que semeja un pequeño mar.

⁹ Bianor es un personaje desconocido, tal vez algún héroe local, fundador de Mantua.

BUCÓLICA DÉCIMA

GALO

Concédeme este postrer trabajo, Aretusa ¹, pocos versos he de decir para mi Galo ², pero tales que los lea Lícoris misma; ¿quién negará versos a Galo? Así, cuando discurras bajo las olas sicilianas, que no mezcle la amarga Doris su onda con la tuya. Comienza: digamos los amores ⁵ agitados de Galo, mientras mis romas cabritillas ramonean los tiernos matorrales. No cantamos para sordos; el eco de las selvas lo transmite todo.

¿Qué bosques o qué sotos os albergaron, doncellas Náyades, cuando Galo perecía de un amor no correspondido? ¹⁰ Pues ni las cumbres del Parnaso ³, ni las del Pindo ⁴ os

¹ Ninfa de Élide e hija de Nereo y Doris. Al huir del río Alfeo, que se enamoró de ella cuando la vio bañarse, fue trasladada a un valle de Sicilia y convertida allí en fuente de agua pura y cristalina. Doris, su madre, representa al mar. Por estar la fuente en Siracusa, patria de Teócrito, la nombra aquí Virgilio.

² C. Cornelio Galo, poeta del que ya se ha hablado a propósito de la sexta *Bucólica* y que escribió cuatro libros de elegías dedicadas a la infiel Lícoris, la Cíteris comedianta, de gusto delicado, que se entusiasmó al oír la lectura de los versos de Virgilio.

³ Parnaso, montaña de la Fócide, al norte del santuario de Delfos, morada de Apolo y de las Musas.

⁴ Pindo, monte situado en el límite de Tesalia y Epiro, donde se rendía culto a las Musas.

retuvieron, ni tampoco la fuente Aganipe Aonia ⁵. Hasta los laureles le lloraron y también los tamarindos; a Galo
 15 tendido al pie de solitaria roca también el Ménalo pinoso y las rocas del helado Liceo ⁶ le lloraron. Inmóviles también están en derredor suyo las ovejas (ni ellas nos desdeñan ni tú tampoco, divino poeta, desdeñes al rebaño, que también el hermoso Adonis apacentó ovejas cabe corrientes aguas); el pastor llegó también; lentos llegaron los por-
 20 queros; mojado de la invernal bellota llegó Menalcas ⁷. Y todos le preguntan: «¿De dónde a ti ese amor?». Llegó Apolo y le dice: «¿Por qué, Galo, esa locura? Lícoris, tu amor, en pos de otro atravesó nieves y hórridos campamentos». Vino también Silvano ⁸, ornada de agreste corona su cabeza, sacudiendo espadaña en flor y grandes lirios.
 25 Llegó Pan ^{8bis}, dios de la Arcadia, a quien con nuestros ojos vimos rojo de bermellón y de las sangrientas bayas del yezgo. «¿Por qué no te sosiegas?», le dijo, «de tales cosas Amor no cuida, ni el cruel Amor se harta de lágrimas,
 30 ni el césped del arroyo, ni de cantueso las abejas, ni de fronda las cabrillas».

Mas él, triste, respondió: «Vosotros, sin embargo, oh Arcades, cantaréis estos lamentos a vuestras montañas, vo-

⁵ Aganipe Aonia, fuente consagrada a las Musas, que brotaba al pie del Helicón, monte de Beocia.

⁶ Ménalo y Liceo, montes de la pastoril Arcadia.

⁷ Tal vez, según Catón y Columela, las bellotas se conservaban en agua y luego machacadas dábanse como alimento al ganado, o también puede entenderse que regresaba Menalcas de varearlas en el monte.

⁸ Silvano, divinidad, como indica su nombre, de los bosques, además de ser protector de los ganados, que eran sacrificados en su honor. Se le representa con un arbusto en la mano.

^{8bis} Pan, dios griego de la Arcadia, protector de los bosques y pastores. Se le representa con cuernos y patas y cola de chivo. Persigue a las Ninfas y asusta a los viajeros (terror pánico).

sotros, Arcades, únicos en cantar peritos. ¡Oh, cuán blandamente reposarían entonces mis huesos, si algún día vuestra flauta cantase mis amores! ¡Y ojalá hubiese sido yo 35 uno de vosotros, o pastor de vuestro rebaño o vendimador de maduras cepas! Si al menos tuviera yo a Filis o a Amintas o fuera cualquier otro mi locura (¿y qué que Amintas sea moreno?, la violeta es también negra y negros son los arándanos), conmigo en los saucedales, bajo la flexible vid, reposaría; guirnaldas cogería para mí Filis; para mí Amintas cantaría. 40

Aquí frescas fontanas; aquí blandos prados, Lícoris; aquí un bosque; aquí contigo la misma vida me pasara. Pero ahora un loco amor me retiene bajo las armas del implacable Marte, en medio de los dardos y de cara al 45 enemigo ⁹. Tú, lejos de la patria (así no creyera yo verdad tan grande), ¡ah, cruel, sola y sin mí contemplas las nieves de los Alpes y los fríos del Rin! ¡Ah, que los fríos no te dañen! ¡Ah, que el rígido hielo no corte tus delicadas plantas!

Iré y las canciones que compuse en verso calcídico, 50 las ensayaré con la flauta del pastor siciliano ¹⁰. Decidido estoy; prefiero sufrir en las selvas entre las cuevas de las fieras y grabar sobre los tiernos árboles mis amores. Crecerán aquéllos, vosotros, mis amores, creceréis.

Mientras tanto recorreré el Ménalo, mezclado con las 55 Ninfas, o cazaré fogosos jabalíes; no habrá fríos que me impidan rodear con mis perros los valles del Partenio ¹¹.

⁹ Seguramente se encontraba Galo en la campaña contra Sexto Pompeyo (37 a. C.).

¹⁰ Los versos que Galo compuso a imitación del poeta Euforión de Calcis, de tema elegíaco, los cantará ahora entre pastores a la manera del estilo bucólico, siguiendo al poeta siciliano Teócrito.

¹¹ Partenio, montes de la Arcadia, en el límite de la Argólide.

Ya me parece caminar a través de rocas y sonoros bosques; agrádame lanzar con el arco de los partos los dardos
 60 cidonios ¹². ¡Como si esto fuera el remedio a mi locura o aquel dios ¹³ aprendiera a ablandarse con las desgracias de los hombres! Ya ni las Hamadriades ¹⁴ tampoco, ni las mismas canciones me recrean; vosotras mismas, oh selvas, retiraos también. Doblegar no pueden mis fatigas al Amor,
 65 ni aunque bebiera del Hebro ¹⁵ en los rigores del frío o soportase las nieves sitonias del acuoso invierno ¹⁶, ni si, cuando se seca y muere la corteza en el elevado olmo, pastorease las ovejas de los etíopes ¹⁷ bajo el signo de Cáncer.

El amor todo lo vence; también nosotros cedamos al Amor».

70 Bastante será, diosas, que vuestro poeta haya cantado esto, mientras, sentado, teje con flexible malvavisco un canastillo, Piérides; vosotras realzaréis estos cantos a los ojos de Galo, de Galo cuyo amor crece en mí tanto de hora en hora cuanto el verde aliso se yergue en cada primavera.

75 Levantémonos; la sombra suele ser nociva a los que

¹² Partos y cretenses, los mejores arqueros del mundo antiguo. Cidonia es una ciudad de Creta, famosa por sus cañas para fabricar las flechas.

¹³ El Amor.

¹⁴ Hamadriades, ninfas de los bosques, que vivían junto a las encinas, según indica su nombre.

¹⁵ Hebro, río de Tracia, hoy el Maritza, en cuyas márgenes fue descuartizado el poeta Orfeo por las Bacantes o Ménades, celosas por el amor excesivo de Orfeo a su mujer Eurídice.

¹⁶ Región de Tracia, junto al Ponto Euxino, habitada por una tribu, los sitonios, del nombre del rey Sitón.

¹⁷ Etíopes, extremo del mundo conocido por los romanos al mediodía. Bajo el signo de Cáncer, es decir, en pleno verano.

cantan, nociva la sombra del enebro ¹⁸; dañan también las sombras a las mieses. Tornad al establo hartas, aparece ya el Lucero, tornad, cabrillas mías.

¹⁸ Se creía que del enebro salían emanaciones perjudiciales para la salud. Por otra parte las mieses necesitan calor para madurar.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Adonis, X 18.
africanos, I 64.
Aganipe, Aonia, X 12.
Alcides, VII 61.
Alcimedonte, III 37, 44.
Alcipes, VII 14.
Alcón, V 11.
Alexis, II 1, 6, 19, 56, 65, 73;
V 86; VII 55.
Alfesibeo, V 73; VIII 1, 5, 62.
Alpes, X 47.
Amarilis, I 5, 30, 36; II 14, 52;
III 81; VIII 77, 78, 101; IX
22.
Amintas, II 35, 39; III 66, 74,
83; V 8, 15, 18; X 37, 38, 41.
Amor, VIII 43, 47; X 28, 29,
64, 68.
Anfión Dirceo, II 24.
Antígenes, V 89.
Aonia, VI 65.
Apolo, III 104, IV 10, 57; V
35; VI 73; X 21.
Aquilés, IV 36.
Aracinto, II 24.
Arar, I 62.
Arcades, VII 4, 26; X 31, 33.
Arcadia, IV 58, 59; VII 25; X
26.
Aretusa, X 1.
Argo, IV 34.
Arión, VIII 56.
Ariusio, V 71.
Armenia, V 29.
Ascra, VI 70.
Austro, V 82.
Baco, V 30, 79; VII 62.
Bavio, III 90.
Bianor, IX 60.
Bóreas, VII 51.
Calíope, IV 57.
Camenas, III 59.
Cáncer, X 67.
caonias, IX 13.
Cáucaso, VI 42.
Céfiro, V 5.
Cerdeña, VII 41.
Ceres, V 79.

- César, IX 46.
 cidonios (dardos), X 59.
 Cinna, IX 35.
 Cintio, VI 3.
 Circe, VIII 70.
 Cirnos, IX 30.
 Codro, V 11, 86; VII 22, 26.
 Conón, III 40.
 Coridón, II 1, 56, 65, 69; VII 2, 3, 16, 20, 40, 70.
 Cremona, IX 28.
 Cronis, VI 13.
 Cumas, IV 4.
 Dafnis, II 26; III 12; V 20, 25, 27, 29, 30, 41, 43, 51, 52, 57, 61, 66; VII 1, 7; VIII 67, 72, 76, 79, 81, 82, 83, 84, 85, 90, 93, 94, 100, 103, 104, 109; IX 45, 50.
 Dametas, II 37, 39; III 1, 58; V 72.
 Damón, III 17, 23; VIII 1, 5, 15, 62.
 Delia, III 67.
 Delos (Virgen de), VII 29.
 Dictéas (ninfas), VI 56.
 Dione, IX 47.
 Doris, X 5.
 Dríades, V 59.
 Duliquio, VI 76.
 Egle, VI 20, 21.
 Egón, III 2; (Lictio), V 72.
 Escila, VI 74.
 Escitia, I 65.
 Estimicón, V 55.
 Eta, VIII 30.
 Etiopía, X 68.
 Eurotas, VI 83.
 Faetón, VI 62.
 Faunos, VI 27.
 Febo, III 62; V 9, 66; VI 11, 29, 66, 82; VII 22, 62, 64.
 Filis, III 76, 78, 107; V 10; VII 14, 60, 62, 63; X 37, 41.
 Filomela, VI 79.
 Galatea, I 30, 31; III 64, 72; VII 37; IX 39.
 Galo, VI 64; X 2, 4, 6, 10, 14, 21, 72.
 garamantes, VIII 44.
 Germania, I 62.
 Gortina, VI 60.
 Grineo, VI 72.
 Hamadriades, X 61.
 Hebro, X 65.
 Hespérides, VI 61.
 Hibla, I 54; VII 38.
 Hilas, VI 43, 44.
 Hilax, VIII 107.
 Ilírico, VIII 7.
 Ismaro, VI 30.
 Júpiter, III 60; IV 49; VII 60.
 Líber, VII 59.
 Libétrides, VII 21.

- Liceo, X 15.
 Lícidas, VII 67; IX 2, 12, 37.
 Licisca, III 18.
 Lícoris, X 2, 21, 43.
 Lino, IV 56, 57; VI 67.
 Lucero, VIII 17; X 77.
 Lucina, IV 9.
 Luna, VIII 69.
- Mantua, IX 27.
 Marte, IX 12; X 45.
 Melibeo, I 6, 19, 42; III 1; V 87; VII 9.
 Menalcas, II 15; III 13, 58; V 4, 64, 90; IX 16, 18, 56, 67; X 20.
 menalios (versos), VIII 21, 25, 29, 36, 42, 46, 51, 57, 61.
 Ménalo, VIII 22; X 14, 55.
 Meris, VIII 96, 97; IX 1, 16, 55, 61.
 Mevío, III 90.
 Micón, III 10; VII 30.
 Mincio, VII 13.
 Mnásilo, VI 13.
 Mopso, V 1; VIII 26, 29.
 Musas, VI 69; VII 19.
- Náyade, II 46; X 9.
 Náyades, VI 21.
 Nerea, III 3.
 Nereo, VI 35; VII 37.
 Ninfas, IX 19; X 55.
 Nisa, VIII 19, 26.
 Niso, VI 69.
- Oaxes, I 65.
 Olimpo, V 56; VI 86.
 Orfeo, III 46.
 Orfeo Tracio, IV 55, 57; VI 30; VIII 56.
 Oxus, I (nota 7).
- Pan, II 31, 32, 33; IV 58, 59; V 59; VIII 23; X 25.
 Palas, II 61.
 Palemón, III 50, 53.
 Pales, V 35.
 Parcas, IV 47.
 Paris dardanio, II 61.
 Parnaso, VI 29; X 10.
 Partenio, X 57.
 Parto, I 62.
 partos, X 59.
 Pasífae, VI 46.
 Permeso, VI 64.
 Piérides, III 85; VI 13; VIII 62; IX 32; X 71.
 Pindo, X 11.
 Pirra, VI 41.
 Polión, III 84, 86, 88; IV 12.
 Ponto, VIII 95, 96.
 Preto, VI 48.
 Priapo, VII 33.
 Prometeo, VI 42.
- Rin, X 48.
 Ródope, VII 30; VIII 44.
 Roma, I 19, 26.
- Saturno, IV 6; VI 41.
 Sátiros, V 73.

- Sicilia, II 21.
Sileno, VI 14, 31.
Silvano, X 24.
sitonio (invierno), X 66.
Sófocles, VIII 10.
- Talía, VI 2.
Tereo, VI 78.
Testilis, II 10, 43.
Tetis, IV 32.
Tifis, IV 34.
Tigris, I 62.
Timavo, VIII 6.
Tirsis, VII 2, 3, 16, 20, 69.
- Títiro, I 1, 4, 13, 18, 38; III 20, 96; V 12; VI 4; VIII 56; IX 22, 24.
Tmaro, VIII 44.
- Ulises, VIII 70.
- Vario, IX 35.
Varo, VI 7, 10, 12; IX 26, 27.
Venus, III 68; VII 62; VIII 78.
Véspero, VI 86; VIII 30.
Virgen, IV 6.
- Yolas, II 57; III 76, 78.

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN GENERAL	7
<i>Fuentes para la reconstrucción de la vida de Virgilio</i>	7
Testimonios autobiográficos, 8. — Testimonios de los autores coetáneos y posteriores, 10. — « <i>Vitae Vergilianae</i> », 13. — ¿Qué sabemos de Virgilio?, 24.	
<i>Vida de Virgilio</i>	28
La infancia en Mantua, 28. — La juventud del poeta, 39. — Las primeras obras, 42. — La llamada de la filosofía, 45. — De las guerras civiles a la época de las « <i>Bucólicas</i> », 51. — Los años de madurez: las « <i>Geórgicas</i> », 61. — La plenitud de la poesía augustea de Virgilio, 76. — El viaje a Grecia y la muerte de Virgilio, 86.	
<i>La transmisión del texto de Virgilio</i>	92
<i>Notas sobre la pervivencia de Virgilio en la tradición literaria (con especial atención a las «Bucólicas» y a las «Geórgicas»)</i>	106
<i>Bibliografía</i>	134

BUCÓLICAS

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	149
<p>1. Título y fecha de la composición de las «Bucólicas», 149. — 2. Fuentes literarias de las «Bucólicas», 153. — 3. Estructura de la composición de las «Bucólicas»: unidad y pluralidad, 156. — 4. La significación literaria de las «Bucólicas», 159. — 5. Traducciones españolas de las «Bucólicas», 162. — 6. Bibliografía sobre las «Bucólicas», 165. — 7. Edición crítica base y discrepancias, 168.</p>	
BUCÓLICA PRIMERA	171
BUCÓLICA SEGUNDA	175
BUCÓLICA TERCERA	179
BUCÓLICA CUARTA	187
BUCÓLICA QUINTA	191
BUCÓLICA SEXTA	195
BUCÓLICA SÉPTIMA	201
BUCÓLICA OCTAVA	205
BUCÓLICA NOVENA	213
BUCÓLICA DÉCIMA	217
ÍNDICE DE NOMBRES	223

GEÓRGICAS

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	229
1. Cronología de las «Geórgicas», 229. — 2. Fuentes y contenido esencial de las «Geórgicas», 232. — 3. Estructura de la composición de las «Geórgicas»: Unidad y pluralidad, 234. — 4. La significación literaria de las «Geórgicas», 238. — 5. Traducciones españolas de las «Geórgicas», 242. — 6. Bibliografía, 246.	
LIBRO I	253
LIBRO II	287
LIBRO III	319
LIBRO IV	353
ÍNDICE DE NOMBRES	387

APÉNDICE VIRGILIANO

INTRODUCCIÓN	397
1. El problema del «Apéndice Virgiliano», 397. — 2. La transmisión del texto, 411. — 3. Bibliografía, 412.	
IMPRECACIONES y LIDIA	423
<i>Imprecaciones</i>	425
<i>Lidia</i>	431
EL MOSQUITO	435
<i>El mosquito</i>	443

	<i>Págs.</i>
ETNA	463
<i>Etna</i>	471
LA TABERNERA	499
<i>La tabernera</i>	501
ELEGÍAS A MECENAS	503
<i>Elegía I</i>	505
< <i>Elegía II</i> >	513
LA GARZA	515
<i>La garza</i>	523
VERSOS DE PRÍAPO, POEMAS BREVES y ¿QUÉ NOVEDAD ES ÉSTA?	547
<i>Versos de Príapo</i>	555
<i>Poemas breves</i>	559
<i>¿Qué novedad es ésta?</i>	571
EL ALMODROTE	573
<i>El almodrote</i>	575
TRES POEMAS AUSONIANOS	581
<i>La formación del hombre de bien</i>	581
<i>Sí y no</i>	586
<i>Rosas nacientes</i>	587
ÍNDICE DE NOMBRES	589